ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO III)

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO III — PAZ Y LIBERTAD

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

PAZ Y LIBERTAD

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR
JUAN CRUZ VARELA

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

DOCTOR JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

El doctor don Juan Crisóstomo Lafinur nació en las minas de la Carolina, en la provincia de San Luis, el 27 de Enero de 1797. (1)

Siendo todavía estudiante de la Universidad de Córdoba, abandonó las aulas y los libros para alistarse en las filas del ejército del Norte, cuando el general Belgrano se dirigía á ponerse á su frente y vengar el desastre de Huaquí con los lauros inmortales de Tucumán y de Salta.

Lafinur era un espíritu selecto que procuraba siempre realizar el impulso de sus nobles inspiraciones con el más perfecto dominio de los asuntos en que intervenía; y siguiendo esta norma de conducta, al dejar la toga por la espada, pasó de las clases de la Universidad á las de la Academia de Matemáticas, en donde el virtuoso general Belgrano instruía y disciplinaba, en medio de las marchas, á la juventud destinada á enseñar en cualquier momento al frente de sus soldados, que, verdaderamente: *dulce et decorum est pro pratria mori.*

---

(1) Don Juan M. Gutierrez dice que era cordobés.

Tanto más mérito debemos ver en esta actitud del joven estudiante cuanto que ella importaba romper con todas las consideraciones de familia, habiendo sido expulsado del hogar paterno á causa de sus entusiasmos revolucionarios.

Los datos biográficos que hemos podido consultar no nos permiten establecer el tiempo que Lafinur permaneció en el ejército, ni los grados militares que en él alcanzó. El señor M. A. Pelliza (1) admite que esta permanencia fuese hasta que el general San Martín se recibió del ejército de los Andes. Lo cierto es que, en 1819, se encontraba en Buenos Aires dedicado á sus estudios predilectos, que eran los filosóficos y literarios, pues ese año, obtuvo por oposición la cátedra de filosofía del colegio «Unión del Sud», empezando desde entonces á destacar su figuración en el mundo de las personalidades más sobresalientes.

Según referencias recogidas por don J. M. Gutierrez, Lafinur era un hombre de fisonomía muy expresiva y de mucha sensibilidad. Tenía pasión por la música y tocaba muy bien el piano, lo que le servió también como un recurso para ganarse la vida después que abandonó las filas del ejército, siendo maestro de música, profesor de filosofía y periodista.

Según noticias recogidas por el señor Gutiérrez, su afición por la música era tanta, que alguna vez se le vió gastar en piezas de música cuanto dinero tenía.

Cuentase también de él, que era sumamente distraído, al extremo de que muchas veces iba á alguna

(1) Revista Literaria núm. 7 de 1 de Agosto de 1875.

casa amiga de visita, y solía salirse olvidándose el sombrero y el bastón, que debía luego mandar á recojer.

Su avanzado volterianismo y sus tendencias liberales, lo obligaron á sostener acaloradas polémicas con los hombres más sazonados en el ambiente universitario de su época; pero de todas ellas resultó siempre airoso, ganando reputación con el prestigio de su gentileza, su ilustración y su talento.

Era muy elecuente é improvisaba con mucha facilidad.

En Buenos Aires escribía en «El Curioso», que redactaba con Camilo Enriquez.

En 1822 pasó á Mendoza, donde fundó un colejio y publicó un periódico titulado «Verdadero amigo del país». Pero sus ideas iban degenerando en volterianismo puro, y acosado por sus opositores, se vió obligado á salir del país, dirigiéndose á Chile. Al año siguiente se recibió de abogado en la Universidad de Santiago y se casó con una señorita de Valparaiso. Murió ese mismo año, cuando apenas contaba 30 años de edad.

En sus últimos momentos abjuró completamente sus errores y recibió los auxilios de la religión.

Las poesías que se conocen de Lafinur son muy pocas.

Su canto fúnebre *A la muerte del general Belgrano*, y su oda *A la oración fúnebre pronunciada en la Catedral de Buenos Aires* por el prebendado DON VALENTÍN GÓMEZ EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL BELGRANO, han sido siempre muy celebradas. Algunos han considerado á Lafinur como el poeta romántico de aquella época clásica, pero sus poesías no demuestran esa tendencia,

ni en el fondo, ni en la forma; por lo que creemos que tal opinión solo tenga por base el conocimiento de algunos hechos de la vida del hombre, que autorizarían á suponerlo poseído de esa inclinación peculiar de los temperamentos nerviosos, que los lleva á adoptar actitudes en dasarmonía con las de las demás personas, y que los hace aparecer como maniáticos geniales ó excéntricos raros.

Así, se dice (y el dato lo ha registrado don J. M. Gutierrez en sus apuntes), que: estando ya próximo á expirar, pidió Lafinur que viniera una orquesta á su cuarto y que estuviera ejecutando trozos de su repertorio predilecto, para poder él cerrar los ojos entre sus acordes.

Las poesías de Lafinur son muy desiguales, su estilo es muy desparejo y su entonación muy accidentada, lo cual no puede atribuirse á modalidades de escuela, sino á falta de seguridad en su estro.

Hasta en las ideas se nota esta incongruencia; pues buen chasco se lleva quien pretende encontrar en las poesías de Lafinur el volterianismo de que le acusaran sus contemporáneos. El espectáculo de la destrucción y de la muerte, hace olvidar á su snobismo filosófico todas las dudas alardeadas en la cátedra; y buscando en los auxilios de la moral el tesoro de los consuelos más inefables, empieza por preguntarse á sí mismo, porqué se conmueven los justos y porque pueden temblar las lozas desquiciadas de un sepulcro:

¿Porqué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas lozas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?

Le ha bastado al poeta poner los ojos sobre el cuadro que circundan los pálidos hachones, para que el nombre de Dios brotara de sus labios. No debía pues ser muy fuerte su alardeado escepticismo.

Lafinur es poeta mediocre. No tiene el entusiasmo de Luca, ni la galanura de Varela, ni la fogosidad de Rojas, ni la intención de Rodriguez.

Tiene, como Lopez, fecundidad de ideas, abundancia de razonamiento y de discurso; pero le falta virtuosidad, elegancia y donaire.

JUAN CRUZ VARELA

Juan de la Cruz Varela nació en Buenos Aires, el 24 de Noviembre del año 1794, y murió expatriado, en Montevideo, en 23 de Enero de 1839. Estudió humanidades en el Colegio de San Carlos, teniendo por maestro de latín al Dr. D. Víctor Achega, de filoso-

fía al Dr. D. Francisco José Planes, y por condiscípulos, entre otros, á los señores Juan Manuel de la Sota, Miguel Rivera, Ramón Díaz y Eugenio Necochea (1). Hizo sus estudios superiores en Córdoba, en cuya Universidad graduose en Teología y Cánones en 1816.

Fué Secretario del Congreso Nacional de Tucumán hasta la disolución de esa Asamblea.

Posteriormente, el año 1820, al recibirse del mando de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires el general D. Martín Rodríguez, fué nombrado oficial 1º de la Secretaría de Gobierno.

Amigo y colaborador entusiasta de Rivadavia, puso al servicio de los planes de organización y reforma de aquel gran estadista, su bien cortada pluma de escritor chispeante, crítico humorista y fustigador tenaz de todo despotismo, habiendo hecho célebres las columnas de «El Mensajero Argentino», «El Tiempo», «El Centinela», «El Porteño», y demás diarios que redactó en Buenos Aires; así como las de «El Patriota», en que escribió durante su expatriación, luciendo su erudición y su talento, en levantadas discusiones y controversias de economía, de política y de derecho.

Habiendo pasado en Córdoba los años más propicios al favor de las diosas del castalio coro, y habiendo

(1) De la Sota escribió la Historia antigua de la República Oriental.
Díaz fué magistrado y colaboró en la edición de la «Lira Argentina».
Rivera fué médico y completó sus estudios en Europa por cuenta del gobierno.
Necochea era militar, como su hermano D. Mariano; llamado el Aquiles argentino por el cantor de Junín.

sido dicha ciudad el escenario de su primer amor, fué también la cuna de sus primeros versos, escritos, según él mismo lo dice (en el prólogo de su colección, publicada muchos años después de su muerte, en 1879) á impulsos de una afición invencible á la poesía. Este prólogo, sonoro, dulce y melancólico, firmado en Montevideo el 15 de Noviembre de 1831, es realmente una autobiografía de Varela; y respetando la intención y el momento solemne en que lo escribiera, hacemos uso exclusivo de sus datos, renunciando á la fácil tarea de ampliarlos con los innumerables relatos que, perduran todavía, sobre el carácter y la vida de este poeta.

Así, sabemos por él mismo, que, mezclado desde muy temprano en la política, sin haber estado en su mano evitarlo, había actuado durante catorce años, viéndose envuelto en las agitaciones de la revolución y resultando una de sus víctimas.

Desterrado de Buenos Aires, desde el 12 de Agosto de 1829, y asilado en Montevideo, pudo dedicarse con más exclusividad á sus aficiones literarias; y como cultor eximio de la belleza de las ideas, de la gracia de las formas y la armonía de las expresiones, se puso á la obra magna de corregirse á sí mismo, revisando todas sus poesías, sin menosprecio de las que escribiera cuando solo tenía 17 años.

Con este motivo, dice: «A los 17 años de mi edad me pareció que yo era poeta; á los treinta y siete años, y después de un estudio constante de Virgilio, de Horacio y de las obras de los grandes ingenios

que en los siglos modernos han sabido apreciar el tesoro que nos dejó la antigüedad, ni me engaño á mí mismo, ni sé si mis poesías hallarán un censor más rígido que yo ».

El consideraba que sus versos, serían el único caudal que legaría á sus hijos; y puso en esta revisión tanto cuidado, que, algunas composiciones han resultado hechas casi de nuevo. Habiéndolas reunido por orden cronológico, vemos comprobado lo que él también nos dice: que en su juventud se dedicó casi exclusivamente al género erótico; pero que después lo abandonó y condenó al olvido la mayor parte de sus poesías amatorias, exceptuando solo á aquellas que podían, sin inconveniente, salir del círculo íntimo de sus amigos.

De cultura eminentemente clásica y de gusto refinado por el ambiente de exquisita sociabilidad en que actuara toda su vida, era un erudito de los poetas griegos y latinos, habiendo dejado traducidos los dos primeros libros de la *Eneida* (1) en forma tál, que obliga á decir á uno de sus censores más acervos: «el estilo es puro y agradable, la versificación corre fácil y sin tropiezos», si bien luego añade: «pero el uso frecuente de los pareados quita á esta versión dignidad clásica, y, por otra parte, el trabajo tiene visos de improvisación, y no siempre es fiel á la letra, ni menos al espíritu de Virgilio» (2), por más

---

(1) «Revista del Río de la Plata», Tom. 9, pag. 192.

(2) M. Menendez Pelayo. «Antología de poetas Hispano-Americanos», Tom. 4, pag. CXXXI.

que el mismo señor Menendez y Pelayo se haga eco del modo de pensar y de entender que respecto al papel del traductor tenía D. Juan de la Cruz, transcribiendo algunos párrafos de una carta de Varela á D. Bernardino Rivadavia, fechada el 29 de Abril de 1836 (1), los cuales prueban todo lo contrario á lo que sostiene.

Pero todavía prueban mucho más los siguientes, de la misma carta: « Desde luego hay poetas latinos, cuyo texto más oscuro que el del Mantuano, y cuya dicción, por decirlo así, más complicada, parece que deberán embarazar más al traductor. Juvenal el primero, y Horacio mismo, entran en este número. Mas yo creo que la simplicidad magestuosa, la claridad sublime, el estilo de Virgilio, siempre elevado, pero siempre fácil, hacen más espinosa la traducción de sus obras. Supuesta la instrucción necesaria, bastan para vencer las dificultades que presenta el texto de los otros, un conocimiento perfecto del idioma latino, y el trabajo de confrontar las varias lecciones y de consultar los mejores intérpretes. Pero no basta esto para traducir bien á Virgilio: el que vertiera sus *versos con claridad, pero con prosaismo; y el que dijera, en cualquiera de nuestras lenguas, lo mismo que él dijo en la suya, sin añadir ni quitar cosa alguna, pero que lo dijera en un estilo obscuro, en una poesía enigmática, y con frases complicadas, distarían igualmente de lo que es aquel modelo, y no darían de él una idea aproximada. Así que, yo*

(1) Rev. del Rio de la Plata, Tom. 3, pag. 403.

pienso que lo que debe sobre todo procurase traduciendo al Mantuano, es imitar su estilo y conservar sus bellos colores; y esto precisamente es lo que desespera al que pretende traducirle.

Un verso, por sonoro y elevado que sea, si no tiene la fluidez, la elegancia y melodía que distinguen á los de Virgilio, no se parecerá jamás á ellos. *Esto es lo que yo creo que no han comprendido bien los traductores de que yo tengo conocimiento; y esto es lo que me ha hecho siempre sentir, como quizá lo he significado á Vd. alguna vez, que Virgilio no haya sido traducido por* Racine. En cuanto yo conozco en poesía, nada encuentro más parecido á los versos del épico latino que los del trágico francés, á pesar de ser tan diverso uno y otro género. Y bien, pues; yo, que pienso así, y que estoy íntimamente convencido de que tal pensamiento no es errado, ¿habré conseguido, no digo ya imitar, pero dar siquiera una idea en mis pobres versos, de lo que son en sí mismos los de mi inimitable modelo? ¿Habré remedado de algún modo lo que Vd. llama, tan propiamente, el canto de Virgilio?»... «Otra cosa que no debe de perderse de vista un momento al traducir á los antiguos, es que, no son modernos. Vd. sabe bien lo que quiero decir con esto; y creo no aventurar nada en asegurar que muchos traductores de Virgilio, Delille muy especialmente, no se han fijado bien en la importancia de esta observación»...

«Para hacer una buena imitación de los versos de Virgilio, es necesario tener también un corazón muy

sensible, una fibra muy delicada. Virgilio es el poeta del corazón...

«Ahora diré á Vd. algo sobre el mérito de la concisión de las traducciones y sobre el número de versos de la mía. Desde luego, la precisión es un gran mérito en toda clase de escritos, y debe aspirarse á ella con empeño; pero yo no creo que para juzgar si una traducción de versos hexámetros latinos en endecasílabos castellanos carece ó no de aquel requisito, sea buena regla contar el número de versos del original y la versión. Tan no lo creo, que jamás he pensado en esto seriamente, y opino con Vd., que eso no solo no puede medirse, sinó que, hasta cierto punto, es indiferente. Pero dejémosnos de ideas generales, y contrayéndonos directamente á nuestro caso, es justo confesar que una traducción del latín al castellano es absolutamente imposible que tenga la misma extensión que el original. Por necesidad debe tener más; y las razones en que esta necesidad se funda nacen principalmente del genio y artificio de uno y otro idioma.»

«Cuando se trata de traducir del verso hexámetro latino al endecasílabo nuestro, existe una razón poderosa, incontestable, que hará forzosamente que esta clase de traducciones contengan siempre muchos más versos que el original. Digo que esa razón es incontestable, porque salta á la vista, por expresarme así. Los hexámetros latinos pueden tener desde 17 sílabas, el que más, hasta 13, el que menos. En el primer

caso, se halla todo hexámetro que conste de cinco piés dáctilos y de un solo espondeo, como este:

Quadrupedante putrem sonitu quasit ungula campum;

y en el segundo, el que conste de cinco espondeos y un solo dáctilo, como este:

Apparent rari nantes in gurgite vasto.

Yo creo que á esto no hay que replicar; y si se agrega esta razón á las otras que dejo indicadas, y que se fundan en la diversa estructura de los idiomas, vea Vd. cuanto debe aumentarse los versos de una traducción castellana sobre los de un original latino en hexámetros. Esto es tan cierto, que Iriarte, en el primer libro de su *Eneida,* ha hecho, con corta diferencia, el mismo número de versos que yo; y la traducción de Iriarte mirándola solo por lo textual y ceñida á la letra, puede llamarse perfecta: en lo demás no se parece á Virgilio.

Por lo demás, mi sistema de traducir á Virgilio no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y usar aún sus mismas palabras, en cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas, que cuando se traduce, presenta la versificación.»

Decir de un hombre que demuestra de este modo tener el más profundo conocimiento de la cuestión que quiere resolver, que su trabajo no es más que el fruto de un entretenimiento ocioso de expatriado, llevando la irritante injusticia hasta el extremo de hacer consistir la dignidad de la entonación y de la

forma clásica, en la mayor ó menor frecuencia con que se rimen versos pareados, para concluir, lanzando, sobre la erguida fantasma del insuperado émulo, la idiosa opinión de que «el trabajo tiene visos de improvisación» como lo hace el Sr. Menendez y Pelayo es tan ridículo, que no es preciso que se conteste, bastando recordar que el Sr. Menendez es también traductor del célebre poema.

Juan de la Cruz Varela, es el poeta de numen más lírico de su generación, el de formas más clásicas, de armonías más suaves, de visión más grande, colorido más bello, entonación más amplia, y lenguaje más puro.

Festivo, enamorado y galante con el bello sexo, su frase es siempre limpia, y agraciada, siendo sus anacreónticos verdaderos poemitas en miniatura.

Entre otros, los que incluimos: «Delia sobre todas», «El enojo» y «Mis recuerdos en la ausencia», son joyas en su género.

Maneja la octava con la soltura de los mejores épicos. Refiriéndose al poema «Elvira», dice D. Juan María Gutiérrez: «la siguiente estrofa es una de las bien hechas y mejor tallada que puede presentar el Parnaso castellano:

«Tiemble la hermosa, cuando sola, al lado
De su querido el corazón le lata:
Que contra el ruego de un amante amado
Es imposible que el rubor combata:
El primer beso á la modestia hurtado,
El primer nudo del pudor desata,

Y arrancada á la flor la primer hoja
Un hálito del aire la deshoja».

«Creemos oir el ruido de la lima sobre estos versos de oro, que tienen según la exigencia de Voltaire, valor intrínseco, brillo y sonido armonioso como las monedas de aquel metal». (1)

La poesía «A mi lira», escrita en 1831, con el ánimo entristecido por los sufrimientos de la patria y las amarguras del destierro, es de una suavidad incomparable; muestra la exquisita delicadeza de sentimientos de aquel corazón patriota, que sin necesidad de hacer uso de maldiciones ni denuestos, como otros poetas de su tiempo lo hicieron, condena y deplora la desolación sangrienta de su país, y busca en los encantos de los blandos sones de su lira, el consuelo de sus penas y el bálsamo de su dolor:

«Ven mi blanda lira
Mi solo tesoro,
Y tus cuerdas de oro
Den dulce sonido,
Que temple mi llanto,
Y acalle el gemido,
Y acompañe al canto,

Se olvida contigo
La negra perfidia,
Y en vano la Envidia
Aguza su diente,
Que envenena tanto;

(1) Rev. del Rio de la Plata, Tom. 1. pag. 39 y 43.

Pues nada se siente
Con tu dulce canto.

Hoy triunfa el delito,
Mas tú, lira mía,
Espera que un día
Venturoso torne,
Y á la Patria amada
La gloria retorne
Que le fué robada».

Es que, como observa muy bien su ilustrado biógrafo Dn. J. M. Gutiérrez, (en el concienzudo y competo estudio que hizo de la personalidad literaria de Varela,) (1) este era: «un hombre de su tiempo, formado en la literatura, en los modelos correspondientes á la época brillante de Luis XIV, y filósofo sensualista, amoldado al sentir de los pensadores que preparon la revolución social del siglo XVIII».

Pero donde el poeta descuella y muestra realmente todo el explendor de su numen, es cuando emplea la oda, para sus cantos. Sus canciones son rotundas, marciales, vibrantes, amplias y magníficas en el pensamiento, en el lenguaje y en la entonación. En este caso, y refiriéndose á la oda «Sobre la invención y libertad de imprenta», el implacable Sr. Menendez y Pelayo llega á dispensarle el favor de decir: «Quintana mismo, á quien el autor va siguiendo paso á paso, y á quien ensalza dignamente al principio de su canto, no hubiera desdeñado algunos versos de

(1) Revista del Rio de la Plata. Tom. 1 pag. 45.

esta composición» (1); pero como el crítico necesitaba *charquear,* la tacha de «discursiva, y poco férvida, aun en la expresión del sincero entusiasmo que el autor sentía por el progreso humano». (2)

No hay peor crítica que la que se hace por comparación, tratando de amoldar el convencionalismo propio de un criterio individual al de otro criterio, que puede haber intencionalmente eludido la semejanza

Es en estos casos, en que un tema ha sido ya explotado por otro poeta, cuando más se patentiza el numen del nuevo cantor; y su facultad de *invención* para descubrir bellezas no percibidas por el otro, le da mayor realce y no mayor desventaja. Pues si ver las mismas bellezas significa poseer iguales privilegios facultativos, ver otras más, es superar la capacidad del primero.

Criticar á una poesía sobre la invención y libertad de la imprenta, de ser discursiva, es lo mismo qne pretender que el poeta se limite á cantar á los tipos, los bancos, la prensa y el papel.

D. Manuel Milá y Fontanals, cuya opinión no ha de disgustar oír al Sr. Menendez y Pelayo, dice: «el artista ve los objetos con los ojos del hombre en general, sin mediar aparato ninguno científico, con los instintos nativos del genero humano, no al través de abstracciones ó de generalizaciones; nunca pierde de vista lò determinado, lo individual, la expresión sen-

---

(1) Antol. de poetas Hispano Americanos. Tom. 4, pag. CXXXIX.
(2) " " " " " " 4, " "

cible y animada. Los más sencillos accidentes de la naturaleza, el color de una hoja, el juego de dos sonidos, una facción fisonómica, una actitud, tienen para el arte suma importancia; cualesquiera que sean las ideas que éste exprese, las reviste de su lenguaje propio, y puede haber artistas que no sepan expresarlas por medio de otro lenguaje». (1)

Y esta es la forma característica de expresarse Varela, la peculiaridad más sobresaliente de sus pensamientos y de sus imágenes.

Prescindiendo pues de la terrible comparación de que habla el Sr. Menendez y Pelayo, podemos decir con completa seguridad, que la poesía que él critica, de Varela, puede figurar entre las mejores de su género; y que el discurso que á él le choca, muestra el esplendor de una imaginación creadora, que ha podido permitirse el lujo de enriquecer nuestra poesía, con lo que Quintana no vió ú olvidó cantar sobre la imprenta.

¿Cabe mayor verdad, síntesis, orden, propiedad y belleza de conceptos y de formas que los que se encuentran en los siguientes versos?

El inventó la imprenta y del olvido
Redimió grandes nombres;
Que el invento atrevido
Eternizó las obras de los hombres,
Y ató todos los tiempos al presente.
Todo cuanto la mente
De algún mortal contemplador concibe

---

(3) M. Milá y Fontanals. «Tratados doctrinales de literatura», pág. 84.

O exaltada imagina
Si, libre inmensa, por do quier camina;
Cuanto precepto la razón prescribe;
Todo, todo estampado,
Y en copias mil y mil multiplicado,
Cruza la erguida sierra,
Cruza el ponto profundo
Que divide la tierra de la tierra,
Y atraviesa veloz el ancho mundo
Del Ecuador al polo,
Y del ocaso do la noche mora
Hasta el fúlgido reino de la aurora.

La critica española, ha encontrado vulgares las ideas vestidas por el cantor de Padilla con el manto real de su lenguaje poético, y asevera que, en la obra de Gutembeg, aquel no ha vitso más que la cuna de la libertad humana. (1)

En cambio, el poeta argentino ha volcado sobre el descubrimiento del famoso Hans Gensfleish el haz de rayos de su brillante imaginación, y contemplando á la humanidad á través de todas las edades, ha visto, en los tipos de la primera prensa, la redención del pensamiento y la libertad de los pueblos oprimidos:

Esas negras edades,
De ignorancia y maldades,
Y universal error, ya son pasados;
Y el hombre dueño de su pensamiento,
Libre como su hablar y sus miradas,
Libre como la luz y como el viento,

(1) P. F. Blanco García. «La literatura española en el siglo XIX». Tomo 1. pág. 11.

En rasgos indelebles lo publica,
Su tesoro de ciencia comunica,
O de temor seguro,
Juzga al déspota duro,
Veraz y mesurado le condena,
Y sin violencia su furor refrena;
Y de la hipocrecía
Los simulados crímenes delata,
Y á la impostura pérfida arrebata
El doloso disfraz que la cubría.

Pero no solamente ve y admira los beneficios obtenidos por la imprenta, sino que también recuerda los males que ha causado; y protestando de la *proterva condición del hombre* que así *abusa de las bondades* del cielo, utilizando mal sus dones, recuerda con el más delicado sentimiento que:

Así llegó de la fecunda tierra
Al seno enjendrador su osada mano,
Y el metal que se encierra
En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebatára á la caverna oscura
Do plugo sepultarlo á la natura.
El rígido metal se convertía
En surcador orado,
Y el campo alborozado
Una mies abundosa prometía.
....
Así la selva sus robustos pinos
A la mar vió lanzados,
Y, venciendo las ondas denodados,
Hallar nuevos caminos

Que de un mundo conducen á otro mundo,
Y hermanan las naciones del Oriente
Con los pueblos lejanos de Occidente.

y, ¿es esto lo que se tilda de discursivo?

A fin de que pueda apreciarse el progreso realizado por nuestro más grande épico, de una á otra época de su vida, y también para que se vea el gran esmero que ponía en la corrección de sus poesías, siendo crítico de sí mismo, hemos señalado en la oda en elogio de los generales San Martín y Balcarce, que publicó el año 18, los versos que aparecen modificados en la colección de sus poesías, arreglada durante su expatriación en Montevideo, y las dos formas de la oda «Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo», la de La Lira y la de la edición corregida.

Ambas composiciones son del más remarcable corte clásico, al extremo de que llegan á perder en naturalidad lo que han podido ganar en semejanza con las de los grandes líricos del siglo de oro.

Pero la más festejada de sus poesías, ha sido la oda «El triunfo de Ituzaingo», dedicada al general D. Carlos Alvear, en homenaje por su célebre victoria sobre el ejército brasilero.

Este verdadero *canto lírico,* que es como el mismo Varela lo llama, es grandioso bajo todo punto de vista: magnífico en las ideas, solemne en la entonación, riquísimo y brillante en las imágenes, altisonante en su lenguaje, y en una palabra, propio y adecuado á su

objeto, á su género y á las circuntancias que lo inspiraron.

Criticar de hinchazón las estrofas en que un poeta canta las glorias de su patria, porque su estro ha condensado en esos versos todos los entusiasmos de su alma, equivale á suprimir el mejor de los géneros en la poesía, el épico, y á renegar de lo mejor de la literatura de todos los pueblos.

¿A qué quedaría reducida la epopeya, si se admitiese que son defectos la grandiosidad y el entusiasmo por lo heroico ó lo maravilloso?

Sin embargo, los críticos españoles nos hablan de una ráfaga de inspiración sublime, de una nueva musa que pone en los labios del duque de Frías la siguiente estrofa, que vivirá, según ellos, mientras viva la lengua castellana: (1)

¡Gentes que alzais incógnita bandera
Contra la madre patria! En vano el mundo
De Colón, de Cortés y de Pizarro
A España intenta arrebatar la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron
Entre oro y plata, y entre aroma y pluma,
Los pueblos de Atahualpa y Motezuma
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podreis: odio, venganza,
Nos jurareis cual pérfidos hermanos,
Y ya del indio esclavos ó señores,
Españoles sereis, no americanos.

(1) P. Blanco García. Tomo I. pág. 109.

Pues, esta pretensión es, á nuestro juicio, mucho más utópica que la criticada á Varela por Menendez y Pelayo. (1)

El libertador Bolivar encomendó al poeta ecuatoriano D. José Joaquín de Olmedo, que cantara las glorias del ejército americano, y escribiéndole el insigne autor del canto á «la victoria de Junín» sobre el honroso encargo, le decía: «Aseguro á Vd. que todo lo que voy produciendo me parece malo y profundísimamente inferior al objeto»... «mi actual desaliento proviene de que me ha llegado á dominar la idea de que nada vulgar, nada mediano, nada mortal es digno de ese triunfo»...

Esta es la situación de ánimo con que los épicos del nuevo mundo han cantado á sus héroes, y no es extraño que cuando la inspiración ha lanzado sus rayos sobre el prisma del «mens divinior», su musa haya tendido sus alas, remontando el vuelo, desdeñado la tierra, salvado los montes, visitado el sol, abierto el cielo, y, si le ha placido, hasta se haya hundido en los infiernos un instante para suspender el lloro y los tormentos de los condenados. (2) Este es el único modo de subir al Pindo.

El Sr. Menendez y Pelayo dice que hay «hinchazón, satisfacción infantil y seudopatriótica, hipérbole desaforada y candorosa, como de pueblos recién nacidos» (3), en la introducción del canto de Varela,

(1) Antología. Tomo 4, pág. CXLI.
(2) Cit. por D. Manuel Cañete. «Escritores castellanos». Tomo 1. pág. 298.
(3) Antología de poetas hispano-americanos. Tomo 4, pág. CXLI.

sin duda porque, mirando á la altura á que se remonta el vate desde el abismo de derrotas que sufrieron los españoles, y desconociendo ahora todavía (después de un siglo de evidenciación, en que hemos incorporado á nuestro progreso los más grandes adelantos de todas las naciones) el nervio, el poder, el anhelo, y la fuerza de expansión de estos pueblos para los cuales hoy son aldeas las viejas capitales de la dominadora de entonces, no alcanza á ver que el *pueril vaticinio* empieza á tener los contornos de una hermosa realidad, en cuanto se refiere á que:

> . . . . mil naciones
> Con ellos perecieron,
> Y otras generaciones
> Y otros imperios á su vez nacieron;

y en cuanto á que:

> . . . . otra historia
> De admiración embarga al universo:
> Otros hechos sublimes, otros nombres
> Miro allí consignados
> En las líneas fatídicas del verso,
> Y en páginas eternas; y los hombres
> Los pronuncian de asombro penetrados,
> Con respeto profundo,
> Por los inmensos ámbitos del mundo.

Hace ya mucho tiempo que, en los oídos de la juventud argentina y, en general, americana:

> No suenan las Termópilas; los llanos
> De Maratón no suenan;

y que:

Platea y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe;
Que otra gloria períınclita domina,
Y la atención del universo absorbe.

El último cañonazo de Ayacucho puso fin al rumor de aquellas célebres batallas, en cuanto ello podía significar como carácter de la instrucción del pueblo; y hoy su eco es voz de ultra-historia, que solo perciben los eruditos de biblioteca, pues todos los demás hombres de estudio, que viven afanosos del desenvolvimiento y progreso de la nación, calientan su alma con el recuerdo de los llanos de Maipo, en vez de los de Maratón, y prefieren estudiar los planes militares de los intrépidos sorpresores de Cavite, ó del siames Togo, que no las disposiciones de D. Juan de Austria en Lepanto. Con todo, es bueno advertir, que, la paternidad de esa observación no es del señor Menéndez y Pelayo, sino de Bello. (1)

Para ensalzar á Bolivar el vate de Guayas no trepidó en falsear la verdad de los hechos, agolpando sobre el escenario de Junín las jornadas de Ayacucho, á fin de darle ambiente y situación propicia á la evocación de la sombra del inca Huaina-Capac. La crítica española ha festejado este recurso, como un artificio ingenioso, para obtener el *simplex et unum* recomendado por Horacio (2); y el señor Menéndez y Pelayo

(1) «Obras completas». Tom, 7. pág. 298.
(2) Manuel Cañete. «Escritores Castellanos». Tom. 1 pág. 320.

considera que el hecho es de poca monta, y que podría subsanarse: ¡cambiándole el título á la composición! (1).

En cambio, el Tirteo argentino, que sabía distinguir las características del canto lírico de las de la oda, prefirió seguir la ilación de los sucesos relacionados con la célebre batalla que puso fin á la campaña del Brasil, convencido de que el asunto en sí bastaba para agotar la efervecencia del mejor numen épico; pero, en este caso, su poema ha sido criticado por la extensión, (3) que es mas ó menos la misma que la del canto de Olmedo.

Podrá juzgarse de la acritud y del espíritu de acometividad con que la crítica española ha mirado siempre á los escritores argentinos, por el siguiente detalle: El señor Menéndez Pelayo acusa de plagiario á Juan de la Cruz Varela, diciendo que: «Las bóvedas expléndidas del cielo» es un verso de Quintana; y que el verso «Pero tienen valor: son argentinos» no es mas que una sencilla y patriótica variante del *famoso* verso de Vaca de Guzmán en LAS NAVES DE CORTÉS: «Pero tienen valor: son españoles». (2)

Como idea poética, el primer verso es de una vulgaridad tan subida, que no puede ser mas cómica la pretensión de querer sentar derecho de propiedad sobre ese pensamiento. Pero no se critica lo vulgar, porque en esa falta también cayó Quintana; sino que

(1) Antol. Hisp. Amer. Tom. 3, pág. CXXXII.

(2) Ant. de poet. Hisp. Am. Tom. 4, pág. CXLII.

se le enrostra el plagio al que se atreva á ver una expléndida bóveda en el firmamento.

Dejando de lado otros cargos que le han sido hechas á nuestro insigne vate, concluimos con las siguientes palabras de D. J. M. Gutiérrez:

«La poesía elevada y erudita del Sr. Varela, que proporciona satisfacciones delicadas al lector que en ella saborea los recuerdos de sus estudios clásicos, no debió gozar de grande popularidad, y brilló y derramó su aroma, como nuestra flor del aire, en las altas regiones en donde le eran propicios el terreno, el clima y la atmósfera.

En cambio, como poeta humorístico, ha sido J. C. Varela el más festejado y popular, á pesar de existir muy pocas composiciones de este género que llevan su firma al pié.

Han bastado las crónicas de la época, para grangearle ese aplauso y adjudicarle ese título.

Dice D. J. M. Gutiérrez: «La parte en verso del periódico titulado «Granizo», se atribuye fundadamente al señor D. Juan Cruz.

El «Granizo» era una especie de galería de caricaturas burlonas, formada de los personajes más notables en el gobierno de la provincia, y de sus amigos y sostenedores. Cada uno de estos fué bautizado de nuevo, rotulado con un apodo, condenando á un ridículo inmerecido á buenos y respetables ciudadanos.

Las gracias del «Granizo» eran aceradas; á veces las puntas de sus alfileritos causaban no solo leves punturas en el amor propio, sino heridas de estileto,

que penetraban más allá de la epidermis de las víctimas. Jamás la grosería, la palabra obscena, el cuento cínico, afearon las columnas del «Granizo»; y no es de esta clase de delitos contra la moral pública que pueda acusarse á la memoria de su ático redactor principal. »

Varela es también autor de dos piezas dramáticas. La primera, «Dido», es una adaptación á la escena del libro IV de la Eneida. Fué concluida en 1823, pero no sabemos que jamás se haya representado.

Aun cuando hemos limitado esta colección á la poesía lírica, incluimos la «Dido», y la «Argía» porque, más que piezas de teatro, son realmente paráfrasis dialogadas de la Eneida.

En ellas se encuentran los mejores versos de Varela, los mas dulces, armoniosos, y de verdadero *canto* virgiliano.

La Argia se publicó en 1824, precedida de un prólogo en que dice que la idea de esta pieza la debe á la lectura del *Poliniceo* y la *Antigona* de Alfieri, y explica el carácter de sus cuatro personajes: Adrastro, Argidia, y Eurimedon.

Al solo efecto de enunciar en esta breve reseña de los trabajos literarios de Varela, todo cuanto pueda servir para ilustrar el criterio de nuestra juventud sobre el papel que desempeña en la historia de las letras argentinas, recordaremos que, Varela y el señor don Ramón Diaz, son los que hicieron la primera colección de poesías argentinas que se publicó con el nombre de «La Lira Argentina.»

ANTOLOGÍA

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

HIMNO PATRIÓTICO *

QUE CANTÓ EL COLEGIO DE MENDOZA EN LA NOCHE DE SU FUNCIÓN DRAMÁTICA EN CELEBRIDAD DEL ANIVERSARIO DE MAYO DE 1822.

CORO

Viva el ilustre día,
Viva la hermosa ciudad,
Que trás la tiranía
Nos dió la «libertad».

La patria á las naciones
Muestra hoy el rostro hermoso
Y el genio poderoso
Le traza un mismo rol:
—«Sed libres»—las naciones,
Le dicen más remotas,
—«Tus cadenas son rotas
Ilustre hija del Sol».

---

* Está en la Colección, pág.26.
No está en La Lira.

CORO

Entre afanes y penas,
Dispuso la Fortuna,
Que tuviera su cuna
La libertad del Sud;
Por romper las cadenas
Sufrimos sus reveses;
Ella nos faltó á veces,
Mas nunca la virtud.

CORO

Cuando Chile oprimido
Sin libertad zozobra,
Cuyo prepara la obra
De su restauración;
Atenta á su gemido
No hay riesgos que sean grandes;
Que aun se abrirán los Andes
Al *ya es* de la legión.

CORO

Pero el caudillo al frente
De sus legiones fieles
Desprecia estos laureles
Buscando nuevo afan:
Revuelve en su alta mente
Los cuidados que anima:
Tus genios ¡Oh gran Lima!
Su sien coronarán.

CORO

A los héroes que fueron
¡O Lima! en tu venganza,
Cuyo les dió su lanza,
Y su inmortalidad:
Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna
En Cuyo ved la cuna
De tu felicidad.

CORO

Del saber la alta lumbre
Ilumina hoy al mundo,
Y un grito, el más profundo,
Se oye que dice así:
No haya más servidumbre;
Hombres son los colonos,
Dice: y mil altos tronos
Desplómanse por sí.

LA OBLIGACIÓN Y EL AMOR *

Es la tercera vez mi dulce amigo
(Cuanto este idioma me es ignominoso)
Que estas letras que ves grabar no quiso
El pulso inobediente y tumultuoso.
¡Qué fácil que era transportar el alma
A do tú estás! ¡Con qué placer y gozo
Mis inocentes *fiestas* y mis males
Dividía con vos: joven virtuoso,
Digno de una amistad menos funesta!
¿Cuál plan el cielo oculto y misterioso
Presentó á nuestras almas, cuando fuimos
Llamados á la vida? Fué forzoso

---

* De la Colección de Manuscritos de Dn. Juan María Gutiérrez.

Carta escrita por Don *Juan Crisóstomo Lafinur* á su amigo y condíscipulo Don *Agustín Delgado*, mendocino. El asunto por sí solo no puede manifestar el género de poema á que pertenece. El uso de las metáforas, la narración y el metro, lo califican de épico. Con todo si se hubiera escrito este poema para otros, se disculparia al autor de algunos vicios que pueden criticarle, especialmente la mucha narración precedente al asunto principal, con razones muy poderosas que tuvo para ello. Mas como no escribe sino para sí solo, y para algunos de cuya benevolencia está seguro, se ha ahorrado el trabajo de disculparse.

La cópia de donde se saca la presente está llena de errores y de descuidos provenientes de la mano inexperta del copista. En la presente se ha corregido *algo* lo más notable.

El nombre de Lafinur, más que el mérito de este trabajo nos ha decidido á copiarlo y conservarlo como antecedente de que puede sacarse algún fruto ya para estudiar al autor, ya para comprender la marcha de esta, poesía patria.

Esta composición está dirigida á su paisano y compañero de infancia Agustin Delgado y á quien en el curso de ella llama *Teodoro*, (que significa *Don de Dios*).

El autor hizo una poesía de esta composición denominándola Elegías, sin duda en recuerdo de Ovidio. La 2 se contrae á la vida militar del autor, quien como se sabe estuvo en el ejército del general Belgrano.

(1) Corren muchas copias de esta elegía: yo he visto tres y poseo dos de ellas: circulan especialmente en las provincias interiores. La presente de mi puño está tomada de una que posee Don Damián Hudson. (Notas del Sr. Gutiérrez).

Un mismo sentimiento á entrambos pechos?
¿ Una cuna, una edad, un mismo todo?
¿ Te acuerdas de la infancia? ¡ Ah! no te acuerdas
De ese tiempo feliz y venturoso
Que otro tiempo agotó cual avirumas
Acuérdate Teodoro que hubo un dia
Que ocupados los dos en nuestros ocios
Exentos de pasión, de infamia, puros,
Un eco de repente pavoroso
Al alma hablaba, y triste predecía
Un porvenir aciago. Un otro dia
Temblando nos mirábamos, no orando
Ni temer ni esperar de tal pronóstico.
Ay! cuántas veces en los sacros templos
De la divina Palas, cuando el reposo
Reina del alma inmaculada y fuera
Cuando con paso firme y valeroso
Volaba el génio y de la gran natura
Los secretos espiaba; cuando en coro
De las sagradas ninfas acorría
A templar nuestros pechos y nosotros
Con voz incierta alzábamos el canto.
Ah! ya entonces el pecho temeroso
Latía, cual las hojas del arbusto
Que ven venir el huracán furioso,
De amistad y de afectos inocentes.
Dañadas nuestras almas, era el gozo
Del arte encantador que ya absorvía
De nuestros pechos los ardientes votos.
Cuántas veces en la hora en que descansa

Naturaleza, alzábamos el tono;
Y cuántas veces vino á interrumpirle
El padre de la luz en carro de oro!
¿Qué era yo para vos, amigo entonces?
¿Qué nuestras almas? El alegre otoño
Sus verdores nos muestra tan risueños
En las plantas y flores, que ya el noto
Amenaza arrancar; oh recorramos
Esos sagrados claustros do el decoro
Un asilo buscara, aquellos sitios
Al silencio librados y al reposo,
De eterna arquitectura fabricados,
Colosal monumento y testimonio
De la activa virtud de nuestros padres.
Allí empezó á correrse el misterioso,
El oscuro telón que infausta suerte
Por mí encubriera, mas el ominoso
Pesar que me ocupara fué partido
Con vos, precioso joven; te es notorio
Que tus consejos despreciando entonces,
Ardiendo el pecho en fuego impetuoso,
Al amor me entregué de la que sabes;
Que me acogió la dicha, más al pronto
Pasó cual suele el remontado buitre
Por la región del aire vagoroso
Sin vestigio dejar de haber pasado;
Que pesares siguieron á mis gozos,
Y que el dia llegara en que tu amigo
De vos huyera y hasta de sí propio;
Que en furores el pecho enardecido

Lanzando horrores sin piedad ni enojos
Resolví abandonar los láres pátrios,
Y de tí me aparté siguiendo el polvo
Del carro de la Diosa sanguinaria.
Tú, si fijaste tus amigos ojos
Sobre el segundo de mis cantos tristes, (1)
Habrá tu corazón sentido como
Se hizo mi situación acerba y dura.
Oh! maldito por siempre el mentiroso
Que dijo era virtud la impía dureza,
Aras alzando al cruel y al ambicioso;
Que del amor lanzó al varón sencillo,
Dejando yermo el lecho del esposo;
Y á la triste horfandad y al lloro eterno
Condenó la mitad del orbe todo!
Yo combatí conmigo mismo, y cuando
Me estrechaste en tus brazos cariñosos,
Sé virtuoso, por siempre, me dijiste,
Bañando en llanto tu apacible rostro.
Yo te lo prometí cuando á apartarme
De vos me resolviera: presuroso
Hacia esta Capital guié mis pasos,
Oye lo que siguió mi buen Teodoro,
Oye y condena á tu infeliz amigo
Que la virtud abandonó, y hoy solo
Sin carácter, sin patria, sin él mismo,
Se ve librado al Boreas proceloso
De sus crímenes.... ¡Oh lenguaje nuevo,

(1) La segunda de las elegías del autor, en que describe el tiempo militar y las desastrosas campañas en que se halló.

Para tu corazón puro y virtuoso!
Oye Teodoro el deshonroso canto;
Oye y no me disculpes, yo os lo imploro.
En este país emulador del griego
Do se despliega el inmortal tesoro
De la célebre Europa, en los umbrales
Que bañan los cristales abundosos
Del espumoso Plata, do natura
Con un sistema vario y prodigioso
Multiplica sus formas mejorando
Su pincel elegante y poderoso;
Donde amor y las gracias han formado
Un sistema esclusivo y voluptuoso,
Y el arte de rendir á los sensibles
Es propiedad del sexo delicioso.
Este es el caso que la Vénus bella...
Pero ¡con qué lenguaje!; ¡con qué modo!
Nuestra filosofía aquí claudica
Teodoro amado, y el sentido solo
Puede hacer ocasiones de prudencia.
En una tarde que paseaba en torno
La inmensa población, y conducía
Mis fatigados pasos al hermoso,
Al delicioso sitio en que las aguas,
Compañeras de amantes cavilosos
Con blando murmurar ligeras marchan
Dando á la tierra un céfiro gustoso,
Una beldad Teodoro ¡oh! que es ahora,
La ocasión de mis penas y mis lloros,
Se presentó á mi vista. Mas pintarte

La expresión elocuente de sus ojos,
El albor de su tez, formada al cabo
De lirios y azucenas por sonrojos;
Los breves hemisferios, que señalan
La mansión del amor....no, no es dado.
Mi voz es débil, muy humilde el tono.
Yo osé hablarla, Teodoro, y no sabía
Ni de mí, ni de vos. Más venturoso,
Logré que una ocasión mi duelo oyera,
Y no sin compasión, que el amoroso
Furor que me abrazaba y que en conflicto
Ponía su candor y su decoro
Prometiera apagar: más hizo amigo,
Dejó escapar sobre el divino rostro
Lágrimas de ternura y protestóme
Que este era de su amor primer despojo.
Un mortal que sufriera los furores
De las olas del mar y victorioso
La tierra hollara de la muerte lejos,
No fuera tan alegre y venturoso,
Cual era yo, cogiendo las primicias
De este triunfo feliz. Era forzoso
Que la esperanza ardiendo en nueva llama
Me aprisionara más con lazo de oro
Al objeto precioso de mis ansias.
¡Que situación difícil y escabrosos
Los medios de lograrla! Ella temblaba
Al nombre solo del amor, y no oso
Burlar su sencillez inmaculada.
Mas qué valen preceptos rigorosos

De una moral austera que reprende
Los instintos del alma? ¿Mas, que apoyo
Preparan los hábitos violentos,
Que la ignorancia ciega, con desdoro
Del siglo de la luz, infunde al pecho,
Para librarlos del comun trastorno?
El corazón fracasa apenas piensa
Resistir al embate poderoso
De la naturaleza. Ay! yo la he visto
Enrojecer la nívea de su rostro
Cuando, un tierno suspiro, interrumpido
Por otro más amante é impetuoso
A mí me la entregaba; á mis furores,
Venció el amor ¿quién resistirse puede
A sus encantos? Bastaré yo solo
A publicar lo que es, que no en la Arcadia
Amor hiciera solo hombres dichosos.
Ella así lo entendió cuando entregada
A mi mortal deliquio, el labio hermoso
A los míos aplica, y la ambrosía
De Jove soberano sorbí al pronto.
Asida de mi cuello, el peso siento
De sus divinas formas y contornos,
Me toca ya la magia seductora
De su vientre ligero y voluptuoso.
¿Qué corría en mis venas? fuego puro,
Fuego del Etna, activo y ardoroso,
Que todo lo devora y purifica.
¿Qué es probar el encanto ponzoñoso
De sus besos amantes? ¿qué es sentirse

Empapado de lágrimas el rostro,
Que fabricaron las divinas gracias?
¿Cómo puede pintarse el cuadro hermoso
De dos amantes que natura uniera
Por simpática acción? ¿quién los coloquios
Inefables del alma copiaría?
¿Ese lenguaje de ayes y de lloros,
Esas palabras que el desorden forma,
De efectos vehementísimos, al modo
Que de una tempestad es el granizo,
El trueno, el rayo, el aire, el agua, todo,
El simple efecto de una causa sola?
No es desgraciado el hombre que el tesoro
De su felicidad quitar ánsia,
Pues si lo espera, él es más venturoso
Que lo era yo en el seno de los gustos,
Deseando más y más, como el hidrópico
A quien la sed fatiga y atormenta,
Que bebe por estar más anheloso.
¿Qué faltaba á mi dicha? Caro amigo,
¡Ser criminal é infeliz faltaba solo!
Allá cuando absorbido en mis transportes
Como un átomo el orbe era á mis ojos,
Oigo una voz que hundida entre suspiros
Me dice: « Hombre fatal si mi decoro
« Es el trofeo de tu ardiente llama,
« ¿A qué naciste? vuélveme el reposo
« Que injusto me robaste. ¡Ah bien lo entiendes,
« Ves la naturaleza en vuestro apoyo
« Dorarme el precipicio en que me abismas!

« Mas, ¿quién me ha de salvar? ha de ser otro
« Que el mismo que ha jurado amarme tanto?
« ¿Y si esto es cierto te será costoso
« Hacer el sacrificio que exigiera
« Mi estimación, mi fe, mi amor precioso?
« Te costaría, dime, en los altares
« Jurarme tu pasión con labio heroico,
« Y ser tú, desde hoy, ese ser raro
« Objeto de mi amor y eternos votos?
« Que ser así, bien mío: el noble pecho
« No ultraja á la que adora. Yo antepongo
« Tu amor á todo el resto de los hombres,
« Y si es cierto que el uno para el otro
« Ha nacido, cual dices, ya no temo
« Que tú te portes menos generoso.
« Bajo un techo amigable, y ocupados
« De los placeres dulces y sabrosos
« De amor y de amistad, llegará el día
« Que rodeados de amables y graciosos
« Frutos de nuestra unión, se satisfaga
« De natura el designio: no el pomposo
« Brillar de la fortuna ultraje tu alma
« Para amor y virtud nacida solo:
« Vos eres mi universo, y yo en tus brazos
« Ocupo de la vida el mejor trono.
« Asegúrame, pues, que así tu juzgas
« Y triunfarás de mí según tu antojo
« Afírmalo y cerrándome en tus brazos,
« Sabrás lo que es amor, ser venturoso. »
No permití cesara el hechicero

Discurso que ablandaban sus sollozos;
Con presteza mayor que la del rayo,
Corro temblando y á sus piés me postro:
« ¡Oh qué quieres de mí, clamé, bien mío,
« Que pueda á mi fineza ser costoso?
« Dudaré unirme en sempiterno lazo
« Al mejor de los seres? Yo te adoro,
« Yo te lo juro... No acabara el labio
Cuando me torna, oh Dios, el mas dichoso
De todos los mortales.... ¿Quién pudiera
Explicar este instante prodigioso
Manantial de placeres inefables?
Cual si de un sueño largo y soporoso
Hubiera de otras regiones despertado
En donde se sintiera de otro modo,
En extásis miréla sumergida,
Y hasta la estoy viendo. Si Teodoro,
Que parecía un genio, un ángel puro
Que había humillado su esplendor glorioso
Por favor de un mortal. Aquí copiarte
Quisiera (pero, cómo, ni aun de Apolo
El divino entusiasmo, bastaría)
Los ojos fijos, lánguidos, llorosos
Doble el carmín de sus mejillas blancas,
El pecho palpitante y más hermoso,
Sus miembros caídos con inercia blanda,
El cabello librado á un abandono
Mas gracioso que el arte: finalmente
Todo fué tan celeste y prodigioso
Que el primer sentimiento de la vida

Y el último sin duda, fué allí todo
Empapado de amor y de deleite.
El Dios nos contemplaba que oficioso
Desciende de mil Gracias rodeado
Y derrama amapola en nuestros ojos.
Un sueño blando de que nunca ¡oh cielo!
Hubiera despertado, me hace al pronto
Un mortal de otra esfera; mil imágenes
Perpetúan mi dicha y presuroso
Cual relámpago corre el tiempo tardo.
Vuelvo de mi sopor y en tierno lloro
Veo á mi amor que redoblaba fina
El juramento de su amor precioso.
¡Ya el mío me pesára! Despedime,
Y á mi casa y al lecho luego torno;
Medito mi fortuna, me contemplo
Y me hallo un criminal impetuoso.
Soy un perjuro ¿lo creerás, amigo?
Yo ofrecí un sacrificio que cumplirlo
No está en mis manos y es forzoso falte
El desamor eterno, el abandono
De la que ayer tan venturoso me hizo.
¡Yo unirme para siempre en matrimonio!
¡Ofrecerme á mí mismo! ¡renunciarme!
¡Precipitarme al día tenebroso
En que embotado el gusto, imbécil sea
Mi tormento, la misma que hoy adoro!
¿Negarme á los hechizos de beldades
Que si por ahora afortunado ignoro,
Mañana á mi pesar sentirá el pecho?

Tú me conoces bien, caro Teodoro:
Sabes cuánto abomino el romancesco
Deliberar de los amantes locos
Que á una hora de placer ciegos se venden
Para aburrirse de la vida pronto.
Yo más quiero morir que desposarme,
Y perder el mejor, el más precioso
De los dones del hombre. No, no cumplo
Sacrificio tan crudo. De este modo
Angustiado en mi lecho meditaba,
Cuando el sueño cerró mis tristes ojos.
Agitada mi ardiente fantasía,
A la acción animal cedió el reposo,
Y una imagen tras otra, horrible estorbo
Me despertaba, cuando presuroso
Latía el corazón de miedo opreso.
De repente, arrastrado al almo sólio
De Temis soberana, me contemplo:
Su airado ceño adusto y enojoso
Me hizo temblar... reparo luego al punto
Que las vírgenes entran y á su turno
Colocadas le hacían reverencia.
Cuando el eco mortal y pavoroso
Sonó de una mujer que corrió al ara,
Descompuesto el vestir, lívido el rostro
En negro traje que infundía miedo:
« Oh diosa», exclama, «del virginio coro
« Tutelar de mis días, consagrados
« A tu honor y á tu templo, á vos imploro
« Vengues mi fé burlada y tus altares:

« Ved marchito por siempre el lirio hermoso
« Con que me ornaste vos, Virtud divina!
« Yo no os abandono. Allá en el fondo
« De mi alma penetrad: yo fuí engañada;
« Me sedujo su labio mentiroso;
« Tus favores perdí, me hice culpable,
« Hundí mis días en el hondo caos
« De la infamia de donde huir no puedo.
« Vengad ¡oh justa diosa! el tierno lloro
« De una sin par y desolada madre
« Digna de mejor hija; el cruel desdoro
« De una triste familia; desagravia
« Tu nombre escarnecido». ¡Oh Dios! al pronto
Yo ví, Teodoro amado, no te engaño
Abrirse los infiernos, donde un negro
Pestífero vapor eterno reina;
Cadáveres de fuego unos sobre otros
Rayos lanzando y con feroz sonrisa
Exclamar desde allá de lo más hondo:
« Ven con nosotros criminal, perjuro,
« Goza de tus delitos con nosotros».
Al latido mortal que el pecho diera
Despierto ¡oh Dios! me dudo... me conozco
Y el temor me persigue aun de mi sueño.
Ved, mi querido amigo, ved ya roto
El secreto gordiano, ved la fuente
De mis males sin fin. Ya yo soy otro
De aquel que otro tiempo en vos cargaba
Sus inocentes cuitas. El pasmoso
Inaudito secreto que os confío

Ténlo ignorado; mas si generoso
Quieres aun ser amigo, aconsejadme;
Mientras tanto á las penas me abandono
Y no sé si tu amigo he de llamarme.
Soy criminal y falso: el más odioso
Soy de los hombres, mas si vos me acorres
Cederá mi hado acerbo y ominoso;
Feliz mi adversidad será si logro
La compasión de un corazón virtuoso.

A UNA ROSA *

Señora de la selva, augusta rosa,
Orgullo de Setiembre, honor del prado,
Que no te despedace el cierzo osado,
Ni marchite la helada rigorosa.

Goza más; á las manos de mi hermosa
Pasa tu trono; y luego el agraciado
Cabello adorna, y el color rosado
Al ver su rostro aumenta vergonzosa.

Recógeme estas lágrimas que lloro
En tu nevado seno, y si te toca
A los labios llegar de la que adoro,

También mi llanto hacia su dulce boca
Correrá, probarálo, y dirá luego:
Esta rosa está abierta á puro fuego.

Buenos Aires 1820.

* Publicada por primera vez en la América Poética, ed. 1846, pag. 386

LAS FLORES *

ODA

Astros amables de la madre tierra
Luces del prado, espíritus del orbe,
Hijas del sol, hermanas de la aurora,
Sentid mis voces;
Ora la noche entre su horror sublime
Tanta beldad tirana descolore,
Ora del sol bebais las luces puras,
Oidme, flores:
Que suave canto vuestro dulce genio;
Embalsamado el céfiro transporte
Hoy mis acentos cual llevaba el eco
De mis amores;
Vos que me dais los besos de mi Lise
En cáliz de oro, recibid mis loores,
Que flores dice el labio cuando dice
De Lise el nombre.
Sois de la tierra el ornamento digno;
A su vejez prestais matiz y olores,
¡Oh cuanto os debe, que por vos es siempre
Virgen y joven!

* De la Colección de manuscritos y autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.
Copia sacada de un autógrafo que me facilitó don Luis Varela. Es otra de Lafinur y fué leída en una asociación de jóvenes formada en 1821 de la cual eran socios Alsina, Manuel Belgrano, Alcorta, Baldomero García, Portela, Francisco Pico. El señor Luis Varela posee las actas originales de otra sociedad cuyo objeto principal era difundir ideas liberales.
Se leían disertaciones y se hacían juicios críticos de las mismas.
(Nota de Dn. Juan María Gutiérrez.)

Ella no muda posición ni forma
Eternos son del monte los verdores,
Vos les varíais el rostro y cada día
Nuevo en su porte.
Sin vos ¡qué fuera su lozana pompa!
Cielo ni astros pareciera entonces,
Ni alzarán vanos su soberbia frente
Tristes los montes;
Ni deleitoso bañaría el río
Sus dulces playas, sus nativos robles,
¡Oh! si faltais, natura desfallece
Yerma é inmóvil.
Mudo el amor guardara sus misterios
Dentro el desierto, y en la negra noche
Asaltaría al alma ocasionando
Crudos dolores;
No lo aspirara el pecho enardecido
Dentro de aromas cuando el aura sorbe,
Ni vagaría del jazmin á Lise
De Lise al hombre.
Robad las flores de la tierra y presto
Tornará en luto su boato noble,
Robad las flores al alma y la huesa
Cubrirá al orbe.
¿Donde mi pan de mieles me escondisteis?
(Dirá la abeja) susurrando amores;
Donde mi dulce regalado nido
Donde está, donde?
Qué es *mi alegría?* sonaría el prado:
De *Lise el lecho* pediría el bosque:

Nuestra delicia, clamaría el eco
De los pastores.
No de arirumas cual el oro rubias
Fuera la alfombra do la planta pose
Al viento dando el canastillo leve
La hermosa Cloris.
Ni ya en sus pechos las violetas mueven,
Asperas hojas que su seno esconden;
Estas no sienten ni inspirar procuran
Dulces pasiones.
Oh cuan amable sois á los mortales
Divinas flores! Angeles inmóviles
Velais de día cual el sol la tierra,
Dormis de noche.
No es triste el campo do vivis; Natura
Dió su decreto: donde existen flores
Allí placeres y esperanzas, vida
Lleven al hombre.
De cieno inmundo un piélago corriendo
Triste el viajero registró en sus bordes
Que una azucena levantó su cáliz;
El vióla y rióse,
Tal en el pecho enamorado nace
Feliz riendo la esperanza noble;
Talvez se asienta la virtud hermosa
Sobre dolores.
Chupan el llanto de la noche triste,
Vuélvenlo al día en bálsamos y olores;
Así se ve que con su pena misma
Curan al orbe.

Volad amantes á los dulces sitios
Do primavera ostenta sus primores,
Llegad al alba antes que el astro queme
Los horizontes.
Qué cuadro augusto! El genio solitario
Aun no del todo abandonó los bosques,
Que en sus misterios todavía algunos
Troncos se esconden.
Mirad las rosas: Pálidas las madres
Ayer se vieron cuando el sol se pone
Y hoy tan lozanas!... quién, prodigio tanto
Ha obrado entonces?
El amor era: tálamo y esposo
Diólas ayer, robó sus arreboles
Mientras amaban. Ahí está la causa
Ved ahí la prole.
Pronto en la alcoba de mi Lise ufanas
Dentro cristales que su amor dispone
Cuna tendrán los tiernos infantitos
Que ella recoge.
Allí testigos de su dicha ó pena
Aspirarán suspiros y transportes,
Aspirarán el fuego, cual aspiran
La agua en el bosque.
Irán sus almas de mi Lise al lecho
Cuando ella duerme y con fineza doble
Oprimiránla, besaránla tiernas
Toda la uoche.
Unas al pecho y otras al oído
Dirán Fileno, doblarán las voces,

Serán presente á su adorada Lise
Fileno entonces.
¡Oh quien me diera ver á mi pastora
Cuando despierta de Fileno al nombre,
Cuando lo busca en su encantado lecho
Y él no responde!
Cuando azarosa de verdad tan dura
Vuelve á sus dulces plácidos errores,
Vuelve amor y anéganla de nuevo
Sus ilusiones.
¡Oh cuán lasciva el velo avaro arroja
Que de sus formas la beldad esconde!
Vénse en sus pechos de deleite hinchados
Nieve y pasiones.
Sus miembros tiende voluptuosa, imprime
A el vientre hermoso amor oscilaciones;
Dicen que el genio solitario vióla
Y enamoróse.
¿Viste desnuda á la que adoro? ¡Cielos
Tan venturoso vuestro amor miróse!
Sabed que es mío, flores, cuanto visteis
Y no os asombre.
Que ya me ha dado de su amante boca
Vuestro ámbar mismo. El lábio si probóle,
Y muchas veces... que por mí lo digan
Hombres y dioses.
Sabed cuitada que quien mas altiva
Hoy se le ofrece, prisionera y pobre,
La dará Lise á su pastor mañana
Sin dilaciones.

Mas no os dé pena, cuanto á Lise adoro,
Yo os amaré; si el sentimiento atroce
O el tiempo mismo os palidiza, os seca
Y os descompone.
Muertos aun habreis ventura, amigas;
Y Lise ireis cubriendo los renglones
Do leerá amor; ¡quizá mi fuego el suyo
La vida os tornen!!!
A do me arroja el entusiasmo ciego!
Perdonad flores mi cruel transporte;
Que ha blasfemado mi furor insano
De vuestro nombre.
Sois inmortales, vírgenes de Aonia
Primero falten al Olimpo soles
Que os marchiteis vosotras en las faldas
Del sacro monte.
Allí las nices de Hipocrene augusta
Cuando los prados de amaranto corre,
Bebais dichosas, y á mi sien bajando
Me deis amores.
Sea cubierto en pámpanos de azahares
El plecto amado en que canté pasiones
Que inspira Lise ¡ay Dios! que ni ella misma
Las reconoce!
Yo bajaré contento hasta mi tumba
Ni de la tierra esperaré otros dones
Que los de amor y de amistad
Divinas flores.
Lise llorosa os verterá en mi huesa
Su llanto hermosa y vuestra esencia me oblen
Los funerales; mausoleo haránme
Cielos y bosques,

ELLA EN EL BAÑO *

Ella sale del baño
más tersa que la nieve
pero mi pecho en breve
se ha sentido abrasar.
Yo ví para mi daño
la hermosura divina
más pura y cristalina
que se miró jamás.
Sacaba en la apariencia
La blancura del hielo
pero el fuego del cielo
ocultaba sagaz;
así como la aurora
mensajera del dia
la frescura que envía
al sol viene á anunciar.
Así fué presurosa
en su baño mi bella
de la ardiente centella
que me debió abrasar.
El negro de su pelo
encrespado y luciente
sombreaba de su frente
la dulce majestad:

* De la Colección de manuscritos autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

este rizado velo
á la ceja se estrecha,
á ese arco de la flecha
que amor despide audaz.
Oh Dios! llegué á sus ojos ....
quién podrá retratarlos
si al punto de mirarlos
se roban el mirar?
Mil almas por despojos
cuentan sus niñas bellas,
que solo tienen ellas
alma para matar.
Ya centellando fuego
á los astros compiten
y al corazón derriten
con su llama inmortal.
Ya con desasosiego
ó en calma enternecidos,
ó se finjen dormidos
ó nos finjen amar.
Ellos de todos modos
el pecho se arrebatan,
y dulcemente matan
sin sentirse el puñal.
Cuando los ojos baja
para suavizar la herida
por su nariz pulida
desciende el dulce afan;
este perfil que ataja
la fuerza de los rayos

no impiden los desmayos
que ellos saben causar.
Su boca . . . . aquí enloquece
la mano en el retrato,
todo, el amor ingrato,
lo viene á perturbar.
Cuando ella habla, enmudece
la gran naturaleza,
que todo se embeleza
y se pone á escuchar.
Su labio candoroso
robó á la clavelina
la grana que destina
solo para inflamar.
Sus dientes vanidosos
allí las perlas tienen,
allí es adonde vienen
las gracias á jugar.
La rísa de la aurora
entre aljofar se asila
y al abrirse destila
lo dulce del panal.
En fin ella atesora
inefable embeleso
si á un angel diera un beso
lo volviera inmortal.
Ay! Yo siento entre tanto
en llamas convertirme
y en amor consumirme
sin poder acabar.

A vista de este encanto,
quién sabe de sí mismo?
Todo en ella me abisma,
ni atino á continuar.
Bajaremos la vista
al delgado tejido
que su pecho bruñido
se ha atrevido á ocultar.
Pueden hacer conjunto
de todos los imperios
esos dos hemisferios
que amor quizo tornear.
Un rubí delicioso
es el botón que asoma,
sobre una y otra poma,
de néctar celestial.
Del seno primoroso
se reparte á porfía
la exquisita ambrosía
que todo ha de bañar.
El delicado brazo,
la breve y blanca mano,
y cuanto al ojo humano
no es dado registrar.
De Venus el regazo
cómo podrá pintarse?
Más vale abandonarse
á un deliquio mortal.
De su fina cintura
circulada de amores

gracias, deseos, ardores
desprende sin cesar.
Por la noble estructura
de dos columnas bellas,
se deslizan las huellas
del centro del gozar.
Ellas, al fin terminan
en ese pié pulido
que del goce escondido
es la mejor señal.
Mis ansias desatinan
al solo imajinarle
si no puedo gozarle
será mejor callar.
¡Salve claro elemento
que has sido tan dichoso
lamiendo el cuerpo hermoso
de la mejor beldad!
¡Salve amable portento
que todo me enajenas;
si te duelen mis penas
déjate de bañar!
Pero, no, sigue el baño
que forma tus delicias,
y hazte allí mil caricias
al verte retratar.

Á LA GLORIOSA JORNADA DE MAIPO *

POR UN PATRIOTA.

ODA

Cantar el triunfo ilustre, la victoria
Que consiguió la patria en la jornada
Que hicieron sobre el Maipo sus soldados
Tanto como su gloria,
Es la obra grande, solamente dada
A la trompa de genios más osados;
Sus versos delicados
Sabrían perpetuar tan claros hechos
Más que en el jaspe, en nuestros tiernos pechos.
Yo lo quisiera, y á la misma vez,
Me intimida mi propia pequeñez.
Mi numen se resuelve, pero tarda,
Se anima á penas, cuando se acobarda.

Dócil al genio mi razón se mira
La ley del corazón á obedecer
Y seguir su transporte.... ¡Oh! ese mismo
Que anima los encantos de la lira,
Cuando á su son se canta un gran placer,
Ese mismo dedica al heroismo
Mi ardiente patriotismo,

* De la Colección de manuscritos y autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Al héroe, á quien la fama
En raudo vuelo por el sud le llama
El genio de la América, el Atlante
De los patrios derechos; y al instante
Amor responde con placer vehemente,
Dulce esperanza de la libre gente.

Hubo una noche ¡Oh noche! en que el horror,
Al suelo y los cuidados presidiendo,
Todo en negro nublado lo envolvía;
Nuestras huestes ocupan sin temor
El campo, que otra vez con alegría,
Y con gloria ocuparon .... El estruendo
Se escucha de repente.... más horrendo
Al coraje domina, y á su abrigo
Soberbiamente audaz el enemigo
Con oculta maniobra invade, y luego,
Envueltas nuestras tropas en el fuego...
Por do quier la ala izquierda derramada...
Si no es conflicto, ó muerte, nada han, nada.

¿Quién nos vió en tal estado? cruel pesar!
Sin Patria suspirar, y en tal quebranto
Era un furor del mal nuestra esperanza:
Quien ahogaba su mísero llanto
Podría ser un crimen su tardanza;
Acrece la confianza
De los ingratos, que la patria ampara,
Cada uno con el dedo nos repara;
El pueblo corre, puebla sus altares;

Alzanse al cielo votos á millares;
La madre llora, el viejo se acobarda,
El joven se resuelve, el pueblo aguarda.

Pero el varón, que hacerse victorioso
De los contrastes aprendió en la cuna,
Y á apreciar el laurel sin arrogancia,
Manda, provée, asegura, y su constancia
Reune los dispersos con fortuna;
En difíciles lances animoso
Su aliento poderoso,
Por do quier se derrama, á todo alcanza.
Desagravio, furor, cruel venganza,
Respiran sus legiones. El intento
No consiente una pausa al movimiento:
A Maipo las conduce, no se tarda,
Que el triunfo con mil palmas las aguarda.

De combatientes mil la tierra llena
Parados los guerreros á la muerte,
Ella llega temblando, y se coloca,
Ejecuta la seña, el bronce truena
Empieza la matanza, y no se advierte
A cual el plomo mata, el filo toca.
Más, y más se provoca
La lid sangrienta, que el coraje inflama,
La sangre por torrentes se derrama,
Y en el nublado que hasta el cielo oculta,
Y en el tronar, que hasta el abismo insulta,
Confundense en el humo, en la ceniza,
El que acaba, el que expira, el que agoniza.

La borda del tirano protejida,
Por posición más fuerte y ventajosa
Destina sus estragos con fiereza;
Metralla, hacia los nuestros, homicida;
Mil veces el cañon mandarla osa,
Pero arredrar no pudo la firmeza,
El ímpetu, y braveza
De los soldados, que la patria cuenta.
Sobre escombros de muerte se presenta
Nuestra fila sufriendo con tesón
Los estragos del fuego y el cañón;
Miro sus pechos, y registro entonces
Los bronces estrellarse con los bronces.

Estrechanse, acometen sin tardanza,
Las espadas se encuentran, se equilibra
De la homicida acción el golpe airado;
El tropel sigue con más cruel matanza
Por el acero que esforzado vibra
El campeón, que en caballo desbocado
Acorre denodado.
La victoria del cielo presta asiste,
Y si á ceder sus palmas se resiste,
Es por que quiere que este triunfo sea
El único, en el mundo, en que se vea
Vencer al héroe en tan feliz jornada,
Que si no es su vencer, no quede nada.

Así triunfamos: El afortunado
Maipo lo vió, lo vió el tirano aprisa,

Y el cielo nos lo dijo sin cesar,
El campo de cadáveres sembrado,
Do la muerte con plácida sonrisa
Sus despojos levanta... aquí humillar
El soberbio sus armas, doblegar
Los altivos pendones no avezados
A humillarse á los galos esforzados:
Millares de infelices, que el favor
Imploran del bizarro vencedor...
No escapa nada: Alla dó va el deseo
Encuentra de este triunfo algún trofeo.

Salve númen del sud, héroe glorioso
Castigo del tirano: Si tus dones
La trompa de la gloria los proclama,
Cuando el placer más dulce, y abundoso
Domina nuestros tiernos corazones;
Al son con que os conducen á la fama,
Os sigue aquel placer, que nos inflama,
Y lágrimas arranca si se anuncia
Tu gloria, ó si tu nombre se pronuncia;
Placer demente, afectos extremados
De tu inmortalidad dignos legados;
El libre vive, y si respira al fin
Sus alientos tributa á San Martín.

A vos genios ilustres y vos solo
A quienes la celeste, sacra llama
Enciende el pecho, el corazón domina;
Amadores de Clío, hijos de Apolo

A quienes con el estro, con que inflama
Da encantos al placer que os determina
Vuestra lira divina
¿No registra en el Maipo los titanes
En las tumbas, los manes?
¿En el templo, el incienso de la gloria
Que escapa al hacedor de la victoria?
Acorred á mi voz, mi canto es vuestro:
Por que hable el corazón, acallo el estro.

A LA ORACION FUNEBRE *

QUE EN LA IGLESIA CATEDRAL DE ESTA CIUDAD FUÉ PRONUNCIADA POR SU PREBENDADO DR. D. VALENTÍN GÓMEZ, EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO.

No tiene poco de héroe el que sabe alabar dignamente á los que lo son.—Un escritor americano.

ODA.

Era la hora: el coro majestuoso
Dió á la endecha una tregua; y el silencio,
Antiguo amigo de la tumba triste,
Sucedió á la armomía amarga, y dulce:
La urna solitaria presidia
La escena que canta hoy la musa mía.

---

* La Colección pág. 310. La Lira Argentina pag. 312.

Que las virtudes que en su torno andaban
Velando su tesoro, y dando al cielo
Su llanto, su esperanza, y sus amores,
Al púlpito volaron; sus acentos
Dulcísimos sonaron; los oyeron
Los hombres,... y de serlo se dolieron.

¡Cuándo más dulce la verdad fué oida!
¡Cuándo sus rayos más apetecidos!
Y ¡cuándo más acerba nuestra pena!
Y ¡cuándo nuestra pena menos dura!
Milagros tuyos ¡orador divino!
Del corazón tu lengua halló el camino.

El pueblo suspiraba hasta tu frente;
Un canal misterioso se veía
Desde tu boca hasta él. Avara el alma
Se guarda tus palabras, cual si fuesen
Las reliquias del héroe que encarecen.

Un cuadro de virtudes delineado,
Por quien sabe sentirlas; de virtudes
Por quienes Clío aún no ensayó su trompa,
Ni la historia sus páginas, fué dado
A tu expresión feliz, dechado entero
De lo bello, lo tierno y verdadero.

No á la mísera Safo retrataste
Herida de un ingrato; ni de Ariadna
Los suspiros; ni lágrimas de Dido
Tu pincel espumara regalado;

Si al mausoleo penetraste triste,
Con mejor causa que Artemisa fuiste.

Aquí á la patria en su desdicha hundida,
Mostraste, señalando la urna avara;
¿Y quién no fué el primero á apresurarse
Para tenderle el brazo?... El patriotismo
Dijo á la Fama: *un héroe se ha acabado*,
Y en su pérdida mil han asomado.

¡Momentos fugitivos! ¡oh que vuelva
El dolor que nos diste! torna á vernos
Envanecidos de glorioso llanto;
Heríate el dolor; tú nos herías,
Con su espada y la tuya; que fué entonces
Mengua de tu poder no herir los bronces.

Centellas que despide el entusiasmo,
Y que apaga el sollozo... reticencias,
Más elocuentes que la lengua misma...
Tiernas interjecciones, usurpadas
Del sentimiento á la dialecta grave;
Leyes son con que el arte triunfar sabe.

Mas te bastó tu causa; tus prodigios
El cielo solo los obró en tu boca;
Si la sombra del héroe fué presente
A tu dolor sublime ¡qué contento!
Diciendo á su silencio tornaría:
¡Os vivo aún querida Patria mía!

Pero el tiempo... ¡cruel! y ¡cuál te engaña
El hombre en su consuelo! Vuela el tiempo...
¡Nuestra dulce ilusión, nuestra esperanza,
Se han acabado ya! Despierta el alma
A su afán anterior, y se estremece,
Y la verdad apura que aborrece.

Tú nos dejaste al fin, pero dejando
En nuestras almas la virtud hermosa;
Así obscurece el Sol, porque á otros climas
Vaya el torrente de su lumbre pura;
Así la rosa, cuando dulce espira,
Descarga su fragancia en quien la mira.

Viva en nosotros tu oración sagrada
Como el fuego de Vesta; orgullo sea
De las divinas letras; pesadumbre
De los tiranos; ornamento digno
De la patria; que al héroe honra mil veces
Más que mármoles, bronces y cipreses.

À LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO *

CANTO FÚNEBRE

Obsuit audentem rerum gravitasque, nitorque
Nec potuit cœpti pondera ferre mei
Ovid. ex Pont.

¿A dónde alzaste fugitiva el vuelo,
Robandote al mortal infortunado,
Virtud, hija del cielo?
¿Quién ayermó tu templo inmaculado,
Y tu antorcha apagó? Dinos, ¿adónde
El voto te hallará del varón justo?
Un eco pavoroso ¡ay! nos responde:
Olvidó para siempre al mundo injusto:
Al túmulo volóse, allí se esconde.
Y el justo lo sintió; que en su alta mente
Vió las desgracias que la patria llora,
Y antes que ella lloró; vió de repente
Gemir los bronces, dó el buril pronuncia
Los nombres de los hijos de la gloria;
De luto el estandarte que ántes fuera
Prenda de la victoria;
Ronco el tambor glorioso
Que predicó el combate y las venganzas;
Y al héroe que animoso
Vió su sangre correr en mil matanzas,
Y viólo en faz serena,
Hoy postrarse al dolor, darse á la pena.

* La Colección pág. 303. La Lira Argentina pág. 303.

Aún sintió más: en bárbara alegría
Los abismos hervir, y las pasiones
Del mundo apoderarse con fiereza;
De la guerra fatal la chispa impía
Avivar es su afán, y con presteza
La copa tiende el miedo á la venganza
Traidora é impotente;
Mientras que la ambición más insolente
Avanza hasta el terrible tabernáculo;
El velo despedaza, escupe el ara;
Truena la guerra, y mil desastres para,
Y mil sepulcros abre. La cuadriga,
En carro de serpientes arrastrada,
La densidad rompiendo
De una nube de crímenes preñada,
El paso se abre, y en los aires zumba
Un grito pavoroso á que responden
Los huecos de la tumba;
Grito fatal con que ella se recobra:
Murió Belgrano; consumada es la obra.

¿Es verdad? ¿El oráculo espantoso
Terminaría aquí? ¡Bárbara suerte!
¡Acabó la virtud! ¡Polvo y ceniza
Caen en el rostro que la misma muerte
No logró contubar! ¡La tumba triste
Por una ley precisa
Es el último carro de los héroes!
Sea: ¡y ¿qué resta, Muerte, al triunfo impio,
Si el valor es difunto!
¡Que resta ya sinó cambiar al punto
En sepulcro la tierra, divorciando

Al tiempo y á la vida para siempre!
Sol, que ves nuestro luto; ilustre padre
De la patria y la luz; tú que reinando
En las regiones dó sus lindes puso
La inmensa creación, viste las glorias
Del héroe que á tu causa reservaste;
¿Testigo del contraste,
Que por amarga pérdida lloramos,
Serás? Mil veces para sus victorias
Fué escasa tu luz pura;
Hasta aquella región donde natura
Escondió sus tesoros, y algún día
Aras de oro se alzaron á tu frente,...
Hasta allá fué su espada; y su energía
Vengó tu templo, y redimió tu gente.
Pero ¡á qué describir sus altos triunfos!
¡A que rumiar laureles marchitados
De la tumba en el hielo!
Contemplemos por único consuelo
A Belgrano inmortal en nuestras almas,
Y su alma contemplemos.
Su religión ¡Oh Dios! ¿Quién como él supo
Rendir al ara el estandarte altivo
Y al Dios de los combates acatarse?
Su pecho compasivo,
Cuando estaba la gloria fermentando
Sus soberbias semillas,
Y en el furor del triunfo, él las ahogara
Por mejor heroismo,
Y á la hueste rendida le declara
La vida y libertad. Su patriotismo,
Su celo por el bien, su porte justo,

Su generosidad... Gritadlo á voces
Legiones que á la gloria condujera;
Vosotros que á su ejemplo fuisteis siempre
Pródigos de las almas;
La miseria espantosa, la hambre fiera,
La estación penetrante ¡ay! combatisteis
Con vuestro general: ¡Oh! vos sentisteis
De su pecho las tiernas emociones;
Vos le visteis mil veces
Primero que la luz, volar en torno
De vuestras pesadumbres. ¡Cuántas, veces
No os consoló su ejemplo poderoso!
Y cuando la fortuna en sus reveces
Falló ciega por vos, en sus abrazos
Cogisteis con usura,
El precio á tanta pena acerba y dura.
Rodead también el negro monumento,
Jóvenes tiernos que al santuario ilustre
De la hermosa virtud habreis llegado
A merced de su amor. Quería el hado
Perpetuar en vosotros sus caprichos,
Y ciegos á la luz, parar el día
En que fuerais esclavos:
Belgrano combatió su tiranía,
Y con piedad heroica y sin ejemplo,
De la alma educación os abrió el templo.
¡Qué más quiere la tierra! No, no es ella
Para quien tanto se hizo:
La virtud quiere su obra y se querella
Contra el tiempo y el crímen;
La eternidad á unirse con el hombre
anhela ávida y torva;

Y ella y la muerte con furor oprimen
La muralla de bronce que lo estorba:
¡Ay! que el dolor, la enfermedad acerba
Legados de la parca,
Desploman su existencia, y Esculapio
Jamás, jamás tan crudo
En sus altares lágrimas ver pudo,
Y lágrimas tan justas!!
Iba á rayar el día en que la patria
Recuerda de su cuna la hermosura;
Triste era esta alba, no cual la alba pura
En que el mundo la vió libre y señora:
El bronce en truenos su llegada anuncia,
Y Belgrano lo siente; en esta hora
Desasirse pretende de la muerte
Que lo ahoga y lo devora:
Cárdeno el lábio, trabajosa el habla
Al cielo alzando las deshechas manos,
Se rindió á un parasismo... Americanos,
Un cuadro tan terrible, y tan sublime
Os faltó ver; entonces clamaríais:
Nuestra patria no vuelve á los tiranos
Vuela el tiempo sus alas empapando
Del excelso vivir en las corrientes
Hasta secarlas todas;
Belgrano ya no alienta; ¡oh! ¡qué elocuentes
Son sus miradas lánguidas, sus formas
Escuálidas y tristes!
Así descansa el ave hermosa y pura
Sus plumas y matices recogiendo,
Pronta á volar á la suprema altura,
Y mostrarnos sus alas derramadas,

De oro y azul celeste salpicadas.
Héroes de nuestro suelo
Que habeis volado de la gloria al templo,
A la tierra dejando
Sangre, gloria, virtud, fama, y ejemplo
Ved vuestro general: corred el velo
A las doradas puertas, mientras tanto
Nosotros con desvelo,
Visitaremos la urna para darle
Tributo eterno de amargura y llanto.

Año 1820.

Á LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO *

CANTO ELEGIACO

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas lozas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo,
Al ángel entregado de la muerte,
Que á la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal á los tiranos; ni la hueste
Repite de la Patria el sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.

* La colección pág. 297. La Lira Argentina pág. 308.

Hoy, enlutando su pendón, y al éco
Del clarín angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible,
Que el llanto asoma só la faz del héroe! ...
Y el lamento responde pavoroso
Murió Belgrano, ¡ó Dios! ¡asi sucede
La tumba al carro, el ay doliente al viva,
La pálida azucena á los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
¡La tierra fría cobra tus despojos,
Que abarcará por siempre; mas no puede,
Campeón ilustre, Atleta esclarecido,
La mano que te roba hollar las leyes,
Que el corazón conoce; el jaspe eterno (1)
Tu nombre mostrará á los descendientes (2)
De la generación que te lamenta.
La patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que le amaga
El anárquico horror: la ambición prende
En los ánimos grandes, y la copa
Dá la venganza al miedo diligente.
Aun de Temis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo: el inocente
El inocente pueblo, ilustre un dia,
A la angustia entregado: el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando
Escapa al atambor: el país se enciende

(1) Que el corazón conoce; envanecido (La Lira pág. 309).
(2) El jazpe os mostrará á los descendientes (La Lira pág. 309).

En guerra asoladora, que lo ayerma:
Asoma la miseria, pues que cede
La espiga al pie feróz que la quebranta,
Y ¿ora faltas, Belgrano?... ¡Así la muerte,
Y el crimen, y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
Y diez años de afan!...: ¡Todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un dia; marchitólas
La nieve del sepulcro. Asi os lamente
La legión que á la gloria condujiste:
Con tu templo inmortal probó el deleite,
La magia del honor, y con destreza
Amar le hicisteis el tesón perenne,
La hambre angustiadora, el frío agudo...
Suspende ¡Oh musa! y al dolor concede
Una mísera trégua. Yo lo he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo.
Ora rayo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza y triunfa y luego...
¿Qué mas hacer?...El desairar la suerte,
Y ser grande por si; esta no es gloria
Del comun de los héroes, él la ofrece
En pró de los rendidos, que perdona.
Ora el genio se presta, y lo engrandece:
Corre la juventud, y á la natura
La espía en sus arcanos, la sorprende,

Y en sus almas revienta de antemano
El gérmen de las glorias. (1) ¡Oh! ¿quien puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazón de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien? ¡Solo á tí es dado,
Historia de los hombres: á tí que eres
La maestra de los tiempos! La arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe,
En tí se deposita: recogedla,
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos ¡sombras preciosas de Balcarce,
De Oliver, Colet, Martínez, Velez!
Ved vuestro general; ya es con vosotros;
Abridle el templo, que os mostró valiente.
¡Tucumán! ¡Salta! ¡Pueblos generosos!
Al héroe del Febrero y del Septiembre
Alzad el postrer himno; mas vosotras,
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes
Coronasteis de flores, id á la urna,
Y deponed con ansía reverente
El apenado lirio; émulo hacedlo
De los mármoles, bronces y cipreces.

Año de 1820.

---

(1) La Academia de matemáticas establecida en Tucumán para la instrucción de los caballeros cadetes, y á la que el autor tiene el honor de haber pertenecido. A este propósito hubiera dicho mas en detalle algunos de los hechos que han marcado su vida con caractéres eternos de filantropía y humanidad; tal como el de la fundación de escuelas de primeras letras en varios pueblos á sus expensas; pero esto no ha sido posible atendida la brevedad del canto, y la premura del tiempo. (Nota de la Lira).

Á LA LIBERTAD DE LIMA

ODA *

Hasta allá donde llega el himno patrio
Quiere alzarse mi voz: ¡valedla cielos!
¡Dios del verso y de Delos!
¡Dios de la Patria! En tu fulgor divino,
Arda por siempre irrefrenable el alma;
Prenda en mi sien tu rayo, y el destino
Y las glorias diré del Mundo Nuevo.
¡Salud, hijos de Febo!
La virtud hoy las rosas amontona,
Do posará por siempre vuestra lira;
Que ya os señala el génio que os inspira
De laureles sin sangre una corona;
Cantad la patria, y la virtud amada,
Cantad la salvación, que ya aherrojada
En el Averno la crueldad se mira;
La libertad alzada
En tronos de oro, la virtud vengada
De tres siglos de oprobio ¡Oh ved cual frena
Sus estragos el bronce! cual resuena
El himno augusto de la paz querida;

---

* La Lira Argentina, pag. 400.
La Colección, pag. 174.
Se publicó en hoja suelta, y puede verse un ejemplar en la colección de don J. M. Gutierrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Que el heroismo aprisionó la guerra
Con candados de hierro, y para siempre
Tendió su brazo al hombre, y de la tierra
Se encargó la virtud: ved que la fama
Al romper su clarín omnipotente,
No hay más que un héroe solo
Gritando va de un polo al otro polo.
Y vos lo visteis cuando el genio dijo:
Fué la salud de Lima ¡que impotentes
Sus hebras dirigiera
La discordia tenaz! la vista fiera
Arrojó al rededor, miróse sola
Y llamó á la venganza, concitóla,
Hizo el postrer amago, y disipóse,
Y el abismo cubrióla.
La América su rostro lacrimoso
Al cielo alzando, registró en sus luces
Su destino glorioso;
Que en letreros de estrellas miró escrito
De San Martín el nombre; vió allí mismo
Su antiguo poderío, su heroismo,
Virtud, leyes, riqueza... todo viólo
En el augusto manto del Olimpo.
No fué esta una ilusión, sombra mentida
Que engañara su afán ¡héroes del mundo
Que sois soles del cielo,
Vos nos mirasteis dulces; fué este suelo
Bendecido por vos, por vos fecundo
De bienes y virtud. ¡Oh! sois los mismos
Que en Chacabuco y Maipo encadenasteis

La ambición orgullosa; en los abismos
Do muerde inútil sus pesados hierros,
De vos y San Martín los almos nombres
Escándalo serán—Parad guerreras,
Pueblo Araucano, las hermosas naves
De redención cargadas. ¡Cuan ligeras
Róbanse al puerto con felice planta!
La aura diólas favor en soplos suaves,
Y la hija de Neréo
Sus Ninfas convocando,
Vióse en el mar mil héroes sustentando.
Es vuestra salvación ¡oh venturoso
Pueblo Peruano! que las aguas llevan;
Venganza del afan ignominioso
Que os costó vuestra vida. ¡Oh, cual renuevan
Su gloria escarnecida vuestros lares!
¡Cual hierve humeante en el sepulcro ilustre,
La antigua tierra y sombras empapando,
La regia sangre! Cerros mil bramando,
Vomitando huracán se dan la nueva
Desde el gran Potosí á los Almancaes.
La tiranía atónita asomando
Desde su asilo la espantosa frente
Mil rayos que ya hieren vé asombrada,
Y se esconde impotente,
Y sus víboras pisa; ensangrentada
Por dentro de cadáveres se avanza
La guerra impía y su consejo oferta
Que es la última salud. ¡Oh! cual despierta
El rayo que dormía! ¡Ay! que se afila

La rencorosa espada con las hieles
Del despecho mortal!... Tened crueles,
¿Hasta donde el odioso poderío
Quereis llevar y la injusticia antigua?
¡Esclavos de un tirano! ¿El don impío
De servirle mostrais cuando á la suerte
La llave de dos mundos ha arrojado?
Iberia os lo persuade; ensangrentado
Os mostrará su trono
De nuestra sangre y vuestra; una vez cedan
La ambición y el encono
Al clamor de la tierra, al *ay* vehemente
De la virtud hollada;
Paz os grita el Perú; dad á mi frente
De hermosuras hibléas coronada
La dulce oliva Pachacama os grita...
El despotismo convirtió á sí solo
Su torva vista, contemplóse atento;
Dió un silvo pavoroso y al momento
Que las furias juntó, la tierra abrióse;
Una mirada atroz al noble pueblo
Lanzó y precipitóse,
Y el cocito abarcólo para siempre.
Salud ínclita Heliópolis; el rostro
Gozosa alzad al héroe esclarecido
Que asoma en vuestras calles; noblecido
El laurel se le ofrece generoso;
Al escuadrón glorioso
Limeños contemplad; ved esos pechos
Usados al trabajo y á la gloria,

Y en ellos hallareis el precio justo
De vuestra suerte venturosa y grande.
¡Oh fausto día de eternal memoria!
¡Oh júbilo inefable! «*Es acabado*,
Dijo el Rimac frenando su corriente,
Mi presagio feliz; no será dado
Mientras mis aguas dore el sol ardiente
Hollar á los tiranos mis arenas»
Y alzando sus espaldas, pudo apenas
Al héroe saludar y retiróse.
La fama entonces tras el astro hermoso
Que la nueva llevaba al Occidente
Voló, y fué más allá y resonoroso
Dió el grito: *es libre el Sud é Independiente.*

¡Cuanta mudanza! ¡Que universo nuevo
Llena mi fantasía! ¡Arrebatado
A una nación contemplo hermosa y grande
Que al rol de las antiguas se coloca;
Y ellas blandas la miran.
Sierras alzadas con el dedo toca
Y en oro se convierten; les señala
Países inmensos do natura había
Arcanos aún ignotos, desgarrada
La cortina eternal que los cubría.
¡Cuanta gente repasa infatigosa
La inhabitada tierra! ¡Cual resuenan
Los hondos valles que antes silenciosa
La augusta Céres visitar solía!
La industria es exaltada; al alto sólio

Presentes son sus nobles pensamientos;
Se reproduce el hombre
Bajo un clima feliz; sus sentimientos
La dulce religión, las sabias leyes
Reglar supieron elevando el alma;
Las luces se derraman y revienta
La virtud en los blandos corazones.
¡Cuantos Régulos! ¡Ah! cuantos Solones
Ilustres van creciendo!
Y á par de los Ulises cual asoman
Los Homeros divinos!
Vos lo sereis oh genios peregrinos (1)
Que con verso de luz, cítara de oro
Cantasteis de la patria los destinos.
Vivid, vivid; y mientras se amontonan
Los bronces que han de dar á la memoria
Los nombres imborrables
De los héroes del Sud, cantad su gloria;
Cantad su gloria que será la vuestra,
Cuando una misma estátua muestre al hombre
Que aun no nació, su nombre y vuestro nombre.

(1) Los señores D. Esteban Luca y Dr. D. Vicente López, ambos han cantado este asunto dignísimamente.

HIMNO PATRIÓTICO *

QUE CANTÓ EL COLEGIO DE MENDOZA EN LA NOCHE DE SU FUNCIÓN DRAMÁTICA EN CELEBRIDAD DEL ANIVERSARIO DE MAYO DE 1822.

CORO

Viva el ilustre dia
Viva la hermosa edad,
Que trás la tiranía
Nos dió la libertad.

La patria á las naciones
Muestra hoy el rostro hermoso
Y el genio poderoso
Le traza un mismo rol:
«Sed libre», las naciones
Le dicen más remotas,
« Tus cadenas son rotas
Ilustre hija del sol. »

CORO

Entre afanes y penas,
Dispuso la fortuna,
Que tuviera su cuna
La libertad del Sud:

* La colección de Poesías patrióticas, pág. 26.—No está en La Lira.

Por romper las cadenas
Sufrimos sus reveces;
Ella nos faltó á veces,
Mas nunca la virtud.

CORO

Cuando Chile oprimido
Sin libertad zozobra,
Cuyo prepara la obra
De su restauración;
Atenta á su gemido
No hay riesgos que sean grandes;
Que aun se abrirán los Andes
El ya es de la legión.

CORO

Pero el caudillo al frente
De sus legiones fieles
Desprecia estos laureles
Buscando nuevo afan;
Revuelve en su alta mente
Los cuidados que anima;
Tus genios ¡Oh gran Lima!
Su sien coronarán,

CORO

A los héroes que fueron
¡Oh Lima! en tu venganza,
Cuyo les dió su lanza,

Y su inmortalidad:
Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna,
En Cuyo ved la cuna
De tu felicidad.

CORO

Del saber la alta lumbre
Ilumina hoy al mundo,
Y un grito el mas profundo
Se oye que dice así:
No haya mas servidumbre;
Hombres son los colonos;
Dice, y mil altos tronos
Desplómanse por sí.

CORO

BRINDIS *

EN UN CONVITE PATRIÓTICO.

Cuatro constelaciones en el cielo
Hoy aparecen de figura estraña:
Al medio dia corre el astro hermoso,
Y por el norte se atraviesa el águila.

—

* Publicado por primera vez en la América Poética, pág. 386.

De fenómeno tal nadie adivina
Los efectos, los modos y las causas:
Se aturde el necio; el sabio es el que dice:
Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.

Santiago de Chile, Julio 9 de 1823.

BRINDIS

—

Como Amor se sentó en Amatonte
Prefiriéndolo á todo lugar;
En el ópimo y plácido Chile
Se asentó la feliz Libertad.

—

Fué natura quien le hizo su templo
Circundado de sierras y mar;
Derramaron semillas los Dioses,
Flora quiso su clima soplar.

—

Son alfombras los valles floridos,
Son los Andes el trono y altar,
Es la lámpara el sol; y el incienso
De sus hijos el voto inmortal.

JUAN CRUZ VARELA

LA ENEIDA *

TRADUCCIÓN DEL PRIMER LIBRO DE LA ENEIDA DE VIRGILIO, POR EL SEÑOR DOCTOR DON JUAN CRUZ VARELA.

Las armas canto y el varon guerrero,
Prófugo por la fuerza del Destino,
Que del suelo de Troya á Italia vino,
Y á las playas Lavínias el primero.
La voluntad del cielo, favorable
A la rabia de Juno infatigable,
Largos trabajos tolerar le hiciera
En la tierra, en el mar, en los combates,
Antes que una ciudad estableciera,
Dando entrada en el Lácio á sus Penátes:
Dél vienen los latinos, los albanos,
Y los altos alcázares Romanos.
Oh musa, que yo sepa de tu labio
De qué ofensa á su Numen, de qué agravio
La reina de los Dioses se quejaba,
Que del varon piadoso renovaba
Sin cesar los peligros y los males.

---

* Publicada por primera vez por Dn. Juan María Gutiérrez en la Revista del Río de la Plata, No. 34. Tom. 9; pág. 192.

¿Guardan tanto rencor los inmortales?
En frente de la Italia, y apartada,
De las bocas del Tíber, florecía
La célebre Cartago, levantada
Por colonos de Tiro tiempo había:
Opulenta ciudad y belicosa,
Por la que Juno á Samos posponía.
Allí estaban las armas de la Diosa,
Allí su carro estaba; y cuanto el Hado
Con sus votos ardientes se acordara.
Ella anhelaba que su pueblo amado
A todas las naciones dominara.
Oyera empero que esforzada prole
De una estirpe Troyana nacería,
Que de Catargo la soberbia mole
Y las tierras de Libia asolaria;
Y que esa descendencia al fin sería
El solo pueblo rey, grande, guerrero,
Claro dominador del orbe entero:
Así hilaban las parcas su destino.
Temiéndolo Satúrnia, de continuo.
Los pasados combates recordaba
En que armó contra Troya á sus Argivos
Ni sus resentimientos olvidaba,
Ni de su fiero encono los motivos.
Hondamente grabada está en su pecho
La sentencia de Páris, y el ultraje
A su beldad, por él menospreciada,
Y el alto honor á Ganimédes hecho
Y el odio inveterado á su linaje.

Con tan vivos recuerdos inflamada,
Apartaba de Italia á los Troyanos,
Reliquias de los Griegos inhumanos,
Y del furor de Aquíles inclemente;
Y, errantes largo tiempo, eran traídos
De un mar en otro mar, de gente en gente,
Por el Hado y la Diosa perseguidos.
¡Tan grande empresa, tan difícil era
Hacer que la alta Roma apareciera!

No bien toda la flota en alegría
La Sicilia de vista iba perdiendo,
Y la ferrada prora dividía
Las espumas del mar, cuando sintiendo
Nueva en el corazón su eterna herida,
« ¡Yo ceder! (dijo Juno): ¡yo vencida!
« ¡Que alejar de la Italia yo no pueda
« A un jefe de Troyanos fugitivos,
« Porque el Destino adverso me lo veda!
¿No pudo Pálas, una simple Diosa,
« Las naves incendiar de los Arjivos,
« Y hundir á tantos en la mar furiosa,
« Por la falta excusable de uno solo,
« Por el ciego furor de Ayax Oileo?
« Jove mismo, cediendo á su deseo,
« Con su rayo la armó; del alto polo
« Ella le vibra, y sirven sin tardanza
« El fuego, el mar, el viento á su venganza.
« Destruyó los bajeles, y el culpado
« Infeliz, que las llamas en que ardía

« Del fulminado pecho despedía,
« Fué por un torbellino arrebatado,
« Y en las rocas agudas enclavado.
« ¡Y yo, hermana y esposa del Tonante,
« Yo, reina de los Dioses, al Troyano
« Hago tan larga guerra, y la hago en vano!
« ¿Y quién ha de adorarme en adelante?
« ¿Qué mortal ha de haber, con este ejemplo,
« Que lleve sus ofrendas á mi templo?»

En su ulcerado pecho revolviendo
De este modo la Diosa sus dolores,
A la Eolia desciende, albergue horrendo
Y patria de los Austros bramadores.
Allí, en ancha caverna, Eolo enfrena
Las tempestades y sonoros vientos,
Y quebranta sus ímpetus violentos,
Y los ata imperioso á la cadena.
Ellos, luchando por romper sus hierros,
Rugen al rededor de sus encierros,
La montaña atronando. El Dios potente,
Sentado en la alta cumbre, los modera,
Y templa su furor: si no lo hiciera,
Tierras, mares, y cielo de repente
En su rápido vórtice arrollaran,
Y por el aire vago arrebataran.
Más Jove, porque tal no sucediese,
Los encerró en oscura y honda sima,
Y alta mole de montes puso encima;
Dándoles un monarca, que supiese,

Conforme á su mandato soberano,
Tal vez la rienda mantener tirante,
Y aflojarla tal vez con diestra mano.
  La altiva Juno, entonces suplicante,
De este modo le habló: « pues ha dispuesto
« El rey de hombres y Dioses que pudieras
« Conmover ó calmar las ondas fieras,
« Eolo, una nación que yo detesto
« Va por el mar Tirreno navegando,
« Su Ilïon á la Italia transportando,
« Y sus vencidos Dioses: manda pronto
« Que tus vientos las olas enfurezcan,
« Y separa sus naves ó perezcan,
« Y siembra de cadáveres el ponto.
« Catorce Ninfas tengo, todas bellas,
« Y con la más gentil que campa entre ellas
« Premiaré tu servicio agradecida.
« Deyopeya será la digna esposa,
« Que, á tu destino para siempre unida,
« El padre te haga de una prole hermosa. »
  « Tuyo, reina, es mandar: á mi tan solo
« Incumbe obedecer (responde Eolo):
« Si yo el favor de Jove he merecido,
« Y en sus mesas cubiertas de ambrosía
« Hago á los altos Dioses compañía;
« Si yo reino es por tí; y á tí he debido
« Que de los vientos el rebelde bando
« Respete mi poder, tema mi mando.»

  La cúspide del cetro, así diciendo,

Volvió contra la cóncava montaña,
Y al lado opuesto la impelió pujante.
Halló salida el escuadrón tremendo,
Y arremetió en tropel: con furia extraña
Su negro torbellino en un instante
Envuelve la ancha tierra, á un tiempo mismo
El Euro, el Noto, el Afro proceloso
Revuelven desde el fondo de su abismo
El turbulento mar, y el mar furioso
Con vastas olas la ribera azota.
Alza un triste clamor toda la flota,
Y los vientos con hórrido silbido
Rechinan en las cuerdas. Escondido
El día entre nublados, desparece,
Y se tiende en el mar la noche densa:
El trueno las esferas estremece,
Arde del éter la extensión inmensa,
Y á doquier que se vuelve el navegante
Su inevitable muerte ve delante.
Embarga á Eneas repentino hielo;
Llora, y, las manos levantando al cielo,
« ¡Tres veces (dijo), y mas, afortunados
« Los que tanto del Hado merecieron,
« Que, al pie de nuestros muros elevados,
« A vista de sus padres perecieron!
« O Diomédes, de Griegos el más fuerte,
« ¿Por qué no plugo al cielo que pudieras
« En los campos de Troya darme muerte?
« Allí inmolado á tu furor me hubieras

« Donde de Aquiles la tremenda lanza
« Rompió de Héctor el pecho y la pujanza;
« Donde el gran Sarpedon cayó, y el Janto
« Vuelca espumoso adargas y morriones,
« Y cuerpos de fortísimos varones. »
Así en vano exclamaba, y entretanto
Embiste el Aquilon, y despedaza
De su bajel las velas. Sublevado
El mar á las estrellas amenaza;
Rompiéronse los remos; y la prora,
Cediendo al duro embate, de costado
La ya indefensa nave al mar presenta.
Un monte de agua la levanta ahora,
Y luego en un abismo cae violenta;
Ya en lo alto el marinero está pendiente,
Ya, abriéndose las olas de repente,
Siente hervir las arenas en el fondo,
Y descubre la tierra en lo mas hondo.
Contra las rocas pérfidas, de altares
Con el nombre en Italia conocidas,
Que forman la ancha espalda de esos mares,
Y están en sus espumas escondidas,
Estrelló el duro Noto tres navíos;
Y otros tres, impelidos, arrojados
Por la furia del Euro á los bajíos,
Quedaron en las sirtes encallados.
Cae una mole de agua en la galera
Que á Oróntes y los Lícios conducía,
Y á su piloto, que el timón tenía,
A la vista de Eneas, la onda fiera

De la popa arrebata y precipita:
Luego en su remolino impetüoso
Tres veces al bajel en torno agita,
Y se lo traga el mar voraginoso.
Por do quiera se ve flotar perdidas
Armas, tablas, riquezas, confundidas,
Y nadando en el golfo inmensurable
Aparece uno ú otro miserable.
Ya la nave de Alétes el anciano,
La de Ilioneo, poderosa en vano,
La de Acátes el bravo y la de Abántes,
Abiertas del costado las junturas,
Dan del mar á las aguas espumantes
Entrada por las anchas hendeduras.
Del profundo, en sus senos alterado,
Por Neptuno entretanto fué sentida
La horrible tempestad, sin él movida,
Y oyó sonar los vientos: indignado,
Pero grave y sereno en sus enojos,
Alza la frente plácida, y sus ojos
Ven hundirse en el ponto ó separarse
De los Teucros las naves desgraciadas,
Y en su daño las olas conjuradas,
Y sobre ellos los cielos desplomarse:
Ni en tal desorden se ocultó á Neptuno
La rabia artera de su hermano Juno.
Al Zéfiro y al Euro á su presencia
Llama al punto y les habla de este modo:
« ¿ Pudo á tanto llegar vuestra insolencia,
« Que la tierra, y el mar, y el cielo, y todo

« Osárais confundir sin mi licencia?
« ¿Vuestra raza os inspira confianza
« Para alzar en el ponto este tumulto?
« Yo os haré ver... pero ántes la bonanza
« Debo volver al mar amotinado:
« Después castigaré tamaño insulto
« Con una pena igual al atentado.
« Idos pronto; y decid al que os gobierna
« Que no á él, sinó á mí, la suerte ha dado
« El imperio del mar y el gran tridente:
« Dueño de la vastísima caverna,
« Donde vosotros rebramais violentos,
« Que en tal palacio su poder ostente,
« Y reine en las mazmorras de los vientos. »

Dijo, y, más pronto que decirlo pudo,
Restituyó la calma al mar sañudo,
Y las nubes ahuyenta, y vuelve el día.
Triton y Cimotöe juntamente
Las naves que en un escollo retenía
Desencallan al fin: con su tridente
Otras levanta el Dios; les dá camino,
Las arenosas sirtes allanando,
Y sobre el mar, ya plano y cristalino,
Vá en su carro levísimo volando.

Como en un grande pueblo, si se mueve
Horrible sedición, enfurecidas
Las gentes más oscuras de la plebe
Lanzan piedras y teas encendidas,

Y el furor arma á todos: ven empero
Que algún hombre de un mérito eminente,
Y de rara virtud, se hace presente,
Y al punto callan, del varón severo
Atentos esperando las razones,
Y habla, y rige los ánimos; ablanda
De la turba feroz los corazones,
La paz persuade, y persuadiendo manda
Así de una mirada tranquiliza
El piélago Neptuno, cuando, al vuelo
De sus caballos, y aclarado el cielo,
Sobre el agua en su carro se desliza.

Anhelan en las costas más cercanas
Lasos los Teucros encontrar reposo,
Y guían á las playas Africanas.
En un sitio apartado y silencioso
Hay un seno profundo, en cuya entrada,
Cual si fuese al intento colocada,
Forma una isla un puerto delicioso.
Son los estremos de ella dos rompientes
Que quebrantan las olas, y, partidas,
Entran al manso golfo ya dormidas.
Cierran dos promontorios eminentes
Por uno y otro lado aquel asilo:
Selvas coronan sus erguidas frentes,
A sus plantas el mar calla tranquilo,
La sombra de los árboles se avanza,
Y el Sol su ardiente rayo en vano lanza.
Una gruta entre rocas se ha formado

En el fondo del puerto, y la natura
Tersos asientos de la piedra dura
En su fresco recinto ha fabricado,
Y corren á raudales dulces linfas:
Aquel es el retrete de las Ninfas.
No es menester en rada tan serena
Que el retorcido cable ate la nave,
Ni echar al fondo el áncora que clave
Recorvo diente en la tenaz arena.

Siete bajeles, restos de su armada,
Allí conduce Eneas, y descienden
Los Teucros á la playa suspirada.
Besan la tierra hospitalaria, y tienden
En la grama sus miembros fatigados,
Y de la sal marina penetrados.
Hiriendo un pedernal en el momento,
Hace saltar Acátes la centella,
Y en hojas la recibe: en torno de ella
Nutre el fuego con árido alimento;
Levanta leve llama el leve viento,
Y apesar del cansancio, entonces vuelan
A sacar de sus naves los Troyanos
Húmedos frutos, corrompidos granos,
Que al fuego sequen, y en la piedra muelan.

Sube entretanto Eneas á una altura,
Por si á lo lejos descubrir pudiera
De Cápis ó de Anteo la galera
En el tendido mar, ó por ventura

Las armas de Caïco en la alta popa.
Nave ninguna vé; pero una tropa
De ciervos á su vista se presenta,
Que en los valles vecinos se alimenta.
Tres de los más gallardos van delante;
Vélos el héroe y para, y al instante
Toma el arco y los hierros voladores,
Que el siempre fiel Acátes le llevaba.
Desciende, y los esbeltos conductores,
Cuya arbórea cabeza más se alzaba,
Los tres primeros son que postra en tierra:
Huyen los otros á la selva umbrosa,
Y allí sin distinción hace la guerra
A la pávida turba, y no reposa
Hasta que tantos ciervos hubo muerto
Cuantas quedaron naves en el puerto.
  Entonces afanoso allí regresa,
Parte entre todos la reciente presa,
Y mandando sacar de anchos toneles
Un vino confortante y delicado,
Por el bondoso Acéstes regalado
Al salir de Sicilia los bajeles,
Así dijo con voz consoladora:
« ¡Animo mis amigos! No es de ahora
« Que á mayores desgracias han querido
« Enseñaros los Dioses inmortales;
« Y pues ellas su término han tenido
« También tendrán su término estos males.
« Mostrad aquel valor que os animaba
« Cerca de los escollos estruendosos

« De Escila, y de los montes cavernosos
« Que el truculento Cíclope atronaba.
« Desterrad la tristeza: que algún día
« Tal vez recordareis con alegría
« El actual infortunio. Si el destino
« Ha sembrado de riesgos el camino
« Que nos conduce á Italia, en ella el cielo
« Nos ofrece morada permanente,
« Y quiere que renazca en aquel suelo
« El imperio de Troya prepotente.
« Sufrid y conservaos, compañeros,
« Para los bellos días venideros. »

Su profundo dolor disimulando,
Así hablaba, pintado en su semblante
El gozo y la esperanza lisonjera;
Y, el futuro banquete acelerando,
Toda la comitiva en el instante
De la campestre caza se apodera.
Quien la divide en trozos, ya desnuda
Por otros de la piel que la cubría;
Quien clava, palpitantes todavia,
Carnes y entrañas en la vara aguda.
Unos la vianda en el metal preparan,
El fuego atizan otros con que hierva,
Y sus fuerzas al fin todos reparan,
Consumiendo, tendidos en la yerba,
La pingüe carne, y el añejo vino.
Del hambre la impaciencia mitigada,
Y la rústica mesa levantada,

Llaman á los amigos que el destino
Ingrato les robó, cediendo inciertos
Tan pronto á la esperanza de que vivan,
Como al triste temor de que, ya muertos,
Sus voces lastimeras no perciban.
Eneas sobre todos, ya la suerte
Llora del bravo Oróntes y de Amico,
Ya consagra sus lágrimas á Lico,
Y al fuerte Jïas y á Cloanto el fuerte.

Iba á esconder el Sol su clara lumbre,
Cuando Jove, del cielo en la árdua cumbre,
Contemplando la mar y la honda tierra,
Y de tan varios pueblos habitadas
Las regiones vastísimas que encierra,
Fija al fin en la Líbia sus miradas,
Y allá revuelve en su saber profundo
Del hombre los destinos y del mundo.
Vénus le dijo entonces, anublados
Con el llanto sus ojos esplendentes:

« Señor, cuyos decretos respetados
« En el Olimpo son, y que á las gentes
« Aterras fulminante, ¿en qué ha podido
« Tanto mi caro Eneas ofenderte;
« Los suyos cuál delito han cometido,
« Que, tras de tanto estrago y tanta muerte,
« Por vedarles de Italia la ribera,
« Se les veda también la tierra entera?
« Descendientes de Teucro los Troyanos,

« Al volver de los tiempos deberían
« A la Ausónia llegar, donde serían
« Los padres de los ínclitos Romanos,
« De cuanto alumbre el Sol dominadores.
« Si estas son tus promesas anteriores,
« ¿Tu voluntad, gran rey, será mudable?
« Yo con ellas tal vez me consolaba
« Del incendio de Troya lamentable,
« Y unos hados con otros compensaba:
« Pero ¡ay! que de los míos renovarse
« Miro los infortunios cada día!
« ¿Y no mandas que cesen todavía?
« Pudo Antenor sin riesgo libertarse
« De en medio de los griegos inclementes;
« Y el Ilirico golfo penetrando,
« Y toda la Libúrnia atravesando,
« Pasó el Timaro, que de nueve fuentes
« Brotando estrepitoso en las montañas,
« Cubre, cual mar sonante, las campañas.
« El fundó á Pádua, y ostentó en su muro
« Troyanas armas: su remoto asilo
« Con su nombre se honró: vivió seguro,
« Y hoy descansa en su túmulo tranquilo.
« ¡Y Eneas, prole tuya, en la lumbrosa
« Morada de los cielos esperado,
« Ve perecer su armada numerosa,
« Y lejos de la Italia es arrojado,
« Victima de las iras de una diosa!
« ¿Aqueste premio la piedad merece?
« Así nuestro poder se restablece?

Con el rostro sereno y placentero
Con que suele calmar las tempestades,
Dando á Vénus un ósculo ligero
El padre de los hombres y deidades,
Se sonríe, y sus voces desvanecen
Tan inquieto temor. « Mi amada hija,
« La suerte de los tuyos no te aflija:
« Sus hados inmutables permanecen:
« Tú verás por sus manos erigidos
« Los muros de Lavínia prometidos,
« Y en lo alto del alcázar estrellado
« Al magnánimo Eneas sublimado.
« No temas que se alteren mis decretos;
« Y quiero, para más tranquilizarte,
« Los varios y recónditos secretos
« Del eterno destino revelarte.
« El hijo tuyo en la italiana tierra
« Hará á pueblos feroces cruda guerra,
« Y les dará costumbres y ciudades;
« Y después de tres años de reinado,
« Y de haber á los Rútulos domado,
« Subirá á la mansión de las Deidades.
« Julio Ascánio, que Ilo se llamaba
« Cuando Iliön al Asia dominaba,
« Reinará después de él: verá en su mando
« Renacer treinta veces el estío;
« Y á los palacios de Alba trasladando
« De Lavínia su trono y poderío,
« Inespugnablee hará su nueva corte.
« Allí trescientos años la familia

« De Héctor dominará; y el Dios Mavorte,
« Al cabo de ellos, á la joven Ilia,
« Vestal de quien un rey ha de ser padre,
« De dos niños gemelos hará madre.
« Uno será el gran Rómulo: fiada
« Verás á su poder tu gente amada,
« Y engalanado con la piel rojiza,
« Despojo de una loba su nodriza,
« Una ciudad á Marte consagrada
« Fundará, y á los nuevos ciudadanos
«Ha de dar, por su nombre, el de Romanos.
« Será de ellos el orbe: plazo alguno,
« Ni límite á su imperio he señalado:
« Dominarán sin fin: la misma Juno,
« Que hoy persigue á los Teucros implacable,
« Y cielo, y mar, y tierra ha concitado,
« Será entonces á Roma favorable,
« Y por ella y por mí será amparada
« Reina del mundo la nación togada.
« Así está decretado. Vendrá día
« En que será de Grecia vencedora,
« Y de Argos, de Micenas, y de Ptia
« La progenie de Asáraco señora.
« Después llegarán tiempos en que veas
« Nacer á Julio César el Troyano,
« Llamado como el hijo de tu Eneas,
« Y de tan bello tronco ilustre rama.
« Mandará cuanto abraza el oceäno,
« En las estrellas sonará su fama,
« Y cuando le recibas en el cielo,

« Cargado de despojos del Oriente,
« Le invocará la tierra reverente.
« Convertiráse en gozo el largo duelo
« De largos siglos de funesta guerra;
« Y Vesta y la alma Fé, Remo y Quirino,
« Llegados estos tiempos del Destino,
« Serán los que den leyes á la tierra.
« Férreo cerrojo y trabazón de bronces
« Del triste templo del bifronte Jano
« La dura puerta cerrarán entonces;
« Y adentro el furor bélico inhumano
« Sobre armas en desorden hacinadas
« Sentado horrible, y una y otra mano
« Con cien cadenas á la espalda atadas,
« Las morderá sangriento y repetido
« Retumbará su horrísono rugido ».

Dice, y ordena que á Cartago vaya
El mensajero Dios hijo de Maya
Para hacer que á los Teucros desgraciados
Dido en su nueva patria recibiera;
No fuese que, ignorante de los hados,
Les vedase pisar en su ribera.
El alíjero Dios el aire hiende,
Y, volando más rápido que el viento,
A las arenas Lívicas desciende,
Y cumple el soberano mandamiento.
El altivo Fenicio se resigna
Al divino poder que al Teucro ampara,
Y Dido la primera se prepara
A hospedarle pacífica y benigna.

Mas, durante la noche, mil ideas
Revuelve en su ánimo el piadoso Eneas,
Y, apenas Febo en el oriente brilla,
Aquellos sitios explorar intenta,
Y decir á los suyos en que orilla
Arrojados se ven por la tormenta;
Porque no saben si esa tierra inculta
Es por hombres ó fieras habitada.
Bajo una roca cóncava su armada
Entre sombríos árboles oculta,
Y con el solo Acátes, y vibrando
Dos lanzas de ancho fierro, el puerto deja,
Y de la playa intrépido se aleja.
Iba una densa selva atravesando,
Y su divina madre en forma humana
Al encuentro le sale en la espesura,
Y en las armas, el traje y la figura
Semejante á una virgen Espartana:
O Harpálice de Fracia así sería,
Que á los prestos corceles, voladora,
Y al Euro rapidísimo vencía.
Porque llevaba Vénus cazadora
De los hombros pendiente un arco hermoso,
Suelta al viento la blonda cabellera,
Y sobre la rodilla un lazo airoso
Regazaba la túnica ligera.
Acercóse y les dijo: «¿No ha llegado
«A este sitio una joven compañera,
«Que en esta misma selva se ha extraviado?

« Lleva una piel de lince por vestido,
« A la espalda la aljaba resonante,
« Y flechado tal vez y perseguido
« Va huyendo de ella jabalí espumante.
« ¿La visteis por ventura? » — Vénus dijo,
« Y de Vénus así responde el hijo:
« No hemos visto ni oido á tal doncella:
« Pero ¿qué nombre, cazadora bella,
« Habré de darte á tí? ¡Ah! Tú eres Diosa:
« Ni tu rostro ni tu habla melodiosa
« Pueden ser de mortal. ¿Eres hermana
« De las Ninfas del bosque? ¿Eres Diana?
« Cualquier Deidad que seas, te rogamos
« Que alivies nuestros males y fatigas;
« Que escuches nuestros votos, y nos digas
« En que región del orbe nos hallamos,
« Lanzados por los vientos y los mares,
« Desvalidos errando y sin destino,
« No conocemós hombres ni lugares:
« Si nos ampara tu poder divino,
« Quemaremos incienso en tus altares ».
« No soy digna de honor tan elevado
« (La diosa replicó) del arco armarse,
« Y coturnos de púrpura calzarse,
« Es entre Tirias vírgenes usado.
« En las riberas de la Líbia te hallas,
« Y en el imperio Púnico, fundado
« Por hijos de Ajenor: ¿ves las murallas
« De su nueva ciudad? En la frontera
« Vaga una raza indómita y guerrera;

« Pero en esta comarca reina Dido,
« Que huyendo de su patria y de su hermano,
« La colonia de Tiro ha conducido;
« Y aunque es larga la historia del tirano,
« Y de la triste y prófuga princesa,
« Yo te diré lo solo que interesa.
« Su mismo padre, autor de un himeneo
« Confirmado por prósperos auspicios,
« Intacta virgen la entregó á Siqueo,
« Opulento entre todos los Fenicios.
« Tiernamente la mísera le amaba;
« Mas Pigmalion su hermano, el más perverso
« De los hombres que abriga el universo,
« En la soberbia Tiro dominaba.
« Entre Siqueo y él se enciende luego
« Un odio inapagable; y el malvado,
« De amor del oro arebatado y ciego,
« Y de Dido y los Dioses olvidado,
« Se arma, se oculta, y al incauto esposo
« Al pie de los altares asesina.
« Largo tiempo su crimen horroroso
« Astuto encubre, y á la triste hermana
« Con mentidas palabras alucina,
« Entreteniendo su esperanza vana.
« Hasta que en sueños se aparece á Dido
« La imagen de la víctima insepulta,
« Y pálida descubre el pecho herido,
« Y la maldad doméstica y oculta,
« Y el altar con su sangre enrojecido.
« — Huye, le dice, de tu patria impía;

« — Tu presta fuga facilite el oro: —
« Y le muestra el lugar donde debía
« Hallar bajo la tierra un gran tesoro.
« Tales revelaciones la estremecen;
« Y, disponiendo al punto su partida,
« De todos los que temen ó aborrecen
« Al tirano feroz se ve seguida.
« Pronto estaba una flota en aquel puerto
« Y, apoderados de ella con presteza,
« La cargan del tesoro descubierto,
« Y se entregan al mar con la riqueza
« A que aspiraba el inclemente avaro:
« Autora una mujer del hecho claro.
« Llegaron al lugar en donde ahora
« De Cartago verás el muro ingente,
« Y encumbrarse el alcázar eminente.
« Para tan gran ciudad la fundadora
« No compró de terreno mayor trecho
« Que el que la piel de un toro circundara,
« Y el lugar en memoria de aquel hecho,
« Ha querido que *Birsa* se llamara.
« Mas ¿quienes sois vosotros? ¿Y de dónde
« Venís ó adonde vais? » Lanzando Eneas
« Un profundo suspiro, así responde:
« Si nuestra historia, que saber deseas,
« Te fuese por estenso relatada,
« Se escondería el sol en el ocaso
« Antes de que la oyeras acabada.
« Desde la antigua Troya (si es que acaso
« Sonó el nombre de Troya en tus oídos)

« Hemos sido hasta el África impelidos,
« Atravesando procelosos mares.
« Soy el piadoso Eneas; que conmigo
« Conduzco en mi bajel los patrios Lares
« Que arranqué del poder del enemigo,
« Y mi fama á los astros ha llegado.
« Del Hado los decretos superiores
« A buscar en Italia me han forzado
« La cuna de mis ínclitos mayores,
« Que descienden de Júpiter divino.
« Por la Diosa mi madre encaminado,
« Partí del mar de Fríjia á mi destino,
« Llevando veinte naves: siete apenas,
« Por las ondas y el Euro maltratadas,
«De Libia en las riberas apartadas
« He podido salvar, y en sus arenas
« Vago errante, infeliz, desconocido,
« De la Europa y del Asia repelido ».

Vénus mas quejas escuchar no pudo,
Y enternecida interrumpió á su Eneas:
« Pues llegas á Cartago, ya no dudo,
« Extranjero, cualquiera que tú seas,
« Que eres objeto del amor del cielo,
« Y que cuidan los Dioses de tu vida.
« Vé y preséntate á Dido sin recelo:
« Te anuncio que tu flota no es perdida,
« Y que, calmado el Aquilón insano,
« Ya están los tuyos en tranquila rada;
« Si á conocer pronósticos no en vano

« He sido por mis padres enseñada.
« ¿Ves esos doce cisnes, que, ya unidos,
« Hienden el aire con alegre vuelo,
« Y antes iban dispersos, perseguidos
« Por el ave de Jove, que del cielo
« Sobre ellos se lanzó devoradora?
« Como ves que ya posan en el suelo,
« O que á posarse van; y cómo ahora,
« Vueltos de su pavor y placenteros,
« Baten las alas, y en el aire todo
« Resuena su cantar; no de otro modo
« Tus naves y tus ledos compañeros
« O la áncora en el puerto están echando,
« O en él á toda vela van entrando.
« Sigue haste la ciudad: esta es la vía ».

Dijo; y, al retirarse, al róseo cuello
Con divino fulgor resplandecía,
Exhalando un nítido cabello
El olor celestial de la ambrosía,
Desplegóse hasta el pie la veste undosa
Y su marcha mostró que era una diosa.

Eneas la conoce, y, ya distante,
Prorrumpe en estas quejas resentidas:
« ¡Ah madre! ¿Tú también de un hijo amante
« Te burlas con imágenes fingidas?
« ¿Es posible cruël, que nunca quieras
« Que tu diestra y mi diestra estén unidas,
« Y yo escuche tus voces verdaderas? »

Así la increpa y se encamina al muro:
Pero á los dos viajeros Citerea
De una nube formada de aire oscuro
Con el velo densísimo rodea;
Para que nadie así pudiese verlos,
Ni la causa inquirir de su venida,
Ni dañarlos tal vez ó detenerlos.
Ella vuelve á su Páfos preferida,
Y visita contenta los lugares,
Donde el aire embalsaman los olores
Del incienso Sabéo y de las flores
Que perfuman su templo y sus altares.

Siguieron el sendero señalado,
Y llegaron por fin á la colina
Frontera á la ciudad, y que domina
Sus torres y su alcázar encumbrado.
Admira Eneas desde aquella altura
Esa fábrica inmensa, en el asiento
Que antes la choza mísera ocupaba;
Portadas de magnífica estructura,
Y calles de enlosado pavimento,
En que el ruidoso pueblo se agitaba.
Activando sus obras los Fenícios,
Unos al muro y ciudadela elevan
Enormes piedras, que rodando llevan;
Otros, para sus propios edificios,
Señalan el solar con el arado:
Cavan un puerto aquellos; nombran estos
De la majistratura y del senado

A los que han de ocupar los altos puestos:
Del tëatro la noble arquitectura
Se ve salir aquí de su cimiento,
Y allá se cortan de la roca dura
Columnas que le sirvan de ornamento.
Lo mismo las abejas, trabajando
Por el verano en la pradera amena,
Ya los nuevos enjambres van sacando
Por la primera vez de la colmena,
Ya sus líquidas mieles condensando,
Y el dulce néctar los panales llena;
O alivian de la carga á las que suelen
Llegar del grave peso fatigadas,
O, á manera de ejército formadas,
Al perezoso zángano repelen:
Todo es ardor y afan, y á la distancia
Trasciende del tomillo la fragancia.

«¡Oh pueblo mil de veces venturoso,
«El que sus propios muros ya levanta!»
Dijo el héroe pasmado de obra tanta;
Y, cercado del velo nebuloso,
Penetra sin ser visto ni sentido,
Y vaga entre la turba confundido.
Había en la ciudad un bosque umbroso,
Cuyo plácido asilo fué el primero
Que en África los Tírios encontraron,
Después de atravesar el ponto fiero.
Cavando entre los árboles, hallaron

De un soberbio caballo la cabeza;
Señal por la que Juno prometía
La abundancia del suelo, y la grandeza
Que Cartago á la guerra debería;
Y á Juno, en lo interior del bosque sacro,
Un templo alzaba la Sidónia Dido,
Del Númen con el santo simulacro
Y con dádivas de oro enriquecido.
Anchas gradas de bronce se elevaban
Hasta el umbral del edificio ingente,
Las bóvedas en bronce descansaban,
Y las puertas de acero reluciente
En quiciales de bronce rechinaban.

Allí al héroe Troyano se presenta
Un objeto que en su ánimo indeciso
Calma las inquietudes de improviso,
Y de nueva esperanza le alimenta:
Pues mientras, en el templo de la Diosa,
Esperando á la reina, atento mira
Los primores de la obra portentosa,
Y el arte y los artífices admira,
Ve de repente de la Ilíaca guerra,
Ya divulgada por la inmensa tierra,
En coloridos lienzos los combates;
Y de Atrídas, de Priamo el anciano,
Y de Aquiles, con ambos inhumanos,
La imágen le conmueve. « Amado Acates,
« ¿ En qué región del orbe el Sol se muestra,

« En qué sitio (exclamó) que no esté lleno
« De las desgracias de la patria nuestra ?
« ¡ Mira á Príamo ! Amigo, el mal ageno
« También se llora aquí: también alcanza
« Su premio la virtud y su alabanza:
« No desmayes; seremos protegidos
« Donde son nuestros hechos aplaudidos. »

Así hablaba, y la inánime pintura
Su espíritu y su vista embebecía,
Lágrimas de dolor y de ternura
Corriendo hasta su seno. Ya veía
Como, en torno de Troya, al griego bando
Acosaban los Frijios batallando;
Ya como, en medio del combate fiero,
El penacho de Aquiles espantaba
Las Troyanas falanges, y el guerrero
En su carro tonante atropellaba.
A manos de Dioméles destruïdos
Vió de Reso los blancos pabellones,
De noche por un pérfido vendidos;
Y del príncipe muerto los bridones
Arrebatados, antes que probaran
La yerba de las márgenes del Janto,
Y la sed en sus aguas apagaran.
Desarmado y huyendo ve entretanto
A Troilo, infortunado adolescente,
Que osó medir sus fuerzas juveniles
En lucha desigual con las de Aquiles.
Afuera de su carro vá pendiente,

Y ya, ya, por caer, con débil mano
A sus caballos sofrenando en vano,
Despavoridos le arrebatan ellos,
Barren el negro polvo sus cabellos,
Y la lanza en el pecho atravesada
Vá surcando la tierra ensangrentada.
Suelta la cabellera, allá venían
Las Troyanas, vertiendo largo llanto,
E, hiriéndose los pechos, ofrecían
A la airada Minerva un rico manto;
Mas la Diosa los ojos enclavaba
En la tierra, y la ofrenda desdeñaba.
Mas allá, en otro lienzo, Aquiles duro
De Héctor tres veces arrastrado había
El cuerpo exángüe al rededor del muro,
Y á Príamo por oro le vendía.
Entonces fué cuando el varón Troyano
Lanzó un hondo gemido, al ver sus ojos
El cadáver, el carro, y los despojos
De su amigo infeliz, y al rey anciano
Tendiendo al matador la inerme mano.
Lidiando con los griegos campëones
Se conoció á sí mismo de repente,
Y distinguió las armas y escuadrones
Que el tostado Memnon trajo de Oriente.
Ve en fin á la pugnaz Pentesilea
Llevar sus Amazonas aguerridas,
De lunadas adargas defendidas,
Adonde es más sangrienta la pelea;
Y el no cortado pecho sujetando

Con una franja de oro, vá en las lides
La tremenda doncella batallando
Con los más beliciosos adalides.

Estaba del Dardánio enternecido
En los cuadros el alma embelesada,
Y al templo llega la elegante Dido,
De jóvenes gallardos escoltada.
Cual Dïana en la margen del Eurótas,
O del Cinto en la altura, dirijiendo
El coro de las Ninfas, se presenta;
Y de cumbres cercanas y remotas
Las festivas Oréades viniendo,
La Diosa en medio su beldad ostenta:
Con la aljaba en el hombro vá marchando;
Y, del triunfo de su hija satisfecho,
Al verla sobre todas descollando,
Palpita alegre de Latona el pecho.
Tal era Dido, tal aparecía
En medio de su pueblo y activaba
Las prodigiosas obras que algún dia
Ilustrasen el reino que fundaba.
Cercada de su guardia, al fin se sienta
En un trono, á las puertas del santuario,
Y bajo de la cúpula erigido:
Dicta sus leyes á la turba atenta,
Y equitativa impone al operario
Llevadera labor, ó decidido
Queda el duro trabajo por la suerte.
Gran gentío se agolpa mientras tanto,

Y entre él Eneas acercarse advierte
A Anteo, y á Serjesto, y á Cloanto,
Y á varios Teucros, que la mar había
Lanzado á otras orillas. La alegria
Y el ansia de abrazarlos estimulan
A los que densa nube protegía;
Mas, dudosos y absortos, disimulan,
Y entre el opaco velo se mantienen.
Quieren antes saber á qué ribera
Aportaron los suyos, y á qué vienen,
Y qué suerte en Cartago les espera;
Pues de cada bajel los principales,
De la reina implorando la clemencia,
Ya tocaban del templo los umbrales.

Admitidos al fin á su presencia,
Permíteles hablar la excelsa Dido,
Y el anciano Ilioneo, al pie del trono,
Dijo en modesto pero firme tono:
« O gran reina, á quien Jove ha concedido
« Un imperio fundar, y que trajeras
« Al yugo de la ley gentes tan fieras;
« De la nación Troyana maltratada
« En la tierra y el mar, escucha el ruego,
« Y no consientas que enemigo fuego
« Devore en tu ribera nuestra armada:
« Hágate tu poder la salvadora
« De la raza piadosa que te implora.
« No hemos venido á provocar tu enojo,
« Ni á devastar los Líbicos hogares,

« Para volver, cargados del despojo,
« En infames bajeles á los mares;
« Que nuestra alma detesta la violencia,
« Ni es propia de vencidos la insolencia,
« Hay una tierra fértil, floreciente,
« Que los Griegos Hespéria renombraron;
« Los antiguos Enotrios la habitaron,
« Y la hicieron en armas prepotente:
« Italo allí reinó, y ahora es fama
« Que, por Italo, Italia se le llama.
« Ibamos en su busca, y de repente
« El funesto Orïón la mar subleva.
« Y el Austro, arrebatando los navíos,
« Dispersos por el piélago nos lleva,
« Fluctüando entre escollos y bajíos:
« De su furia los pocos que salvamos
« Náufragos á tus costas arribamos.
« Mas ¿qué linaje de hombres las habita?
« ¿O dónde hay una ley que tal permita?
« No bien húmeda playa nos hospeda,
« Y el vacilante pie la arena toca,
« Hierro en mano la arena se nos veda,
« Y á una bárbara lid se nos provoca.
« Si este pueblo desprecia á los humanos,
« Ni las mortales armas le intimidan,
« Entienda que los Dioses soberanos
« De lo justo y lo injusto no se olvidan.
« Nuestro rey era Eneas; y si el Hado
« De un varón tan piadoso, recto y fuerte,
« El aliento conserva, y no ha bajado,

« A los lóbregos senos de la muerte,
« De habernos tu favor anticipado
« Nunca tendrás, oh reina, que dolerte.
« También es de la dárdana familia,
« Y domina ciudades populosas,
« Que son nuestras aliadas poderosas,
« El magnánimo Acertes en Sicilia.
« Deja que de las aguas retiremos
« La destrozada flota, y que en la selva
« Nos hagamos de mástiles y remos,
« Con que á las hondas reparada vuelva;
« Para volar á Italia placenteros,
« Si los Dioses propicios han querido
« Salvar á nuestro jefe y compañeros.
« Pero si tú en el ponto has perecido,
« Oh padre de tu pueblo, y no nos queda
« Ni la esperanza del amado Ascánio,
« Y á la tierra volver se nos conceda
« En donde Acéstes manda, y preparada
« Siempre hallarán los Frijios su morada. »

Terminado el discurso de Ilioneo,
En confuso rumor la Teucra gente
Mostró igual inquietud, igual deseo;
Mas, bajando los ojos indulgente,
« Dardánios, no temais (les dijo Dido):
« Dura es mi situación, mi imperio nuevo,
« Y de su costa, y límite estendido
« Solo á soldados la defensa debo
« Forzada confiar. Mas ¿quien ignora

« Los diez años de guerra asoladora,
« Y el nombre de Ilión? ¿la griega llama,
« El troyano valor y sacrificios,
« Y de Eneas los hechos y la fama?
« No somos tan incultos los fenícios,
« Ni tan lejos de mi y de mis vasallos
« Ata el Sol á su carro sus caballos.
« Si á los campos quereis de los latinos,
« Do Saturno reinó, volver la prora,
« O buscar en los fines Ericinos
« La tierra amiga donde Acéstes mora,
« Para cruzar el ponto los caminos
« Contad con mis auxilios desde ahora.
« Si preferís quedar en mis Estados,
« Esta ciudad es vuestra; en la ribera
« Descansen los bajeles maltratados;
« Que por Dido serán de igual manera
« El troyano y el tirio gobernados
« ¡Y ojalá á vuestro rey lanzado hubiera
« A estas orillas el furor del Noto!
« Pero al confin de Lívia mas remoto
« Irán mis mensajeros al instante,
« Por si en pueblos ó selvas anda errante.»

Con tan dulces palabras animados,
Eneas y su bravo compañero
La nube de que estaban rodeados
Anhelaban romper; y asi primero
Exhorta Acátes de la Diosa al hijo:
« ¿No ves á tus amigos? ¿Ya no sabes

« Que están, como tu madre lo predijo,
« Seguras en el puerto nuestras naves?
« Tan solamente falta el desgraciado
« A nuestra vista por el mar tragado.
« ¿Cual es tu mente ahora?»—Así decía,
« Y de pronto se rasga y desvanece
La oscura nube que á los dos cubría.
Eneas de improviso se aparece
Brillante en cuellos y hombros, y brillante,
Como es el de los Dioses, su semblante:
Porque Vénus con hálito divino
Le dió la lumbre de sus ojos bellos,
Y su color de rosa purpurino,
Y esplendor á su frente y sus cabellos.
En pulir el marfil asi se emplea
Experta mano; y con adorno vario
Asi el oro finísimo hermosea
La lámina de plata, el mármol Pário.
El, á la muchedumbre circunstante,
« Si buscabais á Eneas el troyano,
« No te ha tragado el piélago Africano:
« Miradle, dijo: le teneis delante;»
« Y luego, vuelto á Dido con blandura,
« ¡Oh tú, la sola que piadosa miras
« De Troya la inefable desventura?
« ¡Tú, que á víctimas tristes de las iras
« Del griego y de la mar, de tierra y cielo,
« Cuando más desvalidos nos hallamos,
« Das asilo y morada en este suelo!
« Ni los que ahora tu favor logramos,

« Ni todo cuanto Teucro está disperso
« En la vasta estensión del universo,
« A pagar tus bondades alcanzamos.
« Si es juez de las acciones la conciencia,
« Si hay justicia en los hombres, y benigno
« Recompensa algún númen la clemencia,
« Te espera, Dido, el galardón más digno.
« Dichoso el padre á quien el ser debiste!
« ¡Afortunado el siglo que naciste!
« Mientras que corran á la mar los rios,
« Sustente el cielo la sidérea lumbre,
« Y caiga larga sombra de alta cumbre,
« Do quier me lleven los destinos mios,
« Haré vivir en inmortal memoria
« Tu nombre, tus virtudes y tu gloria.»
Vuélvese á sus amigos, dicho aquesto,
Y sus amantes brazos abre al cabo
Al facundo Ilioneo y á Seresto,
Y al bravo Jias y á Clöanto el bravo.

Después que absorta la Sidónia Dido
Contempló de tal héroe la presencia,
« ¿De qué Númen, le dijo, la inclemencia
« De peligro en peligro te ha traído?
« ¿Quién, hijo de la Diosa, quien creyera
« Verte por los destinos impelido
« Del Africa á la bárbara ribera?
« ¿Con que eres el Eneas afamado,
« Que á la margen del Frijio Simoente

« Por el dardáneo Anquises engendrado,
« Nació del alma Vénus? Bien presente
« En la memoria tengo todavía
« Que cuando, á fuerzas de armas, á su mando.
« Belo la ópima Chípre sometía,
« Vino Teucro á Sidón; solicitando,
« Expulso de su patria Salamina,
« Con el auxilio de mi padre Belo,
« Otro imperio fundar en otro suelo.
« Desde entonces de Troya la ruina,
« Tus gloriosas hazañas y tu fama
« Supe, y los nombres que la Grecia aclama.
« Aunque de los troyanos enemigo,
« Teucro con gran loor los ensalzaba,
« Y de ser de su estirpe blasonaba.
« Ea, jóvenes, pues; venid conmigo,
« Y yo os daré hospedaje en mis mansiones.
« Antes que me trajese á estas regiones
« Una suerte á la vuestra semejante,
« También me he visto perseguida, errante,
« Y mi propia desgracia me ha enseñado
« A tener compasión del desgraciado.»

No bien de esta manera hablado había,
Conduce á Eneas al palacio regio,
Mandando que en los templos aquel dia
Se celebrara con honor egregio;
Y al mismo tiempo providente ordena
Que del héroe á los tristes compañeros,
Que estaban de las playas en la arena,

Se envíen cien ovejas, cien corderos,
Cien cuerpos de cerdosos animales,
Y alegre don de Baco, y veinte erales.
Entretanto el espléndido convite
Con pompa en el palacio se prepara:
Brillan tapetes en que el arte rara
Con la soberbia púrpura compite;
Y en las mesas los vasos cincelados,
Donde en oro y en plata han esculpido
La serie de los hechos señalados
De los abuelos ínclitos de Dido.
Inquieto empero por su tierno Ascánio,
Y cuidadoso él únicamente,
A las naves del príncipe Dardánio
Manda que vaya Acátes diligente,
Y con el hijo le conduzca luego
Preciadas galas que el troyano fuego
No alcanzó á devorar; un rico manto
Cubierto de pomposa argentería,
Y un velo en cuyas orlas estendía
Sus vástagos floridos el acanto:
Pasmoso don, que á la venusta Elena
Hizo su madre Leda, y que la ornaba
El triste dia en que á la Teucra arena
Y al adúltero tálamo llegaba.
A estos presentes agregar dispone
El magnífico cetro que Ilione,
Hija mayor de Príamo, ostentaba,
Y su collar de perlas primoroso,

Y la régia corona en que lucía
Doblado cerco de oro y pedrería.

Mientras á los bajeles presuroso
El fiel Acátes vá, con nueva idea
Forma nuevo designio Citerea,
Y astuta determina que Cupido
Transformado en Ascánio se presente,
Y las preseas ofreciendo á Dido,
La incendie toda con su llama ardiente;
Porque teme el doblez y la inconstancia
Del Fenício versátil y doloso,
Y de Juno la atroz perseverancia
En la noche perturba su reposo.
Llamó, pues al amor, y asi le dijo:
« O tú, mi sola fuerza, amado hijo,
« Yo imploro tu poder, y á ti me acojo,
« A quien no aterra el brazo fulminante,
« Que, armado de sus dardos, en su enojo
« Contra Tifeo levantó el tonante.
Ya has visto que de Juno el odio impío
Trae á tu hermano Eneas maltratado
De un mar en otro mar, y te ha causado
Muchas veces dolor el dolor mio.
« Hoy Dido en su palacio le ha hospedado,
« Al parecer benigna y obsequiosa;
« Pero me tiene inquieta y recelosa;
« Ver á tu hermano en la ciudad de Juno,
« Y temo que aproveche rencorosa
« Un tiempo de dañar tan oportuno.

« Conviene anticiparse en el instante,
« Y encender en la reina tanto fuego,
« Que ninguna potencia baste luego
« A poderle apagar, y en adelante
« Ame cual yo á mi Eneas: oye el modo
« De poder conseguir mi intento todo.
« Ascánio, de mi amor la prenda cara,
« Llamado de su padre, un don preciado,
« Por la llama y las ondas respetado,
« A llevar á Cartago se prepara.
« Yo en mi regazo le alzaré dormido,
« Y, sin turbar su plácido reposo,
« Volaré de la Italia al bosque umbroso,
« O le tendré en Citéres escondido;
« Para que nada sepa, nada tema,
« Y no pueda impedir mi estratagema.
« Niño eres tú, y él niño, tu semblante
« Cambia esta sola noche por el suyo;
« Y cuando, en medio del festín brillante,
« De Dido el dulce lábio toque el tuyo,
« Y te estreche en sus brazos cariñosa,
« Reclinándote á veces en su seno,
« Devórala con llama silenciosa,
« Y derrama en su pecho tu veneno. »

Alegre y dócil de su madre el ruego,
Entrambas alas el amor se quita,
Y anda, y en el andar á Julio imita,
Y á obedecer á Vénus parte luego.
Ella entonces un sueño regalado

Vierte en los miembros de su nieto amado,
Y al aire rapidísima se entrega:
Abrazada con él á Itália llega,
Y á la sombra le deja sosegado,
Respirando aromáticos olores
En un lecho de amáraco y de flores.
Por Acátes en tanto conducido
Y llevando las dádivas reales,
Obediente á su madre, iba Cupido,
Al llegar de la reina á los umbrales,
Ella, cubierta de oro ya ocupaba
Un sitial en el centro colocado.
De recamada tela entapizado,
Y que el dosel soberbio coronaba.

Eneas y los próceres troyanos
Sobre lechos de púrpura se sientan;
Y mientras unos pajes en sus manos
Vierten la linfa pura; otros presentan
En el trenzado mimbre el don de Céres,
Y despliegan tejidos de albo lino,
Cincuenta son las hábiles mujeres
Que en lo interior preparan los manjares,
E incienso queman, en honor divino,
Ante los simulacros de los Lares;
Y de viandas, de copas y de vino
Cubren la rica mesa cien doncellas,
Y cien ministros, jóvenes como ellas.
Al alegre palacio apresurados
Tambien los nobles Tirios se encaminan

Y, al pomposo banquete convidados,
En bordadas alfombras se reclinan.
Ya contemplan las dádivas de Eneas,
Ya del flagrante Ascánio la figura,
Y el razonar fingido y la hermosura;
Y se admiran del niño y las preseas,
Y del manto, y del velo guarnecido
De acanto con el vástago florido.
Pero la triste reina, destinada
De una pasión funesta á los horrores,
Sin cesar mira y arde: sus ardores
Del fraudulento Dios cada mirada
Redobla, y la conmueven igualmente
Cupido y el magnífico presente.
Despues que, asido al cuello, y abrazado
Con el supuesto padre el falso niño,
Lo dejó que agotara alucinado
En ósculos y halagos su cariño,
A la infeliz el pérfido se llega.
Ella con toda su alma la acaricia,
Abrazarle, mirarle es su delicia,
Y algunas veces, inocente y ciega,
Le reclina en su seno: ¡miserable!
Que no sabe que Dios tan formidable
Como un instante en su regazo juega!
El, de Vénus la trama recordando,
Las antiguas memorias de Siqueo
En Dido poco á poco fué borrando,
Y con nueva pasión, nuevo deseo,
Trastorna un pecho que tranquilo estaba,
Y desde largo tiempo ya no amaba.

De la mesa las viandas levantaron,
Y grandes copas de esquisito vino
Con guirnaldas de flores coronaron.
Del placer con el grito repentino
Resonaron los átrios y salones,
Y luminosas lámparas ardiendo
Penden de los dorados artesones,
Las tinieblas en día convirtiendo.
Un vaso de oro y perlas esplendentes,
Desde el antiguo Belo, usado habían
De la reina los claros ascendientes,
Cuando las libaciones ofrecían:
Dido llenarle manda; las sonoras
Voces que henchian el palacio todo
Cesan al punto, y habla de este modo:
« Jove, autor de las leyes protectoras
« De la hospitalidad, haz que este día.
« A Tirios y Troyanos fausto sea;
« Ni su memoria perecer se vea.
« Ven, oh Baco, dador de la alegría,
« Oh Juno, ven, y tu favor nos presta;
« Y vosotros, oh Tirios, á porfía
« Solemnizad tan memorable fiesta ».
Dice, y derrama del licor precioso
Una parte en la mesa. La debida
Libación á los Dioses ofrecida,
De la taza de néctar espumoso
El borde apenas con el labio toca;
Luego la alarga á Bicias, y á que beba

Ella misma festiva le provoca.
Con ambas manos á los labios lleva
El ancho vaso el prócer, y, sediento,
Hasta el fondo le apura en el momento.
Síguele la nobleza placentera;
Y entretanto repite en sus canciones
Iópas el de la larga cabellera,
Al son del arpa de oro, las lecciones
Que en otros tiempos enseñaba Atlante;
Los eclipses del sol, la luna errante,
Y el rayo y lluvias; de hombres y animales
El origen primero; las dos Osas,
Y el Arturo y los Híadas pluviosas:
Por qué causas los soles invernales
A bañarse en las ondas se apresuren,
Y las frígidas noches tanto duren.
Sus cantares los Tirios celebraron,
Y el aplauso los Teucros redoblaron.

También Dido, la noche entreteniendo,
Con Eneas incauta discurría,
Y largo amor la mísera bebía,
Mil preguntas sobre Héctor repitiendo,
Sobre Priamo mil. Ya deseaba
Saber de cuales armas revestido
El hijo de la aurora había venido,
Ya cuan tremendo Aquíles batallaba,
Ya el motivo fatal porque se hicieron
Famosos los caballos de Diomédes.
« Dime, huesped, en fin, todas las redes

« Que á los fuertes de Pérgano tendieron
« Los Griegos, tan fecundos en ardides:
« Cuenta el estrago de las Teucras lides,
« Y dí tus aventuras singulares;
« Pues desde que te lleva el Hado impío
« Vagando por las tierras y los mares,
« Ya ha vuelto siete veces el estío ».

A LOS GENERALES

DE LOS EJÉRCITOS UNIDOS DE CHILE Y DE LOS ANDES D. JOSÉ DE SAN MARTIN Y D. ANTONIO GONZÁLEZ BALCARCE.

CANTO *

Amados de Caliope, hijos de Febo,
Del Parnaso en las cimas educados;
Perdonad si los cantos elevados
De vuestra lira á interrumpir me atrevo.
Lo se, lo se; no debo (1)
Mover el labio osado. (2)

---

* Está incluído en la Colección, pág. 100—firmada.

Está en la Lira, pág. 142; sin firma.

En la edición de las Poesías de Dn. J. C. Varela, hecha el año 1879, está esta composición con el siguiente título: «En elogio de los señores generales D. José de San Martín y D. Antonio Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del río Maypo, el 5 de Abril de 1818» y está precedida de la siguiente nota: «En el canto que va á leerse tambien se hace mención de la célebre batalla de Chacabuco. Cuando el se escribió. por insinuación de personas inmediatas al Gobierno, ya todos los peetas de Buenos Aires habian celebrado, de un modo digno, la victoria de Maypo. Parece que la autoridad deseaba entonces ensalzar el mérito del Sr. Balcarce, que contribuyó no poco á este triunfo, y cuyo mérito habían olvidado nuestros poetas. De todos modos, esta composición, y la que la precede, son, á mi parecer, las que necesitan más indulgencia entre las mías.»

En este volumen, cuya publicación fué preparada por el mismo Sr. Varela, esta composición aparece bastante cambiada; y como en la advertencia con que lo prologa dice que solo reconocerá por suyas á las que allí se hállan, tal como están, hemos hecho llamada en cada caso sobre los versos de la composición primitiva para presentar de ese modo la obra poética completa.

Estas modificaciones son las siguientes:

(1) Sé que pulsar no debo

(2) La pobre lira mía;

Empero ¿á quién es dado (3)
El ardor refrenar que el pecho inflama?
Veo dos héroes; sus renombres solo (4)
Entusiasmo me dan, penden mi llama, (5)
Son mi genio, mi númen, y mi Apolo. (6)

San Martín y Balcarce; dos guerreros
Cuales la Fama no cantó hasta ahora, (7)
Cuales ni cantará su voz sonora (8)
En el voltear de siglos venideros (9)
Temblad, temblad iberos;
Vuestro fin se aproxima,
Que San Martín la cima
De montes, que su frente han escondido
En las regiones donde el trueno rueda,
Amenaza escalas, y confundido, (10)
Si lo ejecuta, vuestro orgullo queda (11)

Quedará vuestro orgullo. En movimiento (12)
Ya sus falanges van; la falda pisan, (13)
Y la altura también; de allí divisan
En Chacabuco un pabellón al viento. (14)

---

(3) ¿Más que podrá este día.
(4) Veo dos héroes, su renombre soló
(5) Del entusiasmo la sagrada llama
(6) Enciende, y siento que me inspira Apolo.
(7) A quienes justa nuestra edad aclama,
(8) Y cuyos hechos cantará la Fama
(9) En la serie de siglos venideros.
(10) Amenaza escalar, y destruido,
(11) Si lo ejecuta. vuestro imperio queda.
(12) Quedará vuestro imperio: en movimiento
(13) Ya las falanges van; la falda pisan
(14) En Chacabuco una bandera al viento.

«Del hispano sangriento (15)
«Es la bandera,» gritan: (16)
Sobre él se precipitan, (17)
Y rayos lanzan, y el cañón retumba; (18)
En el avance los alfanges vibran; (19)
En la cuesta el tirano halló su tumba,
Y á Chile triste las legiones libran.

El venerando Maypo, que, en la hondura
Por sus puros cristales retirado,
Por tres siglos lloraba inconsolado (20)
Del suelo que regó la suerte dura, (21)
De su mansión oscura
El ruído oyó de guerra, (22)
Y, cuando más se aterra, (23)
Siente el volar de la veloce Fama (24)
Que á San Martín cantaba sonorosa. (25)
Alegre entonces su Náyades llama, (26)
Y sobre el agua alzó su faz rugosa.

---

(15) Como huracán violento,
(16) Que brama en la alta sierra,
(17) Son hijos de la guerra
(18) Fieros se lanzan; el cañon retumba,
(19) Y ellos la espada fulminante vibran:
(20) Era un río sin fama, destinado
(21) A dar inútil riego á una llanura,
(22) Oyó el clamor guerrero,
(23) Y oyó el grito primero
(24) Que, al desplegar sus alas, dió la Fama,
(25) A San Martín cantando sonorosa
(26) Alegre entonces á sus Ninfas llama,

Las convocó, y les dijo: « Yo sabía (27)
« Que tras mucho tronar del tiempo alado (28)
« Era de haber un día, en que arruinado (29)
« Chile el imperio ibérico vería; (30)
« Y que al fin la energía (31)
« De un hijo de la guerra, (32)
« Desde la opuesta tierra
« Mole inmensa de montes traspasando,
« Vendría hacia nosotros, y en un día (33)
« Siglos y siglos de maldad vengando,
« Al cruel cetro de hierro fin daría. (34)

« Su nombre allá en el libro de los hados
« Con carácter de fuego escrito estaba; (35)
« Jove empero su nombre reservaba
« Y los días al triunfo señalados » (36)
—Cuando veais que encontrados (37)
(Dijo el Tonante un día)
—En la alta serranía
—Ejércitos batallen, sangre corra,
—Vague muerte sin fin, la Fama cante,

---

(27) Convocólas, y dijo: «Yo esperaba
(28) «Que era de haber un día en que este imperio
(29) «Al déspota feroz de otro hemisferio
(30) «*No soy tuyo* dijera. Escrito estaba
(31) «Que á esta región esclava
(32) «Un genio de la guerra,
(33) «Vendría victorioso; y en un día
(34) «El oprobioso yugo rompería.
(35) «En páginas de luz escrito estaba;
(36) «Y los tiempos al triunfo señalados.
(37) «Cuando sea que osados

—Llegó á Chile el momento en que socorra (38)
—Su aciago suelo el Argentino Atlante (39)

« Hoy en la cuesta yo sentí fragores;
« En Chacabuco las cavernas roncas
« Del monte retumbaron; voces broncas
« Cuales de muertes escuche, y horrores. (40)
« En después, los clamores (41)
« De la Fama se oyeron:
« San Martín, repitieron,
« *San Martín es el héroe: Chile vive:*
« Me alzo yo entonces; de la cuesta veo (42)
« Sangre correr que el llano la recibe, (43)
« Y del campeón en manos el trofeo. (44)

« Pero no se acabó: ¿Veis estos llanos
« Delicia un día de Araucana gente?
« ¿Los veis que yermos, del arado el diente (45)
« Sentido no han, ni laboriosas manos?
« Sepulcro de tiranos
« A ser vendrán un día;
« La ibera sangre impía
« Dará fertilidad á mis llanuras:
« Pasarán pocos soles, y otra escena, (46)

---

(38) Llegó el feliz momento en que socorra
(39) Al araucano el adalid triunfante.
(40) « Escuché de feroces contendores;
(41) « Y después los clamores
(42) « Me alzo yo entonces, y en la cumbre veo
(43) « Al capitán ilustre, que recibe
(44) « De manos de Mavorte el gran trofeo.
(45) « ¿Veis los que, yermos, del arado el diente
(46) « Un nuevo atleta pisará mi arena,

« Otro Marte mayor, lides más duras (47)
« Aquí, aquí ha de ver con faz serena. (48)

« El héroe San Martín á otro héroe llama, (49)
« A otro Dios de combates, animado (50)
« De venganza y honor; su pecho osado (51)
« Abriga de honradez inmensa llama: (52)
« Su corazón inflama (53)
« El amor de su suelo: (54)
« Y bien que el negro velo (55)
« De la envidia mordaz y roedora (56)
« Quiso un tiempo encubrir tanta nobleza, (57)
Balcarce en su alma la virtud adora, (58)
« Y á nadie cede, ni cedió en grandeza. (59)

« Balcarce llegará. ¡Presagio cierto! (60)
« Mas ¡presagio maléfico al tirano (61)
« Que aumentando su hueste en Talcahuano, (62)
« Ruinas medita de placer cubierto! (63)
« Sus naves en el puerto (64)
« Ejércitos vomitan, (65)
« Que á morir precipitan (66)

---

(47) « Y otro Marte mayor, lides más duras
(48) « Entonces he de ver con faz serena
(49 á 59) (Suprimidos)
(60) « Balcarce llegaba: mi vaticinio
(61) « Es funesto y cruel para el tirano,
(62) « Que ostenta su poder en Talcahuano,
(63) « Y ha jurado de Chile el exterminio.
(64) « En vano á su dominio
(65) « Ya sujetar intenta
(66) « A una nación que cuenta

« Jefes soberbios, en soberbia fiados. (67)

« San Martín y Balcarce en mi llanura (68)
« Guerrearán, vencerán mas esforzados, (69)
« Y patria entonces vivirá segura» (70)

Así predijo el venerando Río.
Luego á la capital su blanca frente
Revuelve, vé, y aumenta de repente (71)
Con llanto de placer su raudal frío.
Las Ninfas el impío (72)
Dolor de ver su suelo (73)
Al luto, al lloro, al duelo (74)
Tres siglos entregado, depusieron; (75)
Por la orilla un momento divagaron; (76)
Y del Dios á una seña se volvieron, (77)
Y con el dios al fondo se tornaron. (78)

En tanto el primer héroe, que gozosa
La madre patria en sus anales cuenta,
En Santiago, ya libre, se presenta,
Mas no en Santiago su valor reposa.

---

(67) « Con la ayuda de genios denodados
(68) « Los libres triunfarán; y en mi llanura
(69) « Los monumentos á su gloria alzados,
(70) Dirán sus triunfos á la edad futura»
(71) Vuelve, mira, y aumenta de repente
(72) Cesó el dolor impio
(73) De las Náyades bellas,
(74) Y en vez de sus querellas,
(75) Los écos sus cantares repetían.
(76) Por la orilla festivos divagaron,
(77) Y, á una seña del Dios que obedecían,
(78) Con el Dios á las ondas retornaron.

La legión animosa
De nuevo al campo guia,
Y raya al fin el día
En que el nuevo campeón se hace presente: (79)
Ambos ansiaban por mayor victoria, (80)
Y ambos conducen belicosa gente (81)
A do se cubra de más alta gloria.

El tirano también, que en su honda mente (82)
Horror solo, y horror, y horrores vuelve, (83)
Vengativo á la marcha se resuelve, (84)
Y la ejecuta en orden prontamente, (85)
A Talca diligente (86)
Conduce los soldados,
En Europa educados
En arrastrar el carro de Mavorte,
Y afrontar mil de veces mil de muertes;
Aquí esperanzas de su avara corte,
Como allá azote de los Galos fuertes.

A Talca llegan de soberbia henchidos, (87)
La planta fijan, y en furor aguardan (88)
A los guerreros que á su enojo tardan,

---

(79) En que se muestra el campeón ausente
(80) Ansiaban ambos la postrer victoria,
(81) Y ambos conducen la aguerrida gente
(82) El tirano también, que, rencoroso,
(83) De Chacabuco la pasada afrenta
(84) Lavar en sangre americana intenta,
(85) Y de nuevo imponer su yugo odioso,
(86) A Talca presuroso
(87) Con sus antiguos triunfos engreídos
(88) A Talca llegan, y en furor aguardan

Y que ven ya en idea confundidos. (89)
Al fin los escogidos (90)
Por patria á su defensa (91)
Ven repente la inmensa (92)
Muchedumbre enemiga; ronco suena (93)
El clarín y atambor; el jefe manda; (94)
Se suspende el marchar, y en faz serena (95)
Se espera el día de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna
Ya avergonzada la borró del año. (96)
¡Noche de ruinas, y de espanto, y daño, (97)
Noche tremenda á Chile cual ninguna! (98)
De la traidora luna
Protegido el ibero
(Bien como tigre fiero. (99)
Que sin rugir se avanza hacia la presa) (100)
Se aproxima en silencio: nadie advierte; (101)
Y los patrios soldados en sorpresa
Circundados se ven de inmensa muerte.

---

(89) Y á quienes ven, sin pelear, vencidos.
(90) Los hijos escogidos
(91) De la patria entretanto
(92) Miraron sin espanto
(93) La muchedumbre inmensa: ronco suena
(94) El bélico clarín; el jefe manda,
(95) Las huestes paran, y con faz serena
(96) Avergonzada ya, borró del año;
(97) Noche de estragos y de horrible daño,
(98) Noche funesta á Chile cual ninguna,
(99) Cual suele tigre fiero
(100) De improviso caer sobre la presa
(101) Marcha en silencio, llega, nadie advierte,

No desmaya el valor; al arma corren (102)
Envueltos en asombro, pero en vano, (103)
Porque al plan meditado del tirano (104)
La imprevisión y el sobresalto acorren. (105)
Estos á aquel socorren (106)
Que es amigo juzgando; (107)
Y en confusión guerreando, (108)
Tal vez por los hispanos da la vida (109)
El que por acabarlos muerte busca; (110)
Esta ala vence, y á su vez vencida (111)
En sombra, en humo, en fuego más se ofusca. (112)

¡Héroes del canto mío! ¡Campeones
En quienes Chile su esperanza libra! (113)
¿Vuestro acero esta noche no se vibra? (114)
¿Impunemente morirán legiones?
Mañana los pendones
Del opresor de Lima,
El sol desde su cima (115)
¿Flamear verá, en afrenta de su prole, (116)
Sobre montones mil de cuerpos muertos?
¡Ah!, tanta vida en vano no se inmole;
Salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martín sereno (117)

(102 á 112—Suprimida)
(113) En quienes Chile tiene su esperanza!
(114) ¿No impedireis la bárbara matanza?
(115) Verá el sol de su cima
(116) Flamear, en afrenta de su prole,
(117) Y los salvaron. San Martín ajeno

En medio del horror y del espanto; (118)
Balcarce, en quien el alma puede tanto, (119)
Sueltan sin rienda á su valor el freno; (120)
Mezclan su voz al trueno (121)
Del cañón que aún se escucha, (122)
Y en la terrible lucha (123)
De mil muertes por medio atravesando, (124)
La retirada ordenan al soldado,
Y su infortunio aquí y allí vengando, (125)
Dejan por fin el campo abandonado.

Al hispano lo dejan. Basta, Musa, (126)
De desastre y dolor: un día viene (127)
En el que Chile su destino tiene (128)
Para siempre fijado.—La difusa, (129)
Tropa que aquí confusa, (130)
Allá en pavor vagaba, (131)
Ya sobre Maypo acaba (132)
De reunirse de nuevo á la pelea. (133)
Venganza solo, y más venganza gritan; (134)
Venganza solo su furor desea, (135)
Y á la venganza sus jefes la concitan. (136)

---

(118) De vil temor á la Fortuna instable,
(119) Y Balcarce, y Las Heras indomable,
(120) Cual nunca ostentan su valor sereno.
(121) Se oye su voz cual trueno,
(122) Y con la diestra fuerte
(123) Repartiendo la muerte,
(124) Y abriendo entre la turba anchos caminos
(125) Y, cediendo un momento á los destinos,
(126 á 136) (Suprimida)

Su triunfo oscuro al anemigo ciega,
Y su ilusión acrece y su confianza;
Hacia los libres con furor avanza, (137)
Y marcha, y corre, y hasta Maypo llega; (138)
Su batalla desplega, (139)
Y de la guerra al grito
Desde el hondo Cocito
Muerte y discordia salen. De repente (140)
El silencio en clamor se ve mudado (141)
Uno al otro se mira el combatiente,
Y teme acaso y tiembla el más osado.

Mas dió el bronce la seña de matanza,
Y la patria legión en el momento (142)
Se desprende, cual rayo, de su asiento, (143)
Y al enemigo con furor avanza..... (144)
No, Musa, no; no alcanza
El entusiasmo á tanto.
¿Como podrá mi canto
Producir una imagen de aquel día
Por Jove á la venganza abandonado (145)
Y á los horrores de la guerra impía?
Cantelo, ó Musa, un genio más osado. (146)

(137) Hacia los libres denodado avanza,
(138) Y en el llano los ve que Maypo riega,
(139) Y marcha, y corre, y llega,
(140) Muerte y discordia acuden. De repente
(141) El clamor en silencio se ha mudado,
(142) Y las patrias legiones al momento
(143) Se desprenden cual rayo de su asiento,
(144) Que llegaron las horas de venganza.
(145) A la muerte por Jove abandonado,
(146) Cante otro genio lo que á mi no es dado.

El mío á los dos ínclitos varones (147)
San Martín y Balcarce se convierte: (148)
Pero ¡ay! que expuestos á tremenda muerte (149)
A la frente se ven de las legiones. (150)
No hay brillantes acciones, (151)
No hay rasgo de venganza, (152)
No hay ruina, no hay matanza (153)
A que ellos no presidan. Los iberos (154)
Los vieron con espanto batallando, (155)
Los primeros lanzarse á los aceros, (156)
Trofeos á trofeos aumentando.

Aquí mezclados con la hispana gente (157)
Sangre enemiga por doquier derraman; (158)
Allá se vuelven; y su voz se siente, (159)
Se siente apenas. y mil bronces braman. (160)
Aquí al soldado inflaman (161)
Que en la lucha se aterra; (162)
De la pequeña sierra (163)
Suben con sus falanges á la cumbre; (164)
Al llano lanzan al hispano impío; (165)
Y se distinguen de la muchedumbre (166)
Solo por mas valor, por mayor brío. (167)

---

(147) Mi voz á los dos ínclitos varones
(148) San Martín y Balcarce es consagrada:
(149) Ni yo diré la lucha encarnizada,
(150) Y el destrozo feroz de las legiones.
(151) Las brillantes acciones
(152) Y el estrago horroroso,
(153) Y el triunfo portentoso,
(154) Obra fué toda de ellos. Los iberos
(155) Los vieron con asombro, batallando,
(156) Cruzar por entre el plomo y los aceros
(157 á 167) (Suprimida)

Por tres veces la parca en la matanza,
De los dos héroes el morir decreta,
Y ya, ya al dar el golpe, los respeta (168)
Y dirige á otra parte su venganza.
Al cabo la balanza
Se inclinó de los hados:
Redoblan los soldados
El coraje, el furor, la justa saña; (169)
Sangre y más sangre por do quier se vierte;
Y, donde antes guerreros de la España,
Se ven miembros, y ruina, y nada, y muerte. (170)

Triunfamos: lo vió Febo, y afligiendo
Los brutos de su carro, al occidente
Baja; y al otro mundo hasta el oriente (171)
Va el triunfo de sus hijos repitiendo. (172)
El sacro Maypo, viendo
Su presagio acabado, (173)
El curso refrenado (174)
Soltó de nuevo su linfa pura:
Vivid héroes, envidia de guerreros,
Vivid siempre exclamó, que en mi llanura
Supisteis dar sepulcro á los iberos. (175)

---

(168) Y al descargar el golpe, los respeta,
(169) El bélico furor, la justa saña;
(170) Solo se ven despojos de la muerte.
(171) Bajar y al viejo mundo hasta el oriente
(172) El triunfo de sus hijos fué diciendo.
(173) Su presagio cumplido
(174) El curso reprimido
(175) « Disteis sepulcro á mis tiranos fieros. »

La América de allá de la alta sierra
Do un genio singular (1) la vió sentada,
Su faz de llanto en de placer mudada,
Se vió ya la Señora de la tierra.
¡Héroes! mi Musa cierra,
Cierra ya el labio osado.
La patria que ha logrado
Por vuestras manos la libertad y gloria, (177)
Sabrá premiar tan relevantes hechos, (178)
Sabrá inmortalizar vuestra memoria,
Mientras viviendo vais en nuestros pechos; (179)

Tú, digno jefe, tú que has consagrado
Al honor de la patria tu reposo,
Por cuyo influjo triunfo tan glorioso
Los héroes de mi canto han alcanzado;
Tú que eres del Estado
El poderoso Atlante,
Nunca será que cante
La Fama en las edades y naciones
Nuestro honor, nuestro triunfo, nuestra gloria
Sin que al sonar de sus aclamaciones
Del grande Pueyrredón no haga memoria.

---

(1) El autor del canto hecho á nombre de la Secretaría de Gobierno. «*Al vencedor de Maypo*», Dn. Estevan de Luca. (Nota del autor)

(176) Y la A[illegible] allá en la [illegible] tierra

(177) P[illegible]r vuestro esfuerzo, libertad y gloria,

(1[illegible] Y renombre y poder irresistible,

[illegible]79) En el marmol y bronce indestructible.

(180 á 190) (Suprimida)

ODA *

AL TRIUNFO DE NUESTRAS ARMAS EN MAIPO EL 5 DE ABRIL DE DE 1818

¿Era que Jove había
Nuestro baldón eterno sancionado,
Y que tornara un día
Para siempre á la patria malhadado?
¿O llanto y luto, asolación y muerte,
Iban á ser el fin de nuestra suerte?

¿Y tanta, y tanta gloria
En ocho años de afanes conseguida,
Debió ser transitoria,
Y gozada no bien, cuando perdida?
El sud, ya libre, volvería al cabo
Por la segunda vez á ser esclavo?

---

* La colección pg. 82. «La Lira» pág. 174. La forma en que aparece en La Lira es la siguiente:

¿Era que Jove había
Nuestro baldón eterno sancionado,
Y que tornara un día
Para siempre á la patria mal-hadado?
¿Oh llanto y luto, asolación y muerte
Debiera ser el fin de nuestra suerte?

Y tanta, y tanta gloria
En ocho años de afanes conseguida
¿Ser debió transitoria,
Y gozada no bien, cuando perdida?
El Sud ya libre ¿volvería al cabo
Por la segunda vez á ser esclavo?

Los que en Maipo acabaron
Una noche tremenda así creyeron; (1)
Noche en que no lograron
Sobre los bravos que vencer quisieron,
Sino aumentar el fuego de venganza,
Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido,
Nuestra hueste dispersa el hoste fiero
De sombras protegido,
Blandiendo impune el ominoso acero,
Y uno ú otro campeón dando á la muerte
Triunfamos, dijo, se fijó la suerte.

Como en Ilión el Griego
En noche infanda derramó su enojo,
Y en la sangre y el fuego

Los que en Maipo acabaron
Una noche tremenda si creyeron;
Noche en que no lograron
Sobre los bravos, que vencer quisieron,
Si no aumentar el fuego de venganza,
Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido;
Nuestra hueste dispersa; el hoste fiero
De sombras protegido
Blandiendo impune el ominoso acero,
Y uno ú otro campeón dando á la muerte:
"*Triunfamos*, dijo: *se fijó la suerte*"

Como en Illión el Griego
En noche infausta derramó su enojo,
Y la sangre y el fuego

(1) La noche del 19 de Marzo fué sorprendido y disperso por las tropas españolas en Cancha Rayada el mismo ejército que pocos días después en los llanos de Maipo consiguió sobre ellos la victoria más grande y decisiva.

Se hundió de Troya hasta el postrer despojo
Sin que exterminio tal venganza hubiera,
Así pensó triunfar la audacia ibera.

Pero el jefe invencible
A quien nunca abandona la victoria,
Y en lance más terrible,
A sus armas y á sí cubrió de gloria, (1)
Hurta el momento á la fortuna ingrata,
No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la luna al amparo
Con honor salva su dispersa gente:
Y cuando Febo claro
Se tornaba á esconder en occidente,
Ve las huestes en trozos divididas,
Por su jefe hácia Maipo conducidas.

Hundió de Troya hasta el postrer despojo,
Sin que exterminio tal venganza hubiera;
Así pensó triunfar la audacia ibera.

Pero el jefe invencible
A quien nunca abandona la victoria,
Y en lance más terrible
A sus armas y á sí cubrió de gloria,
Hurta el momento á la fortuna ingrata,
No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la luna al amparo
Con honor salva su dispersa gente;
Y cuando Febo claro
Se tornaba á esconder en occidente,
Ve las huestes, en trozos divididas,
Por su jefe hacia Maipo conducidas.

(1) En el paso de los Andes y batalla de la cuesta de Chacabuco el 12 de Febrero de 1817, que dió la libertad á Chile.

Llegó, llegaron ellas;
Y San Martín exorta, increpa, enciende
Las cubiertas centellas
Del fuego patrio, que do quier se extiende.
Muerte ó gloria el soldado le asegura,
Y lo torna á jurar, y otra vez jura.

Tales disposiciones
El camino á los triunfos preparaban;
Y cuando los campeones
En la idea de gloria se gozaban,
Hélo allí el enemigo se descubre
Y la llanura inmensa erguido cubre.

Lo ven los inmortales;
El grito todos de victoria alzaron,
Y los filos fatales,
Los aceros de muerte prepararon,

Llegó, llegaron ellas,
Y San Martín exorta, increpa, enciende
Las cubiertas centellas
Del fuego patrio que do quier se extiende,
Muerte ó gloria el soldado allí asegura,
Y lo vuelve á jurar, y otra vez jura.

Tales disposiciones
El camino á la gloria preparaban;
Y cuando los campeones
En la idea del triunfo se gozaban,
Helo allí el enemigo se descubre,
Y la llanura inmensa erguido cubre.

Lo ven los inmortales;
El grito todos de victoria alzaron,
Y los filos fatales
Los aceros de muerte prepararon.

El tirano los mira, se acobarda,
Y tras tres días otra noche aguarda. (1)

¿Pero quien el deseo
De venganza ó de muerte refrenaba?
Precipitarse veo,
(Cual torrente que un dique represaba,
Lo rompe y todo arrasa) á nuestra gente
Sobre la horda enemiga de repente.

A la altura montando,
Rayos de guerra los iberos lanzan;
Y bronces mil tronando,
Reparten muertes por do quier alcanzan
Pero el infante (2) en quien el Sud confía
Solo en la punta de su acero fía.

El tirano los mira, se acobarda,
Y tras tres dias otra noche aguarda.

¿Pero quien el deseo
De venganza ó de muerte refrenaba?
Precipitarse veo
(Cual torrente que un dique represaba,
Lo rompe y todo arrasa) á nuestra gente
Sobre la horda enemiga de repente.

A la altura montando
Rayos de guerras los iberos lanzan,
Y bronces mil tronando
Muertes reparten á do quier alcanzan:
Pero el Infante (3) en quien el Sud confía
Solo en la punta de su acero fía.

(1) El enemigo rehusó batirse tres días consecutivos, tal vez con la esperanza de lograr otra sorpresa, pero al cabo de ellos fué obligado á la acción por el pronto movimiento que hicieron sobre él nuestras fuerzas.

(2) Infante. En esta voz están comprendidos todos los cuerpos no montados.

(3) Están comprendidos en esta voz todos los cuerpos de infantería, artillería, y demás, no montados.

Huella cuerpos de amigos,
Que ¡venganza! al caer iban gritando:
Hácia los enemigos
Con más furia se acerca, y en llegando,
Mil arroyos de sangre de la altura
Hirviendo bajan hasta la llanura.

Bajan, y los hispanos,
Envueltos todos en desastre y muerte,
Procuran en los llanos
Algún recurso á su menguada suerte;
Y en los llanos su estrago los persigue,
Y muy más grande la matanza sigue.

No sigue, que allí empieza;
Porque el bruto á la guerra acostumbrado
Se lanza con braveza
Por el dragón invicto gobernado, (1)

Hollan cuerpos de amigos
Que, *venganza*, al caer iban gritando;
Hacia los enemigos
Con mas furia se acercan, y en llegando,
Mil arroyos de sangre de la altura
Hirviendo bajan hasta la llanura.

Bajan, y los hispanos
Envueltos todos en desastre y muerte,
Descienden á los llanos
A probar de sus armas nueva suerte;
Y en los llanos su estrago los persigue,
Y muy mas grande la matanza sigue.

No sigue; que allí empieza,
Porque el bruto á la guerra acostumbrado
Se lanza con braveza,
Por el dragón (2) invicto gobernado,

(1) Dragón. En esta voz están comprendidos todos los cuerpos montados.

(2) Están comprendidos en esta voz todos los cuerpos montados.

Y atropella, y derriba, y el guerrero
Lleva la muerte á do llevó el acero.

¡Iberia! tus caudillos
En la lid hasta entonces no domados,
Dejaron los cuchillos
De los libres del Sud ensangrentados:
Resistir no fué dado: allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.

San Martín los furores
De sus bravos gobierna y acrecenta;
Y él mismo los horrores
De la guerra desprecia, y los aumenta,
Si Marte mismo tal bravura viera,
En Marte mismo algún pavor cupiera.

Cinco horas el hispano
Disputa el campo y la tenaz victoria;

Y tropella y derriba; y el guerrero
Manda la muerte á do mandó el acero

¡Iberia! Tus caudillos
En la lid hasta entonces no domados,
Al cuello los cuchillos
De los libres del Sud vieron bajados:
Resistir no fué dado: allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.

San Martin los furores
De sus bravos gobierna y acrecenta;
El mismo los horrores
De la guerra desprecia, y los aumenta.
Si Marte mismo tal bravura viera,
En Marte mismo algún pavor cupiera.

Cinco horas el hispano
Disputa el campo, y la tenaz victoria;

Pero disputa en vano,
Pues Jove desde el solio de su gloria
Inclinó del destino la balanza
Al lado de la patria sin mudanza.

Triunfamos. Vuestros nombres,
Balcarce, Quintana, Heras, Alvarado, (1)
Repetirán los hombres
Con respeto y ternura; y á igual grado
Caminareis al templo de la fama,
Que ya por todo, vuestro honor proclama.

Y vosotros, que muertos,
Porque fuera la patria libertada,
Fuisteis de honor cubiertos,

Pero disputa en vano,
Pues Jove desde el solio de su gloria
Inclinó del destino la balanza
Al lado de la patria sin mudanza.

Triunfamos. Vuestros nombres
Balcarce, Quintana, Heras, Alvarado,
Repetirán los hombres
Con respeto y ternura; y á igual grado
Caminareis al templo de la Fama
Que ya por todo, vuestro honor proclama.

Tú, joven destinado
Para dictar empresas de momento,
Que tanto has cooperado
De la gloria de América al aumento;
Genio penetrador, ilustre Guido,
Te vive el suelo patrio agradecido.

Y vosotros, que muertos
Porque fuera la patria libertada,
Fuisteis de honor cubiertos,

(1) Jefes principales del ejército patrio.

Y vuestra sangre la dejó vengada,
Recibid en tributo nuestro llanto,
Y tan justo dolor suspenda el canto.

AL SR. CORONEL D. FEDERICO RAUCH

EN EL REGRESO DE SU CAMPAÑA Á LOS BÁRBAROS. *

Joven terrible, rayo de la guerra,
Espanto del desierto,
Cuando vuelves triunfante á nuestra tierra
Del negro polvo de la lid cubierto,
Te saluda la patria agradecida;
Y la campaña rica,
Que debe á tu valor su nueva vida,
Tus claros hechos y tu honor publica.

Gloria al valiente Rauch! Suelo extranjero
Su cuna vió mecer; del Rhin helado
Fueron las aguas que bebió primero;
Y amó la Libertad, y abandonado
Con noble intrepidez á su destino,
Vino por medio de la mar furiosa
A defender las aras de la Diosa
En la orilla feliz del Argentino.
Desde entonces la espada fulminante,

Y vuestra sangre la dejó vengada;
Recibid en tributo nuestro llanto,
Mientras, dado al pesar, suspendo el canto.

* En la edición de las poesías de J. C. Varela hecha en 1879, en la pág. 243 está esta composición con alteraciones y supresiones muy grandes.

En sostén de la patria que elegía,
Cual hijo de la patria el más amante,
El intrépido huesped se ceñía:
Y mientras tanto el bárbaro indomable,
El indio rudo, habitador del yermo,
Con estrago espantable
Por toda la comarca discurría,
Y su rencor antiguo, inaplacable,
De horfandad y miseria la cubría.

Tal como alguna vez de la montaña
Se lanza á la llanura de repente
Con estrépito horrísono el torrente,
Y retiembla á lo lejos la campaña,
Y arrebatan las ondas victoriosas
El pastor, el ganado, la cabaña,
Las mieses y las vides pampanosas;
O como suele con silbido horrendo
El huracán pasar, y donde pasa
Todo se precipita con estruendo,
Todo envuelve en su vortice y lo arrasa;
El salvaje feroz no de otro modo
En bandas tumultuosas se lanzaba
Del fondo del desierto,
Y nuestros ricos campos inundaba.
A la piedad y á la ternura muerto
Su corazón ferino, y abrazado
De la sed de rapiña y de matanza,
El brutal indio rudamente armado
Del fuego, de la flecha y de la lanza,

Volaba en el alípedo caballo,
Derramando á torrentes su venganza.
A la pálida luz de opaca luna,
Que vaga en la alta noche entre celajes,
Arremetían sin barrera alguna
Las sanguinarias hordas de salvajes;
Y el hórrido alarido,
La súbita algazara, interrumpían
El sueño fementido
En que confiados en la paz, yacían
Del campo los tranquilos moradores.
Ese era el sueño precursor de muerte:
¡Era el último sueño! Los amores
De la esposa tal vez y las caricias
Al lecho humilde de la humilde choza
Lo hicieron descender entre delicias.
¿Y despertará de él el miserable
Para caer en brazos de la esposa
Exánime, sangriento, moribundo,
Verla insultar por un salvaje inmundo
Con brutal osadía,
Y espirar en tan bárbara agonía?
Si; que ya el fuego estallador devora
Los apacibles lares;
Y el temblón viejo que abrigado mora
Allá en los más recónditos hogares,
Atravesado el descarnado pecho
De saeta homicida,
Lanzó el cansado aliento por la herida:
Mientras que arrebató del casto lecho

A la intacta doncella
Otro bárbaro atroz, y la destina
Para esclava de torpe concubina,
Sin apiadarse al llanto de la bella.

¿Y tan crueles horrores,
Sin levantar la diestra al escarmiento,
Impunemente cometer dejamos?
La riqueza adquirida con sudores,
La población del campo y su ornamento,
Se destruye, se roba, ¿y no vengamos
El repetido ultraje
Sobre la vida del feroz salvaje?
¡Que mengua! ¡Que vergüenza!—Rauch no pudo
Más tiempo tolerarla: concitando
Las huestes valerosas de su mando,
Juró humillar al bárbaro insolente,
Y descendió al desierto de repente.
Agil muy más que el indio, y atrevido
Como feroz aquel, pisa el soldado
El terreno hasta entonces oprimido
Solo de planta bárbara, y dejado
En inculta aridez—La turba impía,
Que arrebató en trofeo mil cautivas,
Entre alaridos, en lugar de vivas,
Entraba ya á la tosca toldería, (1)
Y de pingüé ganado rica presa
Entre sí dividía

(1) Este es el nombre que se da á las informes chozas de cuero en que habitan los salvajes. (Nota del autor)

Sin cuidado y temor. Mas la sorpresa
Fué mayor que el placer, cuando improviso
(Como en día sereno
Suele estallar tal vez el ronco trueno),
Sintieron á sus piés temblar la tierra
Al repetido golpe de la planta
Del cuadrúpedo, amigo de la guerra,
Que furioso sobre ellos se adelanta;
Y el jinete vibrando el limpio acero,
Y Rauch, de su legión á la cabeza,
Arremeten con ímpetu más fiero,
Con más estrago, con igual presteza,
Que cuando el rayo las esferas hiende,
Y cuanto encuentra su furor enciende.

¡Pudo llevarse al fin el escarmiento
A los inmensos llanos
Que habitan los salvajes inhumanos!
¡A tanto alcanza el bélico ardimiento!
Pudo llevarse al fin la vez primera;
Y de playa extranjera
Vino á las nuestras un guerrero experto,
A exterminar la raza abominable
De los tigres feroces del desierto.

Reliquias de la inmensa muchedumbre
Escapan del estrago formidable
Y escalan fugitivas la alta cumbre
De la erguida montaña,
Que domina soberbia la campaña.

En la fragosa altura
Recobrados un tanto
Del susto, del pavor y del espanto,
Creyeron su existencia ya segura;
E intentan la defensa nuevamente
En tosco ardid de inusitada guerra,
Cual el que allá, en la infancia de la tierra,
La natura tal vez al combatiente
Primero le enseñó: pero el valiente
Que conducía Rauch á la victoria,
Arredrarse no sabe,
Ni abandona las sendas de la gloria.
Con firme pié por la pendiente grave,
De la cuesta fragosa
La legión animosa
Con el rayo en la mano se aproxima;
Y mientras tanto desde la alta cima,
Con estruendo espantoso despeñadas
Ruedan moles inmensas por la sierra
Al empuje del bárbaro arrojadas.
Toda retumba en derredor la tierra
Al impetuoso golpe de la roca
Que en otra peña indestructible choca:
Pero el fuerte soldado
Entre la dura lluvia se avalanza,
Y venciendo el peligro denodado,
El plomo al cabo del mosquete lanza:
Y luego, luego, en la enemiga altura
Pone el pié vencedor, y largos bajan
Los arroyos de sangre á la llanura.

Gloria al valiente Rauch! ¡Gloria á los bravos
Que á tan heroica empresa lo siguieron!
¡Redención á los míseros esclavos,
Que tantos años en dolor gimieron!
Y paz á la campaña! Su riqueza
No será ya la presa
Del ávido salvaje que asolaba
Cuanto su furia bárbara encontraba!

—

¡Oh patria en que nací! Triunfos iguales
Te darán prontamente
Los que han ido á humillar al insolente
Que profanó los campos orientales.
Entonces se alzará tu claro nombre
Al cenit de la gloria,
Y cuanto dure el hombre,
Durará con respeto tu memoria.

Febrero 8-27.

LA VICTORIA COMPLETA

CONSEGUIDA POR EL GENERAL ORIENTAL DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA, SOBRE LOS USURPADORES BRASILEROS EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1825 EN EL LUGAR LLAMADO LA ORQUETA DEL SARANDI.

ODA *

¡Pueblos oid! ¡Escarmentad tiranos!
La venganza que toman las naciones
De los que insultan sus sagradas leyes,
Es la justicia que el Omnipotente
Hace de los delitos de los reyes.
La cadena de férreos eslabones
Con que está siempre atado el viejo mundo
Al pie de un insolente
En silencio profundo,
En una época horrible, y ya distante,
Se tendió más acá del mar de Atlante.
Un día se trozó; y el mismo día
Se vió en los Cielos, aunque tarde, justos,
Un letrero de lumbre que decía:
«Los decretos augustos
«Del único Señor de los humanos
«Hacen libre la América por siempre,

* Está en la Colección de Poesías patrióticas, pág. 293. No está en La Lira, ni ha sido incluída en el tomo de las Poesías de J. de la C. Varela que se publicó en 1879, pero que él tenía preparado desde 1831.

«Y abandonan la Europa á los tiranos».
¿Y el Brasil? ¿El Brasil como consiente
Que en infame sitial, llamado trono,
Un déspota lo insulte,
Y en medio de la América se siente?
Más ¡cómo consentir! Ya el trueno rueda
En la cabeza del monarca intruso;
Y en la Banda Oriental del rico río
El rayo ya estalló! Bien corto queda,
Bien corto tiempo; y el presagio mío
Tendrá su cumplimiento.
¡Hombres opresos! Recobrad aliento,
Alzad, alzad las vengadoras manos;
¡Pueblos, oid! !Escarmentad, tiranos!
¡Dia de salvación y complemento!
Ya amaneciste en Sarandi! ¡Orientales!
¡Qué génio os inspiró ¿Qué genio vino
A escribir nuevamente los anales
Del hombre libre, y su feliz destino,
Con sangre de opresores?
¿Con sangre destinada á una vengenza,
Por vosotros, humanos, no deseada,
Por ellos, inhumanos, provocada?
Helos ya bajo el filo.—¡Usurpadores!
¿Dó está vuestro poder?—¿No era que un día,
Cuando recién el gérmen se movía
De abrasadora guerra,
En el silencio de domada tierra,
Vuestra faz altanera
De sonrisa insultante se cubriera?

Probad, probad ahora
Cuanto es de fulminante y vengadora
La espada que alza el oriental valiente;
Ved como sabe de laurel de triunfo
Ceñir la enhiesta frente,
Y vengarse con muertes á millares
De un solo insulto á sus paternos lares.
¡Abrete, historia, y muestra en que regiones,
En que época del mundo, que naciones
Presentaron jamás un grupo aislado,
Desvalido, indefenso,
De hombres que, atravesando un rio inmenso,
Hasta la orilla opuesta se lanzaron,
Y el fuerte grito de la guerra alzaron!
Era su patria, aquella era su patria
A esclavitud horrible condenada;
Y á los americanos
Ser patriotas les basta y ciudadanos,
¡Oh querer eficaz del hombre libre!
Ellos pisaron su natal orilla,
El suelo patrio con dolor besaron,
Y, al alzar la rodilla
Que del eterno ante la faz doblaron,
O pronta muerte, ó libertad juraron.

Todo el Oriente se inflamó al momento
En el fuego sagrado
Que libertad enciende.
No lleva tan veloz el raudo viento
En los estivos meses

La llama abrasadora, cuando prende
En los secos despojos de las mieses:
Y la lid empezó. ¿Pero, empezaba?
¿No la veis acabar? ¡Cuánto sepulcro
En Sarandí se ha abierto! ¡Un solo instante
Vió las terribles haces opresoras
Ufanas, engreídas,
Y el mismo instante las miró perdidas!
Así triunfaron los libres: al amago
No puede distinguirse del estrago.
¡Héroes! Si este renombre,
Siempre dado al guerrero,
Pero quizás no siempre verdadero,
Ha sido alguna vez digno del hombre,
Es hoy, cuando mi musa reverente
De adulación ajena,
Con él saluda, de entusiasmo llena,
A los ínclitos hijos del Oriente.

¡AMOR! *

FRAGMENTO DE UN POEMA

. . . .

De un suspiro de Dios en el vacío
Surgió el mundo brillante de esplendor;
Y al ronco mar y al aquilón sombrío
Al cielo, al aire, á la cascada, al rio,
A todo entonces animó el amor.

La tierra entre suspiros misteriosos
Gimió á los besos del ardiente sol,
Y anegándose en llantos voluptuosos
Prendió á sus pechos bosques milagrosos
Frutos eternos de su eterno amor.

Abrasadas las nubes se arrojaron
En los brazos del férvido huracán,
Y cuando ébrios de amor se entrelazaron,
El rayo y los relámpagos brotaron,
Y nació de ese amor la tempestad.

Las brisas fecundaron á las flores
Engendrando el aroma embriagador;
Y las perlas de pálidos colores
Se formaron de llantos quemadores
Que á las sirenas arrancó el amor.

---

* Apareció en Marzo 19 1865.

Suspiraron de amor los ruiseñores
La tierna abeja elaboró su miel,
Y es fama que flotando entre vapores
Vertiendo aromas y esparciendo flores
Apareció ante el mundo la mujer.

¡La mujer! ¡Animada poesía,
Misterioso poema de Jehová;
Melancólica y viva melodía,
Engendro de la luz y la armonía,
Sagrado fuego de ignorado altar!

¡La mujer! ¡Creatura deliciosa
Intermedio entre el ángel y la flor;
Bello ser cuya vida vaporosa
Se desliza fugaz y voluptuosa
Entre besos y lágrimas de amor!

¡Ah, que el amor es fuego sin segundo
Que tiene por altar la creación,
Y que si inflama el corazón del mundo
No estrañeis que al indómito Facundo
También le haya quemado el corazón!

. . . .

Buenos Aires, 1863.

EPÍGRAMAS

I

Díle un beso á mi adorada
Y me miró con sonrojos,
Díle dos; cerró los ojos
Y se cayó desmayada!
Corrí exclamando: ¡Jesús!
Cuando la misma enojada
Me gritó: — Calla Juan Cruz,
¿No ves la puerta cerrada?
O no entiendes avestruz
Lo que es estar desmayada!

II

Con setenta años Vicente
Ayer lo tentó el demonio,
Y contrajo matrimonio
Con una joven de veinte:
Y ya hoy en el espejo
Mira atenta su cabeza,
Pues siente algo que le pesa....
Pobre viejo! pobre viejo!

III

Eres un cohete, mujer!
Le dijo á Pepa fray Diego —
¿Sí? dijo esta... Señor lego,
Si soy cohete, ¿cómo ayer
Apesar de vuestro fuego
No me pudiste encender!

CANCIÓN *

PARA LAS ALUMNAS DE LA ACADEMIA DE MÚSICA Y CANTO 25 DE MAYO DE 1823

CORO

Venid, amadoras
De bella armonía
A cantar el día
De la libertad.

Hoy fué que cambiaron
A impulso divino
Su triste destino
Los hijos del Sud:
Y sesenta lustros
De horrores sin cuento
Un solo momento
Borró de virtud.

* Está en La Colección, pág. 32; firmada. No está en La Lira. En la edición de 1879: «Poesías» de J. C. Varela, en la pág. 191, ha sido incluida con bastantes alteraciones.

CORO

El luciente padre
De la luz y el verso
Por el universo
Tanto honor cantó:
Y la fama al punto,
Doblando su vuelo,
De la tierra al cielo
También lo llevó.

CORO

Entonces su garra
La fiera de España
En la heróica hazaña:
Volvió contra sí
Y del león sañudo
El feroz rugido
Fué do quier temido,
Despreciado aquí.

CORO

Del hermano, el padre,
El hijo, el esposo,
El brazo nervioso,
Entonces se armó:
Y el llano, y el cerro,
La arena, y la ola
La sangre española
Do quiera tiñó.

CORO

La madre en las filas
Abrazando al hijo,
No vuelvas, le dijo,
Sin gloria, y lloró.
Y la tierna esposa
Al joven guerrero
Le ciñó el acero,
Y un beso le dió.

CORO

Así libertada,
La domada tierra,
Calló de la guerra,
Al cabo el clarín.
Y el fuego, y el humo,
El rayo, el amago,
La sangre, el estrago
Cesaron al fin.

CORO

Hoy el sol saluda
Desde el alto cielo
A su amado suelo
Ya libre y en paz:
Que los duros tiempos,
En que era precisa
Sangrienta divisa,
No vuelvan jamás.

CORO

Venid, entonemos,
Virginales coros:
Mirad los tesoros,
Que nos da la paz:
Mirad como vienen
Por el mar profundo
Los libres del mundo
Al suelo feraz.

CORO

Venid y ciñamos
Nuestra sien de rosa;
No porque la hermosa
Nunca esté mejor,
Sí, porque llevemos,
En honor del día
Signos de alegría,
Coronas de flor.

CORO

Hoy nos vió la aurora
Al nacer cantando,
El sol en bajando
Nos mire también:
Pues ya de la patria
Todo mal se aleja,
Y el cielo nos deja
Gozar tanto bien.

Á LAFINUR *

O Lafinur, tú pierdes
Sensiblemente el tiempo,
Revolviendo los libros
De autores mil diversos,
Y en pos de inútil ciencia
Afanoso corriendo.
De la filosofía
Enseñando el sendero,
A la Verdad conduces
A tus jóvenes tiernos,
Y toda tu ventura
Consiste solo en eso.

Desengáñate: hubo
Para mí cierto tiempo,
En que también Minerva
Me introdujo en su templo,
Y subió en sus altares
El humo de mi incienso.
Entonces yo creía
Que solo aqueste empleo
Era digno del hombre,
Y me engañaba necio.

Porque, dime, querido,
¿Qué te importa en efecto

* Poesías de J. C. Varela, pág. 83. No está en la Lira, ni en La Colección.

Que el hombre solo piense
A fuer del sentimiento,
O que piense, movido
De principio diverso?
¿Qué te importa que, fijo
El Sol, en medio cielo,
Gire la Tierra en torno
Por el espacio inmenso;
O que, fija la Tierra,
Gire en contorno Febo?
¿Qué importan las distancias
Que hay de Mercurio á Vénus,
O de Marte á Saturno,
O de Saturno al centro?
Han de volar tus años,
Y cuando el cano tiempo
En tu cabeza blanca
Ponga el pesado dedo,
Dime ¿de tanta ciencia
Qué ha de quedarte luego?
Corta la Parca el hilo,
Vas al sombrío reino,
Y el que pasó la Estijia
No vuelve del Averno
A emplear de otro modo
Los perdidos momentos.

Haz tu deber, amigo;
Que si dió vida el cielo
Al mortal desgraciado

Para que muera luego,
El destino del hombre
En amar está puesto;
Y es instante vacío
Y de ningún provecho,
En el que no exhalamos
Algún suspiro tierno.
¿Conoces á mi Délia,
A mi adorado dueño?
Pues otra Délia busca,
Querido amigo, luego.
Como la mia nunca
La encontrarás, es cierto;
Pero Cupido sabe
Herir también los pechos,
Que, cuando están tocados
De su divino fuego
Toda querida es Diosa,
Todo lo amado es bello.

Mírame á mí, encerrado
Del gabinete en medio,
Cercano á los que rigen
La suerte de los pueblos,
A do vine arrastrado
Por un destino ciego;
Esto, á que llaman dicha
Los aspirantes necios,
¿Piensas que satisface
Ni aun el menor deseo,
Cuando no se ha nacido

Con corazón de fierro?
¡Ah, Lafinur! Te engañas;
Dejo el palacio, y vuelo
A los labios de Délia,
Que me esperan sedientos;
Y el sumo de las flores
Que, con prolijo aseo,
Las abejitas liban
Para su miel, es menos
Dulce que el dulce néctar
Que de su boca bebo.

Esto solo es fortuna;
Esto es vida ¡y si muero,
Y recoge mi Délia
Mi postrimer aliento,
Me quedaré en sus brazos
Como en un blando sueño!
Que si hay memorias tiernas
Allá en el hondo seno,
Adonde todos vamos,
De donde nadie ha vuelto,
Yo, habitador tranquilo
Del país de los muertos,
Me acordaré de Délia,
Y esperaré el momento
De su hado inevitable,
Para unirme de nuevo
A la que, sombra entonces,
No será amada menos.

Ea, querido amigo,
Aprovecha tu tiempo;
Que uno al otro los días
Se atropellan violentos,
Como si fuera largo
El plazo que tenemos

Á LA MUERTE DEL EXCMO. GENERAL D. MANUEL BELGRANO *

ACAECIDA EN BUENOS AIRES EN EL MES DE JUNIO DE 1820

Si á tu sed de destruir, muerte implacable,
Algún triunfo bastára,
Que colmase tu cólera insaciable
Y todos tus trofeos coronara,
¿Cuál otro esperaría
El crudo afan de tu dureza impía?

---

* La Colección pág. 325. La Lira Argentina, pág. 298.

Se publicó en hoja suelta, por la imprenta de la Independencia. En la Colec. de D. J. M. Gutiérrez existente en el Senado Nacional, hay un ejemplar. En las Poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 103, está esta composición, muy modificada, como sigue:

Si á tu poder fatal, muerte implacable,
Algún triunfo bastára,
Que llenase tu cólera insaciable,
Y todos sus trofeos coronára,
¿Cuál otro esperarías,
Y cuando mayor llanto causarías?

¿Con qué á Belgrano heriste y no temblaste?
¿O acaso, dí, olvidada
De su gloria y su mérito quedaste
Al levantar la diestra descarnada?
¿Cómo es que de tu mano
No cayó espedazado el hierro insano?

Pero ¡ay! Yo se que tú, menospreciada
Por el héroe te vias
Mil veces en la lid ensangrentada:
Entonces de respeto no lo herias,
Y vuelta á otro guerrero
Cebabas tu despique carnicero.

Por eso tu venganza habias jurado,
Y traidora esperaste
Verlo en el lecho del dolor postrado;
Y aun allí, cuando el crímen consumaste,

¿Con qué al fin á Belgrano nos robaste,
Y ciega y olvidada
De su gloria y su mérito quedaste,
Al levantar la diestra descarnada?
A una nación entera
Condena al llanto tu venganza fiera.

No heriste al adalid en tantos días
De mortandad horrible;
Al génio de la guerra en él veías
Que á respetarle te obligó invencible,
Y, vuelta á otro guerrero,
Cebabas tu desquite carnicero.

Para arrojarte al bárbaro atentado,
Alevosa esperaste
Verle en el lecho del dolor postrado;
Y aun allí, cuando el crimen consumaste,

Te azoró tu delito,
Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Así es que, puestos en igual balanza
El justo y el malvado,
Todos víctimas son de igual venganza;
Y, perdida una sombra, á nadie es dado
Con el llanto y gemido
Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas; y á la tierra
Que defendió tu espada,
Todo lo que en túmulo se encierra,
¿Quién podrá ya volver?—Abandonada
La patria al desconsuelo
La copa apura del furor del cielo.

Te azoró tu delito,
Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Pero ¡ay! que, puestos en igual balanza
El justo y el malvado,
Todos víctimas son de igual venganza;
Y, perdida una sombra, á nadie es dado
Con el llanto y gemido
Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas: ¿y á la tierra,
Que defendió ta espada,
Todo lo que en tu túmulo se encierra (1)
Quién podrá ya volver? (1) Abandonada
La patria al desconsuelo,
La copa apura del furor del cielo.

(1) Los dos versos aquí anotados son de Cien fuegos.

Y de furor sin fin. Al templo sacro
A la virtud alzado,
Ya no vá adorador. Su simulacro,
Por el crímen triunfante inacatado,
En trozo dividido
Cayó hasta el polvo en vilipendio hundido.

Quizá tu vida, como el éter pura,
A los días de duelo,
Y de luto, y de llanto, y de amargura
No es que debió llegar; y justo el cielo
Inmaturo te lleva
Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad. Pero entretanto
¿A quién sus ojos vuelve
La ya olvidada patria, entre el espanto

Y de furor sin fin. Al templo sacro,
A la virtud alzado,
Ya no vá adorador: su simulacro,
Por el crímen triunfante profanado,
En trozos dividido,
Cayó hasta el polvo, en vilipendio hundido (1)

Quizá tu vida, como el éter pura
A los días de duelo,
Y de desolación y de amargura,
No debiera llegar; y justo el cielo
Inmaturo te lleva
Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad; pero entretanto
¿A quien sus ojos vuelven
Los hijos de la patria, en el espanto

(1) No deberán extrañarse muchas expresiones y conceptos de esta composición, si se recuerda que el virtuoso General Belgrano murió en el período más crítico del desgraciado año 1820. Los mejores y más decididos patriotas desesperaban entonces de la salvación del país....

En que tu muerte y su aflicción la envuelve?
Héla ya desolada,
A enojosa viudez abandonada.

El valor, la virtud, ya sin modelo, (1)
No más serán seguidos,
Que el teson incansable, el noble celo
En llenar los deberes distinguidos,
Y en cubrirse de gloria, (2)
Ya no es más que un tributo á tu memoria. (3)

¿Dó está la hueste que tu voz oía,
Y en quien patria libraba
Su esperanza y su honor? ¿La que algún día
La hueste de virtuosos se llamaba,
Y cuyo solo amago
Fué tanta vez al enemigo estrago? (4)

---

(1) El valor, y la honradez, ya sin modelo (La Lira).
(2) Cubriéndose de gloria (La Lira).
(3) No es mas ya que un tributo á tu memoria (La Lira).
(4)—El reglado y virtuoso ejército del Perú; deteriorado, corrompido, y casi enteramente disuelto en el año 20. (Nota de la Colección)

En que tu muerte y su aflicción la envuelven?
Héla ya desolada,
Y á enojosa viudez abandonada.

La virtud, el valor, ya sin modelo,
No mas serán seguidos;
Que el tesón incansable, el noble celo
El llenar los deberes distinguidos,
No son más que memoria
Que han dejado tus hechos y tu gloria.

¿Do está la hueste que tu voz oía,
Y que á la patria daba
Seguridad y honor? ¿La que algún día
Hueste de virtuosos se llamaba,
Y cuyo solo amago
Fué tanta vez al enemigo estrago?

No ya tu dedo mostrará el camino
Por dó seguir debía;
Ni sus triunfantes sienes el destino
Coronará, cual coronó algun día,
Cuando fiel á tu mando,
Del laurel á la sombra iba marchando.

Entonces fué su vencedora planta
A hollar el cerro erguido,
Que en Potosí opulento se levanta
De plata á un tiempo, y de codicia henchido, (1)
Y do quiera pisaba
Más glorias á más glorias aumentaba.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno
La obediencia perdida,
No más escucha de la guerra el trueno;
Que, en pequeñas reliquias dividida,

---

(1) De oro, y riquezas, y codicia henchido; (La Lira)

No ya tu dedo mostrará el camino,
Por do seguir debía;
Ni sus triunfantes sienes el destino
Coronará, cual coronó algún día,
Cuando, fiel á tu mando,
Del laurel á la sombra iba marchando.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno,
La obediencia perdida,
No mas escucha de la guerra el trueno;
Que, en pequeñas reliquias dividida,
Y acá y allá vagando,
Las banderas infiel va abandonando.

Por esto llora la virtud; y hoy día,
Que campos y ciudades,
Por la furia brutal de la anarquía,
Son teatro de sangre y de maldades,

Aquí y allí vagando,
Sus banderas infiel va desertando.

Por esto llora la virtud, por esto
Llora tu muerte Marte,
Que mil de veces, el furor depuesto
Supo entre mil de muertes escudarte: (1)
Por esto sin consuelo
La Patria su dolor levanta al cielo.

Levanta su dolor: la vista tiende
A sus hijos queridos;
Y cuando en ellos encontrar pretende
Quien igualarte pueda, sus gemidos,
Quizá sin esperanza,
Otra vez y otra vez al cielo lanza.

Pero en vano: el camino de la Parca

---

(1) Supo en medio del riesgo respetarte; (La Lira)

La patria sin consuelo
Su doliente clamor levanta al cielo.

Pero envano: el camino de la parca
Nunca mas se atraviesa,
Y, si una sombra el Aqueronte abarca,
Nada es bastante á rescatar su presa!
Que al reino del espanto,
Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, genios, qae en la fuente pura,
Bebisteis de Hipocrene,
Y á quienes, al cantar vuestra amargura,
Acompaña llorosa Melpomene,
¿Os negareis al canto
En este día de común quebranto?

¿Será que nunca en metro doloroso

Nunca más se atraviesa;
Y, si una sombra el Aqueronte abarca,
Nada es bastante á rescatar su presa;
Que al reino del espanto
Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, génios, que en la fuente pura
Bebisteis de Hipocrene,
Y que, cuando cantais vuestra amargura,
Vuestro canto acompaña Melpomene,
¿Será que en frío labio,
No vengueis de la Parca el crudo agravio?

¿Será qué nunca, en metro doloroso,
Alceis á las estrellas
El nombre del varón grande y virtuoso,
Que nunca supo separar sus huellas (1)
De la senda olvidada,
Por la virtud y el mérito trazada? (2)

---

(1) Que nunca quiso separar sus huellas (La Lira).
(2) Por el honor y el mérito trazada? (La Lira

Alzeis á las estrellas
El renombre del héroe virtuoso
Que nunca quiso abandonar las huellas,
Hoy de nadie trilladas,
Por la virtud el mérito estampadas?

No hagais que del honor triunfe el olvido.
Tomad mi pobre lira,
Vuestro dolor la temple, y su sonido
Será digno del númen que os inspira,
Y del héroe la gloria
Durará eternamente en la memoria.

¡Oh jefes de los pueblos! A la frente
No estais de sus destinos
Para hacerlos gemir bárbaramente.
Belgrano os ha mostrado los caminos
Que llevan á la fama;
Oid la voz que de su templo os llama.

No hagais que del honor triunfe el olvido, (1)
Tomad mi pobre lira,
Vuestro dolor la temple, y su sonido
Será digno del númen que os inspira,
Y del héroe la gloria
Hará durar eterna en la memoria.

¡Oh jefes de los pueblos, que á su frente
Arbitrais su destino!
¡Oh jefes de los pueblos! ved patente,
Marcado por Belgrano, el fiel camino
En que puesta la fama,
A que sigais hasta su ejemplo os llama.

Id á la tumba donde está encerrado (2)
El frígido esqueleto;
Llegad y el corazón sobresaltado
Sentireis de pavor y de respeto,
Cual si os dijera él mismo:
Evocad de mi tumba el heroismo (3)

Año de 1829.

---

(1) ¿No hareis que emulen su valor y gloria
Los que han sobrevivido?
¿No lo inmotalizais? ¿O su memoria
Hundireis en la noche del olvido,
Sin que á vuestros loores
Merezca su virtud imitadoras? (La Lira)
(2) Id á la huesa donde está encerrado (La Lira)
(3) «*Aquí yace conmigo el heroismo.*» (La Lira)

Id á la tumba donde está encerrado
El frígido esqueleto;
Llegad, y el corazón sobresaltado
Sentiréis de pavor y de respeto,
Cual si os dijera él mismo:
«Evocad de mi tumba el patriotismo.»

Á LA LIBERTAD DE LIMA *

POR EL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ, AL MANDO DEL EXMO. SEÑOR GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN, EL DIA 10 DE JULIO DE 1821.

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma
Hoy arrebatan? ¿y en la sangre mía
Por qué un hervor desconocido siento?
¿Quién, con alegre voz, la triste calma
Se atreve á perturbar, en que yacia,
Víctima inútil de un dolor violento?
¿Sois, vosotras, ó vírgenes del Pindo,
Las que agitais mi pecho? Perdonadme,
Si á vuestro imperio, dócil, no me rindo;
Y de una vez dejadme
Que, en lugar de mi canto,
Vierta sobre mi patria largo llanto.

¿Y como hé de cantar? Desde la orilla
Del plateado rio hasta las cumbres
De los montes que en Salta se levantan,
¿No veis, no veis que la mortal semilla
De discordia cundió? ¡Qué pesadumbres!
¡Qué asolación y lágrimas! Quebrantan
El freno las pasiones en un año:
¡Oh año veinte del siglo! Tú pasaste,

* La Lira Argentina, pag. 336. En la Colección pag. 164. En las *Poesías* de J. C. Varela, pag. 109.

Y contigo tu horror: empero el daño
    Que tras de tí dejaste,
    A la patria condena
A ignominiosa y duradera pena.

¿Más qué gozo hasta ahora no sentido
Mi corazón inunda de repente?
¿Que Dios es este que mi pecho inflama?
¿Será, será verdad que desmentido
Queda mi vaticínio eternamente,
Y que el llanto ya en vano se derrama?
Sí, vírgenes, corred; las victoriosas
Sienes de un héroe coronad festivas
De albo jazmín, y de laurel y rosas;
    Y, entre alabanza y vivas,
    A los Libertadores
El camino cubrid de palma y flores.

Oígo el eco veloz, que, atravesando
Del Pacífico mar la quieta hondura,
Resuena de los Andes en la cima.
Ya, ya llega á nosotros, proclamando
De San Martín el nombre, y la bravura
De los que dieron libertad á Lima,
¡Libertad! ¡Libertad! no más resuena
En todo el continente; y el ruido
Del último eslabón de la cadena,
    En trozos dividido,
    Amedrenta y aterra
A todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fué. Los batallones
Condujo San Martín, y circundaron,
De los Reyes las hórridas murallas, *
Do rujían de España los leones.
Los iberos atónitos temblaron,
Cual si vieran al Dios de las batallas;
Y pávidos contemplan desde el muro
Al adalid, que la soberbia frente
De los Andes holló con pie seguro,
Y á su escuadrón valiente,
Y el famoso estandarte,
Signo de libertad, honor de Marte.

Acudid, acudid con mano fuerte
Erguidos héroes de la erguida España;
Abrid las férreas puertas, y llevando
Las falanjes al campo de la muerte,
En el campo venced. La fiera saña
De vuestros duros pechos derramando
Sobre los libres que teneis al frente,
Vengaos en ellos: decidid ahora
Si el Perú debe ser independiente,
O si Lima, señora
De tan rica comarca,
Será siempre la esclava de un monarca.

Esos son, esos son los que dos veces,
En Chacabuco y Maipo, ya os mostraron

---

* Lima era llamada La Ciudad de los Reyes.

Que humillar saben el poder de Europa,
Y convertir sus lauros en cipreces.
El mismo rayo lanzan que lanzaron;
Vibran el mismo acero; esa es la tropa,
Y ese su general. La misma guerra
Con que el suelo de Arauco han redimido,
Conducen hoy á la domada tierra,
Que el yugo aborrecido
De vuestra tiranía
Sacudir sin su auxilio no podría.

¿Y abandonais de un golpe las venganzas
A vuestro amo insolente prometidas,
Y el enconoso y temerario empeño?
¡Oh! Dejad, si podeis, las esperanzas
De los libres del Sud desvanecidas;
El Perú conservad á vuestro dueño,
Y enseñadnos de nuevo á ser esclavos.
Pero ¡que! ¿No salis del doble muro
A llamar al combate á nuestros bravos?
¿Y su asilo seguro
Pávido no abandona
Fiero español, que su valor pregona?

¿Más qué estrépito horrísono en las plazas
De la oprimida capital se siente?
¿Qué repentino movimiento lleva
Por doquier las falanjes? ¡Qué amenazas!
¡Qué clamor á la vez!—¿Se cree valiente
El ibero cruel, y así se ceba

Del pueblo inerme en el brutal saqueo?
¡Cobardes! ¿Ya perdida la esperanza,
Vuestro oprobio ha de ser vuestro trofeo?
¿Será que la venganza
Hasta la afrenta os lleve?
Pero ¡cuando un tirano no es aleve!

Más no osarán, ó San Martín terrible,
Arrostrar tus enojos. Hélos, hélos,
Que ya, la capital abandonando
A tu poder tremendo, irresistible,
De la encumbrada sierra por los hielos
Asilo á su vergüenza van buscando.
Donde la planta fijan allí imprimen
La huella del horror. ¡Empero á donde,
Cuando sus hados al malvado oprimen,
De su furor se esconde?
Sobre su cuello alzadas
Ya están de tus guerreros las espadas.

Entra, genio inmortal: anega tu alma
En el placer de libertar al suelo;
Entra en la gran ciudad, y los abrazos
Recibe de los libres, y la palma
Con que tu triunfo coronó tu anhelo
Has roto ya los apretados lazos,
Y el ferreo yugo del Perú oprimido:
Por do quier haya libres en el mundo,
Y resuene tu nombre, será oído
Con respeto profundo,

Y la fama sonora
Le cantará por cuanto Febo dora.

¡Cuál se goza la América, elevando
Cada vez más y más su digno trono
Sobre ruinas de ambición ibera!
Sus hijos, sus derechos recobrando,
El oprobioso nombre de colono
Para siempre borraron. Nueva era,
Nuevo tiempo se cuenta: la memoria
De nuestra antigua servidumbre hundida
En el olvido quede; y si en la historia
Debe ser repetida,
Que solamente sea
Porque nuestra justicia el mundo vea.

¡Preclaro General! Anníbal mismo
Envidiára tu nombre, si existiera,
Que en los Andes á Anníbal excediste.
¡Con qué placer su heroico patriotismo,
Reproducido en tí, Washington viera!
Su sombra ilustre por do quier te asiste,
Y suyas son tus obras. No, no acabes,
Sin que acabe el tirano en justa guerra;
Y, cuando el crímen de tres siglos laves,
Da la paz á la tierra;
Que de hoy para entonces
Tuyo es el mármol, tuyos son los bronces.

¡Provincias, que, en el Sud del nuevo mundo

Disteis de libertad el primer grito,
Y el primer estandarte levantásteis!
Sobre vosotras, sí, su aliento inmundo
La anarquía sopló; pero al Cocito
El monstruo horrible de una vez lanzásteis
El funesto año fué, y al negro olvido
Está ya su memoria encomendada,
Y á honor mayor volveis: tal, combatido
Por la mar irritada,
Vaga un bajel incierto,
Y escapa de la mar, y gana el puerto.

¿Más vosotros qué haceis, imitadores
De Píndaro inmortal, hijos amados
Del padre de la luz y la armonía?
Cantad á San Martín, y sus loores
Llevad en vuestros metros delicados
Desde do nace hasta do muere el día.
De todo triunfa el Tiempo; sin las Musas
Un héroe al fin no es héroe; que perdido
Debe quedar su nombre en las confusas
Tinieblas del olvido,
Si el sonoroso verso
No recuerda su gloria al universo.

Solo al sublime canto y á los Dioses
Dado es vencer al Tiempo. ¿Quien ahora
De Eneas las hazañas conociera?
¿Quien de Príamo triste los atroces
Dolores, y la llama asoladora

De su ciudad inmensa, si no fuera
La Musa de Marón? ¿Y sin Homero,
Qué sería de Aquiles? Los loores
Cantad, cantad del inmortal guerrero;
Y tributadle honores,
Que no puede mi lira,
Dignos dél y del Númen que os inspira.

EN ELOJIO DE MI AMIGO D. ESTEBAN DE LUCA *

POR SU CANTO LIRICO Á LA LIBERTAD DE LIMA, PUBLICADO EN BUENOS AIRES, EN OCTUBRE DE 1821

¿Es este el joven, que otro tiempo ha hecho,
Con encendido canto,
Envidiables las ansías de su pecho,
Su fogosa pasión, su dulce llanto,
Los ojuelos de Amelia,
Y el beso hibleo que le daba Célia?

¿Es este el joven, que la guerra infanda
Y sus negros horrores
Abominó sin fin? ¿Cuya alma blanda,
Ilustrada, sencilla, los clamores
No oyó del semejante,
Sin que el llanto bañara su semblante?

---

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879 pag. 118

Yo le ví, yo le ví, cuando pulsaba
Al son de amor su lira,
Y con versos de miel nos enseñaba
La primer ley que la natura inspira,
La ley del sentimiento,
De que mortal ninguno vive exento.

¿No era que Apolo le negó algún día
Que, en metros numerosos,
Cantar pudiera la fatiga impía
De alumnos de Belona sanguinosos,
Que con funesta guerra
Abruman fieros la angustiada tierra?

¿Como es que ahora denodado eleva
Muy mas soberbio vuelo
Y del héroe del Sud el nombre lleva
De la honda tierra al encumbrado cielo
¿Los bélicos furores
Canta también el que cantaba amores?

Si, si; pero su Musa no se goza
En la matanza horrenda,
Y en la rabia guerrera que destroza
La humanidad en bárbara contienda;
Ni en metros inhumanos
Héroes llamó jamás á los tiranos (1)

(1) Ni en metros inhumanos,
Héroes he de llamar á los tiranos... (Cadalso.)

Mas su Musa se goza, cuando advierte
Que genios bienhechores,
Venciendo mares, precipicios, muerte,
Llevan la libertad. y los clamores
Del oprimido acallan,
Y al opresor indómito avasallan.

La humanidad entonces le arrebata,
Y su misma blandura;
Besa la mano fuerte, que desata
Al Perú sus cadenas; la ventura
Canta de sus hermanos,
Y execra la maldad de los tiranos.

En su entusiasmo generoso sigue
La hueste protectora
Que al duro ibero en el Perú persigue;
Su genio le arrebata, le acalora,
Y, en feliz fantasía,
Vé cuanto en Lima San Martín hacía.

A su mente fatídica es muy corta
De este siglo la escena;
El divino poeta se transporta;
Vive en el porvenir, y á la cadena
De las generariones.
Anuncia celestiales bendiciones.

A sus ojos no mas está patente
el libro del Destino;
Sus páginas de fuego de repente

Manifiestas le son, y allí el camino
Libre, feliz, glorioso,
Que el cielo nos prepara, lee gozoso.

Y canta el vate: á San Martín entonces
Ver inmortal quisiera;
Empero no es el mármol ni los bronces
A quienes esto es dado. Duradera
Del héroe sin segundo
Debe ser la memoria, como el mundo.

El cerro de los Andes, que mas lleve
De las nubes al seno
Su frente indestructible, y que se eleve
A las regiones donde rueda el trueno,
Cincelado, pulido,
Será en humana forma convertido.

Este es el monumento que eternice
Del héroe la memoria,
Y en los futuros siglos divinice
Por todas las naciones esa gloria,
Que ya el nuestro respeta;
Así lo canta el inmortal poeta.

Pero al humano esfuerzo está negado
La obra que concebiste;
Esa mole asombrosa, inalterada
Desde el nacer del mundo, se resiste
A que el mortal osado
Se eleve hasta donde ella se ha elevado.

Tú solo harás, Estévan, con tu canto
Tan brillantes proezas
Duraderas y vivas, hasta tanto
Que el universo entero hecho pavesas,
Informe destruido,
Caiga en el cáos de donde ha nacido.

De San Martín el nombre que se lea
En todas las regiones;
Que tu nombre también con él se vea,
Y el del que hizo callar á las naciones,
Cuando cantó exaltado
« Oid, mortales, el grito sagrado. » (1)

Entretanto, á los genios que aspiraren
A los premios del Pindo,
Y á celebrar las glorias que alcanzaren
Los libres de mi patria, yo les brindo
Tu grave canto, Estévan,
Por que bellezas, como en fuente, beban.

---

(1) Este es el primer verso de nuestra canción ó Himno Nacional, obra del poeta porteño doctor don Vicente López. (Nota del autor).

A DON JUAN C. VARELA

POR SU ELOGIO Á MI CANTO LÍRICO SOBRE LA LIBERTAD DE LIMA *

¿Es verdad, dulce Fábio, que mi musa,
Cuando las glorias atrevida canta
De San Martín en Lima,
Tu congojoso espíritu levanta
Del Pindo á la árdua cima?
¿Es verdad que ha podido
Su métrica armonía
Tu númen inflamar en este día?
¿Pudo ser que, en un tono no aprendido,
Digno solo del héroe que yo canto,
Loor me tributases,
Y, en tan grato loor, el hondo espanto
Y el terror del tirano redoblases?

* Visto por mi amigo D. Estéban de Luca el anterior elogio á su canto lírico á la libertad de Lima, me remitió en contestación, desde Buenos Aires á Córdoba, donde yo me hallaba entonces, en clase de diputado por mi provincia, la composición siguiente, que he creído deber insertar en esta colección de mis piezas. Esta oda de Luca guarda tanta analogía como la mía que antecede, que deben ir siempre juntas, como correspondencia de dos amigos. Sin embargo, me hubiese abstenido de copiar entre mis obritas los elogios que me hace aquel, sino creyera que redundan mas en su alabanza que en la mía y que este rasgo poético es una prueba mas de la justicia con que yo me determiné á encomiar las bellezas de su musa. Añadiré solamente que el sufragio de Luca me es muy lisonjero. La patria, las letras, y la amistad lamentarán siempre la prematura y desgraciada muerte de un jóven de tantas esperanzas.

Si, pudo ser: así me lo asegura
De Fabio la amistad sincera y pura;
Así el fuego sagrado y noble aliento
Que agitado respiro,
Cuando escucho su acento,
Cuando su verso numeroso admiro.
O dulce cante Fabio, ó heroico y grave,
Es siempre superior á mi deseo:
¿Mas como no ha de ser, si siempre sabe
Arrebatar, como el divino Orfeo?
Yo extático le escucho, yo me olvido;
Y, aunque el Dios invocado ora me inspira,
A pagarle no alcanzan sus elogios
Los débiles acentos de mi lira.

Yo inflamarle logré; yo de la pena
Pude tal vez librarle, con que aflije
La discordia fatal su pecho blando.
Yo le torno al placer, cuando ella truena
En medio de los pueblos arrojando
Las sierpes venenosas,
Que horribles los agitan,
Y al crímen y al furor los precipitan.
¿Qué mas premios, qué palmas venturosas
Pudiera desear, después que he sido
Gratamente acogido
Por tan insigne vate? Erato hermosa
Le inspira, cuando dulce canta amores
Caliope, cuando canta de la guerra
Los sangrientos furores,

Y amedranta y aterra
A todos los tiranos de la tierra.

¿Tú apruebas mi canto, querido Fabio?
Tú, que sabes de Apolo
Los dones conocer? ¿Tú, que de un polo
Al otro, con armónico concento,
Llevas el claro nombre
De pátrios campeones,
Que en su heroico ardimiento
Fueron por la victoria coronados?
Ya sus cantos oyeron las naciones
Con sorpresa y placer, sin que turbados
Fueran por los clamores de la Envidia,
Yo tu númen admiro, fiel le aprecio,
Y, si mi verso aplaudes, al profano,
Al insensato vulgo menosprecio;
Y me río de aquellos que, engreídos
Con las oscuras leyes que aprendieron,
La ley del sentimiento no entendieron;
Y si una vez el nombre pronunciaron
De las sagradas musas,
Sirenas peligrosas las llamaron.

Mas tú, á pesar del bárbaro destino,
Que á inútil padecer hoy te condena,
Cantas en faz serena,
Y con furor divino,
De San Martín el triunfo, que resuena
Por el inmenso indiano continente.

Al templo de la gloria arrebatados
Descubres á los héroes de repente;
Y, al verse por tu lira celebrados,
Se oyo que claman, desde el rubio oriente
Hasta el opuesto ocaso:
« Diez años por la patria combatidos;
« Nuestra sangre por ella derramamos;
« Libres empero al fin, hoy conseguimos
« El premio mas glorioso á que aspiramos. »

Así otro tiempo Pindaro sublime,
Cuando el laud armónico pulsaba,
Como un Dios en la Grecia presidía.
La llama del honor en ella ardía,
Y osado el Espartano se arrojaba
Al combate, á la muerte, á la victoria.
Aun dura la alta gloria
Del divino poeta;
Ni el tiempo destructor en su carrera
Podrá jamás borrarla. Así tu númen,
Que se lanza, cual rápido cometa,
Por la brillante y anchurosa esfera
De la imaginación, eterno debe
Ser encanto del hombre,
Cuando, siglos y siglos ya pasados,
Tu belísono acento les renueve
La virtud, el valor, y alto renombre
De los hijos del Sud siempre esforzados.

ODA *

Á LA PREOCUPACIÓN

¡Oh preocupación! tu nombre solo
Es una plaga á la aflijida tierra,
Más terrible mil veces,
Y más asoladora que la guerra.
La impostura es tu madre: nuevas creces
La sencillez te dá, y en el instante
El poder te fomenta,
Y sus aspiraciones alimenta.
En todo tiempo tu ominosa sombra
Bajo distinto velo,
Ha cubierto de crímenes el suelo,
Y tú les distes de virtud el nombre.
En todo tiempo el hombre
Superticioso, débil, engañado,
Oráculos falaces ha escuchado
Que la mentira por verdad vendieron,
Y en su interés al mundo le dijeron:
Oye, cree y enmudece;
El cielo te lo manda y obedece

La Colección de poesías patrióticas, pág- 197. La Lira, pág. 467.

Publicada por primera vez en el núm. 9 del Centinela Set. 22 de 1823 firmada "El Canario".

En la edición de 1879: *Poesias* de J. C. Varela, ha sido incluída esta composición con el título *La Superstición*, en la pag. 157. Ha sido hecha casi de nuevo.

Ciego y ciego el mortal obedecía:
Y contra el mismo corazón luchando,
Y contra su conciencia batallando,
Corazón y conciencia sujetaba
A la voz que le hablaba
En nombre de los cielos,
Y en nombre de los cielos le mentía.

Viérase entonces al rayar el día,
Engañado el egipcio,
Postrarse con sacrílego respecto
Ante el primer objeto
Que presentó á su paso
La fatalidad ciega del acaso.
Viérasele después correr al Nilo
Con afan presuroso
Y al feroz cocodrilo
Tributarle humildoso
La adoración debida
Al Ser que diera al universo vida.

Viérase como en Aulida Ifigenia,
Al mandato de Calcas,
Fué del beso materno arrebatada,
Y en áras homicidas
Con horrenda piedad sacrificada,
Consintiéndolo Atridas:
Y el ejército iluso, y tantos reyes,
Al sacerdote infame obedeciendo,
Y el fuego de las áras encendiendo,

Se imaginaban dioses
Como Calcas tiranos y feroces.

¡Oh preocupación, siempre funesta!
Pero funesta más, cuando en el cielo
Apoyas los errores
Que el miserable suelo
Con sombra de piedad cubren de horrores.
¡Religión! ¡Religión! Tu nombre santo
Do quiera se profana;
Y en vano la deidad manifestarse
Bondadosa ha querido
A la menguada inteligencia humana.
Los mismos que escucharla han pretendido,
Entre tinieblas densas
Y entre negra impostura
Han logrado ocultar su lumbre pura.

La religión es hoy el instrumento
Como siempre lo ha sido
De la astucia, la intriga; y confundido
El resplandor de la verdad divina,
Todo el orbe camina
En ciega obscuridad, lo mismo ahora
Que en los siglos de atrás; y el pueblo ignora
Lo que saber debiera
Si al gritar religión, no se mintiera.

Hay impostores, que á los pueblos llevan
Por la senda torcida

Que se abrió el interés de los llamados
Intérpretes del cielo;
Y por siempre ocupados
En condensar el velo
De la superstición y la ignorancia,
Nos engañan con pérfida arrogancia.

Tal vez no en vano por el ancho mundo,
Del sud al septentrión, y del oriente
Hasta el remoto ocaso,
El aire hiende y por el mar profundo
Atraviesa una voz, en dulces tonos
Gritando: ¡Libertad!, y extremeciendo
Desde el cimiento los soberbios tonos.
Al trozarse do quier los eslabones
Del crudo despotismo,
Se trozará tal vez esa cadena
Con que ató á la razón el fanatismo.
Este teme la luz, que ya se acerca;
Y, al sentirla llegar los impostores,
Entre el temor horrible que los cerca,
Redoblan sus engaños y furores.
¡Pueblos! No los oigais. El cielo mismo
No los oyó jamás. Ellos violaron
De la razón los fueros,
Al cielo y á los hombres insultaron,
Y su interés es siempre embruteceros.

EL INCENDIO DEL PUEBLO DE CANGALLO EN EL PERÚ *

EJECUTADO POR EL GENERAL ESPAÑOL CARRATALÀ, Y APROBADO POR EL VIRREY LA SERNA, EN DECRETO DE 11 DE ENERO DE 1822.

¡Venganza eterna! ¡Sin piedad, venganza!
Hijos del Sol, ¿qué haceis? Ahora, ahora
Renazca el odio y el rencor inmenso,
A que provoca la feroz matanza,
La sed de sangre que sin fin devora
A los tigres de Ibéria. El humo denso
Mirad cual forma impenetrable nube,
Y el éter todo en derredor ¡se inflama.
Oíd, mirad que la enemiga llama
Hasta los astros sube,
Y entre ardientes escombros y ceniza
Un pueblo de patriotas agoniza.

¿No sabeis? ¿No sabeis? El fiero hispano,
Estirpe atroz del execrado Atila,
En el Perú desesperado brama,
Y, en su última impotencia deshumano,
Con bárbaro furor quema, aniquila,
Y se goza el feroz en ver la llama.
¡Cangallo miserable! ¡Pueblo amigo!

* *Poesías* de J. C. Varela, ed, 1879, pag. 145. Esta en La Lira, sin título y sin firma, en la pag. 418. Las modificaciones son solo de dos ó tres palabras.

Destinado á llenar en nuestra historia
Las páginas de llanto! Tu memoria
No pereció contigo; (1)
Vengarte en esos bárbaros juramos.
Vengarte, sí, y á la venganza vamos.

LA GLORIA DE BUENOS AIRES

CANCIÓN *

CORO

Elevemos, ¡oh! patria, tu gloria
A los cielos en dulce cantar,
Y de ocaso á la aurora tu nombre,
Buenos Aires, se escuche sonar.

En la orilla del río argentino,
LIBERTAD levantó sus altares,
Y los libres del mundo á millares
Agolpados se ven acudir.
Incesante el incienso á los astros
Entre voces de júbilo sube,
Escuchando la diosa en la nube:
Libertad, libertad, repetir.

---

(1) El incendio del pueblo de Cangallo dió lugar á que el gobierno de Buenos Aires decretara, en 1822, que una de las principales calles de la capital llevara el nombre de aquel pueblo. (Nota del autor)

* La Colección de poesías patrióticas, pág. 22. En La Lira, pag. 464.

En la edición de poesías de J. C. Varela hecha en 1879, en la pag. 147.

Esta composición fué hecha para cantarse en la apertura de la Academia de Música y Canto, que se instaló en Buenos Aires el 1 de Octubre de 1822. Se publicó el mismo día.

CORO

Sobre olvido de oprobio pasado
Buenos Aires su nombre levanta,
Y la fama le admira y le canta
Por do Febo derrama su luz.
Que los días de luto volaron
De funesta y horrible memoria,
En que timbres, honores y gloria
Se envolvieron en negro capuz.

CORO

Desplegando su alas el genio
Que á los libres del mundo preside,
Por el mar que la tierra divide,
Atraviesa con curso veloz;
Y repite en el otro hemisferio
Que no siente pesar sus cadenas:
« Buenos Aires empaña de Atenas
« El remoto inmortal esplendor.

CORO

« Encontraron las leyes su abrigo,
« Encontró la justicia su templo:
« Buenos Aires presenta el ejemplo
« Que la tierra debiera imitar.
« Ha bajado, buscando un asilo,
« De los cielos Astréa divina,

« Y en la playa feliz argentina
« Se miró con placer adorar.

CORO

Esta voz en contorno retumba
Del ibérico bárbaro trono,
Y sus garras en hórrido encono
El león contra sí convirtió:
Y erizada la sórdida greña,
Y brotando la llama en sus ojos,
Un rujido mostró los enojos
De que el libre del sud se burló.

CORO

Pero España también restituye
El imperio sagrado á las leyes,
Y el poder absoluto en los reyes
Se averguenza por fin de sufrir.
A sus hijos, que en sangre tiñeron
Otra vez nuestro suelo inocente,
Nuestros ojos verán de repente
Al abrazo de paz acudir.

CORO

Entretanto á las otras naciones
El honor de la nuestra arrebata,
Y á los hijos del Río de Plata

Ya saludan en dulce amistad:
Y sus naves, surcando las olas
Del abismo salado y profundo,
Abandonan las playas de un mundo,
Por buscar en el otro igualdad.

CORO

Buenos Aires es patria de libres,
Y esta gloria le dieron sus hechos:
De los hombres que tienen derechos
Buenos Aires es patria comun;
Que los rotos pedazos de hierro
De la antigua pesada cadena,
Nuestro río revuelve en su arena,
Irritando sus olas aún.

CORO

Nuestro sol nos saluda festivo,
Al mostrarnos la faz en oriente,
Y, al hundir, en ocaso la frente,
Se despide festivo también;
Y la patria se goza en sus hijos,
Bendiciendo á los niños que crecen,
Que fervientes su voto le ofrecen,
Y que siempre serán su sostén.

EN HONOR DE BUENOS AIRES *

Verum hœc tantum alias inter caput extulit urbes,
Quantum lenta solent inter viburna cupressi.
Virg. Egl. 1a.

Era la noche; y la ciudad, amada
Por el Dios de los libres,
Tranquila en brazos de la paz dormia,
En profundo silencio sepultada.
La mole de sus torres parecía
Antiguo monumento,
Allá en remoto siglo levantado,
Para grandioso y digno enseñamiento;
Y ora mudo, olvidado,
Pero del crudo tiempo respetado.

De lumbreras menores rodeada
La luna en medio cielo,
En su carroza de ébano sentada,
Con su luz melancólica y serena
Bañaba el quieto suelo;
Y el grande río de la patria mía
De su orilla feliz la suelta arena
Suavemente en sus aguas revolvía;
A la luz de la luna así brillando,
Cual una copia inmensa
De derretida plata brillaría,
Trémula, undante, en movimiento blando.

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 151.

Dejando el lado de mi dulce dueño,
Que, en esas horas mudas, misteriosas,
Ya descansaba el delicioso sueño
De las fatigas del amor preciosas,
Contento el corazón, suelta la mente,
Me sentí de repente
A la lira impulsado,
Cual de poder divino,
Y á cantar el destino
Del suelo afortunado
En que la suerte plácida me diera
Abrir mis ojos á la luz primera.

¡Buenos Aires! ¡Mi patria! En algun día
La maldición del cielo
Tu recinto inundó, y oscuro velo
Tus inmortales glorias encubría.
En su carro de espanto
Rodando por tus calles la anarquía,
Tus calles anegaba en sangre y llanto,
Y en fratricida mano se agitaba
De la discordia impía
El tizón infernal. Entonces era
Cuando ni el hijo al padre respetaba,
Ni el hermano al hermano
Debida parte en su cariño diera.
De las leyes al solió soberano
Subió el crimen triunfante,
Y el altar de la ley cayó al instante,
En trozos dividido,

Por entre el polvo en vilipendio hundido.
Los Dioses tutelares nos miraron
Con ojos de piedad, y á su desgracia
La ciudad infelice abandonaron.

Ese tiempo voló, y en nuestra historia
No borrará el honor de tu memoria,
Inmortal Buenos Aires: hoy levantas
Sobre los otros pueblos tu grandeza,
    Cual alza su cabeza
A la nube el ciprés, entre las plantas
    Y arbustos pequeñuelos,
Que apenas se levantan de los suelos.

¡Gloria eterna á tu nombre! Por do quiera
    Presentas, patria mía,
Un motivo de asombro á las naciones.
Creyeron que el olvido te cubriera,
Y que tu noble fama moriría
Entre nuestras funestas disensiones;
Pero tú resplandeces mas glorioso,
    Después de disipados
    Los hórridos nublados
De la civil contienda borrascosa:
Bien como el alto sol en alto cielo
    Brilla mas refulgente,
Tras tempestad sombría, cuyo velo
Nos robaba la lumbre de su frente
Yo admiro tu esplendor y le contemplo
Y le admiro otra vez. Mi incierto paso

Se dirige hacia allá, y entro en el templo
Donde la ley se dícta en tono digno,
Sin que lo estorbe prepotente brazo,
Ni se oiga del poder ultraje indigno.
Con tal triunfo engreido el ciudadano,
Obedece gustoso
Las leyes que le mandan ser dichoso,
Y bendice la mano
Que firmó su fortuna,
Y la del hijo de su amor precioso,
A quien la libertad mece en la cuna.

Hacia acá vuelvo, y al poder encuentro
Noblemente ocupado
En proteger al débil, al malvado
Castigar, corregir, y hacer el centro
Del comercio y las luces protectoras
Al pueblo afortunado,
Que se puso en sus manos bienhechoras.
¡Tiranos ¡ah! los que afligis al hombre!
Sonará con horror eternamente
Vuestro execrando nombre;
Y vosotros, vosotros que á la frente
Estais de los destinos
De mi pueblo feliz, vuestros caminos
Los de la fama son; y cuando el bronce
Se pula en nuestro suelo, ¡cuánto entonces
Honrará nuestro artista la memoria
De los que dieron á su patria gloria!
¿Pero quién me transporta á los altares

Do Minerva se adora,
Y los dones celestes atesora,
Que prodiga sin fin y sin medida?
¡Juventud escogida
Del escogido pueblo! Yo á millares
Agolpada te veo
A la fuente correr, en que se bebe
La ciencia y la inmortal sabiduría;
Ni mi ardiente deseo
Mira distante el día
En que la patria debe
Fiarte su ventura,
Esperando le pagues con usura.

¡Esparta libre! ¡Aténas ilustrada!
¡Remotos nombres, que al remoto tiempo
Pasaréis con honor! Pues imitada
En Buenos Aires fué la inmensa gloria,
Que en edades de atras os dió renombre,
Y hace que vuestra historia
Hoy todavía al universo asombre;
Buenos Aires unida en adelante
Irá á vuestra memoria,
Y, cuando ella se cante
En los siglos que vengan, nuestros nietos
Tributarán iguales sus respetos
Al pueblo que ha imitado
Los modelos que al mundo habeis dejado.

Así cantaba yo; pero entretanto
Mostró la aurora su rosada frente,
De grana y oro se vistió el oriente,
Y, cansada la lira, cesó el canto.

AL BELLO SEXO ARGENTINO *

ODA

Tal como mira tras borrasca fiera
El triste navegante
Aparecer el Sol sobre la esfera,
Y al mugidor Oceano en un instante
Restituirle la calma placentera;
Tal, Argentinas bellas, os miramos
Derramando consuelos
Sobre los que, ya libres, habitamos
La tierra más amada de los cielos.

---

* La Colección de poesías patrióticas, pag. 207.
Publicada por primera vez en el núm. 11 del Centinela, en Octubre 6 de 1822; y firmada: «El centinela».
En la edición de 1879, esta incluida en la pag. 161, con el título: *Al bello sexo de Buenos Aires*, muy modificada; por lo que trascribo ambas formas:

Así cual mira, tras borrasca fiera,
El triste navegante
Aparecer el sol sobre la esfera,
Y á la mar bramadora en un instante
Restituir la calma placentera;
Así, Argentinas bellas, os miramos
Derramando consuelos
Sobre los que, ya libres, habitamos
La tierra más amada de los cielos.

El campeón patrio, que en feroz milicia
Pasó sus verdes años;
El ministro imparcial de la justicia;
El sabio que destruye los engaños,
Consagrados tal vez por la malicia;
El mercadante activo y afanoso,
Todos, todos, oh bellas,
A vuestro lado olvidan deleitoso
Penas á un tiempo y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,
Y, ciega, arrebatada,
Cae en los blandos amorosos lazos
En que se engríe de mirarse atada.
Os formó el mismo Amor; y los abrazos
De la Diosa sin par de la hermosura,
Con otras tan ingrata,
Colmaron de belleza y de ternura
A las hijas del Río de la Plata.

El pátrio campeón, que en la milicia
Pasó sus verdes años;
El ministro imparcial de la justicia;
El sabio que destruye los engaños;
Consagrados tal vez por la malicia,
El mercadante activo y afanoso;
Todos, todos, oh bellas,
A vuestro lado olvidan deleitoso
Penas á un tiempo, y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,
Y, ciega, arrebatada,
Cae en los blandos amorosos lazos
En que se engríe de mirarse atada
Os formó el mismo Amor; y los abrazos
De la Diosa sin par de la hermosura,
Con otras tan ingrata.
Colmaron de belleza y de ternura
A las hijas del Río de la Plata.

Cual camina la luna majestuosa,
Derramando fulgores,
Del mismo modo la Argentina hermosa
Marcha serena derramando ardores;
Pues le dieron con mano bondadosa
Venus sus ademanes expresivos,
Los amores su risa,
Las gracias sus picantes atractivos,
Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece
Con las hijas donosas
De su suelo feliz; y así parece
Cual rosal, lleno de galanas rosas,
Que en la estación primaveral florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
Que á la flor se adelanta,
Una entre mil á separar no acierta
Entre la pompa de la verde planta.

Mostrándose la luna majestuosa,
Vive y se alegra el cielo;
Y así gallarda la porteña hermosa
Da vida y alegría á nuestro suelo:
Pues le dieron con mano bondadosa
Vénus sus ademanes expresivos,
Los amores su risa,
Las Gracias su donaire y atractivos,
Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece
Con las hijas donosas
De su suelo feliz, y tal parece
Cual rosal, lleno de galanas rosas,
Que del amor en la estación florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
Que al rosal se adelanta,
Una entre mil á separar no acierta
Entre la pompa de la verde planta.

¿Cuál es el pecho, de metal formado,
Cuál corazón de peña,
Que al mirar expresivo y pasionado,
Al suavísimo hablar de una *Porteña,*
Puede permanecer desamorado?
¡Hijas del primer pueblo americano!
Ostentad vuestra gracia,
Y cesen ya de presumir en vano
Las bellezas de Géorgia y de Circasia.

¿Qué quereis?—¿Quereis templos en que vamos
A dar adoraciones
A vosotras ¡oh Diosas! que admiramos?
Vuestros altares son los corazones,
Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,
Nuestros votos amor. Y ¡cuantas veces
Serás afortunado
Mortal, que el pecho á la argentina ofreces,
Y la argentina te llamó su amado!

¿Cuál es el pecho de metal formado,
Cuál corazón de peña,
Que al mirar expresivo y delicado,
Al dulcísimo hablar de una porteña,
Puede permanecer desamorado?
¡Hijas del primer pueblo americano!
Ostentad vuestra gracia,
Y cesen ya de presumir en vano
Beldades de Georgia y de Circasia.

¿Qué quereis? ¿Quereis templos en que vamos
A dar adoraciones
A vosotras, oh Diosas que admiramos?
Vuestros altares son los corazones,
Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,
Nuestros votos amor; y, mil de veces
Mortal afortunado,
Que el corazón á la Argentina ofreces,
Y la Argentina te llamó su amado!

Mas no sola en vosotras la belleza,
Porteñas adorables,
Ha querido copiar naturaleza:
Porque, para formaros más amables,
Ha llenado vuestra alma de grandeza.
En vosotras, unida la hermosura,
Al sentimiento, al génio,
Domináis en nosotros por ternura,
Domináis en nosotros por ingenio.

Vuestra imaginación, cual vuestro rio,
Ensanchada, atrevida,
Corre con impetuoso señorío
Sin que pueda mirarse contenida.
Aumentad vuestro hermoso poderío
Con los adornos útiles del alma;
Y goce á vuestro lado
El tumulto de amor, la dulce calma,
A un tiempo el amador embelesado.

Mas no solo á vosotras la belleza,
Porteñas adorables,
Pródiga quiso dar naturaleza;
Porque, para formáros más amable,
Há llenado vuestra alma de grandeza;
Y en vosotras unida la hermosura
Al sentimiento, al genio,
Dominais en nosotros por ternura,
Dominais en nosotros por ingénio.

Vuestra imaginación, cual vuestro río,
Ensanchada, atrevida,
Corre con magestuoso señorío,
Sin que pueda mirarse contenida.
Aumentad vuestro hermoso poderío
Con los adornos útiles del alma;
Y goce á vuestro lado
El tumulto de amor, la dulce calma,
A un tiempo el amador embelesado.

Adios, hermosas de la patria mía.
¡Feliz, feliz mi verso
Si pudiera lograr que en algún día
Llenára vuestro nombre el universo!
Y si lo llenára.—La luz que envía
Al anchuroso mundo el sol benigno
Es de todos loada,
Aunque en lábio y en metro menos digno,
Llegue á ser por alguno celebrada.

SOBRE LA INVENCIÓN Y LIBERTAD DE LA IMPRENTA *

Amor, que sobre todas las deidades
Has recibido adoraciones mias,
Tu dulce poderio y tus bondades
    Ya celebró mi canto
En lo florido de mis frescos dias,
Y regué tus altares con mi llanto,
Canté lo que sentí. Después mi rima,

Adios, hermosas de la patria mía,
    ¡Feliz, feliz mi verso,
Si pudiera lograr que en algún día
Llenase vuestro nombre el universo!
Y sí lo llenará. La luz que envía
Al anchuroso mundo el sol benigno,
    Es en todos loada,
Aunque en labio y en metro ménos digno
Llegue á ser por alguno celebrada.

* Colección de poesías patrióticas pág. 217.—Poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 165.

Resonando entre gritos de victoria,
Hizo volar por cuanto Febo anima
Los nombres de los ínclitos varones
De perenne memoria,
Que las iberas huestes debelaron,
Y el suelo de mi patria libertaron

Canté lo que debí: y ora la mente,
De un entusiasmo nuevo arrebatada,
Trasportada se siente
Hasta el templo del Genio, donde mora
La invención creadora;
Templo en cuyos altares,
De la turba vulgar no frecuentados,
Seres privilegiados
Presentan sus ofrendas singulares,
Y á par de la deidad son adorados.

Extraño ardor me inflama;
Y, en mi rápido vuelo,
Allá me encuentro en el helado suelo
Do Guttemberg nació. Quintana solo
Supo ensalzar su nombre,
Quintana, el hijo del querer de Apolo,
Emulo de Tirteo en fuerte canto,
Y á quien solo se diera
Que de su lira al sonoroso encanto,
Digno de Guttemberg su verso fuera. (1)

(1) Guttemberg inventó la imprenta. El desgraciado poeta español, D. Manuel José Quintana, cantó aquella invención de un modo digna de ella. (Nota del autor).

Arrastrando los carros de la guerra,
Genios de destrucción al Rhin llevaron
La plaga asoladora de la tierra;
Y el renombre del Rhin eternizaron
Solamente á los ojos
De los hombres feroces,
Que, sedientos de sangre y de despojos,
La humanidad y sus derechos huellan,
Y del cielo y natura
Las leyes sacrosantas atropellan.
¡Oh Rhin ensangrentado! No tu fama
Deberás al furor: el Dios del verso,
Los veraces anales de la historia,
El genio, el universo,
Celebrarán tu gloria,
No porque oíste el horroroso estruendo,
Sí porque viste á Guttemberg naciendo.

El inventó la imprenta, y del olvido
Redimió grandes nombres;
Que el invento atrevido
Eternizó las obras de los hombres,
Y ató todos los tiempos al presente.
Todo cuanto la mente
De algún mortal contemplador concibe,
O exaltada imagina,
Si libre, inmensa, por do quier camina;
Cuanto precepto la razón prescribe;
Todo, todo estampado,
Y en copias mil y mil multiplicado,

Cruza la erguida sierra,
Cruza el ponto profundo,
Que divide la tierra de la tierra,
Y atraviesa veloz el ancho mundo
Del ecuador al polo,
Y del ocaso, do la noche mora,
Hasta el fúlgido reino de la aurora.
¡Tanto puede la imprenta! Ni esto solo
A su poder es dado;
Que los sabios del tiempo que ha pasado
Hoy con nosotros hablan;
Y, cuando el postrer siglo haya llegado,
Hablará el más lejano descendiente
Con ellos y nosotros igualmente. (1)
Así la ilustración, como la llama
Del sol inapagable,
Que enseñorea inmóvil la natura,
De un día en otro sin cesar renace
De un siglo en otro permanente dura.

¡Loor á Guttemberg! ¿Ni quien creyera
Que su invención benéfica, sublime
En algún tiempo fuera
Causadora de males,
Que empaparon en sangre los mortales?
El fanatismo y el poder, que siempre

---

(1) Las ideas á que se refiere esta nota, y muchas otras expresadas en esta composición, son también aplicables á la simple escritura; pero es indudable que pueden referirse con mayor exactitud y extensión al uso de la imprenta, por cuanto ella nos trasmite los escritos anteriores de un modo más general, más fácil y duradero. (Nota del autor).

En daño de los hombres se adunaron,
Del invento feliz se aprovecharon,
    Y él sirvió á los horrores
    Que al universo afligen,
Cuando aquellos despliegan sus furores,
Y con vara de fierro al mundo rigen.

    La imprenta publicaba
Que al mas vil, al mas bárbaro tirano,
Si en un infame trono se sentaba,
Del mismo Dios la sacrosanta mano
    Daba el cetro gravoso,
    Que en yugo ignominioso
A los míseros pueblos abrumaba.

En vano, en vano la filosofía,
Siempre amiga del hombre,
Descubrir el engaño pretendía,
Disimulado con mentido nombren.
    De la Verdad severa
La penetrante voz no bien se oyera,
    Cuando atroz fanatismo,
Evocando las furias del abismo,
Soplaba airada la funesta hoguera,
Y la execranda llama consumía
Las páginas de luz, que se atrevía
Algún sabio á escribir con libre mano;
    Que el desusado tono
    Estremeció al tirano,
Y sintió bajo el pié temblando el trono.

Así quedó cegado
El canal que la imprenta en algún día,
Para dar curso á la sabiduría,
Benéfica mostró. Desde el momento
A nadie le fué dado
Disponer de su libre pensamiento,
Cual si le fuera por merced prestado.
Cuando un nuevo camino
A los hombres se muestra, y las deidades
Ofrecen nuevo don, ¿será destino
Ingratos abusar de sus bondades,
Y hacerlas instrumento
De crímenes sin cuento,
De opresión, de venganzas y maldades?
¡Ah! ¡Que proterva condición del hombre

Así llegó de la fecunda tierra
Al seno engendrador su osada mano,
Y el metal que se encierra
En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebatára á la caverna oscura
Do plugo sepultarlo á la natura.
El rígido metal se convertía
En surcador arado,
Y el campo alborozado
Una mies abundosa prometía.
Pero pronto sonó de guerra impía
La maldecida trompa,
Y el metal en espada convertido,

Y en dura lanza que los pechos rompa,
Todo campo cubierto
De cadáveres fuera,
Y la sangre humeando discurriera
Por entre el surco del arado abierto.

Así la selva sus robustos pinos
A la mar vió lanzados,
Y, venciendo las ondas denodados,
Hallar nuevos caminos
Que de un mundo conducen á otro mundo,
Y hermanas las naciones del Oriente
Con los pueblos lejanos de Occidente;
Mas también pronto por el mar profundo,
Preñados de furores y venganza,
Los armados bajeles navegaron,
Y en llanura de bárbara matanza
Los piélagos inmensos transformaron.

¿De qué no abusa el hombre? Así la imprenta,
Un tiempo envilecida,
O brutales caprichos adulaba
De la ambición sedienta,
O, al fanatismo pérfido vendida,
Mentia en cada letra, y blasfemaba
Del mismo Dios excelso,
Cuyo nombre sacrílega estampaba.

Esas negras edades
De ignorancia y maldades,

Y universal error, ya son pasadas;
Y el hombre, dueño de su pensamiento,
Libre como su hablar y sus miradas,
Libre como la luz y como el viento,
En rasgos indelebles lo publica.
Su tesoro de ciencia comunica,
O, de temor seguro,
Juzga al déspota duro,
Veraz y mensurado le condena,
Y sin violencia su furor refrena:
Y de la hipocresía
Los simulados crímenes delata,
Y la impostura pérfida arrebata
El doloso disfraz que la cubría

¡Feliz, feliz el suelo
Donde los hombres gozan
De tanta libertad! Los que destrozan,
Allá bajo otro cielo,
La triste humanidad, y en los sudores
Y en el llanto infeliz del miserable
Se bañan con placer abominable,
¿Qué harían si la prensa sus furores
Al sometido pueblo revelara,
La amenaza llevase á sus oídos,
Y el odio de los buenos concitara,
Del opreso acallando los gemidos?
Temblad, tiranos, mientras libre sea
El ejercicio de escribir honroso:
Y siempre lo será; que el mundo ahora

No es ya cual lo desea
Vuestra ambición fatal y asoladora.

Mas yo me vuelvo á venerar al hombre
Que cultiva el saber, y que el tesoro
De su mente prodiga. Su renombre,
Con caracteres de oro
Escrito en los anales de la ciencia,
Irá á la más remota descendencia.
Es premio de su afán: no quiso avaro
Sus luces ocultar: pudo dejarlas
En resplandor universal y claro,
Y no debió en la tumba sepultarlas.
Libre escribió lo que en tenaz empeño
Arrancó á la recóndita natura,
Y de la lengua pura
De la Filosofía
Escuchó con anhelo en algún dia.
Aprendió y enseñó: tantas lecciones
Propagaron las prensas: las naciones
Perecerán después, y otros imperios
Se verán levantados
Sobre antiguos imperios derrocados:
Empero el sabio sin cesar renace,
Que así la imprenta sus prodigios hace.

Por esta noble libertad se llama
El siglo en que vivimos
El siglo de las luces, aunque brama
Sañudo el fanatismo, que quisiera

Muchos lustros al tiempo en su carrera
Hacer retrogradar porque tornara
Su poderio infausto abominable,
Antes por la ignorancia respetado,
Pero en dias felices, execrable
Al universo en fin desengañado.

¡Oh Patria en que nací, digna morada
De la alma libertad, en donde el genio
    Se remonta brillante!
    Si la imprenta afanada
Los frutos del saber y del ingenio
Multiplica y derrrama á cada instante,
Esa, mi amada patria, esa es tu gloria.
    Coronada tu frente
Mil veces del laurel de la victoria,
La libertad, la ciencia solamente
Te han sublimado á la envidiada altura,
    Donde el orbe te mira,
    Y á do en vano procura,
Encumbrarse en tu honor mi humilde lira.

A BUENOS AIRES *

CON MOTIVO DE LOS TRABAJOS HIDRÁULICOS ORDENADOS POR EL GOBIERNO

O D A.

Cual te admiro, ó natura, en los portentos
De tus inmensas obras!—Quien preside
Los trastornos del orbe y los modera,
El genio universal, que todo abarca,
Al inmortal Colón escoger quiso,
Y revelarle solo sus misterios
Que á las tres partes del antiguo mundo
La serie de los siglos ocultara.
Al resto de la tierra ignotos eran
Otra tierra, otro mar: el Dios de todo
Dijo COLÓN PAREZCA; el héroe nace,
En demanda de un mundo parte, lo halla,
Y de la creación se obstenta el lujo.
Estas regiones son donde la mano
Del Supremo Hacedor está marcada;
Ni saber al mortal le es permitido
Porque le plugo el esmerarse en ellas.

* La Colección pág. 227. Apareció en el Centinela; No. 22 Dbre de 1822.

A todos los países dió natura
Parte de sus tesoros, pero á todos
Algo les denegó, porque se hallara
Allá en lejano clima, y en el cambio
La sociedad del hombre se estrechase
Llamando los de aurora sus hermanos
A los hijos lejanos de occidente.—
El hombre todo corrompiólo un día.
¡Qué no corrompe la ambición y el oro!
Tornóse la hermandad en guerra infanda;
Y sed de humana sangre y de riqueza
Fué la sola pasión de los mortales,
Que en el delirio de adquirir robando
Todos los lazos de amistad rompieron.

Entonces fué cuando Colón se lanza
A mar no conocido, lo atraviesa,
Y, en premio del milagro, al fin descubre
Las playas de la paz, y la gran parte
Que se extrañaba en el inmenso todo. (1)
Entonces fué que la natura en pompa
Al universo atónito se muestra;
Y en el bóato de sus nuevas galas
La vió el habitador del viejo mundo,
Y él mismo allá se avergonzó de serlo.
La tierra de Colón era la tierra
De la naturaleza. En ella á un tiempo
Portentosa, terrible, al hombre infunde

---

(1) Inmenso todo. Esta expresión aquí alude á solo el globo terráqueo. En los poetas es muy usada para expresar toda la creación. (Nota del autor)

El miedo santo á las eternas causas;
Y á un tiempo en mano maternal le brinda
Todos los dones que en distintas plagas
De la tierra partió, prestando en unas
Lo que en las otras misteriosa niega.

Yo ví en los Andes la preñada nube
Mas baja que la cima, y en los cerros
Rodando el trueno, y aterrando el valle,
Que en torrentes las aguas recibía
Blancas de espuma y entre piedras rotas;
Yo ví los llanos de la patria mía
Anchos, inmensos, dó sin fin en torno
Cual la imaginación la vista vaga,
Y en la hermosa planicie nada encuentra
Mas que verde extensión; y el horizonte
Así parece cual si asiento fuera
Del vastísimo cóncavo del cielo.
Naturaleza allí clama por brazos
Que el seno virgen de la tierra rompan,
Y que llenen su voto, la simiente
Do quier echando en el fecundo suelo:
Do quier abriendo los canales anchos
Por dó corran las aguas; ó robadas
Para el riego fructífero el gran río
Que cantó Lavarden (1); ó desde el centro
Brindador de la tierra, dó se ocultan,
Por una mano hidráulica arrancadas.

---

(1) Alude á la Oda al Paraná del célebre porteño D. Manuel de Lavarden. (Nota del autor).

¡Cuántos prodigios en la idea veo!
Y á mi patria felice ¡cuánta gloria
Fatídica la mente pronostica!
Veo brotando los raudales puros
De límpida corriente; y la llanura
Aquí tornada en selva populosa,
Dó el reforzado roble crezca y sea
Mudo testigo del morir de siglos,
Y el pino se alce á la suprema nube
En mole gigantea, y las raíces
A la honda entraña de la tierra lleve;
Allí el terreno nivelarse miro,
Y sustentar gimiendo el peso enorme
De la gran casería, dó la lana
En vistoso tejido convertida,
La fábrica extranjera no visite
Para volver en delicada tela,
A ser adorno de la linda virgen
Que las orillas argentinas pisa.

Vendrá la primavera precedida
De mansa lluvia, que fecunde el campo
Y el prado vista de florida alfombra,
El céfiro la mueva, y en la nube
Se temple el rayo pero no se apague
Del sol engendrador. En el estío,
A Ceres grata la campiña amena
Cúbrase toda de materna espiga,
Y ría el labrador mientras el viento
La blanda mies ondéa, y sus sudores

Los parvulitos y la tierna esposa
En dulces besos doblemente pagan,
Llegue el otoño, y entre parra verde
Su sien corone con las anchas hojas,
Y entre los mostos del lagar se bañe.

Corren las aguas en distinto rumbo
Y á par de ellas corriendo los raudales
De nacional riqueza, el orbe todo
Se agolpa á nuestras playas. Las familias
Del europeo, que en cansada guerra
Y en miseria vivió, su hogar odioso
En placer abandonan; y á las popas
De los bajeles que á la mar se fían,
Suben á despedirse de aquel suelo
Que les negara el pan, ingrato siempre.
Al argentino puerto le da arribo
Preñada de hombres de ligera nave;
Y el suelo besan que promete al cabo
Sustento á sus hijuelos, y reposo
Cuando la ancianidad sobre ellos venga,
Y el tiempo pese en la cabeza cana.
A la campaña corren, y entregados
Al trabajo rural y á los amores
Que nacen entre paz, se multiplican
Cual la simiente que en el suelo arrojan,
Y el genio de la Patria los bendice.
La población se aumenta: el campo entonces

No extraña brazos, ni desierto llora;
Y Ceres y Pomona y las deidades
Tutoras de las artes y la industria,
Se gozan presidiendo los trabajos,
Cual si tornaran las edades de oro.
El indio rudo, que rencor eterno
Heredó de sus padres, su venganza
Entonces depondrá, ó allá en las sierras
Dó, como él, es inculta la natura,
Pasará solo su salvage vida;
Ni, como ahora, en el veloz caballo
Discurrirá por la extensión inmensa,
Talando campos y sembrando muertes.

¡Oh poder de los hombres! Tú alcanzaste,
A medir á los astros su carrera,
A contar de la luna el presto paso,
Y del cometa la tardía marcha,
Las aguas fugitivas detuviste
En su curso veloz y deleznable,
Y, cual si fueran sólidas, tu mano
Sobre montañas elevarlas supo,
Precipitarlas al sediento valle
Por los caminos que más bien quisiste,
Y en nuevo lecho adormecerlas luego.
La hidraúlica á las ciencias, á las artes,
A la industria social, nuevos tesoros
Próvida muestra, y á la patria mía
Larga fortuna para siempre ofrece.

Ni solo al campo quedará ceñido
El beneficio de la diestra ciencia
Que á la natura en su trabajo ayuda.
Repente el noto al argentino encrespa,
Y, en bramadoras olas levantado,
La nave embiste, que el ferrado diente
Clavára envano en la tenáz arena.
Las indómitas aguas algún día
En más seguro puerto encarceladas,
No harán temblar al náutico infelice
Como tembló en Agosto, cuando el río
Los males aumentó del año infando. (1)

Aquí en la capital las anchas plazas
Se adornarán también, cuando las fuentes
El agua arrojen, que en cambiantes varios,
El rayo vuelva que despida Febo;
Y en su vistoso juego, detenidas
A las hermosas en su marcha tenga,
Mientras yo las alabo con mi verso,
Salpicada la frente en linfa pura,
¡Os vea yo correr, fuentes hermosas!
¡Os vea yo correr! y desde entonces
Para siempre jamás solo vosotras
Mi Aganípe seréis y mi Hipocréne.
Yo volaré á vosotras cuando el estro
Hierva en mi fantasía, y en la mente
Ardor de canto irresistible sienta.

(1) El año de 1820 fué el año de nuestras desgracias. El temporal de Agosto del mismo año es memorable también. (Nota del poeta).

Los hombres que á mi patria tantos bienes
Supieron prodigar, asunto digno
De mi verso serán, y á las estrellas
Llevaré en mis loóres su renombre;
Y de Colón los venerables manes
Se gozarán entre la tumba helada
Al ver al cabo que en la tierra suya
Hay un país que fortunado goza
De paz, de libertad, y de abundancia.

AL ANIVERSARIO DEL 25 DE MAYO DE 1822

SONETO *

¡Salud, dia de Mayo! ¡Primer dia
De la patria, salud! En el oriente
El sol asoma su lumbrosa frente,
Y es más bella la luz que nos envía,

Por que alumbra los libres, que á porfía
De la ara al pié, su libertad naciente
Juran, cantan en himno reverente,
Y tiembla el sólio de la Iberia impía.

¡Salve otra vez y mil, sol, que miraste
De infame yugo libertarse un mundo,
Cuando nuestras venganzas alumbraste!

¡Salve mil veces más! Y del profundo
Olvido de la edad exento seas,
Porque lo grande de tus obras veas.

* La Colección pág. 271.

EPÍGRAMAS

No acertando un buen casado
Con algún nombre bonito,
Que poner á un angelito
Que su mujer le había dado;
Ella le dijo: «querido,
Lo del nombre es poca cosa,
La empresa dificultosa
Es dar con el apellido.»

Un soldado bravo y fiel,
Cayendo de la metralla,
Exclamó: «mi coronel,
Digan en algún papel
Que yo he muerto en la batalla.»
«¿Quién ha de hablar de un soldado?
(Respondió el jefe altanero).
Yo sí seré celebrado,
Que una bala me ha pasado
Por las plumas del sombrero».

Todo, todo es corrupción,
(Dijo airado un litigante:)
El escribano es ladrón,
Mi abogado es un bribón,
Vendido á mi contrincante:

El juez enseña al testigo
Lo que ha de hablar: un cadalso
No basta para castigo.
¡Y yo no encuentro un amigo
Que quiera jurar en falso!

Blas en un corro decía:
« No hay mujer tan apegada,
Tan fiel, tan enamorada,
Tan tierna como la mía. »
Un su amigo que le oyó,
Me dijo: «más la alabara,
Si entre él y la tál pasara
Lo que pasa entre ella y yo.»

Hablando de una batalla,
En que cierto militar,
Furibundo en el hablar,
Se escondió como un canalla,
Un chusco le preguntó:
«¿Y en tan sangriento embolismo
Usted á cuantos mató?»
El guapetón respondió:
« Yo no me alabo á mi mismo. »

LA CORONA DE MAYO *

Deus nobis hæc otia fecit
Virg., Eclog. I.

Este es el sitio, ¡oh Dios!, este es el sitio
Del horror y la muerte. En algún dia,
Por el cóncavo techo,
En roncos ayes resonar se oía
El lúgubre gemido
De víctima infeliz, que al triste lecho
Atada con horrísona cadena,
Al cielo endurecido
Decía en vano su cansada pena.
De este lugar hasta el cadalso horrible,
En el carro de muerte arrebatados,
Iban los infelices destinados
Al desagravio de la ley hollada,
Y de la sociedad menospreciada.

---

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 195.—En la colección de poesías patrióticas, pág. 250.

Dió motivo á esta composición, la función de música y canto, con que la sociedad filarmónica, que existía entónces en Buenos Aires, solemnizó el aniversario de Mayo, como por corona de las festividades de aquel año. Para evitar notas que interrumpirían la lectura de esta pieza, no está demás advertir que el salón de la predicha sociedad era uno de los edificios llamados antes la Cuna. En Buenos Aires se sabe con cuanta razón se había hecho odioso este nombre; y seguramente la autoridad hizo bien en vender aquella casa á un particular, quien la ha destinado á usos que harán olvidar su aborrecible memoria. Algunos nombres que se leen en esta pieza métrica son los de las personas que mas contribuyeron á la brillantez de la función. (Nota del autor).

Pero más todavía: más odiosa
Para los libres era
Esta estancia horrorosa,
Por las escenas bárbaras que viera
En las horas de luto, que cubrieron
El suelo en que algún dia
La libertad y la igualdad nacieron.
Los grandes héroes de la patria mía,
Los ilustres varones
Que el primer grito levantar osaron,
Y, con pasmo de todas las naciones,
Al merecido abismo
Despeñaron el fiero despotismo;
Esos patriotas de memoria eterna,
Encarcelados por ingrata mano,
Aquí en dolor gimieron,
Y víctima del odio deshumano
De los partidos y la envidia fueron.

Mil de veces al cielo demandamos
Un rayo vengador, que este edificio
En polvo convirtiera,
Y el cielo, á nuestros votos impropicio,
El rayo suspendió; pero ya era
Prometido otro tiempo venturoso,
En que libre gozara el Argentino
De la tranquila paz el don divino,
Ya luce esplendoroso
Ese dia feliz: el fiero Marte,
Y el carro en que atropella la anarquía,

Cuando sus sierpes y su horror reparte,
Gozosa solo en la nefanda guerra,
Pasaron ya otro día
Para no más volver, y en nuestra tierra
Ni la huella dejaron
Que señale el lugar por do rodaron.

Este Mayo lo vió: su bella aurora,
En el fúlgido oriente levantada,
Miró la tierra por el cielo amada,
Y miró paz y unión. En esa hora,
Se elevó nuestro canto al firmamento,
Y el alígero viento
Desde el cielo á la tierra lo volvía,
Mientras la fama rápida volaba.
Y á todo el universo lo anunciaba.
Mayo fué cual ninguno;
Y reservada su corona estaba
Al Dios de la armonía,
Que invisible y gozoso presidía
El coro de amadores
De la música y canto;
El los colmó de todos sus favores,
Y del mágico encanto
Que todas las pasiones adormece,
Y todos los sentidos embelece.

Hoy es templo de Apolo
Este lugar de llanto y de tormento,
Y donde antes el eco del lamento

Se levantaba desoido y solo,
Al fin se siente un día
Todo el placer que causa la armonía.
¿Pero donde mi verso
Podrá empezar alabador, y donde
En esta nueva escena corresponde
Redoblar mi loor? Jóvenes bellas,
Que así como en el cielo las estrellas
En una noche hermosa,
Así en la concurrencia habeis lucido
De otra noche dichosa,
Que la corona ha sido
De la fiesta de Mayo mas pomposa;
Vosotras me direis á quien mi rima
Primero nombrará: solo vosotras,
Si mi verso menguado
De su objeto al nivel no se sublima,
Con elogio podreis mas delicado
Decir lo que allí visteis,
Decir, bellas, más bien, lo que sentisteis.

Sonó la canción patria: al escucharla
En la lid el soldado,
En todo tiempo el pecho denodado
Presentó al plomo ó á la punta fiera,
Y aquel canto le hiciera,
O vencer en la lucha,
O morir sin dolor, pues que lo escucha,
Pero nunca ha sonado
El himno de los libres

Como sonó esa noche. Transportado
El auditorio inmenso
Al templo de la gloria se sentía,
Y el corazón suspenso,
En fuego patrio, como nunca, ardía.

Impresión tan profunda, fuego tanto
¿Quién pudiera apagar, sin el hechizo
De otro más dulce y melodioso canto?
Micaëla cantó, y ella deshizo
De nuevo el corazón en tierno llanto.
En otro tiempo Circe, aquella maga,
Aquella encantadora.
Hija del astro que el oriente dora,
Su voz omnipotente levantaba,
Y al momento, á los socios infelices
Del afamado Ulises
Con su voz á su arbitrio transformaba.
Ella el hondo cimiento
Hizo temblar del globo, el firmamento
Oscureció mil veces,
Hizo volver la mar, y amedrentados
Ir á otras aguas los enormes peces.
Pero nunca, jamás, los corazones
Supo mover su voz, como conmueve
El dulcísimo acento
Que Micaëla plácida levanta,
Cuando su labio, lisongera mueve,
Cuando orgullosa de sus artes, canta.
Carmen cantó con ella: ¿y cuál ha sido

El corazón de bronce,
Cuál el pecho de acero defendido,
Que de placer no palpitara entonce?
¿Y qué fiereza habrá que no desarmen,
Trinando juntas, Micaëla y Carmen?
Esa noche las Gracias se ausentaron
Del templo de Citeres,
Y sola, sola, en el altar dejaron
A la madre de Amor y los placeres,
Por venir á llenar de un nuevo encanto
A las que sin su auxilio pueden tanto.

¡Oh poder sin igual de la armonía!
Cuando en nave traidora
El Lésbico Arïon el mar surcaba,
Tocó su arpa sonora,
Y el delfín, que en las ondas la escuchaba,
Al músico en su espalda recibiera,
Y á la orilla inofenso le trajera.
Un instrumento igual con igual arte
Escuché yo esta vez, pero tañido
Por diestra mano de argentina airosa.
Le escuché, y he creído
Que desde su caverna tenebrosa
Pudo el delfín salir; que el ponto pudo
Deponer su furor, y, quieto y mudo,
Conducir en la calma mas serena
Al músico de Lesbos á la arena.

Pero el genio se pierde: cierto es todo
Lo que dicen de Orfeo,

Cierto también lo que de Anfion se cuenta.
Con arte celestial hallaron modo
De conmover á la natura, atenta
Al armónico son; y á su deseo
Las encinas del bosque obedecían,
Las piedras de los montes se movían.
Todo, todo es verdad; que yo á Massoni
He visto cuando el arco
A la cuerda multísona aplicaba;
Y por un raro encanto,
Sentí que su instrumento remedaba
Del gilguerillo el armonioso canto,
O la flauta sonora
Con que Mercurio adormeció los ojos
Del Argos velador, en una hora
En que del grande Jove los enojos
Del todo rebosaron,
Y del Argos la muerte decretaron.
Massoni es el amado
Del dios de Delos y su hermoso coro,
Y dispensa á su agrado
De la armonía el celestial tesoro.

Tú, Esnäola, también debida parte
En mi verso tendrás; tu edad temprana,
Tu talento sublime y prematuro,
La perfección de tu arte,
Todo viene en tu honor; y estás seguro
De que tu sien alguna vez Apolo
Coronará con el laurel, quo solo

Suele adornar privilegiadas sienes.
¡Tanto derecho á sus favores tienes!

Mas, si mi labio la alabanza mueve,
Oh musa, ¿á quién no debe
Mi loor alcanzar? ¡Ah! perdonadme,
Vosotros, que á escena contribuisteis,
Vosotros que supisteis
Hacernos olvidar en un momento
El justo horror con que la planta hollaba
El ancho pavimento
Que antes el llanto del dolor bañaba.

Sí, perdonadme; y permitid que pueda
En el débil estilo
Que á mi verso impotente se conceda,
Invocar á la patria y la memoria
Del bienhadado día,
Que la llenó de gloria,
Y sepultó en el sud la tiranía.
¡Oh Mayo venturoso!
Mes de los meses, pero más dichoso
Esta vez que jamás: *un Dios ha sido*
Quien la calma de la paz al fin nos diera.
Felices nos has visto: en su carrera
No se detiene el tiempo: cuando tornes,
En años venideros,
Más felices tal vez, más placenteros,
Tu sol nos hallará; y otro poëta
De Apolo más querido,

No con mal hado, como yo, nacido,
Celebrará ese sol, y su alabanza
Alcanzará á do su lumbre alcanza.

A LA PAZ *

CON MOTIVO DE LA CONVENCIÓN PRELIMINAR, CELEBRADA EN 1823, ENTRE EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES Y LOS COMISIONADOS ESPAÑOLES, CERCA DE ÉL.

Monarcas de la tierra,
¿La mísera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra.

Quint. Od. á la Paz.

Baja tu vista, ordenador del mundo,
Alza tu diestra valerosa, y hunde
En el seno profundo
De la abrumada tierra
Al monstruo horrible de la infanda guerra.
La luminosa página, gravada
En el eterno libro del destino,
Al siglo diez y nueve prometiera
La paz y libertad. ¿Cual asesino
Contrasta el hado, y en su saña fiera
Bebiendo sangre y empapando el suelo

---

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 202.—En la colección de poesías patrióticas, pág. 259.

En más sangre y más llanto,
Destruye al hombre, y menosprecia al cielo?
El malvado en su furia puede tanto,
¿Y tu brazo, gran Dios, no lo aniquila?
Pon término, Señor, á nuestros males,
Derrama tus enojos iracundo
Sobre el mortal que aflije á los mortales:
Baja tu vista, ordenador del mundo.

Allá do el sol se eleva, aquí do esconde
Su esplendorosa faz, horror y guerra,
Y nada más alumbra. ¿Dónde, donde
Está el asilo de la paz? ¿Qué mano
Derrocó sus altares en la tierra?
Al feroz otomano
Mirad allá embriagándose con sangre
Que de los descendientes de Leonidas
Se derrama á raudales,
Porque abrieron un día sus anales,
Y vilmente perdidas
Su independencia y libertad miraron,
Y de vergüenza y de dolor lloraron.
Esparta, Atenas, Salamina, todo
A su mente volvió; y el pecho griego,
Enardecido al cabo,
Se mostró griego, y convirtió en venganza,
El deshonor y timidez de esclavo.
Trozaron fieros la cadena, y luego,
Del mismo fierro que forjóla un día,
Instrumentos hicieron de matanza,
Y el grito ¡guerra! retumbó en Turquía.

Infelices, ¿do vais? En vano, en vano
Los tiempos revelaron á los hombres
Lo que es la humanidad y lo que valen
De patria y libertad los santos nombres.
Do quier hay un tirano,
Do quier hay viles que á su voz acuden;
El rayo lanzan, el acero esgrimen,
Las sierpes venenosas se sacuden,
Los parvulitos y las madres gimen,
Y á vuestra destrucción nada se opone:
Que hay bárbaros que ayuden
A que el crimen al crimen se amontone.

¿Y el nombre griego, y la valiente empresa,
Digna del nombre y de victoria y fama,
En nada quedarán? ¿Y el vilipendio
Y el escarnio del turco, será acaso
Debido premio á la ferviente llama,
Que en Grecia cunde, y se procura paso
De pecho en pecho, y á los héroes llama
A la muerte, á la gloria
Que no siempre consiste en la victoria?

Mas ellos triunfarán: las libertades
Triunfan en este siglo. Los delitos
De los tiranos que á la guerra incitan,
Y, sin oïr de humanidad los gritos,
De furor en furor se precipitan,
Nunca mayores fueron que en la era
En que, ociosa la espada,

Del moho y del orín se consumiera,
Si no hubiese asesinos,
Que, queriendo oponer á los destinos,
Luchan contra el torrente
En que va envuelto el mundo. En algun día,
No está lejos quizá, la tiranía
Será cual era jigantesca mole,
Que de Febo los rayos atajaba,
Y las anchas comarcas asombraba;
Y, al huracán cediendo de repente,
Desde la altiva frente
Hasta el hondo cimiento desquiciada,
Sus ruinas largamente se tendieron.
Muchos con ella, á su caër, cayeron,
Empero nunca más será agoviada
La tierra con su inmensa pesadumbre,
Y la que fué el escándalo algún tiempo
Del llano y de la cumbre,
Será del caminante
El escarnio y la mofa en adelante.

La Grecia lo verá; veralo luego
La malhadada Iberia,
Que celosa miraba como ardía
En la sencilla América ese fuego
En que ella misma hoy día
Consumiéndose está, porque despierta
Del profundo letargo,
En que ha yacido en cautiverio largo,
Se acuerda de su honor, y esta memoria

La impele al fin á recobrar su gloria.
¿No lo veis? ¿No lo veis? El galo astuto,
Trastornador del orbe, ha derramado,
    Desde el alto Pirene
Hasta el muro de Gades afamado,
Los rencores del trono. ¿Como viene
A hollar vuestros derechos? ¿Qué razones,
Españoles, habrá para oprimiros?
La guerra es la razón de los Borbones.

Acaso la justicia vengadora
Del árbitro y Señor de todo imperio,
    Sentir os hace ahóra
Los horrores que en todo este hemisferio
Pesaron sin cesar, en tres centurias
De un poder ejercido por las Furias.
Nos cansamos al fin: vosotros mismos,
    Pusisteis en la mano
Del apaciable y blando americano,
    La espada fulminante
Que tanto en vuestra sangre se ha teñido,
    Mostrándose triunfante
Donde quier en trece años ha lucido.

¡Y, qué! ¿no basta ya? ¿Nuestros derechos
No son como los vuestros? ¿Qué muralla
Presentareis mejor que vuestros pechos
A la rabia implacable en que batalla
    En su hórrida agonía
La espirante y odiosa tiranía?

Libres seréis; nosotros
Lo somos ya, lo somos; no hay potencia
Que baste á contrastarnos,
Ni poder en la tierra que robarnos
Pueda ya libertad é independencia.
Desde los llanos que Argentino baña
Hasta las cumbres del Perú fragoso,
Desde el suelo fructífero de Chile
Hasta el istmo famoso,
Y hasta la tierra que codicia suma
En la sangre empapó de Montezuma,
Mil templos se han alzado
A la alma libertad, y eternamente
En la feliz América inocente
Su numen bienhechor será adorado.
¿Y, por que no envainan los aceros?
¿El sagrado motivo no ha cesado,
Que los hizo algún día
Con estrago lucir? Los campos yermos
Mirad, en que debía
La espiga levantarse, y abundosa
Crecer en medio de la paz, y henchirse
Del grano que da vida; y sonreirse
El labrador, cuando á su tierna esposa
Alegre el primer fruto presentara,
Y ella el sudor del rostro le enjugara.

Hora corre el sudor, pero mezclado
Con la sangre y el polvo de las lides,
Y todavía el bárbaro soldado

Pisa la miés naciente,
Quema feroz las enramadas vides,
Destruye y mata. ¿Y para qué? ¿No es dado
Vivir en brazos de la paz, siquiera
Cuando la ley severa
De la necesidad no nos obliga
A la crüel fatiga
De atropellar la humanidad y hollarla?
¿Viviremos sin paz pudiendo hallarla?
¡ Oh jefes de la tierra!
¿ La misera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
¡ Poned, poned un término á la guerra!

Su término será. ¡Patria querida!
¡Inmortal Buenos Aires! De tu seno
Los primeros guerreros se lanzaron,
Que con paso sereno
El inmenso país atravesaron
Entre muerte y horrores,
Y donde quier al enemigo hallaron
Los miró el enemigo triunfadores.
De tu seno salieron; pero ahora
Ya tú misma preparas
Los bienes de la paz consoladora,
Y acudes á tus aras,
De todos tus rivales vencedora.
¡Oh jefes de los pueblos! Los oïdos
Abrid al cabo al grito penetrante
Del huérfano y la viuda desvalidos,

Y de la virgen que perdió á su amante,
Cercano el día de llamarse esposa.
La guerra lo robó: la tez de rosa,
Pálida ya y sin brillo, se ha empañado
Con el largo llorar. ¡Nefanda guerra!
El suelo está de crímenes preñado,
¿Y á tanto crimen como el suelo encierra,
Bárbaros todavia añadiremos
Los que vienen contigo,
Cuando en la furia del combate vemos
En lugar de un hermano á un enemigo?

¡Guerra! ¡Execrando nombre! ¡cuanto, cuanto
El suelo de la América ha sufrido
Por tan terrible azote, y ha corrido
Cuanto de sangre y llanto
En trece años de horrores! ¿Y esto llama
Timbre y honor la historia? ¿Y á la Fama
Se atreve á encomendar la poesía
Ese número inmenso de atentados
Que los anales de la guerra llenan,
Por la lira y el canto consagrados?
¿Para qué son los rayos? ¿Porque truenan
Los cielos sin objeto,
Pudiendo aniquilar al insensible,
Que de la humanidad huella el respeto,
Y, por no dar al hombre lo que debe,
A fiar á la guerra aborrecible
El interés de su ambición se atreve?

¡ Paz, paz, Americanos! Ya la España
Sabe que toda vez que la justicia
Nos ha inspirado belicosa saña,
Sabemos combatir, y siempre fieles
A nuestro empeño y nuestro honor, cubrirnos
En medio de la muerte de laureles.
Pero basta de muertes y de horrores;
Dad olivo á mi sien, dadme que cante
La quietud de la paz en adelante,
Dadme que pueda en metro delicado,
Y no en un verso duro, ensangrentado,
Llevar de polo á polo
El nombre de los genios bienhechores
Que los primeros á la paz llamaron.
Si, yo los cantaré, y al mismo Apolo
Asistirá á mi canto.
¡ De la paz la dulzura puede tanto!
Mirad los campos y los anchos ríos
En vital movimiento,
Y el comercio y la industria sus tesoros
En la tierra verter, y en vez de lloros,
Risas, placer, y universal contento.
Haced la paz, y todas las deidades,
Amigas de la paz, en nuestro suelo
Fijarán su morada;
Y cuando el génio de la guerra añada
Maldades á maldades,
Allá en el mundo que se llama antiguo,
Aquí en el nuevo, en hermandad dichosa,
Que nunca turbará la furia insana,
La madre patria mirará gozosa
Una sola familia americana.

AL TRIUNFO

DEL EJÉRCITO LIBERTADOR EN AYACUCHO EL 9 DE DICIEMBRE DE 1824.

ODA IMPROVISADA *

Hic vir, hic est, tibi quem
Promitti soepius acudis.

¡Sombras feroces de guerreros grandes!
Alzaos sobre la loza
Que eternizó vuestra memoria odiosa;
Alzaos sobre el nivel del pavimento
Que el pueblo humilde tembloroso pisa
Porque teme insultar vuestra ceniza.
¡Sombras, alzad, y responded ahora!:
¿Para qué os dió la espada
La mano ordenadora
Del árbitro y señor del vasto mundo?
¿Para destruir y reducir á nada,
Pueblos, imperios y hasta el mar profundo
Enrojecer con sangre de los hombres?
Ay! vuestra horrible historia
Consagra con escándalo los nombres
De los azotes de la especie humana,

* La Colección de poesías patrioticas pág. 272.

Que vanamente invoca
La hermandad y la paz—Adonde toca
La planta del guerrero, allí la parca
De una generación abre la tumba,
Y se extremece cuanto el orbe abarca,
Apenas siente que el cañón retumba.

Pero no se extremece cuando truena
Allá en las sierras del Perú fragoso,
Y el grito ¡guerra! aterrador resuena.
¡Triunfó la libertad, cayó el coloso!
Repite el eco en la soberbia cumbre,
La voz desciende á la profunda cima,
Y los últimos restos del destrozo
Arrastra en su corriente el Apurima, (1)
¡Bolívar! Sí, tu espada, tus campeones,
No son la plaga con que aflije el cielo
A la angustiada tierra,
Cuando sangre inocente tiñe el suelo
Y lo devasta asoladora guerra.
La fuerza es en tu mano,
Lo que es el rayo vengador. La nube
Opaca lo desprende,
Pero alta inteligencia lo dirije,
El fuego asolador el aire hiende,
El miedo marcha ante él, sigue el estrago,
Pero el justo lo mira y no padece:
Solo el malvado á su furor perece.

(1) Río del Perú, sobre el que ambos ejércitos practicaron muchos movimientos militares, antes de la acción. (Nota del autor)

¡Iberia! ¡Iberia! Desde largos años
Está el genio del mal, desde su trono,
En este suelo derramando daños;
Y su trono es el tuyo. Las legiones
Que lanzó tu ambición á este hemisferio,
Sobre muertos alzaron sus pendones,
Cuando nos sujetaron á tu imperio.
Con sangre están escritos
Dos fastos de la historia americana,
Y todos nuestros fastos son delitos,
Mientras duraba tu opresión tirana:
Delitos tuyos son. El Dios de todo
Hasta aquí, dijo: consentir me plugo,
Trastorne al orbe la razón un día;
No gima un mundo bajo infame yugo,
Y que llore á su vez la tiranía.

Habló así Dios. El libro del destino
De repente se abrió, y allí los nombres,
En luminosa página marcados,
Estaban de los hombres
Para tan grande empresa reservados.

¡Honor, honor á todos! Esa era
Ya se empezó á contar, desde el momento
En que dimos al viento
De Patria y Libertad la voz primera,
Discurriendo por todo el continente
El eco al punto por los aires zumba,
Del Istmo estrecho al borrascoso Cabo,

Desde el plateado río al val de Otumba,
Y en boca de la fama, en el instante,
Voló del mar del Sud al mar de Atlante.

Y comenzó la lid. ¡Oh! ¡Cual se vía,
Ya tinto en sangre de sus hijos fieles,
Ya tinto en sangre de opresores crueles,
El vasto suelo de la patria mía!
¿Y quince años de afán no son bastante?
¿No mirais, asesinos,
Que contra la razón alzais la espada,
Y luchais contra el hombre y sus destinos?
Mas, sea cual quereis: justa es la guerra,
Justa es la guerra, y su tremendo nombre
Es nombre de consuelo
Si es que, para ser hombre,
Está escrito en la ley de los tiranos
Que antes se empape con la sangre el suelo.
Dadme la trompa que á la lid convoca,
Dadme el aliento que á Mavorte anima,
Y en mi trémula boca
El beso del amor temblando muera;
Ya que no debe melodiosa rima
Cantar la paz, sino prender la llama
Que á pechos bravos en la lid inflama.

Bolívar lo sintió; de sus hogares
Los hijos de Colón tras él volaron;
Su génio los conduce y los enciende,
Y á su marcha los montes se allanaron.

El enemigo allí la tiranía,
Su esfuerzo redoblando,
Concentró su furor en su agonía;
Así, hostigada, carnicera tigre,
Más se enfurece cuanto más herida.

Se aproximan los fieros combatientes,
Tiembla el recinto en derredor, la parca,
Sus víctimas señala, de repente
Hace el bronce la seña de matanza,
Y un eco, á su sonido semejante,
Repitió por los aires al instante:
Hoy es el día de la gran venganza.

Y su luz la alumbró; toda la carga
De tres siglos enteros de atentados,
Y de opresión y servidumbre larga,
Gravitaba en los bárbaros soldados
Que aquel día juraron nuevamente,
Subyugar otra vez el continente,

¡Cenizas de Cangallo! ¡Heroica sangre
Allá en Colombia con honor vertida
En diez años de horror! Vuestra memoria
A los patrios campeones
Redobló su valor; y las legiones,
¡Muerte, gritaron, ó venganza y gloria!

Con gloria se vengaron. Sangre odiosa
Se mezcló hirviendo al rápido Apurima;

Sangre odiosa tiñó llanura inmensa,
Y odisa sangre la enriscada cima.
Allá en la nube densa,
Del polvo y humo de la lid terrible,
La sombra de los héroes divagaban,
Que con pecho invencible
Por su patria la muerte despreciaron,
Y en el Olimpo de laurel se ornaron.
Venid, decían, sucesores nuestros;
Mayor premio os espera;
Nosotros empezamos,
Vosotros consumasteis la carrera.

¡Píndaros de Colombia! Vuestra lira
Sucre resuene en adelante solo,
Mientras el nombre de Bolívar debe
Unicamente pronunciarlo Apolo.

Año 1825.

EN UN CONVITE DE AMIGOS *

CON MOTIVO DEL TRIUNFO DE AYACUCHO

¡La patria y la amistad! ¡Nombres sagrados,
Que, llenando de gozo nuestro pecho,
Con estro y entusiasmo pronunciados,
Llenais el ancho techo

* La Colección de poesías patrióticas, pág. 278. En las poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 213 bastante modificada.

Del soberbio salón! Henchid ahora
Mi corazón fogozo de alegría,
De fuego movedor y voz sonora,
De imágenes y ardor mi fantasía
Este es, este es el día
Por Apolo y las Musas preparado
Sueñe la lira, y el poeta cante;
Y, si un noble entusiasmo lo arrebata,
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

CORO

Suene la lira, y el poeta cante;
Y si un noble entusiasmo lo arrebata,
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

¡Cantar! Yo, amigos, con placer cantára,
Y, lanzando mis écos por el viento,
Si mi sencilla voz tanto alcanzara,
Se alzaría del cielo al firmamento.
Más ¿como he de cantar? Oid la guerra,
Mirá los campos dó creció la espiga,
Ved como los holló planta enemiga,
Y al punto en sangre se empapó la tierra.
Ved los ancianos padres
Como el rostro del hijo en llanto mojan,
Y luego al campo de la lid lo arrojan,
Y muere la esperanza de las madres.
La virgen vuelve los dolientes ojos,
Y hasta los astros sube

De polvo y humo tenebrosa nube
Que no le deja ver su nuevo amante.
El entretanto entre guerreros marcha,
Llega el combate y combatiendo mueve;
La fama su catástrofe refiere,
Y, de la virgen en la tez de rosa,
Se ve marchita pálida azucena,
Cercano el día de llamarse esposa.
¡Guerra! ¡Execrando nombre! De mi verso
No llenas más las sílabas sangrientas;
Y, pues la paz del universo ahuyentas,
Como yo te aborrezca el universo.

CORO

¡Guerra! ¡Execrando nombre! De su verso
No llenes más las sílabas sangrientas;
Y, pues la paz del universo ahuyentas,
Que como él te aborrezca el universo.

Mas ya pasó el horror. Así el torrente
Sus diques rompe, inunda, todo arrasa,
Y arrebata en su rápida corriente
Cuanto oponerse intenta, pero pasa.
¡Bolívar! ¡Genio, cuyo nombre estaba
En páginas de fuego,
Y con buril divino,
Grabado allá en el libro del destino,
Desde que Dios los mundos arreglaba!
El genio de Washíngton te movía,
El valor de Leonidas te animaba,
Y la ceniza fría

De Tell y de otros héroes, se agitaba
En el seno profundo
De la callada tumba,
Por ver sin paz ni libertad el mundo.
Pero lució tu espada,
Y desde el Istmo á Lima,
El río, el valle, la enriscada cima,
La miraron triunfante; y no cansada
De escarmentar tiranos,
A Sucre la entregaste por tus manos,
Para que completara la venganza,
En el día de la última matanza.
Este día lució. Dad á mis sienes
La oliva de la paz; dadme que cante
Solo de la hermandad los dulces bienes,
Al sonar de mi lira en adelante.

CORO

Este dia lució. Dad á sus sienes
La oliva de la paz; dadle que cante
Solo de la hermandad los dulces bienes,
Al sonar de su lira en adelante.

El grito de victoria se desprende
Desde el campo terrible de Ayacucho,
Y más veloz que el viento, el aire hiende,
Alígera la Fama se apresura,
Y rápida atraviesa
Del Pacífico mar la quieta hondura,
De los nevados Andes la aspereza,

Y, clamando ¡victoria!,
En las orillas del plateado río
Repite el eco de: ¡venganza y gloria!
Ya el labrador no teme
Que el bárbaro soldado
Queme la vid naciente; en paz amiga
Crece en el campo la materna espiga;
Tranquilo el tardo buey lleva el arado;
Cae la cimiente en la fecunda tierra,
Y ella la cubre y abundancia encierra.
Sin miedo al cabo sus hijuelos besa
La madre cariñosa, y de su seno
De vida y néctar lleno,
Los ve pendiente sin pavor. Un día
Sostendrán su vejez, sin que la guerra
Los arrebate en flor de primavera,
Y viuda y sola desesperada muera.
La intacta virgen y la fresca esposa,
Al consorte, al amado,
Contra el pecho nevado
Estrecharán en paz: y, si rebosa,
Y dentro hierve el amoroso fuego,
En un beso de amor díranle luego:
Ya no irás á la guerra; combatamos
A ver cual de los dos más nos amamos.
Cantemos, pues, la paz. Ceñidme un día
De mirtos, y de pámpanos, y trigos,
Y dadme vino de la tierra mía,
Con que pueda brindar á mis amigos.

CORO

Cantemos, pues, la paz. Ceñidlo un día
De mirtos, y de pámpanos, y trigos;
Y dadle vino de la tierra suya,
Con que pueda brindar á mis amigos.

Y allá en Europa, sobre el alto trono
De crímenes y sangre circundado,
¡Aun hay tirano que, con bronco tono,
Del hombre el exterminio ha decretado!
De nuestra patria en el altar juremos,
A vista de los héroes que miramos
Con respeto profundo,
Que nunca atravesar al Nuevo Mundo
El furor del antiguo dejaremos.
Un límite fijemos
En cuanto el ancho mar abarca inmenso,
Y este límite extenso,
Desde este día para siempre al cabo,
Divida al hombre libre del esclavo,
De la amigable paz la guerra impía,
Al bárbaro opresor del oprimido,
Y de la libertad la tiranía.

CORO

Divida al hombre libre del esclavo,
De la amigable paz la guerra impía,
Al bárbaro opresor del oprimido,
Y de la libertad la tiranía.

Bebamos pues amigos. Este día,
En el pecho y la copa,
Que todos los placeres se confundan,
Y cual los rayos de Titán inundan
De fulgorosa lumbre
La atmósfera y los mares,
Los valles y la cumbre,
Así este dia á nuestras almas traiga
Especies todas de placer unidas,
Y, cuando el vino á nuestros pechos caiga,
Destierre los cuidados homicidas.
Beba el amante por su dulce amada,
El tierno esposo por su esposa beba,
Mientras al labio de los padres lleva
La salud de sus hijos este vino.
Bebed por Sucre y su valiente tropa;
Celebrad nuestro próspero destino,
Y, amor y libertad, patria y amigos
Confundánse en el pecho y en la copa.

CORO

Bebed por Sucre y su valiente tropa,
Celebrad nuestro próspero destino,
Y amor y libertad, patria y amigos,
Confúndase en el pecho y en la copa.

Año de 1825.

AL GENERAL BROWN

EN UNA REUNIÓN DE AMIGOS *

En un pecho magnánimo la suerte
Poder ninguno tiene;
Superior á los hados y á la muerte,
El corazón del héroe se sostiene
Con su sola firmeza,
Y se estrella el destino en su entereza.

Verdad será que, caprichósa y ciega
La fortuna inconstante,
Con el linaje humano fácil juega,
Al volver de su rueda; y que, constante
Tan solo en las mudanzas,
Se burla de las grandes esperanzas;

Del génio no se burla; el heroismo
Favores no mendiga;
El siente que, bastándose á sí mismo,
La suerte al cabo á sus empresas liga,
Y que logra fijarla,
Porque tiene el poder de dominarla.

Sí, tiene tal poder; y Brown lo tuvo,
Cuando, en un año entero,
Contra el hado y la fuerza se mantuvo,
Siendo espanto y terror del brasilero,
Y arrancando con gloria
El laurel de la mano á la victoria.

(*) De la Colección del Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

A LA VICTORIA COMPLETA *

CONSEGUIDA POR EL GENERAL DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA SOBRE LOS USURPADORES BRASILEROS, EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1825 EN EL LUGAR LLAMADO LA ORQUETA DEL SARANDÍ.

ODA

¡Pueblos oid! ¡Escarmentad tiranos!
La venganza que toman las naciones
De los que insultan sus sagradas leyes,
Es la justicia que el Omnipotente
Hace de los delitos de los reyes.
La cadena de férreos eslabones
Con que está siempre atado el viejo mundo
Al pie de un insolente
En silencio profundo,
En una época horrible, y ya distante,
Se tendió mas acá del mar de Atlante.
Un dia se trozó; y el mismo dia
Se vió en los cielos, aunque tarde, justos,
Un letrero de lumbre que decía:
« Los decretos augustos
« Del único Señor de los humanos
« Hacen libre la América por siempre,
« Y abandonan la Europa á los tiranos.

* La Colección de poesías patrióticas pág. 293.

¿Y el Brasil?, ¿El Brasil, como consiente
Que en infame sitial, llamado trono,
Un déspota lo insulte,
Y en medio de la América se siente?
Mas ¡Cómo consentir! Ya el trueno rueda
En la cabeza del monarca intruso;
Y en la *Banda Oriental* del rico río
El rayo ya estalló! Bien corto queda,
Bien corto tiempo; y el presagio mío
Tendrá su cumplimiento.
¡Hombres opresos! Recobrad aliento,
Alzad, alzad las vengadoras manos;
¡Pueblos, oid! ¡Escarmentad, tiranos!

¡Dia de salvación y complemento!
Ya amaneciste en *Sarandí!* ¡Orientales!
¿Qué génio os inspiró? ¿Qué génio vino
A escribir nuevamente los anales
Del hombre libre, y su feliz destino,
Con sangre de opresores?
¿Con sangre destinada á una venganza,
Por vosotros, humanos, no deseada,
Por ellos, inhumanos, provocada?

¡Hélos ya bajo el filo! ¡Usurpadores!
¿Dó está vuestro poder? ¿No era que un dia,
Cuando recién el gérmen se movía
De abrasadora guerra,
En el silencio de domada tierra,
Vuestra faz altanera

De sonrisa insultante se cubriera?
Probad, probad ahora,
Cuanto es de fulminante y vengadora
La espada que alza el Oriental valiente:
Ved como sabe de laurel de triunfo
Ceñir la enhiesta frente,
Y vengarse con muertes á millares
De un solo insulto á sus paternos lares.

Abrete, Historia, y muestra en qué regiones,
En qué época del mundo, qué naciones
Presentaron jamás un grupo aislado,
Desvalido, indefenso,
De hombres, que, atravesando un rio inmenso,
Hasta la orilla opuesta se lanzaron,
Y el fuerte grito de la guerra alzaron?
Era su patria aquella: era su patria
A esclavitud horrible condenada;
Y á los americanos
Ser patriotas les basta y ciudadanos.
¡O querer eficaz del hombre libre!
Ellos pisaron su natal orilla,
El suelo patrio con dolor besaron,
Y al alzar la rodilla
Que del eterno ante la faz doblaron,
O pronta muerte ó libertad juraron.

Todo el oriente se inflamó al momento
En el fuego sagrado
Que libertad enciende.

No lleva tan veloz el raudo viento
En los estivos meses
La llama abrasadora cuando prende
En los sacros despojos de las mieses.

Y la lid empezó. Pero, empezada,
No la veis acabar ¡Cuanto sepulcro
En Sarandí se ha abierto! Un solo instante
Vió las terribles haces opresoras
Ufanas, engreídas,
Y el mismo instante las miró perdidas.
Asi triunfaron los libres: el amago
No puede distinguirse del estrago.

¡Héroes! Si este renombre,
Siempre dado al guerrero
Pero quizá, no siempre verdadero,
Ha sido alguna vez digno del hombre,
Es hoy, cuando mi musa reverente,
De adulación agena,
Con él saluda, de entusiasmo llena,
A los ínclitos hijos del oriente.

Año de 1825.

TRIUNFO DE ITUZAINGÓ

CAMPAÑA DEL EJÉRCITO REPUBLICANO AL BRASIL

CANTO LÍRICO *

Las barreras del tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, oscuro
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo:
Partióse al fin el diamantino muro,
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días!

Mil siglos ya volaron
Ante los ojos míos: mil naciones

---

* «Poesias» de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 249.

DEDICATORIA—Al señor General del ejército republicano, Brigadier D. Carlos Alvear.

Exmo. señor: Tengo el honor de presentar á V. E. el adjunto canto lírico. El no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodríguez y Rojas, genios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, ó si pulsara López su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serían cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acojer mi *Canto lírico* como un tributo humilde de mi respeto á su persona y á su mérito.

B. L. M. de V. E.—Señor:

J. C. V.

Buenos Aires, Mayo 22 de 1827.

Con ellos perecieron,
Y otras generaciones
Y otros imperios á su vez nacieron;
Empero á la República Argentina
Salvarse miro de la gran ruina.
¡Presente allá en las pósteras edades,
Veo que no ha quedado ni memoria
De griegos y romanos: otra historia
De admiración embarga al universo:
Otros hechos sublimes, otros nombres
Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso,
Y en páginas eternas; y los hombres
Los pronuncian de asombro penetrados,
Con respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo!

No suenan las Termópilas; los llanos
De Maraton no suenan;
Platéa y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe,
Que otra gloria perínclita domina,
Y la atención del universo absorve.
Esos nombres ilustres se eclipsaron;
Los de Alvear y Brown los remplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos,
Enseñan á los reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.

Descended hacia mí Númen del canto,
Mientras el genio de la Historia corta
La pluma de oro que á la tierra deje,
Cual yo la miro en el momento, absorta.
Mientras jaspes, y mármoles, y bronces
El buril no penetra,
Y á los siglos de entonces
Grabada pasa indestructible letra;
O mientras en estátuas colosales
El mundo no conoce todavía
Esos republicanos inmortales,
Blason eterno de la patria mía:
Descended hácia mí, Númen del canto;
Y si un mortal feliz pudiese tanto,
Mi verso irá por cuanto Febo dora,
Del Austro á los Triones,
Y leido en las playas de Occidente,
Llevado por la Fama voladora,
Admirará después á las naciones
Que reciben la lumbre refulgente
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba al nuevo mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitara
A la Ambición sedienta,
Y á la Ambición sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchara,

Usurpadora al llamamiento acude.
La Venganza sus crímenes prepara,
La Discordia sus vívoras sacude,
Y atruenan sus rugidos el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
Las eternales puertas del infierno,
Con hórrido alarido al mundo espantan
Y al Brasil se lanzaron,
Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,
Que en el Brasil domina,
Tiende á los bellos campos del Oriente
Una mano alevosa y asesina;
Y con enojo horrible y bronco tono,
« No puede ser (clamó) que el argentino
Así se burle de la voz del trono,
Y tenga más poder que el del destino.
El mío es dominar un hemisferio,
Que tuvo la osadía
De aspirar á ser libre en algún día;
Ni basta á mi ambición mi solo imperio. »

Así dijo el tirano; pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caracteres ígneos su delito,
Con caracteres ígneos su escarmiento.
Escrito estaba, y de la voz divina,
El fallo irrevocable, el cumplimiento
Confióse á la República Argentina.

Ella llamó á sus hijos, y sus hijos
El flamígero acero descolgaron,
Esos mismos aceros que algún día
Las falanges ibéricas segaron,
Cuando otro rey imbécil nos quería
Arrebatar la independencia cara,
Y que el baldón de América durara.

Ya tremolante veo
Aquel mismo estandarte,
Que en otro tiempo vió Montevideo,
Cuando sañudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones.
Ya las voces escucho
De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los iberos
En Tucumán, en Maypo, en Ayacucho;
Guerreros argentinos, que llevaron
Triunfantes sus banderas,
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones,
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada

Miró argentinos, y quedó asombrada;
Y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra.
Justo rencor á la nación conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra,
¿Y quién es el valiente que se atreve
A conducir los bravos á la guerra?
¿Quién es el General que en sí confía?
¿Cuál es más fuerte, si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fía?
¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?
Alvear se mostró: toda la hueste
Con víctores festivos le aclamaba:
¡ Este es el vencedor, el genio es este !
Y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
Las naos brasileras
Oprimen formidables y altaneras.
En marcial fuego y belicoso brio
Arda la capital, los campos ardan:
¿Mas como irán á la oriental ribera
Los fuertes adalides, que ya tardan,
Y de cuyo ardimiento solo espera
La libertad el oprimido Oriente?
¡Tardar! No lo consiente
El marino impertérrito, terrible,
Que sintiéndose intrépido, invencible,
Se decide á forzar á la Victoria
A que empiece á tejerle la corona,

Con que muy pronto en Uruguay las sienes
Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil
Pero no débil desde que él se alzara;
        Y la espumante prora,
Que divide las ondas cristalinas,
Convierte al enemigo vencedora.
Le arroja de las aguas argentinas,
Y, en un combate y mil, al mundo enseña
Que el poder es ser bravo, y que Fortuna
Del sublime valor, que la desdeña,
No tiene en las hazañas parte alguna.
Mientrás que, vencedor por su destino,
Brown combatía la tremenda flota,
Quedaba libre el líquido camino,
        Y á la playa remota
        Volaban las legiones
Que al causador de tan inícua guerra
A mostrar iban ya nuestros pendones
Triunfantes en las aguas y en la tierra.

« ¡Salud, hijos de Oriente valerosos,
Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria!
        No basta una victoria
Pára hnmillar tiranos orgullosos:
        Ya la patria os saluda;
Sus hijos sois; y uniendo el occidente
Su esfuerzo á los esfuerzos del oriente,
Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.»

Así dijo Alvear, y en la ribera
Mandó plantar la bicolor bandera
De su nación preclara,
Insignia á la victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,
Oh Númenes del canto;
Pulsad mi lira con el plectro de oro,
O borrro el verso que no alcanza á tanto.
Oiga yo resonar.... Mas ¿qué interrumpe
El eco celestial de la armonía?
¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,
Y destruye su grata melodía?
¡Ay! que sonó la trompa,
La ronca trompa del feroz Mavorte,
Y en belicosa pompa
Se desprendió del campo la cohorte.
¡Oh madres argentinas! en el pecho
Estrechad, estrechad al tierno infante,
Que ya no tiene padre en adelante.
¡Esposas! empapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron,
Y la orfandad y la viudez amarga
La marcha del soldado precedieron,
Derramando tras sí miseria larga.
Pero no: presentad á vuestros hijos
El valor de sus padres por modelo,
Y dejad á las madres brasileras
Llanto sin fin, inacabable duelo;
Que sus hijos están en las hileras,

Al filo vengador de las espadas,
Y al altar de la muerte destinadas.

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos
Traspasaron el límite anchuroso,
Que divide la tierra de los libres
De la tierra infeliz de los esclavos.
Ahora es tiempo de que el rayo vibres
Con que nos amagabas jactancioso,
Cuando inmensas distancias separaban
Ejércitos y ejércitos, ni Marte
En tus campos plantaba su estandarte,
Ni nuestro sol tus águilas miraban.
¡Tirano del Brasil! ¿Adonde, adonde
Los ministros están de tu venganza?
¿O cual es el lugar en que se esconde,
Huyendo de la bárbara matanza,
Ese grupo venal, en cuya frente
Miró la marca del esclavo impresa,
Afrentando el valor del combatiente?
¡Déspota! Tú, que conservar pretendes
La posesión de una provincia ajena,
¿Tu mismo patrimonio no defiendes?
¿Y cual es el poder de que blasonas,
Si apenas nuestro intrépido soldado
El umbral del imperio ha traspasado,,
El suelo del imperio le abandonas?
¡Oh Dios! ¡Y un pueblo entero
Su honor, su suerte, su vivir te fía!
¿Quién lo defiende del furor guerrero?

¿Son las breñas de la alta serranía
La palestra en que esperan tus soldados
De glorioso laurel ser coronados?
Esas armas, que brillan en la cumbre
Del escarpado monte,
Como la luna con aciaga lumbre,
Cuando pálida sube al horizonte;
Esos brazos inertes,
Con oro vil comprados,
Y solo á la cadena acostumbrados,
¿Son los que han elegido
Para vencer los adalides fuertes,
Que larga y cruda guerra ha endurecido?

Si; que yo veo la caverna oscura
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos á buscarlos
Al mismo pié de la dolosa altura.
Así el astuto griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Solo esperó en la nécia confianza
Con que hasta el pié del pérfido caballo
El troyano imprudente correría,
Y, sin prever la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiría.
Pero así no será; porque el guerrero
En quien hoy la república confía
Si es que aprendió de Marte
Frío valor en el combate fiero,

No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevé, dirije, determina,
Y el arma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvëar, tu renombre aumenta
La lista de los grandes generales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y á quienes glorifica en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia!
Fatal y necesario... Derramado
        Por la extensión desierta,
Donde horroriza la natura muerte,
Nada es que el sol abrasador hostigue
        Al escuadrón valiente,
Y no haya fresca linfa que mitigue
La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:
        Su gloria es la fatiga,
Y la bóveda espléndida del cielo,
O de la húmeda noche el negro velo,
El solo techo que al guerrero abriga:
        Marchar en su descanso,
Y áridos arenales sus caminos;
Pero tienen valor, son argentinos.

Abreme tus volúmenes, historia,
        Y muéstrame aquel hombre,
Que fatigó á la tierra con su gloria,
Y fatiga tu pluma con su nombre.

Del Egipto en los vastos arenales
Le halla mi acalorada fantasía
Seguido de franceses inmortales;
Y se goza feliz la Musa mía
En ver que el mismo verso
Que esa campaña describir podría,
La de Alvear también describiría;
Y atónito observára el universo
Que del gran capitán el gran modelo
No en vano se ha grabado en la memoria,
Y que tenemos gloria
Parecida á la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable
Las huestes argentinas,
Y mostraron su frente deleitable
De Bayés las bellísimas colinas.
¡Brasileros! Mirad los que pregonan
Su renombre y sus triunfos hazañosos:
Mirad esos soldados que blasonan
De que armaron sus brazos poderosos
Por defenderos hoy, como abandonan
Al furor militar del extranjero
Vuestro honor, vuestra vida. Y, ¿qué sería
De vosotros, ó pueblos, este dia,
Si el argentino acero
Fuese instrumento vil en viles manos
De la ambición fatal de los tiranos?

¿Que haceis, que haceis, soldados,
Que ya no descendeis de la alta cumbre,

Y, por estas llanuras derramados,
Ostentais vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Bayés encierra
Abandonais así? ¿No sois testigos
De que recogen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y, á la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron,
En demanda de gloria y de laureles?
¡Que! ¿No hay audacia en el feroz germano,
Y audacia no hay en el sicambro fiero,
Para bajar al llano
Con ímpetu guerrero,
Y que triunfe el valor y no la suerte
En los campos horribles de la muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: asi, acosada
Del veloz cazador, tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura
Y aun su pavor conserva,
Ya del venablo y del lebrel segura.
Mirad, mirad la marcha triunfadora,
Con que avanza la hueste vencedora
Conquistando los pueblos del imperio.
Pero ¡que conquistar! despedazando
Los grillos de oprobioso cautiverio,
Y por todo su tránsito sembrando
La semilla del árbol, que algún dia

Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
Del frío Septenfrión al Mediodia,
El suelo que Colón ha descubierto.
Pero Alvear, siguiendo á la victoria,
Quiere que el lauro de la lid le brinde,
Y en vano, en vano, San Gabriel se rinde,
Que un pueblo sin defensa es poca gloria

Como cuando retiembla el pavimento
Del fuego subterráneo conmovido,
Y el rio, en encontrado movimiento,
O retorna al lugar donde ha nacido,
O en curso desusado
Baña los campos que no había bañado;
Así retiembla la campaña en torno
Bajo el pié del alípedo caballo,
Y así, en varias y opuestas direcciones,
Corren los formidables escuadrones
Y ya la falda de la sierra tocan
Que inexpugnable al enemigo abriga,
Y ya vuelven al llano y le provocan,
Sin perdonar trabajo ni fatiga.
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
Os cubrirán de gloria,
Y harán que se conserve entre las gentes
Con respeto y honor vuestra memoria,
Hoy se ven precisados
A simular pavor y retirarse,
Por probar si se atreven á lanzarse
De la sierra esos tímidos soldados:

Mas del castigo tiemblen espantoso,
Con que habrán de pagar en algún día
La torpe villanía
De obligar al ardid á un valeroso.
Asi dijo Alvear, y á las legiones
Que ansiaban el momento de venganza,
Ordenó que siguieran sus pendones
Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde
Ocultó en las montañas su pavura,
De tardío valor haciendo alarde,
Inunda con sus haces la llanura.
¡Infelices! Marchad; la muerte espera;
Para saciar su saña nunca es tarde,
Y ella os vá á sorprender en la carrera.

El sol sepulta en tanto
Su carro esplendoroso en occidente,
Y abandona el Olimpo refulgente
A la callada noche: el negro manto
Cubre la frente de la luna clara,
Y el trémulo brillar de los luceros,
El horror que en el campo se prepara,
Y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
Mil sombras pavorosas divagaban,
Cuyo lamento y míseros gemidos
Las huestes enemigas aquejaban,
Y, por lúgubres ecos repetidos,

Sangre, horrores y muerte presagiaban.
Pero al campo argentino
No así el pavor cubría
En tan terrible noche: de continuo
Alvear su recinto recorría,
Y ora dispone que escuadrón tremendo
Siga á Lavalle en su feroz avance,
Ora elige el lugar de donde lance
El tronador cañón su globo ardiendo.
Este es el sitio que el infante guarde,
Aquella el ala que primero parta,
Aquí la muerte una falange aguarde,
Allá la muerte otra legión reparta.
Diestro, sereno, activo, todo ordena
Para el trance cercano,
Y la enemiga fuerza de antemano
Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectación del dia
Hizo cesar el sol; y el brasilero,
Que en fuga vergonzosa nos creía,
Atónito, azorado,
Mira á su frente al enemigo fiero,
A espantable venganza preparado.
¡Oh día de prodigios y de horrores!
¡Día de luto, asolación y llanto!
No, no te puede celebrar mi canto;
Perdonadme, terribles vencedores
Que este asunto no es mío:
Toma tu trompa, ensalzadora Clio.

Antes que los mortales
La industria de matar adelantáran,
Y el rayo á las esferas celestiales
Atrevidos robáran,
Y en los hórridos bronces la encerráran,
Con no menos furor, con menos arte,
A los campos de Marte
Los feroces guerreros descendían
En silencio espantoso, y mas de cerca
Mas segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó silencio horrible
Reinaba en toda la extensión del campo,
Y con paso terrible,
Y con serena frente,
Se acercaba uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
De morir en la lid si no vencían,
Infundieron valor, dieron fiereza
A los mismos soldados,
Que en las breñas poco antes abrigados,
Parecían un grupo de indolentes,
Tímidos, pusilánimes, indignos,
De matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros teutones,
De agudas bayonetas erizadas,
Cercadas del cañón: sus batallones
Muros parecen que moviera el arte;
Inexpugnable muro; no hay guerrero

Tan formidable que contra él se estrelle,
Ni rayos suficientes á abrasarle,
Ni fogoso bridón que le atropelle,
Ni pujanza bastante á derribarle.
Solo el patrio soldado,
Que vencer ó morir había jurado,
La tremenda falange
Pudiera ver llegar, y no temblára;
Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
Desnudó con que pronto la segára.

Pero el bronce tronó; la muerte fiera
Subió en su carro á la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte,
Que ya el audaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y, al ímpetu feroz con que arremete,
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago á la distancia
No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea,
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mútuo furor se despedazan.
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces
Y el puñal fiero y el recorvo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,

Sirven mas al furor de la venganza,
Y el silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza,
Sin elección de muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningun bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre,
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas;
Brazo á brazo pelea el combatiente,
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
De Alvear los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena:
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
De en medio de la lid llamando á Brandzen,
« Allí (dijo) el combate es mas sangriento,
Y nuestra patria, amigo, este momento
Entre el honor y la ignominia lucha ».
No dijo mas: el héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso, de que así lo mande,

Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu desciende:
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado: tal un día
Allá á los campos de la antigua Troya
Héctor descendería,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalara,
Y Brandzen espiró... ¡Golpe terrible!...
¡Oh brasileras huestes! Mas valiera
Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahörá empezará. «¡Venganza!» grita
El intrépido Paz: «¡venganza!» clama,
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
Y «¡venganza!» Alvear también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente,
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasilero
Oponerse pretende al horroroso,

Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza,
Como torrente, el escuadrón furioso
Pcr sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja á su espalda el espantoso estrago,
Y en la sólida falange al fin se estrella.
La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prisión de fuego;
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
Y del fogoso bruto el ancho pecho
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete,
Así las olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Retroceden, y vuelven, y furiosas
Con repetido empuje la combaten,
Hasta que se desploma á lo mas hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador: en la matanza

También algunos libres perecieron;
Mas, cayendo opresores á millares,
Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.
La lid por todas partes entretanto
Es, como aquí, sangrienta,
Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañón: su fuego
La árida yerba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora inextinguible llama, (1)
Mientras el aire hienden
Globos ardiendo que también lo encienden.
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza;
Y el grito lamentable del herido,
La hórrida convulsión del que agoniza,
La sangre que en el campo corre hirviendo,
Los miembros de sus troncos separados,
Y á la llama de pábulo sirviendo
Muertos y moribundos hacinados;
Tal es el cuadro que la lid presenta.
¿Y ya no es tiempo, ¡oh Dios! de que se sienta
De la afligida humanidad el llanto?
Basta para triunfar. ¡Qué! ¿la victoria

(1) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio general del campo, en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto, demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos heridos perecieron abrasados, sin haber sido posible libertarlos de las llamas. (Nota del autor).

Vende tan caramente sus laureles?
¿Las palmas de la gloria valen tanto,
Que se compren con muertes tan crüeles?

¿Y, en medio del estrago,
Adonde está el guerrero,
Cuya presencia triunfa, cuyo amago
Pavor infunde al enemigo fiero,
Y cuyo brazo el genio de la guerra
Armara él mismo del fulmíneo acero,
Para que hiciera estremecer la tierra?
¿Lavalle dónde está? Cual raudo viento,
Que arrebata en furioso remolino
Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
Derribando no más, se abre camino;
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas voces arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y á los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y sobre escombros espumantes pasa;
Así Lavalle y su escuadrón valiente
Atropellan, derriban este día
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse insensatos á su frente.
Muy mas allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los acosan,
Los acaban en fin, y no reposan,
Y á la lid vuelven que pendiente se halla.
Llegaron, y al instante

Disipada la nube que ocultaba
La faz del sol, que su cenit tocaba,
Se mostró, mas que nunca, radïante.
De lo mas elevado
De los aires desciende de repente
Un trono refulgente,
De azul, y de oro, y resplandor cercado.
Armoniosos cantares
Mil coros celestiales repetían,
Y las sombras de Brandzen y Besáres
El pedestal del trono sostenían.
Belgrano estaba en él: su frente orlaba
El laurel de la gloria,
Y en su mano brillaba
Las espada que nos daba la victoria
Cuando Belgrano fué. « Basta de sangre
« (El héroe prorrumpió): que este es el día
« En que, en otro Febrero,
« Rendir vió Salta el pabellón ibero, (1)
» Y cubrirse de honor la patria mía.
« Este estrago terrible, este escarmiento
« Es sacrificio á mi memoria digno,
« Y digno de la patria el vencimiento.
« Argentinos, triunfad ». Dijo, y benigno
A la sien de Alvear en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba,
Y la visión despareció en el viento.

(1) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día del año 1813, el ejército patrio del Perú, al mando del general Belgrano obligó á rendirse en la ciudad de Salta, después de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, á todo el ejército español, con sus armas y bagajes, desde su general D. Pío Tristán hasta el último soldado. (Nota del autor).

En el medio del campo se entroniza
Entonces el terror; el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
A quien ganarle supo. El argentino
También vuelve y se asombra
De mirar á sus piés la horrible alfombra
Que le dejó la muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba;
Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre general! ¡Oh, si mi verso
Al del cisne de Mantúa se igualára!
¡Cómo entonces por todo el universo
Orgullosa mi musa te aclamára!
Y á la paz vuestro nombre ensalzaría,
Soler, Oribe, Paz, Olavarría,
Preclaros adalides,
Vencedores en estas y otras lides.
Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
Fuera por mi olvidado;
Tú al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos (1), que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
Educado se hubiesen,

(1) El regimiento de caballería de milicia, conocido generalmente por el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel D. José María Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla, como el mejor de los cuerpos veteranos. (Nota del autor).

Y á sus horrores avezados fuesen,
¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras
Que en el campo formais, son hoy la patria;
Solo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la victoria, ya de lejos
Os saluda la paz, y á los reflejos
De su lumbre divina,
Triunfante, y de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada
Ya brilla la República Argentina.

AL COMBATE NAVAL

DEL 11 DEL CORRIENTE, EN ELOGIO DEL SEÑOR GENERAL DON GUILLERMO BROWN, Y DE TODOS LOS VALIENTES DE SU MANDO.

ODA *

¿Era este el día atroz? De espanto llena
La población inmensa se agolpaba,
Hasta la suelta arena
Que el grande río con pavor bañaba.
El remoto horizonte iba cubriendo
Enmarañada selva
De enemigos bajeles;

* Mensajero Argentino.—Junio 1826.

Y la espumante proa altiva hendiendo
Las ondas cristalinas
Segura destrucción, estrago horrendo,
Amagaba á las naves argentinas.

Pero *Brown* está en ellas: «Pocos somos,
« Amigos, (exclamó); mas la bandera
« Que nunca al viento se tendió sin gloria,
« Hoy, como en otros días,
« La mano la clavó de la Victoria
« Aquí en el mástil de las naves mías ».

Dijo, y no hay tiempo á más: la turba inmensa
Estaba ya sobre él; y nuestra armada,
A la flota enemiga comparada,
Tal parecía cual en selva densa
Arbustos pequeñuelos
Al lado de los cedros que se elevan
A la bóveda excelsa de los cielos.

¿Mas BROWN cuando temió? Llegó el momento,
Y cada buque es un volcán; el fuego,
De aclamación y víctores seguido,
La muerte, el humo, circundólos luego;
Y, á la vista robados,
Solamente el horrísono estampido
Su existencia avisaba
Al pueblo, que, en silencio y confundido,
Tan espantosa escena presenciaba.

Disipóse por fin la nube umbría,
Y en medio el Sol de su eternal carrera,
Alumbró la ignominia brasilera,
Y el honor inmortal que á BROWN cubría.
¡Salud! ¡Salud!, valiente, cuyo ejemplo
Ha hecho que los valientes de tu mando,
Dignamente hasta el templo
De la inmortalidad vayan marchando!
¡Salud, otra y mil veces! y mi canto
Pueda al mundo llevar vuestra alabanza
Como vuestro valor lleva el espanto
Do quier que el Río de la Plata alcanza.

A LAS MUSAS *

Merced, ninfas sagradas,
Del Parnaso y del Pindo habitadoras,
Merced, Musas amadas,
Mis fieles bienhechoras,
Que en la desgracia no me sois traidoras.

No la faz importuna
De la desdicha os arredró, ni el vuelo
Seguis de la fortuna;
Y en extrajero suelo
Me dais, oh Musas, celestial consuelo.

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pg. 273.

Cuando el aura süave
De la prosperidad la vela inflaba
De mi pequeña nave,
Mientras el mar tragaba
Grandes bajeles en tormenta brava,

Del Pindo con las flores
Vosotras coronabais mi barquilla;
Y, con vuestros favores,
A mi Délia sencilla
Canté, y al fuego que en sus ojos brilla.

Canté la inmensa gloria
Que á mi patria perínclita cubría,
Cuando de la victoria
Los frutos recogía,
Y con lauro inmortal su sien ceñía.

Sus leyes protectoras,
Que, obedecidas con respeto santo,
En mas felices horas
Le dieron lustre tanto,
Fueron asunto digno de mi canto.

Asunto digno fueron
Las ciencias y las artes, que, á porfía,
La cuna ennoblecieron
De un pueblo que nacía
Entre el estruendo de la guerra impía.

Y la paz, don del cielo,
No ménos fué en mi verso celebrado,

Cuando del patrio suelo
Huyó precipitada
La guerra por las madres detestada.

Y tu lúgubre acento,
Oh Melpómene trágica, me diste,
Y tu puñal sangriento,
Y resonar oiste
El gran teatro con mi verso triste;

Que son las duras leyes
De la desdicha iguales: ella oprime
A los excelsos reyes,
Y el magnate sublime
También hundido en la miseria gime.

Si mi pueblo algún día
Me escuchó con aplauso no pequeño,
Y la envidia veía
El favor halagüeño
Sesgos los ojos, iracundo el ceño;

Si me cupo la gloria
De ensalzar á los patrios adalides
De perenne memoria
Que, rivales de Alcídes,
Contaron los trofeos por las lides;

Y del río Argentino
Las ninfas mis cantares repitieron
Con su labio divino,

Y á mis cantares dieron
Este premio que nunca merecieron;

Vosotras sois las diosas
A quienes solamente lo he debido,
Piéridas hermosas,
Y vuestro don han sido
Los días venturosos que he vivido.

Perdonadme, si ahora
Lo vengo á confesar, cuando ha sonado
La inesperada hora
Del enojo del hado,
Y en otro tiempo ingrato lo he callado.

Así audaz marinero
De los dioses se olvida en la bonanza;
En el peligro empero
Los llama sin tardanza,
Y solo pone en ellos su esperanza.

Vosotras sois la mía;
Amparadme en el tiempo que me queda,
Y la fortuna impía
Verá que, en calma leda,
Me duermo al son de su estruendosa rueda.

Hoy mismo, que, arrojado
Léjos del seno de la patria hermosa,
Sin crimen castigado,
Sin hijas, sin esposa,
Arrastro una existencia fatigosa.

Alzo la voz del canto,
Y siento en mi desgracia algún consuelo,
Y el entusiasmo santo
Con que pedir al cielo
Que vengue los ultrajes de mi suelo.

Cuando Dios irritado
Decretó castigar la patria mía,
Por crimen reservado
A su sabiduría,
Dióla ese monstruo que la aflige hoy día.

Con mano sanguinaria
Robó, y abusa del poder robado;
Y la turba nefária,
Por quien se ve ensalzado,
Se empuja de atentado en atentado.

Su audacia sin ejemplo
Echa por tierra con brutal violencia
De Libertad el templo,
Y alza con insolencia
Escandaloso altar á la Licencia.

El aleve asesino
Recibe de la sangre derramada
El precio en que convino;
Y acción tan execrada
Es largamente ¡Oh Dios! recompensada.

La virtud desfallece,
El crimen triunfa, la inocencia gime,

Y la ley enmudece,
Cuando, en su nombre, esgrime
La espada el monstruo que, en su nombre, oprime.

Do el orador famoso
Alzaba, en medio del senado augusto,
El eco victorioso,
Y con tono robusto
Enseñaba las reglas de lo justo,

Hoy palaciego astroso
Repite la lección que le ha dictado
El déspota furioso
Que lo tiene comprado,
Y sanciona delitos el malvado.

Pisó el feroz salvaje
Con planta inmunda la ciudad insigne;
Y del horrendo ultraje
No hay pecho que se indigne,
Y que á la humanidad no se resigne;

Que, proscriptos los bravos,
Oprimidos los buenos, y en cadenas
Los que no son esclavos,
En tan negras escenas
El llanto femenil se sufre apénas.

Basta, Musas, de llanto.
En mi patria infeliz también proscrita
Está la voz del canto,

Y vuestro culto irrita:
Huid, huid de la región maldita.

La Ignorancia y Torpeza,
Que vuestro templo nítido escalaron,
Con bárbara rudeza
Vuestras aras hollaron,
Y en lo alto del altar se colocaron.

Volved cuando, irritado,
Alze la diestra el vengador tonante,
Y, de sufrir cansado
La iniquidad triunfante,
Con su justicia al universo espante.

Empero ya me abrume
Del infortunio la insufrible carga,
Y el tiempo, que consume
Nuestra existencia amarga,
Me dé una vida miserable y larga;

Ya en un punto mis penas
Cesen, y viva venturoso luego;
Siempre, dulces Camenas,
Que conserveis os ruego
Estro en mi mente, y en mi pecho fuego.

DIDO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

1823

ACTORES

DIDO—Viuda de Siquéo, y Reina de Cartago.

ANA—Hermana de Dido.

ENEAS—Rey elegido por los troyanos que escaparon del incendio de su patria.

NESTEO }
SERGESTO } Dos de los jefes troyanos.

BARCENIA—Dama del palacio de Dido.

La escena es en Cartago, en un salón del palacio de la reina

DIDO *

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

ESCENA I.

NESTEO, SERGESTO

SERGESTO

Fuera mengua, en verdad, si hubiera Enéas
Formado tal designio; más, Nestéo,
¿No miras tus sospechas disiparse
Bien como el humo se disipa al viento?
El amor á la gloria y á la fama
Es superior á todo; y los inciensos
Que los héroes ofrecen, nunca suben
En honor de otro dios, ni en otro templo.
Dido es hermosa, es reina; nuestras naves
En paz amiga recibió en sus puertos;
Y desde aquella noche, en que, pendiente
De los labios de Enéas, el suceso
Oyó de Troya, y nuestros crudos males,

Al Sr. D. Bernardino Rivadavia ministro de gobierno y relaciones exteriores

Señor:

Es una época en que todo marcha en nuestro país rápidamente hacia la perfección, cada individuo particular se siente arrebatado del movimiento común, y sus ideas insensiblemente se elevan. Mi pobre musa también ha sido envuelta en esta revolución general; y olvidándose que, cuando más, solo puede serle permitido el tocar la lira, ha tenido la audacia de aspirar á mayor sublimidad, y se atreve á ofrecer á V. S., su primer ensayo en la tragedia.—He meditado tanto sobre este género de composiciones, y estoy tan penetrado de las dificultades que ellas presentan aún á los mejores poetas, que conozco que hay algo de temeridad en haber emprendido esta obra: pero dedicándola á V. S.

¿Quid Tentasse Nocebit?

La flecha del amor hirió su pecho.
Todo es verdad: pero jamás podría
Nuestro rey humillarse hasta el estremo
De olvidarse á si mismo, porque Dido
No se acuerda de sí. Nunca, Nestéo,
Me quise persuadir que el mismo Enéas
Manchase así la historia de sus hechos.
En fin, ya tú lo ves: nuestros bajeles
Las velas hoy ofrecerán al viento;
Y mañana la Aurora, al levantarse,
Nos verá en alta mar, lejos de un puerto
Do se respira un aire ponzoñoso
Destructor de la gloria, y en que el tiempo
En ócio muelle y femenil halago
Se pierde sin honor y sin provecho.
Enéas juntamente con nosotros
Se lanzará á la mar; él el primero
En paz serena afrontará el peligro,
Y á insultar á la muerte aprenderemos.

NESTÉO

Mi sospecha, Sergesto, si crecia,
Era porque crecia mi deseo
De abandonar cuanto antes unas playas
Que á los troyanos ha negado el cielo.
Los restos de Ilion son destinados
Para dar nueva forma al universo,
Y hacer que las edades venideras

La indulgencia con que V. S. ha mirado siempre mis composiciones en otro género, me ha inspirado esta confianza. Mi DIDO será feliz si, en algunos de los ratos que dejen á V. S. libres sus vastas atenciones, consigue excitarle este dulce placer que nace de saber sentir. Por lo demás, yo quisiera que mi temeridad sirviera de estímulo á algunos de nuestros jóvenes privilegiados por la naturaleza; y que ejercitarán sus talentos en el drama; que algún día una musa argentina llegue á merecer que se diga de ella ;

«*Sola Sophocléo tua carmina digna cothurno*».

Tengo el honor de ser con el más profundo respeto

Señor: Atento servidor.

JUAN CRUZ VARELA.

Repitan con asombro nuestros hechos.
¿Qué debía yo creer, cuando miraba
Pasarse tantos soles, y con ellos
Enéas entregarse á los placeres
Que, de la reina en el delirio ciego,
Le ofrece este palacio? Es necesario
De bronce duro amurallarse el pecho
Contra el halago de mujer que adora,
Contra la astucia del amor artero.
Enéas lo hizo ya: cuando la noche
Cielos y tierra con oscuro velo
Cubra, y entregue los mortales todos
Al letargo pacífico del sueño,
Entonces nuestras naves silenciosas
Al mar se confiarán: tal es al menos
La orden que Enéas á Cloanto diera
Cuando á su estancia lo llamó en secreto
Al rayar este dia, en que la gloria
A mostrársenos vuelve.—Yo Sergesto,
Reviví con la nueva; y de mi engaño
Yo solo sé con que placer he vuelto.
Otra vez en Enéas hallo al héroe
Que, de mi patria en el fatal incendio,
Me enseñó en una noche solamente
Como puede un mortal hacerse eterno.

SERGESTO

Siempre debiste hacer esa justicia
Al mérito de Enéas. Tantos hechos,
Tantas proezas, y un renombre claro
No se mancillan pronto, y mucho menos
Por el débil amor, cuyos placeres
Tan solo afectan mujeriles pechos.

NESTÉO

Cuando inundaron los troyanos campos
Las falanges inmensas de los griegos,
Tres lustros no contabas, y de entonces

Sonó en tu oído de la guerra el eco.
Diez años de un combate continuado
A la ruina de Troya precedieron,
Y, en tan largo periodo, el pecho tuyo
Solo en justa venganza estuvo hirviendo.
Gritos feroces, moribundos ayes,
Rios de sangre, asolación y muertos,
Tal era el cuadro de la patria nuestra
En tantos dias de furor inmenso;
Y tal escuela á conocer no enseña
El corazón del hombre. Yo, Sergesto,
Con pocos años más de los que cuentas,
Sé cuanto puede amor. Cuando los griegos
Vinieron sobre Troya, las troyanas
Solamente bastáran á vencerlos,
Si los griegos tuvieran corazones
Que no fueran de tigres ó de acero.
Cuando yo á Aquiles conocí, y á Ulises,
Y los dos hijos del soberbio Atréo,
Ya había conocido la violencia
Con que arde á veces del amor el fuego,
Y cuán dificil es ahogar su llama
A quien se goza con su mismo incendio.
Por esto, amigo, cuando ya seis lunas
Ha que pisamos de Cartago el suelo,
Sin que hasta hoy Enéas se acordase
De su honor y de Italia, en el silencio
Mi sospecha oculté: pero he temido
Que en el altar de amor quemára incienso,
Y que la gratitud de ser amado,
Amante lo tornára, posponiendo
Su antigua gloria, y la mayor que resta
Con llenar del destino los decretos.

SERGESTO

Pues de otro modo ha sido. El Sol ya brilla (1)

(1) Dice esto como en actitud de mirar afuera por alguna ventana del salon.

Sobre la cima de los altos cerros
Que á Cartago dominan: el instante
Es ya llegado en que cumplir debemos
Lo orden que, por medio de Cloánto,
Enéas nos ha dado. Con secreto.
De nuestra pronta fuga, y de la hora
En que es preciso concurrir al puerto,
Avisemos á todos los troyanos:
Y do el honor nos llama, allá volemos,
Y nunca Enéas sienta haber nombrado
Por uno de sus jefes á Sergesto.

NESTÉO

Vamos, amigo.—¡Malhadada reina! *(Aparte)*
¡Cuánto tu suerte y tu dolor lamento!

(Se van los dos)!

ESCENA II.

DIDO, ANA

DIDO

¡Ay, Ana! Tú lo sabes: la primera
Te abrí mi corazón; y mi secreto,
Hasta que el fondo te mostré del alma,
Tus ojos penetrantes no leyeron.
Mi ardor no es obra tuya: yo no imputo
Ni imputaré jamás á tus consejos
El repentino estrago de esta llama
Que ya en pavezas convirtió mi pecho.
Frenética era ya, cuando tu lengua
Aun no aprobara mi furor inmenso,
Ni tu cariño á la infelice Dido
Te hiciera toralebles sus excesos.
Esta insana pasión me llena toda,
Y todo abrasa cuanto en torno veo.

¡Será que tal volcán, Ana querida,
En mi daño los Dioses encendieron?
Perdona á mi dolor: deja que llore,
Y derrame mis ansias en tu seno...
Yo no sé, yo no sé que abismos hondos
Cavarse bajo de mi planta siento.

(Se inclina unos instantes en el seno de su hermana).

ANA

¿De cuándo acá, mi Dido, ese lenguaje
De desesperación? ¿esos afectos
De una inquietud ansiosa y afligente,
Contrarios hoy á los de ayer serenos?
Troya y Enéas en igual renombre
Sonaban en Cartago, y el incendio
De la ciudad más populosa de Asia
Ya llenaba de asombro el universo.
Tú admirabas al héroe que, entre llamas,
Penates, padre, esposa, el hijo á un tiempo
Supo salvar con valerosa mano,
Sin que de Atridas los soldados fieros,
Ni los horrores de la noche infanda
Pudieran contrastar su noble esfuerzo.
Tú lo admirabas; y en las nuevas salas
Sirven de adorno á tu palacio régio
Los animados lienzos, do trazaron
Tantas hazañas los pinceles diestros.
En ellos ¡Cuántas veces hemos visto
Entre escombros, y ruina, y humo, y fuego,
Vibrar de Enéas la tremenda espada,
Y circundar mil muertos á los griegos!
Allí se mira entre falange espesa
Las puntas despreciar de cien aceros,
Solo animar desperanzada hueste,
Solo triunfar del bárbaro Androgéo
Y vengar solo los airados manes
De los fuertes de Illion, que perecieron

En el largo periodo de diez años
Contra toda la Grecia combatiendo.
¡Dido! tú lo mirabas; y el destino
Todavía ocultaba entre sus velos
Del grande Enéas la futura suerte,
Y tu suerte también; ni al pensamiento
Pudo venir jamás que nuestras playas
Vieran de Troya los preciosos restos.
Ellos se fiaron á merced del ponto;
Y al ponto amotinaron tantos vientos
Cuantos de Juno á la inmortal venganza
Y al eterno rencor obedecieron.
Otro dios los salvó: las rotas naves
Arribaron por fin á nuestros puertos,
Y Eneas á tus ojos se presenta
Muy mayor que su fama. Cuando el cielo
Se ocupa de un mortal, y lo reserva
Para obrar sus prodigios ¿qué recelo
Puede inspirarte la pasión mas digna
Que abrigara jamás humano pecho?
¿Temes amar lo que los dioses aman?
¿O son que Dido las deidades menos?

DIDO

¡Ay hermana! perdona... no es mi llama,
Es mi destino cruel al que yo temo.
Yo le ví, tú le viste; y era Eneas,
Mas que un mortal, un Dios; hijo de Vénus,
Amable, tierno, cual su tierna madre,
Grande su nombre como el universo;
Me miró, me incendió; y el labio suyo,
Trémulo hablando del infausto fuego
Que devoró su patria, mas volcanes
Prendió con sus palabras aquí dentro,
Que en el silencio de traidora noche
Allá en su Troya los rencores griegos.
Amor y elevación eran sus ojos,
Elevación y amor era su acento;
Y, al mirar, y al hablarme, yo bebía,

Sedienta de agradarle, este veneno
En que ya está mi sangre convertida,
Y hará mi gloria ó mi infortunio eternos.
Al principio dudé si el pecho mío
Sería digno de su heroico pecho.
No he fijado, aunque reina, las miradas
De los moderadores de los cielos;
No soy mas que mortal; y yo creía
Ver brillar en Enéas un reflejo
De aquella lumbre celestial, que pasa
Del rostro de los dioses al de aquellos
Que su amor soberano arrebataron,
O de tan alto origen descendieron.
Mi temor era justo; pero pronto
No pudo más el alma obedecerlo,
Y cedió á su pasión: los ojos míos
Declararon por fin al extranjero
El ardor que en mis venas discurría,
Penetrando sútil hasta los huesos.
Su corazón, hermana, solo es duro
En frente de la muerte, cuando lleno
De coraje sañudo en los combates,
La venganza y furor hinchan su pecho:
Pero al lado de Dido, si es que pudo
Resistir al amor, no quiso al menos
Negar el paso á los ardores míos,
Y los dejó llegar hasta su seno.

Mil de veces pedíle en ruego blando
Que me quisiera referir de nuevo
Los hados de su patria, y mil de veces
Los escuché con rodoblado anhelo.
¡Astucias de mi amor! Mientras su labio
Pendiente me tenía, yo en los besos
Me gozaba de Ascánio, y en el hijo
Encontraba á su padre mi deseo.
Todo fué Enéas para mí de entonces;
Enéas, eran mis dichosos sueños,
Enéas, era mi vigilia ansiosa,

Y mi palacio, de su nombre lleno,
Y Cartago también, de mis furores
Testigo todos con asombro fueron.
Esta ciudad reciente, cuyos muros
Emprendí con afán, de su cimiento
No los ve ya subir; los torreones
Que elevar á las nubes se debieron,
Para defensa de Cartago un día,
Apenas se alzan del nivel del suelo;
E, interrumpidas ya las obras todas,
Mi sola ocupación es mi amor ciego.
Pero ayer... ¡ay hermana!... los destinos,
Los destinos de Dido la perdieron;
No nací para tanto... ¡Nunca, nunca,
Llegarán sus bajeles á mis puertos;
Y nunca, nunca tu infeliz hermana
Sufriera tan atroz remordimiento!
¡Ay, Ana! ¿Ya lo sabes? ¿Qué querías
De una flaca mujer, contra el incendio
Que, entre la sombra de callada selva,
La abrasaba en presencia de su objeto?
¡Día de perdición! ayer luciste.
¡Silencio de los bosques! ¡Oh silencio
Peligroso al pudor! Deja que oculte
Mi vergüenza, Ana mía, y mi secreto.

(En ademán de irse).

ANA *(Deteniéndola).*

¿Y así rehusas nuevamente abrirte
A la que sola te dará consuelos?
Ignoro tu pesar: pero ¿en que parte
Vas á encontrar alivio á tu tormento,
Si en mi seno amoroso y compasivo
No quieres descargar su enorme peso?
Cuanto mas delicada, es mas expuesta
Una intensa pasión á contratiempos,
Y cuanto mas incendio, mas temores

Tal vez circundan los amantes pechos.
Háblame, Dido; que quizá tu llanto
Discurre en vano por tu rostro bello;
Y quizá en vano se atormenta un alma
Que debiera nadar entre contentos.
Las veces de razón, querida hermana,
La amistad hace en los amantes ciegos,
Y la mía merece lo que anhela,
Porque no anhela más que tu sosiego.

DIDO

Ver no quiero, Ana mía, convertidos
Tu amistad y cariño en menosprecio.
Si desato mi lengua, y en su claro
Te pongo el corazón, todo tu afecto
Se cambia en odio á la infelice Dido,
Y todo, todo, hasta mi hermana pierdo.
Ya se vengaron los airados Dioses,
Y ya el castigo de mi culpa siento:
No aumentes mi dolor con la vergüenza
De confesar yo misma mis excesos.
No me creí culpable; pero anoche
Crimen y pena me ha mostrado un sueño,
Y estoy abandonada á la venganza,
A la justa venganza de los cielos.
No me aborrezcas, Ana, en mi desdicha,
Que bastante yo misma me aborrezco.

ANA

¡Ingrata! ¡ingrata! ¿Alguna vez por suerte
Te faltó mi amistad? ¿ó en largo tiempo
El dolor te amargó, sin que mi mano
Derramara dulzuras en tu seno?
¡Aborrecerte yo! ¿Pudiste, Dido,
Así ofenderme, cuando no te ofendo?
¿Este retorno á las finezas mías
Debiste prepararme, ó yo temerlo?
Si Enéas y su amor te ocupan toda,

Y si él solo te basta, por lo menos,
La amistad de tu hermana merecía
Un galardón mejor que tu desprecio.

DIDO

No insultes mi dolor, ni mas agravies
Un tierno corazón, en que reservo
La sola parte que á mi hermana toca
Sin entregarla al que prendió este fuego.

ANA

¿Y en qué te obstinas, ó por qué no admites
La sola mano que te dá el remedio?

DIDO

No hay remedio, querida; si mi labio
El misterio revela, no por eso
Esperes aliviar las ansias mías.

ANA

Te ayudaré á sentir, si mas no puedo,
Y ¡qué dulce es llorar, cuando se mezclan
Lágrimas de amistad al llanto nuestro!

DIDO

¿Lo quieres? Está bien. ¡Así quisiera
Mis ansiedades aquietar el cielo!
Oye la causa de mi mal, y mira
Si te sabré querer, cuando me atrevo
A descubrirte la vergüenza mía.
¡Oh! ¡si como es oculta al universo,
Así lo fuese á las Deidades todas
Cuya venganza desde anoche temo,
Y que en sueño espantoso me mostraron
Que fuí culpable, sin pensar en serlo!
Sal; ve si alguno el importuno paso
Hacia esta estancia mueve, y al momento

Hazlo retroceder, no siendo Enéas.
El solo escuchar puede los tormentos
Que desde anoche el corazón desgarran;
Él solo puede, pues por él padezco.

(Ana se va).

ESCENA III

DIDO *(sola)*

DIDO

¿Qué la voy á decir? ¿Por do mi lengua
Primero empezará? Sino refiero
El crimen que me abruma, ni la causa
De mis terrores referirla puedo.
¡Crimen! Enéas es esposo mío:
Si decirlo á la faz del orbe entero
De mi estrella el rigor no me permite,
Testigo ha sido de mi unión el cielo.
En el fuego del rayo que cruzaba
Prendió su antorcha el plácido Himenéo;
Fué nuestro altar un álamo del bosque,
Y la selva frondosa nuestro templo.
¡Crimen! Mi corazón exento y libre
Quedó desde la muerte de Siquéo;
Y si no quise darlo al duro Yarbas,
Al blando Enéas entregarlo puedo...
Mas, Dido, tu deliras... te fascinan
Tu pasión miserable y tu deseo.
Si la culpa no es tuya ¿cómo anoche
¡Criminal! ¡criminal! te dijo el cielo?
¿Y cómo tu razón, cuando volviste
Del horrífico espanto de aquel sueño,
Te empezó á condenar, y te condena
Siempre que á la razón das un momento?
¡Dioses, que el fondo de mi pecho visteis,

Y las ansías mirais en que peléo!
¿Sois Dioses sin piedad?...¿y abandonada
Podré verme de Enéas?...¿será cierto
Lo que entre sombras ví? Vuelve, querida;
¡Ay, Ana! vuelve, y me darás consuelo.

Dice esto como llamando á su hermana; y en acabando de hablar quedará la escena en silencio por un breve rato, pasado el cual Ana se presentará en ella.

ESCENA IV

DIDO, ANA

ANA

Nadie se acerca, hermana: del palacio
Dicen que Enéas se ausentó, al momento
Que el primer rayo precursor del dia
Con oro el horizonte fué vistiendo.
Cloánto iba con él, y á poco rato
Nestéo, añaden, que salió, y Sergesto.

Mientras Ana está refiriendo esto, Dido mostrará su sorpresa y su inquietud.

Es rara esta conducta, yo á Barcénia
Encargué que indagára con secreto
El motivo que pueda ocasionarla,
Y que á informarnos regresará luego.
Mas no vendrá tan pronto que no puedas...
Pero, Dido ¡que estraño abatimiento!
Héme á tu lado nuevamente, amiga;
Deposita tus penas en mi pecho;
Que, si acaso aliviarte no me es dado,
Sabré contigo perecer al menos.

DIDO

¡Crüel! ¡Crüel! ¿Qué nueva me has traido?
¡Qué puñal, sin saberlo, hasta mi seno!...
¿Lo ves? ¿lo ves?...ya se cumplió...No había

La luz del sol esclarecido el cielo.
Cuando Enéas... ¡oh Dios! ¿Y dónde ha ido?
¿A qué fin á la aurora, y en silencio,
Del palacio salir? ¡Qué nuevos pasos!
¡Que no debo temer de este misterio!
¿Ves como era verdad; verdad terrible,
La que anunciaba mi horroroso sueño?

ANA

Depon, querida, turbación tan grande.
¿Qué sueño es ese, que á tan duro estremo
De dolor te arrebata? Ya no es justo
Atormentarme mas con tu silencio.

DIDO

Pues oye, y tiembla, como yo he temblado,
Y vé si encuentras á mi mal remedio.
Desde que Enéas arribó á mis playas
No tuve mas afan que complacerlo,
Estudiar sus miradas, sus acciones,
Anticiparme á todos sus deseos,
Idolatrarlo, en fin. Diestro en la flecha,
Era la caza su mayor recreo;
Y tú me has visto las mañanas todas
Acompañarle por el bosque espeso,
Por la llanura de los verdes valles,
Y por la cumbre de los altos cerros.
Ayer sereno, como nunca, el dia
En oriente lució: los compañeros
De Enéas, los magnates de mi corte,
Y Ascánio mismo, con nosotros fueron.
Mas, no bien se esparciera por los campos
El venatorio bando, cuando el trueno
Empezó á retumbar y en negra nube
Cubrirse el sol, y encapotarse el cielo.
Ardiendo el rayo sin cesar cruzaba,
Y el aire todo convertido en fuego,
El miedo santo á las eternas causas,

El pavor inspiraba, y el respeto.
Toda la comitiva disipóse;
Y en las cabañas ó en los hondos senos
De las cavernas dó las fieras moran
Buscaron un asilo los dispersos.
A Enéas y á tu hermana un bosque amigo
Amparo les prestó y en su silencio
Solo la voz de amor fué triunfadora,
Y empezó á resonar dentro del pecho.
Ana, si Dido fué culpable, ha sido
Cómplice de su culpa el mismo cielo.
El suspendió sus rayos y sus iras
En el momento que en el bosque espeso
Penetró nuestra planta; cual si fuera
La tormenta terrible, de himeneo
La precursora pompa. Aquel instante
Estalló mi volcán, y...¿que te puedo
Decir yo con mi voz, que no te diga
Mejor que con mi voz con mi silencio?

Dirá esto cubriéndose el rostro, como avergonzada.

ANA

Prosigue, Dido: de tu blanda hermana
No esperes otra cosa que consuelos.

DIDO

Tal es mi culpa, si llamarse culpa
Puede el amor, y la pasión que debo
A un héroe que ya miro como esposo,
Y que sin duda lo es...pero yo tiemblo
Al recordar la noche que ha seguido
A un dia que empezó tan placentero.
Llegó la hora en que recibe á todos
En paz amiga el regalado sueño,
Y en que los miembros fatigados hallan
El plácido descanso en blando lecho.
No bien entré en el mío, y mis sentidos

Ocupaba el sopor, cuando del templo
Donde reposan en la yerta tumba
Las frígidas cenizas de Siquéo,
De repente las bóvedas temblaron;
Y, arrojando con furia el pavimento
Las lozas sepulcrales, fué mi esposo
Entre los descarnados esqueletos
El que primero conmoverse miro,
Y acercarse hácia mí con paso lento.
Su mirar era horrible, y en mi oído,
Sonó ronca su voz, cual suena el trueno,
Cuando, de monte en monte retumbando,
Lejos se escucha resonar el éco.
«¡Perjura!» (dijo), y al decirlo airado,
Me arrancó con violencia de mi lecho;
Y, llevándome al borde de su tumba,
« Este es (añade) tu debido premio.
« Has roto el juramento sacrosanto
« Que pronunciaste al espirar Siquéo,
« Y que oyeron los dioses infernales,
« Que presiden la muerte y el silencio:
« Ven á sufrir tormentos espantosos
« En la mansión callada de los muertos. »
Sus palabras horrísonas entonces
Los cadáveres todos repitieron,
Y ya lanzaban en la horrenda huesa
A tu hermana infeliz, cuando su acento
«¡Enéas! (exclamó), ven á librarme
« De los horrores que por ti padezco. »
A mi voz los espectros, silenciosos,
El mar me señalaron, y cubierto
De bajeles el mar, el mismo Enéas
Iba huyendo de Dido en uno de ellos.
Entonces desperté y, abandonada
Al furor de las sombras, aquel sueño
Hubiera puesto término á mi vida,
Si en fuerza del pavor no me despierto.
Un sudor frío, anunciador de muerte,
Bañaba todos mis cansados miembros,

Y la imaginación me presentaba
En cada nuevo instante horrores nuevos.
Al fin brilló la luz, que nunca, nunca
Ha tardado como hoy á mi deseo.
Ana, ya tú lo viste: el alba apenas
Apagaba su lumbre á los luceros,
Cuando volé á tu estancia; de la mía,
Y de mi lecho, y de mi misma huyendo;
Ya sabes mi delito y mis temores:
Si el primero no es tal ¡pluguiera al cielo
Que éstos no fuesen mas que sombra vana,
Y que volasen cual voló mi sueño!

ANA

¿Y asi, Dido, te entregas al prestigio
De una ilusión soñada? ¡Qué! ¿Los celos
Es tan fuerte pasión que sus furores
Lleve hasta las mansiones de los muertos?
A los que yacen en la tumba ¿piensas
Que ni tú, ni tu amor...

DIDO

Si; ya lo veo:
Mas, si nada hay común entre el que goza
La luz del dia, y el que fué; á lo menos
Es muy posible que un amante ingrato
A quien vive por él deje muriendo.

ANA

Mas ¿qué razón á tus temores hallas?
¿Qué mudanza ves tú que yo no veo?

DIDO

Esta es la hora, y este mismo el sitio
A que todos los dias el primero
Concurre Enéas, y de aqui á la caza

Conmigo sale. ¿Dónde está? Yo temo
Que la primera vez que falta Enéas
No sé que me prepara de funesto.

ANA

Tal vez no tardará: pero siquiera,
En tanto que el motivo no sabemos,
No anticipes tu mal. ¿A quién, hermana,
Para ser infeliz le falta tiempo?
Tú verás como Enéas...mas Barcénia
Hácia aquí viene ya: todo el misterio
De su labio sabrás; verás cual vuelves
A tu tranquilidad y tu sosiego.

ESCENA V

DIDO, ANA, BARCENIA

DIDO

¿Qué me dices, Barcénia?—¿Son fundados,
O no debo dar crédito á mis sueños?

BARCÉNIA

No os comprendo, señora; ni tampoco
De comprender acabo lo que vengo
De escuchar y de ver: de nuestras playas
Hoy los troyanos se despiden creo.
Unos á otros en secreto se hablan,
En confuso tropel bajan al puerto,
Y Enéas y Cloánto, y otros jefes,
Parecen ordenar un movimiento
Que debe hacer la armada. En tal conducta
Hay algo ciertamente de misterio:
Los tírios y troyanos ya no forman,
Como hasta el día de hoy, un solo pueblo;
Desconfían, se evitan, y parece

Mostrarse mútuamente algún recelo.
Se habla de un modo vario de la causa
Que ha producido tan extraño efecto:
Todos se encuentran, se preguntan todos,
Y nadie sabe responder lo cierto;
Pero yo temo que tal vez mañana...

DIDO

Prorrumpirá con ímpetu, y su agitación irá creciendo por grados hasta finalizar el acto.

Basta, Barcénia.—¿Y es posible, cielos,
Que así se burle, sin hallar castigo,
De una reina infeliz un extranjero?
¿Qué más he de saber?—¡Hermana! ¡amiga!
Vé, dí á ese monstruo que deseo verlo,
Verlo la última vez: tú sola puedes
Librarme en tantas ansias: el perverso
A tí sola se abría, y te confiaba
Su doble corazón y sus secretos.
Ana, él te amaba, y á tu hermana triste
Mostraba solo su mentido fuego.

ANA

No más insultes mi amistad, querida;
Que ya bastante en tu dolor padezco.
Buscaré á tu enemigo; mal he dicho:
No lo será tal vez... en fin, yo vuelo
A encontrarme con él: es imposible
Que quepa tal perfidia en tales pechos.

DIDO

Vé, vuela, llama al cruel: dile que Dido
Arde más en su amor cada momento;
Dile que se consumen mis entrañas
En destructor inapagable incendio,
Y que todo mi ser... no digas nada...
Deja que me abandone.—Yo ¿qué pierdo

Si he perdido mi paz, mi dulce calma,
Y quizá mi virtud, por un perverso?
La muerte nada más... tal vez la hora
Es esta ya, en que, tranquilo y quieto,
Se lanzará á la mar, y de mi pena
Se burlará con otros, convirtiendo
Hácia Cartago la insultante vista
Y gozando en mi mal... ¿Ves como el tiempo,
Ana mía se vá?—Vuela, querida;
Pide, ruega, importuna: yo no creo
Que tanto mienta el exterior de un hombre...
¡Tórnelo yo á mirar, y parta luego!
Pero no huya de mí sin que mi lengua
¡Ingrato! ¡Ingrato! la repita al menos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ENÉAS—NESTÉO

ENÉAS

Era mejor que el corazón, amigo,
Hecho de bronce ó de diamante fuera,
Y que nunca jamás, en él tuviesen
Algún poder las impresiones tiernas.
Mi trabajada vida ningún paso
Me ofreció tan difícil; y más cuesta
En la lucha de afectos encontrados
Hacer que al corazón la gloria venza,
Que insultar los peligros y la muerte
En el ardor feroz de la pelea,
Y arrollar con denuedo imperturbable
En negra noche las falanges griegas.

¿Quién creería que un pecho acostumbrado
Á los horrores de la cruda guerra,
Fuese pecho amador, blando, sensible,
Que á los encantos del amor cediera?
Ello es así.—De mi valor, Nestéo,
El esfuerzo mayor es esta ausencia.
Dido se quejará de su destino,
Pero nunca de mí. Por donde quiera
Lléveme el hado; mas la imágen suya
Estará siempre en mi memoria impresa;
Que el amor no degrada, y nunca puede
Ser generoso quien ingrato sea.

NESTÉO

La pasión de la reina es acreedora
A una pasión igual, y si no fueran
Las órdenes del cielo...

ENÉAS

No, Nesteo;
Es grande mi pasión, mas no me ciega;
Y yo estoy bien seguro de mi triunfo,
Pues mi primer deber lucha con ella.
La victoria es costosa, pero al cabo
Siempre fué necesaria: estas riberas
No son en las que un día los troyanos
Hallar su patria y su fortuna esperan.
Las reliquias de Troya, reservadas
Para formar una nación soberbia,
Deben solo fijarse en las regiones
Do el Tiber corre, y el latino reina.
El oráculo santo lo ha ordenado;
Y á nosotros, amigo, solo resta
Obedecer al cielo, y engreírnos
De ser los instrumentos que quisieran
Los dioses elegir, para que un día
Su voluntad suprema se cumpliera.
Mas, aunque las deidades sus designios

Hubieran ocultado, nunca Enéas
Pudiera permitir que tantos héroes
Como han sobrevivido á la funesta
Destrucción de su patria, peregrinos
En la extensión de la anchurosa tierra,
Mendigasen asilos extranjeros,
Y esclavos fuesen de una ley agena.
Atravesando mares, é insultando
La muerte, la desgracia, y la miseria,
Debiéramos buscar de cualquier modo
Entre nuevos peligros, glorias nuevas.
La historia de los héroes pocos días
Debe marcar oscuros, y la nuestra
Ha de servir de ejemplo á las edades
Por más que cueste al corazón violencia.

NESTÉO

Tal es mi parecer; y el labio mío
Jamás desmiente mi interior. Quisiera
Que, mudos los oráculos, dejaran
Á nuestra sola decisión la empresa
De conquistar la fama; y que la gloria
De un inmortal renombre la debieran
A sí mismos, no al cielo, los troyanos.
Mas, por mucho que el alma se poséa
De esta noble ambición, no puede menos
Que lamentar la suerte de una reina...

ENÉAS

Es justo, amigo: como tú lamento
Su desventura yo: ¿ni quien pudiera
Con más razón dolerse de sus males,
Que el mismo que los causa? la denuncia
De la pasión de Dido, sus transportes,
El fuego abrasador en que se incendia,
Estériles no han sido, y á mi pecho
Harto cuesta el sentirlos.—Era fuerza
Esperar en Cartago á que volviese

La estación mansa de la primavera,
Para lanzar á un mar desconocido
Nuestras pequeñas naves; y la reina
En todo este periodo ha fomentado
La infundada esperanza de que Enéas,
Prestándose por fin á un himeneo,
No saldría ya más de estas riberas.
Su amor pasó á mi pecho, pero nunca
Su ceguedad pasó; ni de mi lengua
El dictado de esposa escuchar pudo,
Por más que quiso que su esposo fuera.
Si yo no me debiese á los destinos,
Solo á Dido, Nestéo, me debiera;
Porque al cabo la amé; ni vendrá día
En que de haberla amado me arrepienta.

NESTÉO

¡Difícil posición! Y ¡cómo á veces
Los cuidados que el cielo nos dispensa,
Y el interés que en nuestra dicha toma
Suspiros mil al corazón le cuestan!
Mas por esto, señor, mejor sería,
Pues no hay otro remedio, que la ausencia
Fuese como la fuga, sin mostraros
Otra vez á la vista de la reina.
¿A qué fin exponeros á reproches
Que ciertamente la razón condena,
Pero que el corazón, por más que luche,
Encuentra justos, y en silencio aprueba?
Bien veis que á Dido ni el amor de gloria
Ni el destino arrebata: amante y ciega
Ni escucha más razón que su cariño,
Ni siente más que su pasión intensa.
O ¿quereis que, abatida, desolada,
Desperada después, vuestra presencia
Encone más la herida de su pecho,
Y se deje llevar... ¡Señor! es fuerza
Que huyamos de una vez: en su delirio

Una mujer amante todo atenta,
Y quien sabe si Dido... más, vos mismo,
Al rayar este día, con la idea
Estabais de partir sin ser notado.
¿Qué causa puede haber que así convierta...

ENÉAS

Es verdad, lo pensé; mas yo creía
Ocultar nuestra fuga de la reina,
Y que su desengaño le viniese
Cuando, lejos del puerto nuestras velas,
Ni yo viera su llanto, ni ella misma
Que yo insultaba su dolor creyera.
Se frustró mi designio, el movimiento
En que están los troyanos, la presteza
Con que acuden al puerto, mi salida
Temprano del palacio, y la sorpresa
Que ha causado á la reina el que este día
Faltase yo del sitio en que me espera
Para ir á la caza, han excitado
Su amarga duda, y su cruel sospecha.
Yo lo temí cuando en la playa misma
En medio del concurso ví á Barcenia,
Y la curiosidad que la agitaba;
Y sin embargo resistí esta prueba.
Mas la hermana de Dido de repente
Ansiosa entre el tumulto se me acerca,
Me aparta de Cloánto, de su hermana
Me pinta la aflicción... llora, me ruega,
Y yo entonces prometo... ¿Quién resiste
Consolar á su amante, cuando ella
No exije más consuelos que la vista
Del causador de sus amargas penas?
Le prometí volver; he vuelto, amigo,
Y ¡ojalá que mi pecho no sintiera
Lo terrible del lance! mas, al menos,
Yo puedo resistir...

NESTÉO

Podeis; pero ella
Ni sabrá, ni podrá: no son consuelos,
Son causas de furor las que la reina
En su delirio busca; la esperanza
Aun quizá la promete... ¿Quién consuela
A una mujer frenética? Es preciso
Que vuestra pronta fuga la convenza
Que ya no hay esperar: entonces puede
Que, por creeros ingrato...

ENÉAS

¿Y yo debiera
Darla motivo para que algún día
Me impute con razón nota tan fea,
Y recuerde mi nombre como el nombre
De un insensible, que el dolor desprecia?
No, Nestéo; he de verla: estoy seguro
De no olvidarme de quien soy: la reina
Sabrá que, si la dejo, en ningún tiempo
La dejaría, si no fuese Enéas.
Pronto debe venir hasta este sitio:
Retírate, Nesteo: en la ribera
Que todo se prepare, y vuelve al punto
En que deba mi nave dar la vela.

(Se va).

ESCENA II

DIDO — ENÉAS

Al empezar esta escena habrá algunos momentos de silencio, en los que Dido mirará á Eneas con cierto aire de indignación; y éste manifestará lo indeciso y difícil de su posición actual. Al cabo Dido prorrumpirá exaltado; y en toda la escena ambos actores variarán de voz, de expresión y de afecto, según lo que expresen los versos.

DIDO

¿Pudiste, pérfido, esperar; creíste
Que el disimulo tu maldad cubriera?

¿Y así, callado, entre ignominia y llanto
Dejarme abandonada?—¿Menosprecias
El hospedaje que te dí oficiosa,
Y que pude no darte? ¿la obsecuencia,
La amistad de los tírios? más que todo,
¿La pasión impetuosa de una reina?
¡Perjuro! ¿sabes lo que á mí me debes?
¿O el burlarte en mi mal crees que á tu nombre
Puede añadir honor?—¡Qué es esto, Enéas!
Mi amor, la mano que te dí de esposa,
Este fuego voraz, que por mis venas
Circula y cunde, y me consume toda,
Sin dejarme sentir más existencia
Que la que siento para amarte ¿nada,
Nada es bastante para hacer que vuelvas
A contemplar á Dido, y los horrores
En que la dejas para siempre envuelta?
Bien lo predijo mi espantoso sueño...
La tumba, nada más, la tumba yerta,
La venganza terrible de los manes,
Ese es el premio que mi amor espera.
Anoche yo te ví, te ví, perjuro,
Abandonar á Dido; y Dido, en presa
A los espectros, y á la horrenda muerte,
Conoció tarde lo que amarte cuesta.
Yo te llamaba, y te llamaba en vano,
Héme ya junto á tí: puedes siquiera
Librarme de tí mismo, de los males
Que, aun en idea, sin piedad me aterran.
¡Ingrato! ¡ingrato! tan siquiera aguarda
A que, más decidida, te prometa
Un viaje fácil la estación propicia.
Un día, nada más, un día espera.
Yo no pretendo que en Cartago siempre
Vivas, y reines, y á mi lado mueras:
¡Oh! ¡si pudiera ser! pero te ruego
Que un breve espacio, una pequeña tregua
Prestes á mi dolor, mientras mi pecho
A vivir muertes en la horrible ausencia

Se puede preparar; mientras la suerte
A saber ser tan infeliz me enseña.
¿Me lo podrás negar?—¿Tendrás acaso
De bronce el corazón?—Parta mi Enéas,
Parta á su Italia, y en remotos climas
Un bello reino y una amante bella
Busque en buenhora; pero deme al menos
Derramar mi dolor en su presencia;
Y esta inmensa pasión siquiera logre
Que quien la vió nacer, un día vea
Hasta donde llegó...¡Mísera Dido!
¡Oh Dioses! ¡Qué furor!...Y si tuvieras
Pecho de bronce, y corazón de roca,
¿Qué mas harías con tu amante? ¿Cierras
El labio mentidor? ¿Nada respondes?
¿Llegar pudiste hasta esperar mi afrenta
Para entonces, malvado, y solo entonces,
Abandonarme asi? ¡Oh luz funesta
La que ayer me alumbró! ¿Por que no vino
Una fiera del bosque...¡Oh Dios! Tu lengua
Hora calla, traidor? Mejor callára
Cuando á tu amante en su delirio oyeras.
¡Cruel! ¿Y no se asoma por tus ojos
Ni mentida, una lágrima siquiera?

ENÉAS

! Dido! ¡Mísera reina! Yo conozco
La razón de tu amor: jamás Enéas
Se olvidará de lo que á Dido debe,
Y de los males que por él la cercan.
Si yo solo de mi y de mis acciones,
Como tú de las tuyas, dispusiera,
Nunca tendrias que llamarme ingrato,
Por mas que fuese tu pasión violenta.
No es para mi la vida que los cielos
Con afan cuidadoso me dispensan:
Me debo á sus designios; y el Olimpo,
Cuando escoge á un mortal, marca la senda

Por dó debe marchar, ni le permite
Un solo paso separarse de ella.
No es una sombra vana, no es un sueño
Al que obedezco yo, ¿ ni quién pudiera
Asi curarse de ilusiones tales?
Un dios es, Dido, quien á mi me ordena
Buscar entre peligros y borrascas
Mas allá de los mares otra tierra.
Un dios, es, Dido, quien mis pasos mueve:
A la deidad, no á mi...

DIDO

¡Malvado! ¿Piensas
Que también no hay un dios que á Dido cuida,
Y del perjurio y la traición la venga?

ENÉAS

No soy perjuro ni traidor, querida:
Si asi te llama y te llamó mi lengua
Nunca, jamás, la desmintió mi pecho,
Donde tu imágen y tu amor se encierran.
Bastantes días ya, bastantes días
Me reclama la gloria, que debieran
Solamente en buscarla haberse empleado,
Si nunca ardido en tu querer hubiera.
Mis compañeros de infortunio, aquellos
Que quisieron ponerme á su cabeza,
Y llamarme su rey, desde el momento
En que, entre el fuego y la matanza griega,
Los libré del incendio de su patria,
Después que el cielo decretó perderla;
Esos han acusado con justicia
Mi estación en Cartago: ellos esperan,
Confiados en la fé de los óráculos,
Que Italia admire de la Troya nueva
El naciente esplendor: yo mismo, Dido,
A acusarme llegué; ni pudo Enéas
Esperar á que un Dios lo concitára,
Si no te hubiera amado con vehemencia.

DIDO

No insultes mas en mi presencia al cielo.
¿De cuando acá los Dioses aconsejan,
El perjúrio, el engaño; y autorizan
A que un mortal sacrílego se atreva
A cubrir con su nombre sacrosanto
Las abominaciones que detestan?

ENÉAS

Siempre el perjúrio y la traición me imputas,
Cuando mis sentimientos no se mezclan
Con crímenes tan feos. ¿En qué tiempo
Su juramento ha quebrantado Enéas?
Te juré que te amaba; y te amo, Dido,
Y te amaré, mientras la lumbre vea
Del sol vivificante, y esta vida
Me dispense el destino que me fuerza.
Yo debí obedecerle, y fué por eso
Que consentir no quise en que encendiera
Himeneo su antorcha, y nuestras almas
Por siempre uniese en ligadura eterna.
Nunca mi esposa te llamé, ni nunca
Se escapó de mi lábios una prenda
De tamaño valor: te alucinaste,
Y á los delirios de tu pasión ciega
Diste una realidad, que...

DIDO

Tú, tú mismo
Me hiciste concebir tan lisonjeras,
Tan dulces esperanzas. ¿Con que objeto
Fomentabas mi llama, y en mis venas
El veneno fatal á cada instante
Vertían tus palabras halagüeñas?
Pero yo ¿donde voy? ¿Como pretendo
Con llanto débil ablandar la peña
De que es formado el corazón de un mónstruo?
Mis lágrimas ¿que valen?...nada...aumentan

El triunfo del malvado, y, engreído,
Contempla mi dolor y lo desprecia.
¿Se le oye algún suspiro? ¿Algún sollozo
Interrumpe su hablar? Quiere que crea
Que lo violenta un dios; como si fuesen
Los dioses como Dido, que no piensa
En nada más que en él; como si un hombre,
Un hombre solo interesar pudiera
A los que en lo alto de su gloria miran
Como nada los cielos y la tierra.
¡Un dios! ¡Blasfemo! Parte; parte, inícuo;
La ambición es tu dios: te llama; vuela
Donde ella te arrebata, mientras Dido
Morirá de dolor: si: pero tiembla,
Tiembla cuando, en el mar, el rayo, el viento,
Y los escollos que mi costa cercan,
Y amotinadas las bramantes olas,
En venganza de Dido se conmuevan.
Me llamarás entonces, pero entonces
Morirás desoído. Cuando muera
Tu amante desolada, entre los brazos
De tierna hermana espirará siquiera,
Y sus reliquias posarán tranquilas,
Y bañadas de llanto en tumba régia;
Pero tú morirás, y tu cadáver,
Al volver de las ondas, será presa
De los marinos mónstruos: é, insepulto,
Ni en las mansiones de la muerte horrenda
Descansarán tus manes. Parte, ingrato,
No esperes en Italia recompensas
Hallar de tu traición: parte; que Dido
Entonce al menos estará contenta
Cuando allá á las regiones de las almas
De tu espantable fin llegue la nueva.

(Se vá con precipitación).

ESCENA III

ENÉAS (*solo*)

ENÉAS

¡Dido! ¡Dido infeliz! Ya no me escucha.
La triste se abandona á la violencia
De su pasión fatal; y yo, que la amo,
¿Qué puedo hacer por mitigar su pena?
Nada me es dado; nada: yo conmigo
Me llevo su dolor; pero esta ausencia
Se juzga ingratitud; y mi memoria,
Manchada de una nota que detesta
Mi corazón sincero, será odiada
De la mujer que adoro. Mas valiera,
Si, mas valiera que la suerte oscura
Me hubiese confundido entre la inmensa
Muchedumbre vulgar: mi nombre entonces
Cuando muriere yo, también muriera,
Sin emplearse la fama en trasmitirlo
De una edad á otra edad: empero, exenta,
Mi vida fuera mía, y mi cariño
No costára á mi amante lo que cuesta.
¡Oh cielos! El tormento que yo sufro
No debería ser la recompensa
Del sacrificio doloroso y grande
Que á nuestra voluntad consagra Enéas,
Perdonadme, deidades inmortales:
Pero, ya que me disteis resistencia
Para acallar los gritos de mi pecho,
Y no escuchar más voces que las vuestras,
Mirad á Dido con piedad un día:
Y llegue á persuadirse que su amante
Hasta un extremo tal supo quererla,
Que á una pasión tan dulce, nada, nada,
Que no fueran los dioses prefiriera.
Pero, Enéas: ¡qué es esto!—¿Tu cariño

Puede cegarte ya? Sigue la senda
Que la gloria te marca: los troyanos
Te eligieron su rey; toda la tierra
Está pendiente de un destino nuevo:
Las esperanzas de los tuyos llena,
Cual debieras hacerlo, aunque el Olimpo
No se dignara dirigir la empresa.
Mucho tarda Nestéo: nuestras naves
Pudieran ya partir; nada interesa
El esperar la noche, porque Dido
Ya penetró el misterio. ¡Que violentas
Son ya las horas que en Cartago pasan!
Mas ¿qué será? La hermana de la reina
Hacia esta estancia se dirige. ¡A mi alma
Nuevos combates por mi mal esperan!

ESCENA IV.

ANA, ENÉAS

ANA

En nueva vez os busco, para daros
Por mi infeliz hermana nuevas quejas.
¿Era posible que en el pecho vuestro
Se anidara, señor, una dureza
Que el exterior desmiente, y que parece
No poderse hermanar con vuestras prendas?
En mi no vereis llanto; y esto mismo
Me cierra la esperanza. Al que no mueva
Las lágrimas preciosas de su amante
¿Qué podrá ya mover? Pero, ¿no piensa
El héroe de Illion en la desgracia
De Cartago, los tirios, y la reina?
Cuando arribasteis vos á nuestros puertos
En hora afortunada, estas riberas
Recien dejaba el implacable Yarbas.
Bien lo sabeis, señor; en la demencia

De su pasión feroz, pidió de, Dido
El tálamo partir, y que la diestra
La entregara mi hermana, consintiendo
En un enlace que el amor detesta.
Dido se denegó, y él mismo entonces
Se presentó en Cartago. La fiereza
De un carácter atroz, unida al fuego
De un amor tan furioso como aquella,
Se dejó ver en Yarbas: Dido opuso
Mas tenaz y más justa resistencia
Al temerario empeño; y, desperado,
El amante feroz se ausenta de ella:
Pero, al partir, «Yo volveré (le dijo)
« No ya como á rogarte; ni la tea
« Qne mi mano traerá podrá agaparse
« Sin que en cenizas á Cartago vuelva.
« Tu sola escaparás de tal incendio;
« Pero no más que para ser la presa
« En que se cebe mi rencor. Armada
« A toda la Getúlia en mi defensa
« Pronto verás venir; y arrebatada
« De en medio de los tuyos, en mis tierras
« Serás esclava, pagará bien caro
« Tu orgullo, tus insultos, y mi afrenta;
« Y, si aqui á Yarbas conociste amante,
« Allá conocerás como se venga».
Dijo, y partió: y en los confines nuestros
Ya bramaban las furias de la guerra,
Cuando entraron, preñadas de troyanos,
A este puerto, señor, las naves vuestras.
Dido las recibió; y al ver un héroe
De cuyo nombre sus comarcas llenas
Estaban de antemano, y los soldados
Que pelearon diez años contra Grecia,
Ni ya temió de Yarbas los insulos,
Ni pensó en levantar las fortalezas
Que en el cimiento veis, y en que debían
Ampararse los tirios en la guerra.
La fama al punto discurrió, y de Yarbas

Llevó al oído la funesta nueva
De tan próspero arribo, y los amores
Que en el pecho encendisteis de la reina.
Lo supo; y, si, temiendo á los troyanos,
Contuvo sus furores la impotencia,
La sed de su venganza mas se enciende:
¿Y cual será su efecto cuando vea
Que, abandonada la infelice Dido
Del brazo que se alzaba en su defensa,
En presa queda á los rencores suyos?
¿Cómo será su rabia, cuando aumentan
Los celos su furor? ¡señor! al menos
Esperad unos mèses, mientras puedan
Levantarse los muros de Cartago,
Ya que nos falta quien su vez hiciera.
Esperad unos meses: el delirio
Calmará de la reina, y ya dispuesta
A miraros partir, no hará en su pecho
El estrago que temo vuestra ausencia.
¡Enéas! ¿No escuchais? Si en su infortunio
A mi hermana mirárais, no cupiera
Mas resistencia en vos: yo la he dejado
En poder de sus tristes compañeras
Abandonada á su dolor terrible,
A un dolor que la mata: ni su lengua
Pronuncia ya mas voz que la de *muerte*,
Ni ya mi esfuerzo á consolarla llega.

ENÉAS

Señora, vuestra hermana es la que causa
Que el favor que los cielos me dispensan
Tenga por infortunio; y que la gloria
Me parezca enfadosa, cuando vuelan
Todos mis compañeros en su busca,
Y ellos me llaman cual me llama aquella.
¿Y qué quereis de mí? Yo adoro á Dido;
Empero mas adoro la suprema

Voluntad de los dioses: ellos mismos
Abatirse se dignan hasta Enéas,
Lo futuro me enseñan, y me mandan
Que parta al punto de esta dulce tierra:
Y yo ¿qué puedo hacer?—Mi amante mismo
La misma Dido ¿en mi lugar qué hiciera?
¿Teme de Yarbas el rencor innoble?
Y antes que yo viniese ¿cual defensa,
Que no fueran los tírios, á la rabia
Del tirano vecino se opusiera?
Los tírios bastarán; estas murallas
Tienen tiempo de alzarse, antes que pueda
El duro Yarbas concitar su pueblo,
Reunirlo, armarlo, y emprender la guerra.
Además, el amor no dura mucho
En un pecho feroz; la llama tierna
Es extranjera en él, arde de paso,
Y luego lo abandona á su rudeza.
Así de Yarbas la pasión insana
Tal vez no existe ya, ni...

ANA

Si existiera
En vuestro pecho la que en otros dias
A mi hermana jurasteis, no pudiera
La ingratitud dictaros los efugios
Que vuestro mismo corazón condena.

ENÉAS

Ni yo ni nadie condenarme puede.
Entre las esperanzas lisonjeras
De que una nueva Troya allá en Italia
Emúle de la antigua la grandeza,
Y de ver á los míos presidiendo
Los grandes cambios que la tierra espera,
Solo Dido me aflige; solo Dido
Al hondo pecho los tormentos lleva
Que amargan mi ventura, y que me impiden

Ser feliz de una vez.—Jamás ausencia
Fué más justa en amante que la mía:
Jamás hubo ninguno que cediera
A una necesidad más imperiosa
Que la que á mi me arrastra. Si la reina
Piensa que solo en su ulcerado pecho
La hiel amarga del dolor se ceba,
Es porque todavía no ha acabado
De conocer el corazón de Enéas.
Pero Nestéo viene.

ANA

¡Oh Dios!

ENÉAS

¡Señora!
Quizá el momento de partir se acerca:
Volad á vuestra hermana, consoladla;
Si á mi me fuera dado, yo lo hiciera:
Vuélvanla la razón vuestros consejos,
Más no la aconsejais que me aborrezca.

ESCENA V.

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ENÉAS

¡Cuál tardaste, Nestéo! No tardaras
Si lo que siento yo también sintieras

NESTÉO

No de otro modo pudo ser: las naves
Estaban prontas ya, y sólo á Enéas
Esperaba el navio de Cloánto,
Para tender al viento nuestras velas.
Yo volaba á llamaros, cuando siento

El náutico clamor desde la tierra,
Y observo á los pilotos prepararse,
Cual para resistir fiera tormenta.
El lejano horizonte iba cubriendo
Caliginosa nube, y densa niebla
Nos ocultaba el mar, mientras brillaba
En el resto del cielo, más serena,
Del almo sol la esplendorosa lumbre...

ANA

¿No veis, no veis, señor, lo que os espera
Si á la merced del pérfido elemento
Exponeis otra vez vuestra existencia?

NESTÉO

No, señora; los cielos han hablado
Más que nunca esta vez. En la ribera
Conmigo estaba el sacerdote santo;
Y, humillando su faz hasta la tierra,
Invocó en alta voz á las deidades
Que al troyano protegen, y su lengua
Enmudeció después: sus actitudes,
Su mirar, sus acciones, todo muestra
Que lo agitaba un dios, y que á su vista
Los celestes arcanos se presentan.
Al cabo prorrumpió: « No pienses, (dijo)
« Troyana gente, que segura senda
« Nos abrirá la mar, mientras no tiña
« La sangre de las víctimas la arena,
« Y no presencie Enéas y sus jefes
« El sacrificio que Neptuno ordena.
« La conquista de Troya costó al griego
« Sacrificar en Aulida á Ifigenia,
« Y el mismo día se inmoló en las aras
« Del dios del mar una hecatombe entera.
« Sin sangre de una virgen al troyano
« El ponto se abre cuando á Italia vuela;
« Que, inmolados tres toros á Neptuno,

« El mar y el viento su favor nos presta. »
Dijo, y al punto el horizonte limpio
Quedó de nubes y de oscura niebla.
Yo dispuse al momento que Cloanto,
Sergesto, y los demás, que á la cabeza
Están de nuestra gente, se impusiesen
Del celestial portento; y, con presteza,
Las naves por un rato abandonando,
Saltasen nuevamente á la ribera.
Os aguardan, señor, y el sacerdote,
Para empezar el sacrificio, espera
Que concurrais también: cuando termine,
El bélico clarín hará la seña
Del reembarco de todo.

ENÉAS

¡Ana! Ahora,
Decid, ¿nos habla el cielo? ¿Puede Enéas
Ser acusado con razón de ingrato?
Vamos, Nestéo.

ANA

Sí; la triste reina
También es una víctima inocente
Que sacrifica Enéas, Ifigénia,
Al puerto de Calcas inmolada,
En Aulida espiró. Su misma tierra
Verá morir á Dido, porque quiso
Un bárbaro troyano que muriera.

ENÉAS

No más, señora, atormenteis mi pecho:
Si vuestro labio sin razón se niega
A consolar á Dido, y al contrario
Su desesperación tal vez aumenta,
Enéas hará más; vendrá de nuevo
A ver si alcanza mitigar la fuerza
Del dolor de su amante. Los momentos

Que, en concluyendo el sacrificio, pueda
Permanecer aquí, serán de Dido;
Y cuando los clarines den la seña
Del instante postrero, de su lado
Recién me apartaré; que la terneza
Del que llamasteis bárbaro, se extiende
A más de lo que creeis. ¡Pueda mi lengua
Persuadir á mi amante, y las deidades
Apartar de sus ojos esa venda
Que no la deja ver, y que su hermana
Se empeña en no rasgar, como debiera!

ACTO TERCERO

ESCENA I

DIDO — ANA

DIDO

¿Aun dura el sacrificio? ¿Y el malvado
El castigo no teme de su audacia?
Implora á las deidades que le ayuden
A faltar á su fé. ¿Cuál arrogancia
Es igual á la suya? ¿Piensa acaso
Que un sacrificio en las mentidas aras
Comprometa á los dioses, como á Dido
Comprometer pudieran sus palabras?
Pero ¡hermana! ¿se va? ¿se vá, querida?
¿Nada dice de mí? ¿Y abandonada
Así me deja á los furores mios,
Así me deja á la pasión de Yarbas,
Y á los horrores que en idea veo,
Y á la muerte infeliz que me amenaza?
¡Ana! ¿No volverá? Quizá mi llanto

Penetrará una vez en sus entrañas,
Y un pecho ablandará que no es de bronce;
Que al menos no lo fué. Dime, ¿lloraba
Cuando tú le pintaste mis dolores?
¿Dió un suspiro á tus quejas, ya que nada
A mis lágrimas dió? ¿nada te dijo?
¿Ni siquiera te dijo que me amaba?

ANA

Lo repitió, querida; pero el duro
Miente como mintió; ni hay esperanza
De vencerle jamás. Deja que vuele
A hallar la muerte en su anhelada Italia.
Tú, ya piensa en tí misma; y este llanto
Que sea el postrer llanto que derrama
Por un infame tu dolor terrible.
Llora, más con tus lágrimas apaga
Hasta el último resto del incendio
Que furioso en tu pecho se cebaba.
Llorar más de una vez por un ingrato
Es un delirio que quizá....

DIDO

Ya basta;
Basta traidora de rasgar mi pecho.
Cuando Dido indecisa batallaba
Entre la fé á Siquéo, y este fuego
En que de pronto ardió, ¿no fué mi hermana
No fueron sus consejos lisonjeros
Los que, adulando mi funesta llama,
Hicieron que, cediendo á su violencia,
Mi fé y mis juramentos olvidara?
Tuya es la culpa, tuya: ¿y como ahora
Pretendes que desame? ¿Piensas, falsa
Que hay poder en los cielos ni en la tierra
Capaz de hacer que de mi pecho salga
La imagen del perjuro que idolatro,
Y que en medio del alma está enclavada?

Sábelo si lo ignoras: este incendio
Que reduce á pavezas mis entrañas,
Y en vez de sangre por mis venas corre,
No es amor, no es pasión; es la venganza
De algún ser superior, es el enojo
De todas las deidades, conjuradas
En contra de esta triste; así llegaron,
Ya llegaron al colmo mis desgracias,
Y mi sufrir excede la medida
Que á un mortal la natura le señala.
¿Lo sabes?—Oye más,—Sí: tú, tú misma
En mis males horrendos empeñada,
Quieres abandonarme. ¿A que, perjura,
A que me aconsejastes que le amara,
Si era de haber un día en que tu labio
Así se desmintiera? ¿en que tu hermana,
Lejos de hallar consuelo en tu cariño,
Viera en tí á su enemiga? ¡Oh Dios! ¡Ingrata!
¿Quieres que deje que de mí se aparte?
¿Quieres que deje que se ausente á Italia,
Y otra mujer feliz, y otros amores,
Y mi abandono.... ¡Cielo! ¡Que! ¿Pensabas
Que hay vida para mí sin que conmigo
Viva el amante que idolatra el alma?
¿Qué puede hacerme dulce la existencia?
Ni tu amor, ni tu fé. ¡Qué fé! ya falta
De tu pecho también: ya te pusiste
Del bando del malvado, y...

ANA

¡Dido! ¡Amada!
Amada de mi vida, ¿que furores,
Qué poder invencible te arrebata,
Y de tal mado trastornarte puede,
Que aun contra mí tu corazón se alarma?
¡Cielos! ¡yo tu enemiga! ¡yo ponerme
Del bando del perverso! Me faltaba
Este género nuevo de tormento

Sobre el dolor que tu dolor me causa.
¡Yo engañarte, querida!—¡yo, que vivo
Para que vivas tú!

DIDO

Perdona, hermana;
Perdóname otra vez,--¿De mí qué esperas?
Mi pecho sabe amarte como me amas
Pero yo estoy en presa á mis furores,
Y esta pasión ... ¡oh Dios! Mi furia insana
¿Tal vez pudo ofenderte? Dulce amiga,
¿Me querrás perdonar?

ANA

Vuelva la calma,
Vuelva, mi Dido, á tu angustiado pecho.
¿No soy tu hermana yo? ¿No tienes tantas
Pruebas de mi amistad? El labio mío;
Si alguna vez te dijo que le amáras,
Fué porque nunca sospeché que Enéas....

DIDO

No me le nombres más; deja que parta
Do le llame el destino: ¿será cierto
Que le llama tal vez?—¡Siquiera, gratas
Las deidades que implora, fácil senda
Por entre el mar y los escollos le abran
Y, ¡ojalá que no en vano se derrame
La sangre de la víctima en las aras,
Y los fervientes votos que alza al cielo
No los disipe el viento en nuestras playas.
Yo curaré mi mal: también á Dido
La escuchará algún dios.—¿No miras, Ana,
Cual la tranquilidad vuelve á mi pecho,
Y la razón, triunfando de mi llama,
Ni grita en vano, ni el furor impide
Que la obedezca ya?

ANA

¡Ah! No burladas
Mis esperanzas queden.—¡Qué dichosas
Fuéramos ambas, si el amor dejara
Su sitio á mi amistad! ¡Cómo mi mano
Derramaría bálsamo en tus llagas!
Házmelo consentir.

DIDO

Ana; yo nunca
Mis sentimientos te oculté: las ansias
Te revelé de mi pasión furiosa:
¿Y podré reservarte la mudanza
Que han obrado los cielos en mi pecho,
Cuando menos mi pecho lo esperaba?

ANA

¡Ay, Dido!—¿Será cierto?—¡Oh Dios!—¡Qué nueva
Tan lisonjera y dulce para mi alma!
Bien: no lo veas más: llama á Barcénia,
Llámala de una vez: de aquí que vaya
Hasta el lugar del sacrificio, y diga
A tu enemigo que al momento parta;
Que no le quieres ver; que...

DIDO

No es posible.
¡Que no le quiero ver!—Ana, te engañas,
Y me engaño yo misma... No, no creas
Que le amo ya; mas antes de que salga
Para siempre de aquí... ¡Dios! ¡para siempre!
¡Que idea tan atroz!—¡Como desgarra
De nuevo el corazón!

ANA

¡Ah Dido! ¡Dido!
¡Como te burlas de tu triste hermana!

Modera tus transportes, y refrena
Esa pasión frenética...

DIDO

¡Inhumanas,
Más que inhumanas las deidades todas
Que el mortal reverencia!—Dido: basta,
Basta ya de sufrir: venga la muerte,
Y ahogue de una vez en mis entrañas
Este mal insanable, este veneno
Que me emponzoña toda.—¿Piensas, Ana,
Que hay vida para Dido, si se lleva
Enéas mi vivir?—Pero ¿qué aguarda
Mi furor que no tienta los socorros
Que pueden valer?—Si: que á las armas
Vuelen mis tírios, y con los troyanos
En la defensa de mi amor combatan;
Incendien sus bajeles, y destruyan
De la agua en las orillas esas aras
Que alzó la iniquidad, y en las que ahora
El incienso en mi daño se levanta.
Venguen los tírios á su reina, y luego...

ANA

¿Qué dices, Dido? ¿Bastarán las armas
De un puñado de hombres, que contigo
De la Fenicia huyeron, contra tantas
Legiones que obedecen al inícuo,
Y que arden todas por marchar á Italia?
Pon un freno, querida, á tus transportes,
Y deja que la mar vengue mañana
Sobre tu misma costa...

DIDO

No lo creas:
Enéas partirá; que nada basta
A poder detenerlo; y á Cartago
Verás venir al indomable Yarbas;

Verás destruir desde el cimiento mismo
Mi naciente ciudad; oirás la llama
Más que en Troya estallar; y yo, cautiva,
Después que de los míos la matanza
Y el exterminio vea, á los rencores
Seré de un rey feroz abandonada,
Enéas entre tanto...

ANA

¿Y desde ahora
Por qué no prevenimos las desgracias
Que acabas de pintar? ¿Por qué tus tirios
No seguirán alzando estas murallas,
Como antes que vinieran los troyanos
A sembrar el horror en tus comarcas!

DIDO

Déjame ya. Barcénia en los altares
No sé que puede hacer que tanto tarda.
Yo también á los dioses en mi templo
Quise rogar por mí: también prepara
Ya la sacerdotiza el sacrificio
Que aplaque á Vénus, y en la tumba helada
La sombra aplaque del esposo mío.
¿Ultimo efugio que me resta, hermana?
Si este me falta ¿encontraré por suerte
El que de tu amistad mi pecho aguarda?

ANA

¿Y lo podrás dudar?

DIDO

Dí, ¿me prometes
Servirme de una vez? y de las ansias
Que mi pecho devoran ¿será dado
Que por la ayuda de una mano cara
Libre me pueda ver?

ANA

Háblame, Dido:
Háblame por piedad. ¿Qué quieres que haga
Para verte tranquila? Yo ¿qué cosa
Te podré denegar?

DIDO

¡Querida! Nada.

ANA

Nada, querida; nada: si mi muerte
Puede librar tu vida...

DIDO

Bien; pues arma,
Arma tu mano de un puñal, y luego
Aquí, donde está el fuego, aquí, mi amada,
Húndele todo.

ANA

¡Oh Dios! ¡Qué horror! ¿Y Dido
Tal se atreve á esperar? ¡Ingrata! ¡ingrata!
¿Este es el premio de cariño tanto?
¿Así cual nunca, mi amistad agravias?
¿No te estremeces, Dido?

DIDO

No: la muerte
Por una mano tan querida dada
¡Qué dulce me sería! ¿Lo rehusas?
Puede ser que lo sientas.

ANA

¡Cielo! ¡Hermana!
Ten piedad de tí misma. ¡Oh Dios! Barcénia

(Aparte).

Se acerca; del horror viene agitada;
Y su rostro... ¿Será, será que á tantos
Otro motivo de furor se añada?

ESCENA II

DIDO—ANA—BARCÉNIA

Esta se presenta como horrorizada, y hasta en su modo de hablar indicará el espanto. Dido se poseerá cada vez más de los mismos sentimientos.

DIDO

¿Qué te agita; Barcénia? ¿Qué terrores
Aumentas á los míos? Habla; acaba
De matarme tal vez. ¿Pudiera el cielo...

BARCÉNIA

Señora; el cielo sin piedad aparta
Su bondad de nosotros. ¡Ah! Yo tiemblo
De repetir, señora, lo que pasa
En el templo.—¡Qué horror!

DIDO
(con una inquietud animosa y afligente).

Prosigue.

ANA *(con interés).*

Nada;
Nada será, querida: el miedo turba
Muy facilmente las vulgares almas.

BARCÉNIA

No enojes mas al cielo y á los dioses
Que presiden la muerte.—Yo la causa
De tal portento ignoro: pero nunca

La deidad al mortal mostró tan clara
Su venganza terrible. De la reina
Obedecí el mandato, y á las aras
Con la sacerdotiza me conduje.
Recien las libaciones preparaba
Y los santos licores, que debían
Verterse por sus manos en la llama,
Cuando el incienso ardió; y oscuro, y denso,
El humo, lejos de subir, se baja,
Por invisible mano rechazado
Del aire y los altares. Azorada
La intérprete del cielo, los licores
Iba en el fuego á echar; pero apagada
La lumbre estaba ya, y el vino todo
En negra sangre convertido...

DIDO *(temblando)*

¡Hermana!

ANA

Con una emoción que procurará dominar al momento.

¡Dido! ¡Qué horror!

BARCÉNIA

La tumba de Siquéo
Tres veces se abre entonces, y otras tantas
Cerrada con estrépito horroroso,
Sus hondas cavidades retumbaban.
El espanto, señora, me ha apartado
Del ominoso templo; y, encargada
Por la sacerdotiza de que os llame,
Pude apenas llegar hasta esta estancia.
Solo os espera; porque sola, dice,
Que con la reina las deidades hablen.

ANA

No vayas, Dido, no: deja que aplaque
Semira á la deidad, si está irritada.

BARCÉNIA

No, señora; volad: Semira inmóvil
En la puerta del templo...

DIDO

Sí: mi planta
Apenas muevo ya; mas voy: los dioses
A la muerte, no al templo, á Dido llaman.
Ninguna de las dos mis pasos siga,
Ninguna de las dos.—Semira, aguarda

Dirá estos dos últimos versos con imperio, y con una serenidad como la de la desesperación. Se va.

ESCENA III

ANA — BARCÉNIA

ANA

¡Qué has hecho incauta! ¿No pudiste acaso
Moderar tu pavor? Mira: mi hermana
Ya sabes que ama á Enéas; mas no sabes
Cuantos horrores desde anoche á su alma
Un sueño trajo, en que Siquéo mismo
En vengadora voz la amenazaba:
No sabes la partida del troyano
El atentado que tal vez prepara:
Nada sabes, en fin: pero yo temo
Lo que debes temer; vuela, insensata;
No abandones á Dido ni un momento;
No la abandones á su furia insana.
Yo tardo unos instantes porque espero
Al que sus penas horrorosas causa,
Y conviene que le hable, antes que Dido
Pueda volver aquí: parte: ¡que tardas!
Un momento que pase es una furia
Que entra de nuevo á devorarla...

BARCÉNIA

¿Y Ana,
Y Dido misma á la infeliz Barcénia
No quisieron hacer una confianza,
Que era justa quizá, que cuando menos?...

ANA

No era preciso, amiga: yo bastaba,
O creía bastar: pero ha llegado
El instante en que tú... ¡Querida! ¿aguardas
A que otra vez mi lengua te repita,
Que Dido está en peligro?

BARCÉNIA

¡Oh Dios! ¡Y tanta
Amistad que mi pecho la profesa!
Voy, señora; ya voy donde me llama
Mas que todo, el cariño.

ANA

Si, mi amiga;
Obsérvala de cerca, y desalada
Vuela hacia mí en el punto en que... ¡Dios santo!

(Suena un clarín como á lo lejos. Se supone ser en la ribera).

¿Oyes la seña? Esa es. ¿Oyes? Mi hermana
La escuchará también: ya parte Enéas:
Fué mentida su vuelta: vamos; nada
Nos puede detener: vamos á Dido:
Volemos, dulce amiga á consolarla;
Que este instante decide para siempre
De su suerte Barcénia, y ya se pasa

(Se van con precipitación).

ESCENA IV

La escena estará un breve rato en una soledad y un silencio profundo; pasado este, se presentarán los dos actores.

ENÉAS — NESTÉO

NESTÉO

Qué insólito silencio! Este palacio
Que siempre resonó...

ENÉAS

Nestéo, calla.
Vengo á cumplir los últimos deberes
Que me impone el amor, y apenas basta
Á resistir mi corazón. Amigo;
Te lo debo decir, si así te llama
Mi pecho con verdad; voy á ausentarme
Para siempre de Dido; y estas playas
En jamás volverán á ver á Enéas,
Ni Enéas á su amante desolada.
Así lo quiere el cielo: mas mi vista
De mirarla, Nestéo, no se sácia:
El instante final es el mas fuerte
De todos los instantes: nunca estalla
Con mas furia el amor, que en el momento
En que es preciso abandonar su amada.
No me increpes, amigo: todo está hecho
Para la gloria ya: permite que haga
Algo por mis amores; y mi pecho
Que tanto ha suspirado en esta estancia,
Suspire en ella por la vez postrera,
Y oiga mi Dido mis postreras ansias.
Ya la seña se dió; nuestras legiones
Embarcándose están: mientras que tarda
La última seña, que á partir nos fuerza,
Y no permite espera, es justo salga
Amor y nada más, del pecho mio,

Amor, y nada más. ¿A bien que faltan
Muy menguados instantes? Pero Dido
¿Dónde se ocultará. ¿No habrá su hermana
Llegado á persuadirla que su amante
La adora mas que nunca la adoraba?
Nestéo, ¿dónde está? ¿Será que crea,
Que todavía crea que es ingrata
Una alma en que ella vive, y fuera suya,
Si fuese mía, como son las almas
De todos los felices?

NESTÉO

Es muy justo,
Es muy justo, señor, que se deshaga
Un rato el corazón entre suspiros
Que una noble pasión del pecho arranca.
Os dignasteis llamarme vuestro amigo:
Lo soy, señor, lo soy: vuestra confianza
Probadme en esta vez: no se repriman
Vuestros sollozos mas: nunca degrada
El querer con nobleza: un pecho grande
Sensible debe ser.

ENÉAS

Nestéo, basta.
Si el débil llanto de los ojos míos
Brotar pudiera alguna vez, brotára
Solo en esta ocasión. En ella al menos
Lo arrancaría la mas digna causa,
Y el secreto dichoso de tal llanto
En pecho como el tuyo se encerrára.
Mas el silencio del palacio crece,
Ni hay quien se acerque á estos lugares...

NESTÉO

Ana:
Parece dirigirse hácia este sitio.
¿No es ella? ¿No la veis?

ENÉAS

Si amigo. ¡Cuantas
Tristes ideas con su vista llenan
De sinsabor y de inquietud el alma!

ESCENA V

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ANA

Tal vez ya no hay remedio.—¡Oh Dios! ¡Que veo!
¿Que haceis aquí, señor?

ENÉAS

¿Y vuestra hermana?

ANA *(con cierto aire de ironía)*

Mi hermana sufre mas de lo que Enéas
Es capaz de gozar, cuando le llaman
Cielos y gloria á un tiempo, y cuando llegan
Las horas de partir. ¡Señor! el alma
De los grandes campeones no se vence
Con amor ni con llanto. ¡Que pensara
De un héroe el universo, si pudiera
Ceder el héroe á las pasiones blandas!
En buen hora partid: lo que ya importa
Es que Dido no tenga la desgracia
De volveros á ver; la herida suya
Está sangrando sin cesar, y es rara
Especie de crueldad venir vos mismo
Otra vez y otra vez á desgarrarla.

ENÉAS

¿Hasta cuando, señora, mis dolores

Han de ser descreidos? Esta llama
Que mentida pensais y que en mi pecho
Encendió la pasión de vuestra hermana,
Es una llama noble, duradera,
Que de un soplo improviso no se apaga,
Ni se complace en insultar los males
Del objeto adorado que la causa.

ANA

Que sea cual decis: nada interesa
A dios ser querido ó engañado
De vos en adelante: mas, si es cierto
Que os llega á lastimar su suerte infausta:
Partid en el momento; mis esfuerzos
Bastarán, si es posible, á consolarla;
Y si no, lloraré, como ya lloro,
Los males que su amante la prepara.

ENÉAS

A prepararla vengo y á pedirla
De nuevo que me crea. Mis palabras
La podrán persuadir de mis amores,
Y de la obligación que me arrebata
Tan lejos de su lado. Nunca Dido
Llegue á juzgarme ingrato: entonces, Ana,
Me ausentaré forzado, pero al menos
Me ausentaré sin que padezca el alma
Con la idea feroz de que mi amante
Juzga mentida mi pasión tirana.

ANA

Del corazón en el primer desorden
¿Cómo os podrá escuchar? Vuestras miradas,
Vuestras voces, señor, serán puñales
Que en su pecho entrarán. Cuando la calma
La restituya su razón, entonces
Yo os prometo...lo haré...me obligo á hablarla,
Y á decirla tal vez cuanto vos mismo

La pudierais decir: ahora, parta,
Parta cuanto antes vuestra nave. Dido
No tardará en volver hasta esta estancia,
Sola en su templo con Semira queda;
Barcénia está esperándola que salga
Para no abandonarle un solo instante
A sus terrores y á su furia.

NESTÉO

De Ana
El consejo seguid: vuestra presencia
Funesta puede ser; y quien pensaba
Darla consuelos en su mal, acaso
Torne incurable la profunda llaga.

ANA

Si: sed piadoso en esta vez siquiera:
Si amais á Dido, por piedad dejadla,
Ya que no puede siempre á vuestro lado...

ENÉAS

A pesar de la fuerte repugnancia
Que siente el corazón, estoy resuelto.
Adios, señora, adios. ¡Puedan mis ansias
Ser creídas de Dido, y mi memoria
No ser jamás aborrecida!. Parta,
Parta sin verla yo: decis que, si amo
Lo debo hacer.

ANA *(viendo á Dido, y saliéndole al encuentro)*

Oh! Dios

ESCENA VI

DIDO, ANA, ENÉAS, NESTÉO, BARCÉNIA

Dido saldrá con toda precipitación, como horrorizada. Al encontrarse con su hermana, sin reparar en nadie, hará las exclamaciones con que empieza esta escena y permanecerá como en un delirio en los brazos de Ana, hasta que, vuelva á hablar Barcénia que la venía siguiendo.

DIDO

¡Piedad! ¡Hermana!

ANA

¿Que es esto, cielo santo? ¡Qué terrores!
Barcénia, tú la sigues. ¿De qué causa
Arranca este furor?

BARCÉNIA

Señora, tiemblo
De mirar á la reina. Cuando pasa.
Me amedrenta y me aterra. Un atentado
Revuelve allá en su mente, y nada alcanza
A poder refrenarla. En los umbrales
Del templo me dejasteis: azorada
De repente la reina sale, y entra
Furiosa en su aposento: mis pisadas
De cerca la seguían; y observando
Que la observaba yo, vi que llevaba
La mano hácia su seno: y sin hablarme,
Salió otra vez despavorida...

DIDO

Nada;
Nada es, amiga. ¡Cielos! ¿Todavía
¡Bárbaro! Todavía no se sácia.
Tu impiedad de afligirme? ¿Que haces? ¿Vienes
A mirar ya completa y consumada
Tu obra de iniquidad? ¡malvado! ¿Esperas....

ENÉAS

Espero; Dido consolarte.

DIDO

¡Cuanta,
Cuanta crueldad en ese pecho anidas!
¡Hijo de Vénus tú! La tigre hircana,
Cuya leche ferina fué, en naciendo,
Tu sustento primero, tus entrañas
A ser feroces enseñó—¿Pensaste
Que Dido acaso tu favor aguarda?
¿A qué vienes aquí? Parte, perverso,
¿A mí? lo ves? la tumba helada
Se me abre á cada paso.... allí Siquéo
Me espera: sí: ¿no ves como me llama
A jurarme de nuevo entre las sombras
Un amor eternal? ¡Cenizas caras
De mi primer objeto! confundidas
Con las mías seréis. ¿No miras, Ana,
No miras en contorno los sepulcros,
Y los espectros, y la muerte ...

ANA

¡Hermana!
¡Dido de mi alma! Por piedad te ruego....

DIDO

No hay piedad para mí: si la encontrára
Maldijera el hallarla: ni en los cielos
La quiero ya esperar. Parte á tu Italia:
¿Que aguardas yá? lo ruego, te lo mando:
Esa es, Enéas, tu dichosa patria,
Y no aquel suelo engendrador de sierpes,
Que sostuvo de Troya las murallas,
Y que algún día la justicia griega
Estéril hizo en vengadora llama.
Vuela, vuela de mí. Mis mismos dioses

Impiadosos me arrojan de sus aras.
Y cuanto toco se convierte en sangre,
Y cuanto miro en derredor me espanta,
Y las serpientes de las Furias moran
Aquí, aquí. ¿Las ves como desgarran

(Oprimiéndose con la mano el corazón).

El corazón sangriento y envenenan
Hasta el aliento que mi labio exhala?
¿Que haces aquí, malvado? ¿Ni á la tumba
Quieres que baje con placer?

ENÉAS

¡Amada!
¡Amada más que nunca! No tu pecho
Así abandones al furor....

(Suena como en la ribera la última seña del clarín).

DIDO

¿Te llaman,
Te llaman, Dido, las terribles voces
Que en los sepulcros retumbando vagan?
Ana, ¿no las escuchas?

ANA

¡Dios! ¡Enéas!
¡No pudiérais partir sin que sonara
Otra vez un clarín que anuncia muerte?
¡Esto hace, Enéas, quien á Dido amaba?

ENÉAS

Parte, Nestéo; que Cloánto espere
Un momento no más....

NESTÉO

¡Señor!

(Como increpándole su debilidad).

DIDO

No partas;
Deja que muera la infelice Dido,
A los que vuelan á buscar á Italia
Gloria y renombre ¿interesar pudiera
Una flaca mujer la débil llama
De un corazón indigno de los héroes?
No, Nestéo.... ¡Ah! Yo tiemblo... ¿Puedes Ana,
Rogar al Cielo.... pero ¡que!... Semira
A mi lado en el templo le rogaba,
Y el templo todo repitió mil voces
De *muerte*, y nada más.... *muerte* sonaban
Las espaciosas bóvedas, y *muerte*
Las tumbas respondían.

ANA

Basta, basta:
Vuelve en tu acuerdo: te lo ruego, Dido:
Yo soy quien te lo ruego.

DIDO

Sí, mi hermana:
Tranquila estoy, tranquila: también puedes
Tranquilizarte tú—Dido lo manda.

ESCENA VII

DIDO, ANA, ENÉAS, NESTÉO, SERGESTO, BARCÉNIA

SERGESTO

Ya se ha dado, señor, la última seña:
Ya se empieza á mover toda la armada;
Solo á vos y Nestéo en la ribera
Un corto resto de mi tropa aguarda.
El viento es favorable: apenas riza
La suma superficie de las aguas;

Y el sacerdote dice que los dioses
Ya os acusan, señor.

ENÉAS

Nestéo, ¿falta
Aun algo que añadir á mis dolores?
¿Por qué no me ausenté sin que llegara
A este sitio la reina? ¿Como puedo
En medio del furor abandonarla?

DIDO

Nada temas, Enéas.... parte.... ¡Dido!...
Ya voy, ya voy, Siquéo.... ¡Sombra airada,
No me persigas más!.... ¡Qué sudor frío
Discurre por mis miembros! ¡Dios! *Helada*
Una mitad de mí ya no la siento. (1)
¡Ana! ¡Barcénia! Pero ¡qué! ¿No basta
Mi mano á libertarme de mí misma?
Mira, traidor. y aprende.

(*Saca precipitadamente un puñal que habrá traído oculto, y se hiere*)

ENÉAS

¡Dido!!

ANA

¡Hermana!!

NESTÉO

¡Que horror!

SERGESTO

¡Señor! ¿Que haceis? ¿qué haceis? Huyamos
De este sitio espantoso.

---

(1) Helada,
Una mitad de mí ya no la siento—(Verso de Cienfuegos).

DIDO (*moribunda*)

¡Sombra amada!..
Perdóname.. te digo.. ¡Hermana!.. ¡Enéas!..
Yo te amaba.. ¡cruel! y tú me matas. *(muere)*

ENÉAS

Nestéo ¿que hago yó?

NESTÉO

Partir al punto.

ENÉAS

¡Que funesto presagio llevo á Italia!

ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

1827

ACTORES

CREÓN—Rey de Tébas.

ADRASTO—Rey de Argos.

ARGIA—Hija de Adrasto, viuda de Polinicio.

EURIMEDÓN—Favorito de Creón y general de sus fuerzas.

GUARDIAS DE CREÓN—SOLDADOS DE ADRASTO.

La escena es en Tébas, en el palacio de Creón.

ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ACTO PRIMERO

ESCENA I

CREÓN, ARGIA; y al fin de la escena GUARDIAS.

CREÓN

No con tanta imprudencia abrais el pecho
A una esperanza vana. El resultado
Puede seros, señora, mas terrible
De lo que habeis creído; y vuestro engaño
Quizá me compadece. Con el sitio
Que ha puesto á Tébas vuestro padre Adrasto,
¿Su venganza y la de Argia se consuman,
Y el trono de Creón se ha derrocado?
Os engañais, señora; el pueblo todo,

Al Sr. D. Joaquin Gònzalez Ledo.

Señor:

Ha sido demasiado pública mi desgracia, para que me retraiga de recordarla, cuando la gratitud me impulsa á hacer que sea conocido por todas partes un hombre generoso. A principios de Octubre del año pasado, me ví precisado á ocultarme en mi país; y mi conducta fué para mis paisanos, en aquella época, como un texto sobre el que cada cual hizo su glosa, por valerme de la expresión del célebre Boileau. Vd., como todos, creyó que yo había fugado de Buenos Aires; y estando Vd. próximo á regresar á su patria, me dirigió á la Colonia del Sacramento, donde suponía que yo me hallaba entonces la carta siguiente:

Señor:

No he tenido la fortuna de tratarlo; lo respetaba por sus talentos, lo lamento por su desgracia, y acuso la... con que he procedido. Soy extranjero aquí, y no puedo ofrecerle socorros; pero regreso á mi patria, donde tengo amigos, tengo una casa, y algunos medios de que puedo disponer. Sírvase Vd. de ellos, y cuente con todo, sí quiere transportarse allí.

Perdóneme Vd. si lo avergüenzo con esta carta, pero sepa que nadie está impuesto de su contenido. También yo fuí desgraciado; y fuera de eso, *Homo sum, et humanum nihil á me alienum puto.*

Soy, señor, su más seguro servidor.

J. G. LEDO.

Buenos Aires, 7 de Octubre de 1823.

Si no me ama, me teme; y mis soldados
No se dejan vencer por los que el lujo
Y la molicie de Argos enervaron.
Si estais en Tébas por el gusto vuestro,
¿Qué quiere Adrasto aquí?

ARGIA

¿Podreis dudarlo?
¡En Tébas yo gustosa! El hijo mío,
En una oscura cárcel encerrado,
¿Su balbuciente labio no despliega,
Llamando al cielo y á su madre en vano?
A eso viene mi padre; á libertarme
Del furor de los monstruos.

CREÓN

¡Libertaros!
¡Insentata!

ARGIA

¡Creón! El cetro en Tébas
Es puñal de sus reyes: alcanzarlo,

Si se considera, Señor, que Vd. dirigió esta carta á un hombre que no conocía personalmente; que Vd. debía suponerse que yo me hallaba en circunstancias de admitir sus ofertas; y que ponía Vd. á mi disposición su fortuna, sin otra relación ni interés que el de proteger á un desgraciado, no podrá extrañarse que yo manifieste del modo más público mi gratitud hacia un extranjero sensible, que se ha portado de un modo tan contrario al de aquellos de mis paisanos, que, en mi fortuna, se llamaban más mis amigos. También es indudable que á muchos de mis compatriotas tengo que vivir eternamente agradecido: pero las circunstancias que hacen la acción de Vd. más acreedora á mi reconocimiento, no me permiten perder la primera ocasión que se me presenta de hacer saber á todos que el nombre de Ledo debe aumentar la lista, harto diminuta, de los hombres verdaderamente generosos.

Este solo interés me ha decidido á poner el nombre de Vd. al frente de la primer composición mía que se ha publicado desde la época de su carta; y á satisfacer, dedicándosela, la deuda que me ha heeho contraer su bondad. Felizmente también es Vd. un hombre de letras; y, si su prudencia sabrá excusar los muchos defectos de la pieza que le dedico, su ilustración se dignará tal vez indicármelos, y darme asi otra prueba del afecto con que Vd. se ha servido distinguirme.

Soy, Señor, con la mayor consideración.—Atento servidor.

Juan C. Varela.

Buenos Aires, Junio 20 de 1824.

Pretenderlo no mas, es prepararse
El fin de Polinicio y de su hermano.
Vos empuñais tal cetro; y las deidades
Se cansan de los crímenes al cabo.
Eteócles y mi esposo, fratricidas,
En sangre uno del otro se bañaron;
Por ceder el primero á la violencia
De un odio injusto y de ambición de mando,
Y Polinício por derecho á un trono
Que le usurpaba su perjuro hermano.
¡Ay! Jocasta, Creón, era su madre;
Vuestros sobrinos eran; y acallando
Los gritos de la sangre en vuestro pecho,
Aquellos tres cadáveres formaron
La escala ignominiosa, que hasta el solio
Os pudo conducir. ¿Tanto atentado
Dejará impune por ventura el cielo?

CREÓN

Polinicio y Eteócles terminaron
Una vida de horrores; ni sus nombres
Me debeis repetir. En este estado
Hablad de vos, de vuestra propia suerte,
De la del hijo que llamais amado.

ARGIA

La suerte de los dos menos ingrata
Desde ayer me parece. Los soldados
Que condujo mi padre, y amenazan
Esta erguida ciudad desde su campo,
Son la esperanza de Argia.

CREÓN

¡Qué esperanza!
¿De qué, de qué viene á vengarse Adrasto?
¿Para qué consintió que allá en su reino
A Polinicio dierais esa mano,
Que no podía contener el golpe

Que ya le preparaba el cielo airado?
Todo esto es consecuencia de aquel yerro;
Yo no lo sé enmendar: de mi contrario
Sabré triunfar ó perecer; pero antes
Muchos perecerán.

ARGIA

Mi padre acaso
No hubiera vuelto en armas contra Tébas,
A no verse de nuevo provocado
Por vuestra extraña atrocidad. Reciente
De los hijos de Edipo el fin infausto,
Y aun humeando la sangre de Jocasta,
Ocupasteis el trono. Sepultado
El cadáver de Eteócles fué con pompa
En magnífica tumba, y aplacaron
Sus manes execrables los aromas
Que sobre su sepulcro se quemaron.
A Polinicio en tanto una orden vuestra
Le negó estos honores; y en el campo
Arrojado insepulto su cadáver,
De las bestias feroces fuera pasto,
Si de Antigona la piedad no hubiese
Vuestra inaudita ley atropellado.
Ella erigió la pira, y con mi hijo
Vine yo disfrazada desde Argos,
A buscar de mi esposo las cenizas,
Que su hermano guardaba. Llego y hallo
Que también Antigona con la muerte
Su oficiosa piedad había pagado.
¡Bárbaro! ¿Era delito haber rendido
Honores funerales á un hermano
Tan digno de su amor? ¿Era delito
No haber nacido, como vos, malvado?

CREÓN

Desprecio esos insultos y el motivo
De la esperanza vuestra. Mas ¿acaso

La muerte de Antigona es la que viene
Vuestro padre á vengar? En mis estados
Mi voluntad es ley, y á nadie debo
De nada responder. En vuestras manos
Puse yo mismo los helados restos
De Polinicio, para vos tan caros,
Y os ordené volver á vuestra patria
Con los despojos del que amasteis tanto.
¿Por qué no habeis partido?

ARGIA

¿Y yo podría
Llevar sus restos fríos, y dejando
Aquí la imagen viva de mi esposo,
Ir sin el fruto de mi amor infausto?
Me hubieseis vuelto mi hijo, y al instante
Me hubiera yo de Tébas ausentado.
¿Quién puede aquí vivir? ¿No ha sido siempre
La mansión del delito este palacio?
¡Hijo de mi dolor! Tú solo, solo
Me aprisionas aquí. ¡Creón! ¡Ah! ¡Cuánto
Ansío por verlo ya! ¿Por qué motivo
Lo niegan desde ayer á mis abrazos?

CREÓN

Acabad de una vez de conocerme,
Que todo el corazón voy á mostraros;
Y ved si temo á vos ni á vuestro padre,
Cuando así á mi enemiga me declaro.
Al interés de mi ambición, señora,
Todo se subordina. Los hermanos
Habían muerto ya; Jocasta quiso
Seguirlos á la tumba; y no quedando
De esa horrible familia entre los vivos
Mas que Antigona ya, fué necesario
Sacrificarla á mi quietud, pues siendo
Hermana de los dos, pudiera al cabo
Juzgarse con derecho á la corona,

Fingir un tiempo, y cuando yo, confiado,
Libre ya de enemigos me creyese,
Arrebatarme el cetro de las manos.
Ella debió morir; para los reyes
La sospecha que cause algun vasallo
Es sobrado delito: mas su muerte,
Sin visos de justicia, á mi reinado
Pudiera ser perjudicial. Por eso
Dicté la ley que os enfurece tanto
Y el cuerpo exangüe del esposo vuestro
De honores funerales fué privado.
Yo bien sabía que Antigona sola
Osaría oponerse á mi mandato,
Y que la pena impuesta al que rindiera
Los últimos honores á su hermano,
No podría arredrarla; porque siempre
Su amor á Polinicio fué extremado.
Cayó en las redes que tendió mi astucia,
Y todos mis designios se lograron.
Por lo demás, á mí ¿qué me importaba
Dar ó no sepultura...

ARGIA

¡Dios! ¿Y tantos
Respetos se atropellan? ¿Tanto puede
La ambición de mandar en un tirano?

CREÓN

Argia, voy á concluir, Por mis afanes
Acabó esa familia, que ha llenado
De escándalos la Grecia, y que yo ansiaba
Por ver exterminada y dar un paso
Desde vasallo á rey. Entre mis triunfos
Solamente me daba sobresaltos
Ese hijo vuestro, que, en edad tan tierna,
Solo á odiar á Creón está enseñado.
Crecer en él miraba un enemigo,
A quien un día el interés del mando,

Que lo creería suyo, y el deseo
De vengar á su padre infortunado,
Le harían mendigar por toda Grecia
El favor de mil reyes en mi daño;
Porque el de Adrasto es poco. Mi fortuna
Me puso en fin al niño entre las manos
Cuando, oculta con él, aquí llegasteis.
Y ya ¿qué debo hacer? ¿Habré de darlo
De nuevo á vuestro padre, y no teniendo
Ya nada que temer, un gran contrario
Me formaré yo mismo?—No señora.
Hasta aquí su cariño os ha obligado
A quedáros en Tébas: desde ahora,
Quedais por orden mía: este palacio
Será vuestra prisión, mientras decida
De la madre y del hijo el mismo Adrasto.

ARGIA

Está, señor, ya decidido: al punto
Mandadnos á los dos hasta su campo,
Y ciertamente ordenará mi padre
El sitio levantar.

CREÓN

¡Proyecto vano!
De mi poder vuestro hijo nunca sale:
Y... Señora... temblad.—O vuelve á Argos
Vuestro irritado padre, ó mi venganza
Será digna del nombre de atentado.
No hay medio: ó muero, ó mando: mas mi muerte,
Si es preciso que llegue....—No es del caso
Deciros más: á Eurimedon espero:
Debeis, hasta que os llame, retiraros.—
¡Soldados! Conducid hasta su estancia,

Dirá esta expresión acercándose al bastidor, y llamando á los guardias, que se presentarán al momento en la escena.

Y custodiad á esa mujer.

ARGIA

¡Malvado!
¿Será que todavía horrores nuevos
Meditareis furioso?—¡Hijo adorado!—
¡Haced, señor, siquiera que lo vea!—
¿Adonde, sin mi beso y mis abrazos,
Gemirá desde ayer? ¡Oh Dios!

CREÓN

Vinieron
Desde ayer vuestras tropas á sitiarnos.

ARGIA

Pero un niño, Creón, que apenas sabe
A quien debe la vida, ni...

CREÓN

Entretanto
Justo es que la altivez y la soberbia
Se vayan á rogar acostumbrando

ARGIA

¡Bárbaro! ¡Yo rogarte!, Argia te insulta;
Quien ruega es una madre: pero ¿cuando
Un corazón feroz ha distinguido....

CREÓN (*á los soldados*)

Llevadla; y que ninguno en mi palacio
Se atreva á hablarla sin una orden mía.

Las guardias conducen á Argía, que hará algunos esfuerzos por permanecer. En los momentos mismos en que Argia desocupa la escena, se presenta en ella Eurimedon.

ESCENA II

CREÓN, EURIMEDON

CREÓN

Eurimedon, ha tiempo que te aguardo.

EURIMEDON

Vuestro servicio é interés me tienen
Lejos de vos, Señor, tiempo más largo
Del que quisiera yo.—¿Argia irá presa?

Hará esta pregunta como quien habla consigo mismo; pero de modo que lo escuche Creón.

CREÓN

Lo sabrás. Dime ahora ¿has observado,
Desde que yo me retiré del muro,
Y la noche llegó, si los argianos
Han movido su campo?

EURIMEDON

Ya habeis visto
Que de los puestos que hoy han ocupado
No pueden ofendernos, ni es posible
Que alcancen nuestras flechas á dañarlos.
Señor, el enemigo no parece
Que en combatir se empeña: los soldados,
Enclavando sus lanzas en la tierra,
Descansaban inmóviles. Periandro,
A favor de las sombras de la noche,
Ha salido del muro con sus bravos,
Y al enemigo hasta que vuelva el día,
Celoso observará.

CREÓN

Tal vez tratados
Me querrán proponer. Yo nada temo,

Eurimedon, de los soldados de Argos:
Los míos son bastantes y atrevidos:
Pero el pueblo de Tébas, ya cansado
De horrores y de sangre, en esta guerra
Puede al fin revelarse contra su amo,
Y, sacudiendo sedicioso el yugo,
A los proyectos cooperar de Adrasto.

EURIMEDON

Señor, al pueblo se intimida: es hecho
Para temblar y obedecer callando.
Semejante á las fieras, sus furores
Contra el que lo domó nunca estallaron.
Siempre enemigo fué de quien le teme,
De quien sabe oprimirlo siempre esclavo.

CREÓN

Eurimedon, tú sólo en toda Tébas
Eres el hombre á quien mi amigo llamo
Y á quien lo creo tal. No me alucino:
El pueblo me aborrece; y si dejamos
Que, en el trastorno que la guerra causa,
Encuentre la ocasión de demostrarlo,
Puede perderse todo. El obedece,
Pero murmura en el silencio. ¡Cuanto
Me costó contenerlo, cuando puse
La red en que cayeron los hermanos
Polinicio y Etéocles! El primero
Era el amor del pueblo, en que mil bandos
Se armaban ya por él, á no haber sido
Que supe con mi astucia sujetarlo
Y alucinar á todos, encubriendo
Los planes que á tí solo se confiaron.
Ellos murieron; y al subir al trono
Fué necesario, y justo nuevos lazos
A Antigona tender, y el pueblo todo
Se anegó por su muerte en nuevo llanto.
Yo sé exponerme, pero no sin causa;

Y la que contra Tébas trae Adrasto
Es la de Polinicio. Ya he resuelto
Más bien que combatir, que los tratados
Nos vuelvan á la paz; como no exijan
Que entregue al hijo de Argia. En este caso,
Moriré, morirás, morirán ellos,
Todos perecerán; pero del mando
Descenderé á morir como he vivido,
Vengantivo, implacable; y arrastrando
Todos mis enemigos á mi tumba,
Contento entonces al sepulcro bajo.

EURIMEDON

Nada debeis temer.

CREÓN

Yo nada temo.
Quien hizo por el trono, hasta ocuparlo,
Lo que ha hecho Creón, por conservarse,
Todo atropellará si es necesario

EURIMEDON

Obedeceros es mi sola gloria.
Me llamais vuestro amigo, y soy soldado.
Os lo digo señor, porque es preciso
Combatir y vencer. Bien sé que Adrasto,
Si Argia y su hijo se le entregan, luego
Pondrá fin á la guerra que ha empezado:
Pero ni vos podreis volverle el nieto,
Ni Adrasto pasará por un tratado
Que no tenga por base aquesta entrega.
Lo repito; lidiemos y venzamos.

CREÓN

Si no hay remedio, correrá la sangre;
Pero yo, Eurimedon, he imaginado
Una astucia que puede conducirnos

A la paz y reposo, conservando
Ese niño que causa mis alarmas,
Y á Adrasto al mismo tiempo alucinado.

EURIMEDON

Siendo así, practicad el pensamiento:

CREÓN

Si: porque, aunque quisiera, guerreando,
Vengarme de ese rey, con todo, debo
No exponerme al furor de mis vasallos.
¡Ay amigo! No siempre son los reyes
Lo que quisieran ser.

EURIMEDON

Pero entretanto
¿Os puedo yo servir en el proyecto
Que meditais? ¿Cuál es?

CREÓN

Bastante extraño
¿Creerias que, en mi edad y en mi carácter
De un himeneo en el estrecho lazo
Pienso hallar mi salud, y hacer que sea
Mi aliado el sitiador?

EURIMEDON

¡Cómo! Explicaos
¿De quién quereis ser el esposo?

CREÓN

De Argia.

EURIMEDON

No os entiendo, Señor.

CREÓN

Escucha.—Adrasto
No tiene tanta fuerza, que confie
En ella sola para el resultado
Feliz de su campaña; y, si ha venido,
Es, menos por confianza en sus soldados,
Que por causar la sedición en Tébas.
Por otra parte, yo sé bien que basto
Con mi tropa á destruirlo; mas mi tropa,
Empleada en contener al populacho,
No debe distraerse, y exponerme,
Al menos á morir sin ser vengado.
En la pasada guerra la fortuna
Me arrebató mis hijos; pero al cabo
Me senté sobre el trono, y mi grandeza
No me dejó lugar para mi llanto.
Casándome con Argia hago heredero
A su hijo de este trono; y si á ocuparlo
Llega cuando yo muera, es porque quise,
Pero no porque nadie me ha forzado.
A bien que, muerto yo, muere conmigo
Esta frenética ambición de mando.

EURIMEDON

¿Y Argia, señor, consentirá? La altiva
Viuda de Polinicio, que vengado
Nunca creerá bastante el menosprecio
Que hicisteis del cadáver de su amado,
Ni las astucias vuestras, que lo hicieron
Descender á la tumba con su hermano.

CREÓN

Argia consentirá. La alternativa
Será la muerte, ó aceptar mi mano.
Además, ella sabe que su padre,
No está muy abundante de soldados,
Y educar para rey un hijo suyo
Es sobrada venganza de su agravio.

EURIMEDON

Y en el caso que Argia (porque es joven)
Os llegue á dar un hijo, ¿vos acaso
Consentiréis que reine el de otro padre,
Y de un padre, señor, que odiásteis tanto?

CREÓN

¡Ah! No, amigo: eso no. Si tal sucede,
Un veneno, un puñal bien disfrazado,
Una red que se tienda, el tiempo mismo
Nos dará la ocasión de libertarnos
De quien ya entonces heredar no debe.
El peligro es de hoy; y si el tratado
Cimenta la amistad y la confianza
Entre ambos reyes, el de Tebas y Argos,
Mañana seré fuerte; el pueblo mismo,
De quien recelo ahora, alucinado,
Justo me llamará; y humilde y ciego,
De quien yo nombre rey será el esclavo.
Este es mi plan, Eurimedon. ¿Qué dices?
Tan solo á consultarlo te he llamado.

EURIMEDON

Es muy digno de un rey: y sobre todo
¿Qué se pierde, señor, con intentarlo?
Si no surte el efecto...

CREÓN

Entonces Argia
Y su hijo morirán; y contra Adrasto,
Y contra el pueblo pelearemos todos,
Y, si yo muero, moriré vengado.
Viéndolos perecer, aunque perezca.

EURIMEDON

Ya os he dicho, señor, que soy soldado,
Que os amo, y que...

CREÓN

Lo sé. Argia está presa,
Porque no convenía en mi palacio
Dejarla libre, desde que han venido
De su padre las tropas á sitiarnos:
Pero libre estará, si entra en los planes
Que con mis intereses ha acordado.
Vuela á su estancia, empieza á prepararla,
Dile que mis enojos han cambiado,
Que he pensado en su suerte y en la mía,
Permítele de su hijo los abrazos,
Dile que amo la paz, mas mis recelos
Ten cuidado á su vista de ocultarlos;
Y que luego me espere en este sitio.
No le descubras todo el plan.

EURIMEDON

Ya parto.

ESCENA III

CREÓN *(solo)*

O consiente la altiva en este enlace,
O el venidero sol alumbra estragos
Que jamás alumbró.—Bajar del sólio
Es peor que morir.—Voy entretanto
A recorrer los muros.—Madre é hijo
En mi poder están: puedo acabarlos
En un instante, y el tomar á Tébas
No es obra de otro instante. ¡Argia! ¡Lisandro!
Muy pronto se decide vuestra suerte;
Y viviréis ó moriréis entrambos,
Según lo dicte el interés del trono,
Según yo quiera desplegar mi labio.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ARGIA *(sola)*

¡Qué extraña novedad! Apenas puedo
Volver de mi sorpresa!—¡Mitigada
La furia de Creón!—¿Será posible?
A nombre suyo Eurimedon me hablaba
De paz y de amistad; y el hijo mío...
¡Lisandro de mi amor! ¡Ah! ¡Cómo el alma
Se ha gozado en tus besos! y tu rostro
¡Cómo mi llanto maternal bañaba!
¿Qué benéfica mano de repente
Me ha dado este consuelo en mi desgracia?
Pero... ¿podré dudarlo? A los temores
De Creón es debida esta mudanza.
Las armas de mi padre habrán logrado
Sobre las suyas la primer ventaja;
Se acercará el peligro, y ¿qué tirano
A vista del peligro no desmaya?
El temor en Creón hace las veces
De justicia y piedad. Ya que no bastan
Su poder y su astucia á los designios
De su loca ambición y su venganza,
Quiere que le agradezcan por favores
Lo que es necesidad; pero se engaña;
Que él mismo me ha enseñado á que conozca,
Todas sus artes, y el doblez de su alma.
Pero yo me arrebato. No me trajo
A la execranda Tébas la esperanza
De alzar al hijo mío sobre un trono
De que el cielo jamás el rayo aparta.
De Antigóna al llamado vine oculta,
Para llevarme las cenizas caras

De su hermano y mi esposo, y conocerla,
Porque supo querer á quien yo amaba.
¡Ay! ¡Que no la abracé!—¡Ni pude en mi hijo
La imágen de su hermano presentarla!
Creón me descubrió: déjeme ahora
Salir de Tébas, y partir cargada
Del peso suave de la helada urna
Que los despojos de mi amado guarda:
Déjeme conducir el tierno fruto,
De mi infeliz amor, y nunca Argia
Le llamará tirano, nunca Adrasto
Ya contra Tébas volverá sus armas.
Sí, Creón, vive y reina; y mi Lisandro
Solo me ayuda en mi tranquila patria
A llorar á su padre. Si los cielos
Lo hicieron para rey, Argos lo aguarda
Con un trono de paz, después que aprenda
De Adrasto las virtudes del que manda.
¡En qué ansiedad estoy!—Nadie parece.

Mirando afuera como atemorizada.

No veo en todas partes mas que guardias.
Creón me hace esperarlo en este sitio;
Pero ya que no viene, y á la estancia
Puedo volver de mi hijo...—¡Qué silencio!
El palacio esta noche la morada
Parece de los muertos.—De repente
Yo no sé que temor mi pecho asalta;
Y el corazón...—¡Oh Dios!...—Alguno viene.

Se retirará sobresaltada al fondo del teatro.

ESCENA II

Creón dirá los cinco primeros versos de esta escena sin ver á Argia: hasta que reparando en ella, le dirige la palabra.

CREÓN—ARGIA

CREÓN

Cual si no hubiera guerra, todo càlla.
No parece esta noche precursora

De los sucesos que la luz aguardan.
Siempre entre las tinieblas espantosas
Las catástrofes grandes se preparan.
  Demasiado tal vez en este sitio
Os hice Argia, esperar; pero la causa
Os es tan conocida como justa,
Y no lo extrañaréis.

ARGIA

Vuestra tardanza
No es lo que extraño ciertamente; veo
Los motivos que sobran á excusarla.

CREÓN

Si ellos no fueran tantos y tan fuertes,
Tiempo ha que á vuestro lado me encontrára,
Porque nunca he deseado como ahora,
Por su propio interés, hablar con Argia.

ARGIA

Argia no tiene otro interés que su hijo.

CREÓN

Pero en las circunstancias en que se halla,
Ese interés alguna cosa tiene
De común con Creón.

ARGIA

¿Es arrogancia,
O desprecio por mi lo que os induce
A recordar, Creón, la inícua causa
Que produjo el efecto de que tenga
Algo común con vos el hijo de Argia?

CREÓN

No es arrogancia ni desprecio. Acaso
Pensásteis que esta noche se os pasára

Sin gozar las caricias de Lisandro;
Y Eurimedón, por mi orden, á gozarlas,
Sin que vos lo esperárais, os condujo.
¿Nada os dice, señora, esta mudanza?
Que el efecto produzca tan siquiera
De que escucheis ahora mis palabras
Con menos prevención: que un breve rato
De los resentimientos olvidada,
Conozcais que la cólera no siempre
Mis otros sentimientos avasalla;
Que también la razón mis pasos guia,
Y la justicia en mis acciones manda.

ARGIA

Difícil es, Creón; pero tal triunfo
¿Quién podrá celebrarlo mas que Argia?

CREÓN

No lo extrañeis, señora. Un rey, que mira
Que otro rey una guerra le declara
Con precipitación, y que sus tropas,
Invadiendo de pronto sus comarcas,
Asédian su ciudad, cede por fuerza
Al impulso primero de su saña.
Mi conducta con vos ha sido efecto
De una causa tan grave

ARGIA

Aun se ignoraban
En Tébas los proyectos de mi padre.
Ni teniais temor de que sus armas
A amenazar viniesen vuestros muros,
De repente inundando las campañas,
Cuando vuestro rencor, no satisfecho
Con ejercer su bárbara venganza
Hasta en las sombras que á la Estigia fueron,
En un infante tierno se cebaba.
No es un sitio de ayer, no es ésta guerra

La que hace en vuestro pecho hervir la rabia
Al contrario; esa rabia envejecida
Es de tan justa guerra infame causa.

CREÓN

¿Y porque me insultais? ¿Será, señora,
Que nunca deis oído á mis palabras,
Y prefirais el insultarme siempre
Al placer de que acaben las desgracias
Que pesan sobre vos y vuestro hijo?
¿Creón es inmutable? ¿Y sus entrañas
Ya no podrán á la piedad abrirse?

ARGIA

Vuestra alma está al delito acostumbrada,
Y la senda del crimen arraigado
No se abandona en un instante.

CREÓN

Basta:
Si es que no puedo, según vos, mudarme,
Seré lo que hasta aqui; sereis mi esclava,
Vuestro hijo gemirá mas que ha gemido,
Ni lo vereis ya más.

ARGIA

No me acobardan
Unos furores, que, en el caso vuestro,
La desesperación tal vez arranca,
Y ya tocan su fin.

CREÓN

Es excesiva,
Pero es bastante vana la confianza
Que teneis en Adrasto y en sus tropas.
Ya poco tiempo para el día falta,
Y no vendrá otra noche, sin que muera

Para siempre jamás esa esperanza.
Yo quería evitar á mis vasallos
El prodigar su sangre, á vuestra patria
Funerales sin fin, al hijo vuestro
La esclavitud en que al presente se halla,
Y, sobre todo, hacer que á vuestro lado
Siempre fuera feliz. ¿No quiere Argia
Mas que horrores y muertes? Bien! Que sea:
Pero no me atribuya sus desgracias.

ARGIA

¿Ociosas todavia en esta guerra,
No se han desenvainado las espadas?

CREÓN

No se han desenvainado; pero pronto
Se ha de ver en qué sangre están bañadas;
Y, derrotado Adrasto, tiemblen todos
Los que de Adrasto en mi palacio se hallan.

ARGIA

¿Y proponeis la paz?

CREÓN

No la propongo:
La recibo, la doy, cual más os plazca;
Porque tan solo en vuestra mano dejo
El que haya medio ó no de celebrarla.

ARGIA

Si me volveis mi hijo...

CREÓN

Mas os vuelvo,
Pues con un padre os lo presento.

ARGIA

¡ Ay, Argia!
¡Con un padre! ¡Callad! ¡Oh, Polinicio!
¡Temprana sombra! ¿Dónde estás? La cara
Prenda de nuestro amor infortunado,
¿Qué otro padre que tú...¡Creón!...ya basta:
Despedazad mi corazón, y nunca,
Hablando de Lisandro, la palabra
De padre pronunciéis.

CREÓN

Con un amigo
Os lo vuelvo á lo menos, que lo haga
Saber amarme, y aun reinar un dia.

ARGIA

¡Amaros! ¡A Creón! ¡El hijo de Argia!

CREÓN

Si no me llega á amar, sabrá siquiera
Que, pudiendo haber hecho su desgracia
Larga como mi vida, generoso,
Aun hice más de lo que se deseaba:
Que su fortuna preferí y la vuestra
Á la gloria tan fácil como vana
De vencer á quien vino á libertaros;
Y que lo hice feliz, cuando...

ARGIA

¿Se engañan
Mis oídos, Creón? ¿Que dios ha sido
Capaz de obrar en vos tanta mudanza?

CREÓN

Os pido, Argia, hasta os ruego, que tranquila
Me escucheis un momento.—Las alianzas

Que forma el himeneo entre los reyes,
Son efecto común de lo que llaman
Razón de estado, ó interés del trono;
Pero se forman, y una vez formadas,
Se cimienta la paz, y los esposos,
Conociéndose bien, al cabo se aman.
Lisandro en Tébas será rey un dia.
Creón lo jura por su vida, si Argia
El lazo forma con que al juramento
Mi voluntad por siempre quede atada.
Himeneo y la paz bajen á Tébas.
Señora...—esta es mi mano...—ó aceptadla,
O no me atribuyais...

ARGIA

Recién conozco,
Si, conozco recién que en algo iguala
Al bárbaro Creón esta infelice.
?A que es posible comparar la rabia
Que tu insultante audacia me ha causado,
Sinó á la que emponzoña tus entrañas?
¡Hombre de fierro!—¿Quién te ha sugerido
Ese género nuevo de venganza?
Nunca me ví mas humillada...nunca
Mas insano furor...Dáme esa espada,
Verás como tu sangre de veneno
Por una mano débil se derrama.
Yo moriré después; porque la afrenta
De haber sido el objeto en que fijáras
Tu pensamiento infame...¡Oh Dios! ¿Cual furia,
De los hondos infiernos ha lanzado,
La crueldad inaudita te ha inspirado
De hablar asi conmigo? ¿Con que Argia
No te era conocida?

CREÓN

Pues por eso
Os quiero hacer mi esposa. No me engaña

Una altivez que no teneis. Conozco
Que á no ser por las vanas esperanzas
Que fundais en Adrasto, de mi lecho
El honor...

ARGIA

No prosigas: y si tu alma
En humillarme, bárbaro, se goza,
No lograrás tal triunfo.

Argia quiere partir con precipitación; Creón la detiene, y la fuerza á permanecer.

CREON

Esa arrogancia
Merecía humillarse ciertamente:
Pero Creón os honra, cuando baja
Su pensamiento á vos.

ARGIA

¿A quién podria
Honrar jamás Creón sino á quien mata?
Aquel que no sufrais sobre la tierra,
¿Que prueba de virtud dará mas clara?

CREON

Sabeis que la venganza está en mi mano,
Pero que contra vos no quiero usarla;
Por eso me insultais: sois la primera
Que impunemente á quien hablais agravia.
¿A que nombrar la muerte?—Yo, señora,
Hacer de Argos y Tébas esperaba
La mansión de la paz y de la vida.
En vuestra mano está. No hagais que parta
La primer flecha; volará y tras ella
Mil muertes volarán, y vuestra patria
Será una inmensa tumba, á la memoria
De los héroes de Argos levantada.

Pensadlo bien, señora: el himeneo
Trae la oliva en su mano

ARGIA

Las entrañas
De la tierra se abren, y el infierno
Es quien sus furias implacables manda
A presidir de Tébas los destinos.
Esa lengua, Creón, ¿como profana
El nombre de himeneo, que algún dia
De Polinicio el alma con mi alma
Unió enlazada tan estrecha y fuerte,
Que ni tus iras á romperla bastan?

CREON

Polinicio en las sombras de la muerte
Está tranquilo, ni se cura de Argia.

ARGIA

No manches su memoria con nombrar
¡Ah! ¿No temblais, Creón? En esta sala
Se consumó el horrendo fratricidio,
Preparado por vos: en esta sala
Me parece que miro de repente
Que el frígido esqueleto se levanta,
Y con ira que solo entre las sombras
Puede engendrarse tal, su hijo, y Argia.
¿No lo mirais, Creón. Vuestra perfidia,
Y no el valor de Eteócles la morada
De la muerte le abrió.

CREON

Siempre la muerte
En vuestro labio está. No quiero darla.
Y pareceis desear que yo consienta
En los campos de Ádrasto en derramarla.
Un esposo llorais; se acerca el dia;

Y, si no consentis en nuestra alianza
Un padre llorareis, porque ¿que espera
Sino la muerte en desigual batalla?

ARGIA

¡Quien! ¡Mi padre la muerte!—¡Dios! No escuches
El voto de un malvado. Desolada
Estoy bastante ya.

CREON

Pues al momento,
Señora, consentid, y tal alianza
Vuestro padre autorize. Algunas horas,
Con Lisandro en delicias anegada,
Habeis pasado en esta noche: muchas
Y nunca interrumpidas, os aguardan.
Si el furor deponeis, que igual al mío
Vos misma habeis llamado. Yo, sin causa
Tan justa como vos, olvido todo.
¿Será que nunca os olvideis de nada?

ARGIA

¿Y vos, que mereceis? ¡Traidor! ¡Impío!
Mientras á mi Lisandro acariciaba,
Tal vez sentí por vos menos desprecio:
Llenaba toda la existencia de Argia
El amor maternal, y aquel momento
Hasta odiar á Creón se me olvidaba.
¡Ay, hijo! ¿Quién creyera que el malvado
Hacer de tus caricias intentára,
Por un refinamiento de perfidia,
El inaudito precio de mi infamia?

CREON

Basta de insultos, me degrado
En toleraros más: mi lengua calla
Lo que os hará temblar quizá bien presto:

Mas mi furor es tal, que quiere pausas
Para cobrar mas fuerza, y prontamente
Con encono mayor volver al alma.
¡Agenor! Tus soldados.

Dirá esto, acercándose al bastidor, y llamando al oficial y guardias, que se presentarán inmediatamente en la escena. El teatro se empezará á iluminar como si rayara el día, y progresivamente se aumentará la luz, hasta que al fin del acto quede del todo claro.

ARGIA

Argia empieza
Recién á aborreceros.

CREÓN *(al oficial)*

En su estancia
Con el mayor rigor que quede presa;
Quítale el hijo, y cuida con tu guardia
De que jamás lo escuche ni lo vea.
Aprende á conocerme, temerária,
Y tiembla por tu hijo, y por...

ARGIA

Mi hijo
En mi prisión, Creón...

CREÓN (*á los soldados*)

Arrebatadla.

Los guardias arrebatan á Argía.

ESCENA III

CREÓN (*solo*)

La aurora ya se muestra en el oriente.
¡Oh tú, dia de horror que te levantas!

¿A quién serás funesto? Mas ¡que digo!
A mi solo jamás. Si los monarcas,
Como se dicen dueños de sus pueblos,
Lo fuesen en verdad, no hubiera de Argia
Sufrido tanto insulto, ni humillado
Se viera mi furor. ¡Oh! ¡Si mi espada
De cuantos sediciosos hay en Tébas
Pudiera el pecho atravesar! Sus tramas
Encubren los traidores: si me fuera
Posible en un momento destrozarlas,
¿Qué sería de Adrasto? ¿Qué sería
De esa mujer altiva y su esperanza?
¡Esperanza! ¿Cuál es?—A mi palacio
¿Qué pueblo puede entrar á libertarla,
Qué ejército que venga desde Argos,
Sin dejar un momento á mi venganza?
¡Y no reinaré más ¡Oh! Sí.—¡Quien sabe
Si son acaso mis sospechas vanas!

ESCENA IV

CREÓN—EURIMEDON

CREÓN

Eurimedon ¿qué dices?

EURIMEDON

En el cielo
El resplandor del sol recien rayaba,
Cuando del campo regresó Periandro.
El ejército de Argos no se avanza
A los muros aún: nuestras legiones
Los cubren y defienden, preparadas
A que ningún argiano las insulte,
Y ardiendo ya en la sed de la matanza
Pero sabréis bien pronto si á esta guerra
Ponen fin los tratados ó las armas.

CREON

¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

EURIMEDON

El mismo Adrasto,
Sin broquel, sin espada, sin sus guardias,
Y la oliva en la diestra levantando,
Hasta el pié se acercó de las murallas.
Desde allí pudo hablarme: en sus acciones,
En su rostro, y en todas sus palabras
El deseo de paz no más se muestra.

CREON

Entonces está débil.—Nuestras armas
¿No pudieran batirlo en el momento,
Y enseñarle á su costa á respetarlas?

EURIMEDON

Fácil fuera tal vez: pero... es preciso
Que os lo diga, señor.—La desconfianza
Que en el pueblo teneis, quizá es más justa
De lo que habeis creído.

CREON

¡El pueblo! Acaba.

EURIMEDON

Al rumor prontamente divulgado
De que el rey enemigo se acercaba
Con señales de paz, en nuestras calles,
En nuestros templos y en las anchas plazas
El pueblo se reunía, y muchas voces
De *paz*, de *libertad*, se levantaban.
Isménio con su gente los tumultos
Logró al fin disipar, y hacer que...

CREON

Basta.
Y qué!—¿Ese pueblo infame no ha sufrido
Los crímenes de todos sus monarcas?
¿Por qué condena mi justicia ahora?
¿O está sujeto al pueblo quien lo manda?
Habla: ¿Qué quiere Adrasto?

EURIMEDON

Para él solo
De Tébas pide que las puertas se abran;
Que anhela por hablaros; y ha jurado
Por la vida de Argia que sus armas,
Si se quiere escuchar á la justicia,
No habrán de derramar sangre tebana.

CREON

¿Por la vida de Argia?—Poco hace
Que, como nunca, conmovió mi rabia.

EURIMEDON

¡Qué!—¿Prefiere la muerte á vuestra mano
Esa mujer frenética, insensata?
Bien lo temía yo.

CREON

No me dió tiempo
Mi furor con la muerte á amenazarla.
¡Oh pueblo! ¡pueblo vil!—¿Con que tú solo,
A mi pesar refrenas mis venganzas?
¿Con que yo, que ni al cielo temería
Si no fuera por tí, hasta á la infamia,
Hasta la astucia baja he de humillarme,
Por evitar la guerra, de hacer que Argia
Me oíga ofrecer mi mano, y la desprecie?
¡Oh pueblo! ¡A lo que fuerzas á un monarca!
¡Oh ambición de mandar! ¡A lo que obligas
A quien no quiere vida, si no manda!

EURIMEDON

Nada debeis temer: vuestros soldados...

CREON

Antes que muera yo, matarán á Argia.
Por la puerta Emoloides que entre Adrasto;
Y que Periandro, con la fuerza armada
Que le obedece, sobre el pueblo vele.

ESCENA V

CREÓN *(solo)*

Voy á ver entre tanto si descansa
Mi espíritu un momento; mas mis iras
¡Oh furias infernales! aumentadlas.

ACTO TERCERO

ESCENA I

CREÓN *(solo)*

El valor de Periandro es conocido,
Y su lealtad también: no temo al pueblo,
Mientras que su legión incontrastable
Se ocupe solamente en contenerlo.
Mas, si en el caso de un combate, al muro
No va toda mi fuerza...¡Oh duda! ¡Oh cielo!

Si hicísteis á Creón tan ambicioso,
¿Por qué no permitís que sus deseos
Se cumplan sin obstáculo? A oponerse
Si llega el universo á mis proyectos,
¿Por qué no tiene para mi venganza
Una sola cabeza el universo?
¡Yo habré de recibir en mi palacio
A quien me insulta! ¡Oh furia!

ESCENA II

CREÓN—EURIMEDON

EURIMEDON

A Adrasto dejo
En el salón de los embajadores;
Allí os espera, y á anunciarlo vengo.

CREÓN

¿Solo ha venido?

EURIMEDON

Solo.

CREÓN

¡Nuevo insulto!
¡Creón ya no es temible!—¿O habrá un medio
Que un rey estime vil, como lo vengue,
Y á quien quiera perder pueda perderlo?

EURIMEDON

¡Señor! Me atrevería á aconsejaros
Que lo escucheis tranquilo. Siempre hay tiempo
Para ejercer venganzas que son justas.

CREÓN

Bien. Ven con él aqui.

EURIMEDON

Ya os obedezco

ESCENA III

CREÓN *(solo)*

Siempre hay tiempo; es verdad. Mas que á mi furia
Cederé á mi interés este momento.
A Adrasto escucharé; pero si Adrasto
Librar piensa ese niño, que aborrezco,
De mi poder, no hay paz; y si los dioses
Me desamparan, llamaré al infierno. (1)
Creo nadar en sangre en mi palacio:
Mas la mía. ¡Que rabia! ¡Oh pueblo! ¡Oh pueblo!

ESCENA IV

CREÓN, ADRASTO, EURIMEDON

EURIMEDON

Os presento, señor, al rey de Argos.

CREÓN *(á Eurimedon)*

Retírate á los muros. El ejército
Es sobrado á cubrirlos: una parte
Que descanse, y la otra observe de ellos
El enemigo campo, y si sucede
Haber un movimiento, vuelve luego.

(1) Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo-Virg.

ESCENA V

CREÓN—ADRASTO

ADRASTO

Nada sucederá: no jura en vano
El rey de Argos jamás. Ese guerrero
Que acaba de partir en este instante,
Sabe ya cuales son mis sentimientos;
Y que, entre el aparato de las armas,
El deseo de paz reina en mi pecho.

CREÓN

¡El deseo de paz! ¿Con fuerza armada
Se solicitan paces?

ADRASTO

El acero
Que empuñan mis soldados, no se tiñe
Sino en sangre de injustos. El derecho
De la justicia y la razón se atiende,
Y no creais que la sangre inunde el suelo.

CREÓN

¿Y es injusto Creón? ¿Es necesario
Para que reconozca esos derechos,
Con la espada en la mano reclamarlos?
¿O venis á insultarme, aqui en el centro
De mi poder? ¿En medio de mis guardias?
¿En un palacio de que yo soy dueño,
Y en el que nadie, sin que tiemble, pisa?
Que su perjuro hermano le usurpaba,
Y del que era mas digno que el protervo
Yo vine á sostener de Polinicio
Los derechos hollados: quiso el cielo
Que él y Eteócles murieran; y mi patria

Me miró regresar de asombro lleno,
Pues Tébas en vergüenza de la Grecia,
Fué escándalo de todo el universo.
Desde entonces reinais.

CREÓN

Esa palabra,
Esa última palabra, que, queriendo
Acaso contenerla, os ha arrancado
La imperiosa vehemencia del deseo,
Justifican bastante la conducta
Que ha observado Creón con vuestro nieto.
Si; desde entonces reino; ni es Adrasto
Quien debe preguntar con que derecho.
Si es que lo tuve ó no cuando mi mano
Con sobrada justicia empuñó el cetro.
Ahora, que me siento sobre el trono,
¿Quién podrá disputármelo? Por eso
Á Lisandro detuve, cuando vino
Argia con él aqui. Si era heredero
Del trono que yo ocupo, los delitos
De su padre infeliz, que en él cayeron;
De todos sus derechos lo privaron.
Tébas detesta al hijo de un perverso,
Que trajo alguna vez contra su patria
Las armas de los reyes extranjeros.
Yo, por bien del estado, no he querido
Libertar á Lisandro; mas, supuesto
Que amais la paz y vuestras intenciones
Se conforman en esto á mis deseos;
Entrad por un tratado que yo mismo
Os iba á proponer: este secreto
Ya es conocido de Argia, y de otro modo
No será rey Lisandro en ningún tiempo.

ADRASTO

¿Qué secreto? ¿Que rey? Creón bien sabe
Que del trono que ocupa el heredero

Es Lisandro, y no más; y yo le juro
Que si en Tébas con crímenes tan feos
No se manchase el solio, mis soldados
Harían devolvérselo á su dueño.
Pero no es esto lo que Adrasto quiere;
Porque ama mucho á su inocente nieto,
Para sentarlo nunca bajo el filo
De un cuchillo invisible y justiciero.
En Argos reinará, y...

CREÓN

En vano Adrasto.
Por librarlo de mi, finge pretextos.

ADRASTO

Si como tiene fuerza, no tuviera,
No se humillara Adrasto al fingimiento.

CREÓN

El camino de Tébas por dos veces
Han conocido ya vuestros guerreros;
Y Creón es prudente.

ADRASTO

Pero nunca
Sabrá que yo he faltado á un juramento.

CREÓN

Los reyes juran hoy, pero mañana....

ADRASTO

¡Los reyes! No, Creón. ¿Con más respeto
No os tratáis á vos mismo?

CREÓN

Nunca puede
Responder un monarca de sucesos.

ADRASTO

No digo de Creón, del universo
Un monarca legítimo no tiembla.

CREÓN

¿Qué me quieres decir? Pero.... al momento
Explicaos. ¿Qué buscais?

ADRASTO

Bien conocidas
Os son mis pretensiones hace tiempo
Tres veces desde Argos han venido
Mis enviados á Tébas: si con ellos
Me hubieseis vuelto á mi hija y á Lisandro,
Sin llenarlos de insultos y desprecios,
No me hubierais forzado á que sitiasen
La mal segura Tébas mis guerreros.
Yo siempre amé la paz: quizá he sufrido
Más de lo que debí; pero yo aprecio
La vida de los hombres sobre el vano
Orgullo que se adquiere con el cetro;
Y aunque siempre están prontos mis vasallos
A ofrecerme su sangre, la respeto.
Pero, Creón, soy padre y soy monarca:
De títulos tan grandes, el primero
Es para mí muy santo, y reputado
Como el mayor favor que debo al cielo.
Mi dignidad de rey habeis hollado
En mis embajadores; y, sintiendo
Que ya no hay otro medio que la fuerza
Para hacer respetar tantos derechos,
Me valí de la fuerza. Argia y Lisandro
Salgan de su penoso cautiverio;
Vuelvan á mi poder, y mis legiones
El regresar en paz hasta mi reino
Preferirán á la ominosa gloria
De marchar vencedoras sobre muertos.

Esta es mi pretensión. Argia y su hijo
Que sean de la paz el digno precio.
Á bien, Creón, que nada solicito
Que no me lo debáis; y olvido excesos
De que acaso pudiera, y aun debiera,
Tomar justa venganza, y no me vengo.
Ya sabeis todo: ó elegid las paces,
Que, á fuer de soberano, aquí os ofrezco,
Ó temed altamente los enojos
De un ofendido padre, á quien el cielo
Proteje en su justicia, y cuyas iras
Sabrán medirse por su amor paterno.

CREÓN

Esas iras, Adrasto, ni son justas,
Ni alarman á Creón. Ha mucho tiempo
Que Argia estuviera en Argos, si ella misma
No prefiriese Tébas á ese reino.
El objeto que trajo en su venida
Fué el de llevar los despreciables restos
De su bárbaro esposo, que la espada
Se atrevió á hundir en el fraterno pecho.
Yo se los entregué....

ADRASTO

No de ese modo
Debeis hablar conmigo. Bien sabemos
La causa de ese doble fratricidio,
Y quien lo preparó, con cual objeto.
¡Creón! Bastante os digo. Esas cenizas,
Que llamais despreciables, hasta el cielo
Piden venganza aún; y acaso, acaso
Hay en la tierra quien escuche el eco.

CREÓN

¡Sereis vos ciertamente!

ADRASTO

Tal vez sea;
Pero Creón, en este instante hablemos
Como de rey á rey; como lo exijen
La paz, mi dignidad, mi honor, y.... el vuestro.
Usad de este lenguaje; que sin duda
No sereis vos quien perdereis en ello.

CREÓN

¿Fundais tanta arrogancia en que no es esta
La primer vez que Tébas un asedio
Ha sufrido por vos? ¡Bastante caro
Le costó ese socorro á vuestro yerno!

ADRASTO

A todos les costó; que el justo á veces
En la ruina se envuelve del perverso.
No era hecho Polinicio para el crimen,
Ni fué crimen en él pedir un cetro
Que el tiempo y la política conducen;
Ni basta el juramento á detenerlos.

ADRASTO

El tiempo y la política son nada
Para un hombre de fé, para un rey menos.

CREÓN

Pero vos habeis dicho que á mi trono
Nadie con más razón tiene derecho
Que Lisandro.

ADRASTO

Y lo digo.

CREÓN

Y eso basta.
Para que nunca salga de mi reino.

Sobre todo, el tratado que propongo
Disipa desconfianzas, y el cimiento
Hechará de una paz firme y estable.
En vuestra mano está.

ADRASTO

Si no envilezco
Mi gloria; y de Argia y de Lisandro rompo
La pesada cadena, proponedlo.

CREÓN

No os envilecerá: veréis al cabo
Que, en el poder y rango que poséo,
Conozco que la paz es sobre todo.
¡Así llegáseis vos á conocerlo!
¡Agenor. Que venga Argia. No le digas

Se acercará al bastidor y llamar á Agenor, y este oficial se presentará en el momento en la escena.

Que está su padre aquí; que su contento
Quiero aumentar con la sorpresa.

Se va Agenor.

ADRASTO

¿A mi hija
Me permitís que vea? Lo agradezco
No lo solicité, por no exponerme
A vuestra desconfianza ó á un desprecio:
Pero el proyecto....

CREÓN

De su labio mismo
Lo podeis escuchar en el momento
Su inexperiencia, y su dolor acaso
Se lo hacen reprobar; pero, más cuerdo,
Pensad, Adrasto, que, sin él, no hay Argia
Ni paces para vos; que mis guerreros

Ya impacientes están, porque no buscan
Los vuestros en el muro su escarmiento;
Y que Creón será más formidable
Si se une á su ambición un menosprecio
Ahí la teneis.

ESCENA VI

CREÓN—ADRASTO—ARGIA

ARGIA

¿Tal vez para humillarme
De nuevo me llamaís?.... ¡Oh Dios! ¡Qué veo!
¡Vos en Tébas, mi padre!

Argia corre á abrazarse con su padre, y permanecen abrazados mientras Creón díce los dos primeros de los versos que siguen.

ADRASTO

Sí, hija mía.

CREÓN (*aparte*)

Si esta ocasión tan favorable pierdo,
¿Cual otra espera mi venganza? Adrasto,
Quedaos con ella; volverá bien presto.

ESCENA VII

ADRASTO—ARGIA

ARGIA

¿Dónde os hallais?—No sé si me abandone
Al temor ó al placer.—¿Cómo os encuentro
En la mansión del dolo y la venganza?
¿Sois víctima también?—Hablad—¿Qué es esto?

ADRASTO

Vuelve á mi brazos, Argia.—¡Hija querida!
Descarga tus temores en mi pecho
Tranquilízate.

ARGIA

Yo tranquilizarme,
Cuando aquí os miro solo é indefenso!
La perfidia y Creón reinan en Tébas;
¿No lo sabeis, señor?

ADRASTO

Por eso vengo
A libertar á mi hija y á Lisandro
De la perfidia y de Creón: al menos
El malvado esta vez no es un tirano
Pues me deja abrazarte.

ARGIA

¡Y qué! ¿No debo
Esperar mas abrazos de mi padre
Que los que me permita ese perverso?

ADRASTO

Sí; en Argos los tendrás. Ahora es fuerza,
Emplear de otra manera estos momentos,
Y á tu quietud sacrificar las ansias
De estrecharte mil veces en mi seno.

ARGIA

¡A mi quietud!—¡Ah! Si. Con vuestra vista
Puedo al fin mi furor lanzar del pecho.
Y en el vuestro señor, ¿no han rebosado
La indignación, las iras, y el deseo
De una venganza grande?—Habeis podido
La última infamia tolerar sereno?

Una madre, que tiembla por su hijo,
Está expuesta al indigno atrevimiento
Del inicuo que, á fuerza de atentados
Ahogó en su corazón los sentimientos:
Pero un padre, un monarca, un hombre ¿escucha
Tantos insultos sin vengarse luego?
Creón pensó que mi virtud, mi gloria;
Y mi amor maternal tuvieran precio,
Y los quiso comprar: ¿pero á vos mismo
Se ha atrevido, señor, á proponerlo?
¿Sois rey, y lo sufrís?—Soy vuestra hija,
¿Y asi me cubre un vil de vilipendio?
¡La paz! ¿Y qué es la paz siendo comprada
Con mi vergüenza y el oprobio vuestro?
¡Yo, esposa de Creón! ¡Ah! No es posible
Que mi padre consienta....

ADRASTO

No comprendo,
Argia, lo que me dices.

ARGIA

¡Qué! ¿El malvado
Os ha ocultado el criminal proyecto
Que se ha atrevido anoche á revelarme?

ADRASTO

Animado mi pecho del deseo
De ahorrar la sangre y evitar desgracias;
Dejé mi campo; y solo, sin mi acero,
Y sin otra defensa que la oliva,
Me he presentado en Tébas, prometiendo
A su bárbaro rey olvido y paces,
Como quiera entregarme en el momento
A Lisandro y á tí: mas mi designio
Se frusta ciertamente. Me convenzo
De que no hay con tiranos mas tratado

Que humillarse á su yugo como siervos,
O exterminarlos sin piedad. Tu padre
Va á libertar de un monstruo al universo;
El mismo es quien me obliga: no consiente
En que salgais de Tébas, ni yo puedo
Consentir en la paz sin libertaros,
¿Qué tratado propone? Su secreto
Dice que tú lo sabes, y has venido
A confiarme sus planes.

ARGIA

El perverso
Temió arrostrar vuestro furor, y quiere
Que mi labio repita lo que el miedo
En los suyos heló. Para insultaros
Le faltó el inaudito atrevimiento
Que ha tenido conmigo, al proponerme
Mi vergüenza y mi afrenta.

ADRASTO

¿Por qué medios
Piensa lograr la paz?—Habla

ARGIA

Ya he dicho
Cuanto puedo deciros.—¡Ah! ¡En mi lecho
El que causó la muerte de mi esposo!
¡El que hace padecer á mi hijo tierno!
¡El bárbaro Creón!

ADRASTO

¡Argia!

ARGIA

¡Lisandro!
¿Te arrancan de mis brazos porque tengo
Una virtud común? ¿Es heroismo

El mirar con horror este himeneo?
Al grande criminal, grandes virtudes
Lo deben irritar; mas mi desprecio
Es un deber muy fácil de cumplirse,
Ni debe enfurecer hasta el extremo
De mi hijo infeliz....¡Oh padre mío!
Viuda de Polinicio ¿Creeis que puedo
Ser esposa jamás....

ADRASTO

¡Hija! ¿Qué dices?
¿Qué ha intentado Creón?—Yo me averguenzo
¡Esposa tú! ¿De quién?

ARGIA

No quiere paces
El tirano de Tébas á otro precio

ADRASTO

¿Y tú pudiste oirlo? ¿Y tú venganza?
Pero ¿que me detiene, que no vuelo
A encontrar á este monstruo abominable,
Y en su sangre lavar mi vituperio?

ARGIA

Deteneos, señor: solo y sin armas,
De la crueldad y la perfidia en medio,
¿Qué pretendeis hacer?—Volved al campo
Huid de mis abrazos un momento
Por vuestro mismo honor, y con la espada
Entrad de nuevo á Tébas, conduciendo
Inevitable muerte á los malvados,
Y libertad para Argia y vuesto nieto.

ADRASTO

¿Y dónde está Lisandro?

ARGIA

De mis brazos
Lo han arrancado porque no consiento
En este enlace infame. ¡Ah! Libertadnos;
Libertad á Lisandro cuando menos.

ADRASTO

Si: lo juro por tí: jamás Adrasto
Ha faltado á tan grato juramento:
Será completa la venganza mía;
Y, porque sea tal, un breve tiempo
Sofocaré en mi pecho los enojos.

ARGIA

Pero no os expongais: de los guerreros
Dirigid el furor en la batalla,
Mas no lo precedais.—¡Oh dios! Si pierdo....
¡Ah! ¡quién os diera ahora los soldados
Que en ese mismo campo perecieron,
Sosteniendo la causa de mi esposo
Y vengarlo en su muerte no pudieron!

ADRASTO

Pocos me restan, pero son valientes;
Y yo soy padre de Argia.

ARGIA

¿Y habeis vuelto
Sobre la grande Tébas, sin la fuerza
Necesaria á domarla? Señor, tiemblo
Por vuestra suerte y la de mi hijo.—¿Acaso
Ha decretado en su furor el cielo
Que mi esposo, y mi padre, y mi Lisandro
De una misma venganza en corto tiempo
Víctimas han de ser? ¿Y yo infelice
Lo habré de ver, sin perecer primero?

ADRASTO

No temas, hija mía, no hay tirano
Que no se labre él mismo su escarmiento,
Y Creón ya ha llenado la medida
Que tiene la paciencia de los pueblos.
Los feroces ministros de sus crímenes
No bastan en el trono á sostenerlo;
Y....

ARGIA

¿Qué esperáis? En los primeros pasos
Está de su reinado, y todos ellos
Creón con el terror y con la sangre
Ha sabido marcar. Quizá en el pueblo
Ninguno lo ama, pero todos tiemblan.
Sus tropas han llegado hasta el extremo
De la licencia ya; y él les permite,
Como sean feroces, cuanto exceso
La rabia militar cometer puede
Contra los ciudadanos indefensos,
El soldado de Tébas es un tigre
Que no se harta de sangre

ADRASTO

Muchos de ellos
Destestan á Creón. De Periándro
Con la legión irresistible cuento;
Y con él combinados de antemano
Están todos mis planes. En mi reino
Sus cartas recibí por mis enviados;
Y anoche mismo, que cubrió los puestos
Avanzados del muro, fué á mi campo,
Y convino conmigo en cuales medios
Se debían emplear, sino pasaba
Creón por mis propuestas. Los proyectos
De Periándro se ignoran por los viles;
Y, como su valor es manifiesto,

Allí lo ocupan donde el riesgo es grande.
Su legión le obedece con respeto,
Tiene muchos parciales decididos,
Y es justamente amado por el pueblo.

ARGIA

¿Teneis, señor confianza?

ADRASTO

¿Has olvidado
Cuanto amó á Polinicio ese guerrero,
Y el tiempo que ha que cauteloso piensa
En librar á su patria de un perverso?

ARGIA

Bien lo recuerdo. Pero yo he temido
Que, viciado también con el ejemplo
Del cruel Eurimedon, y....

ADRASTO

Alguno viene.
¡Hija mía, firmeza! Este secreto
Ya sabes lo que vale. Mis fatigas
Al lado tuyo olvidaré bien presto.

ESCENA VIII

CREÓN—ADRASTO—ARGIA—EURIMEDON

CREÓN

Si las olvidaréis. La paz Adrasto,
Cuando la consolida el himeneo....

ADRASTO

Sí por mostrar confianza á quien debiera

No mostrar mas que ódios y recelos
No hubiera entrado desarmado en Tébas,
Ya hubiese contestado con mi acero.
Mas vuestro triunfo es corto; preparaos
Que otro sol ya no alumbra tanto exceso.

ARGIA

¡Padre mío! ¿Qué hacéis?

CREÓN (*A Adrasto*)

En este instante
Pudiera daros muerte, mas la dejo
Para cuando me sea mas gloriosa.

ADRASTO

Creón no tiene gloria: solo el miedo
Es capaz de impedirle los delitos.

CREÓN

Eurimedon, conduce en el momento
A este insultante rey fuera del muro,
Y vuelva su hija á su penoso encierro:
Entrégala á Agenor.

ADRASTO

Ella y el mundo
Se librarán de vos: yo lo prometo.

ESCENA IX

CREÓN (solo)

¿Y soy Creón, y sufro? ¿O es destino
Que, cuando en igual sed estoy ardiendo

De venganza y de mando, nunca, nunca
Pueda llegar á verme satisfecho?
La suerte me presenta en mi palacio
A mi enemigo, solo é indefenso;
Me insulta, me desprecia; y con su hija
Lo entretiene mi astucia, mientras vuelo
A mandarle una muerte inevitable,
¿Y destrozados mis designios veo?
Mi ambición pone freno á mi venganza.
Enrimedon, Periándro, el fuerte Isménio,
Mis mejores amigos, han salvado
A Adrasto de la muerte, y sus consejos
Mi implacable furor han retenido.
¿Con que es preciso ya? ¿debo vencerlo,
Si lo quiero perder, sin yo perderme?
Pero ¿por qué vencer? menos expuesto
Era inmolarlo aquí: para un contrario
Son el valor ó el dolo iguales medios.
¿Y quien me ha detenido. Los temores
De irritar más y más á todo el pueblo,
Y llenar mi venganza sin que el trono
Se pudiese afianzar al mismo tiempo.
Sí, Creón, ya la guerra es necesaria;
Y después de triunfar, ¡Oh! ¡Cuál me vengo
Del pueblo, de Argia, de su padre, y su hijo!
Correr mas ríos de la sangre veo
Debida á mi venganza, que de toda
Cuanta derramarán tantos guerreros!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

ESCENA I

CREÓN—EURIMEDON

CREÓN

¿Ha llegado á su campo?

EURIMEDON

Hasta muy cerca
Le acompañé yo mismo.

CREÓN

¿Y que te ha dicho?
¿Se prepara muy pronto á acometernos?
¿Sus soldados serán tan atrevidos,
Que vengan á estrellarse contra el muro,
Á hallar inevitable su exterminio?

EURIMEDON

Nada me ha hablado Adrasto: en su semblante
Se pintaba el furor: á recibirlo
Corto espacio sus jefes se avanzaron,
Y desde allí me despidió.

CREÓN

¿Destino
Has dado ya á mi tropa?

EURIMEDON

En las murallas,
En orden de defensa divididos,
Quedan los cuerpos todos, y Periándro
Por las calles y plazas repartidos

Tiene ya diestramente los soldados
Que sobre el pueblo velan.

CREÓN

¡Ay amigo!
¡Ojalá que Creón no se arrepienta
De haber una vez sola consentido
En no derramar sangre, y de las manos
Permitir escaparse á un enemigo!

EURIMEDON

Si Eurimedon en vos solo mirara
Al monarca de Tébas, á los filos
De mi espada cayeran sin examen
Las cabezas de todos los proscriptos
Que señalaseis vos; mas mi respeto
Es igual por mi rey á mi cariño.
Si amais ó aborreceis, amo, aborrezco,
Vuestros impulsos, como propios, sigo,
Y con que vos querais que corra sangre,
El hacerla correr es deber mío:
Pero también lo es corresponderos
Tantos favores de que usais conmigo,
Y pagar la amistad con que me honro,
Y de que habeis querido hallarme digno.

CREÓN

El que me favorezca mis venganzas
No me sabe querer.

EURIMEDON

Y el advertido
Que, por favorecerlas, las dilata,
Conciliando, señor, á un tiempo mismo
Vuestros justos furores, y el deseo
Mas justo, de afianzar vuestro dominio,
¿Ese no sabe amaros?

CREÓN

Me avergüenzo
De que otro sea quien me indique arbitrios
De conciliar mis intereses todos.
¿O crees tú que Creón aun no ha aprendido
El arte de reinar y de vengarse?
Para subir al trono me he valido
De todas sus lecciones, ¿y olvidarlas
Pudiera, cuando más las necesito?

EURIMEDON

Permitidme que os diga que los puestos
De vasallo y de rey son muy distintos.
El que obedece y á mandar aspira,
Su interés, sus recursos, sus peligros
Ve con sus propios ojos; y detiene
O apresura sus pasos á su arbitrio,
Según las circunstancias que le cercan
Y pesa y examina por sí mismo.
Pero, llegando al trono, ya no puede
Ni ver, ni oir, ni dar á sus designios
Un impulso feliz, sino por medio
De los leales que tenga á su servicio.
Al resplandor de la diadema brilla
La majestad no más; y desde el sitio
Elevado del solio, las miradas
De los reyes no bajan al abismo
De humillación y quejas, en que yace
El pueblo infame justamente hundido,
Y del que lucha por salir.

CREÓN

¿Y el pueblo
Es algo ante su rey? ¿O su destino
Ya no es callar y obedecer?

EURIMEDON

Del trono

Siempre fueron los pueblos enemigos
Su gloria es humillar á los monarcas.

CREÓN

¿Y su padre cuál es?

EURIMEDON

El que ha tenido
En todo tiempo el débil contra el fuerte;
El dolo, la traición, el artificio.
Con tal que tienda á destrozar el cetro,
A todo se dá el nombre de heroismo.
Estas armas, señor, no son temibles
Para el que sabe prevenir sus tiros;
Pero es preciso prevenirlos. Llega
De repente entre riesgos y conflictos
A vacilar el trono; ¿y sus columnas
No serán del monarca los amigos?
¿No amarán á su rey los que se atrevan
A mostrarle veraces el camino
Que es preciso seguir, y que no puede
Por sí solo, aunque quiera descubrirlo?
Os lo digo, señor, no porque intente
Ni pueda contrariar vuestros designios,
Ni porque me colmeis de más favores
Que los que mi esperanza han excedido:
Pero os quiero hacer ver en mis consejos
Vuestro bien solo, y nada más he visto;
Y que, si á darlos me atreví, os dignasteis
Vos mismo á vuestro súbdito pedirlos.
Adrasto, Argia, Lisandro una parte
De ese pueblo insolente y atrevido
Perecer deben, si los planes vuestros
Ciegos no abrazan: pero ya es preciso,
Si el primero resiste en un combate
Vencerlo, y, en el acto de vencido,
Sacrificarlo á una venganza justa;
Que todo es excusable ó permitido,

Y el furor de la guerra todo cubre.
Y, pereciendo Adrasto, Argia, su hijo
¿Donde van á encontrar libertadores?
¿Donde un apoyo el pueblo? ¿Sus gemidos
Habrá ya quien escuche? Los clamores
Que no puedan alzar, serán seguidos
Del seguro exterminio de rebeldes;
Y una sola sospecha, un leve indicio,
Que siempre para un rey debe ser crimen,
Se borrará con sangre.—Os lo repito;
No tendreis más que hablar, y en el momento
Mi sola espada os ahorrará suplicios.

CREÓN

Te escuché, Eurimedon.—Un rey á veces
Nada es menos que rey: su poderío
Es un nombre y no más, porque no alcanza
A do van sus deseos.—Mas ¿qué digo?
Si todo me abandona, yo me basto
Mientras hierva en furor el pecho mío.
¡Amigo! sí; tú lo eres. ¿Me respondes
Que triunfarás de Adrasto? ¿Serás digno
De ser vasallo de Creón un día?

EURIMEDON

Desde el tiempo de Eteócle y Polinicio
Adrasto me conoce, y bien le consta
Cuanto hice yo por vos. Por él vencido,
Mi cierto galardón será la muerte.
Triunfaré ó moriré.

CREÓN

Triunfar, amigo,
Triunfar, y nada más: ese es el medio
De mandar y vengarme: tú lo has dicho;
Y Creón sin venganza no es monarca,
Y sin el cetro no es Creón.

EURIMEDON

Yo mismo
Debí haber muerto á Adrasto en esta sala,
Cuando á insultaros indefenso vino;
Y dobló sus insultos, desechando
Tratados con que honrarlo habeis querido:
Pero, ya lo sabeis, su muerte entonces,
Si servía al furor, á un precipicio
El trono despeñaba. El pueblo á oleadas
Se agolpó á este palacio, y á impedirlo,
No bastaron las fuerzas de Periándro;
Bien que de la violencia usar no quiso;
Porque en la muchedumbre aun no se oian
De sedición los clamorosos gritos.
Mas no se disipó tanto tumulto
Hasta el instante en que salió conmigo
Adrasto de este sitio, llamó entonces
Periándro de su tropa los caudillos,
Y logró con astucia y con prudencia
Disolver las reuniones.—Este indicio,
Y otros que ha dado el insolente pueblo,
Os deben persuadir que no hay partido
Que se pueda tomar para acallarlo,
Fuera del de vencer al enemigo;
Y aun este debe emplearse cuando falten
Al Rey de Tébas los demás arbitrios.
El tiempo urge; señor; Adrasto puede,
Antes que el sol se ponga, combatirnos,
Y excitar los furores populares,
Que, mientras no hay alarma, están dormidos,
Y tal vez hay peligro en despertarlos.
Hay quien muera por vos, siendo preciso;
Mas si podemos evitar el choque,
Lo debemos hacer; y yo imagino
Que solo Argia á su padre quitar puede
Las armas de la mano; que á su hijo
Mejor querrá mirar á vuestro lado
Que no envuelto en su sangre; y que el rey mismo

Si sabe que los cuellos amenaza
De Lisandro y de Argia un solo filo,
Para el que un solo instante es suficiente,
Frenará sus furores vengativos.
Ofreced nuevamente vuestra mano
A esa flaca mujer, que ha resistido
Solo porque confía: amenazadla,
Quitarla la esperanza, y...

CREÓN *(como dudando)*

Argia... su hijo...—
Ya sé lo que he de hacer. Por precaverme
Y en un último lance que el destino
No me quite siquiera mi venganza,
Haz que sea Lisandro conducido
A la mazmorra oculta, donde han muerto
Mis anteriores víctimas.—¡Sigilo,
Y guardias escogidas! Que si llega
El trance necesario, un asesino
Del me responderá, sin que siquiera
Pueda escucharse su infantil gemido.—
Después vuela á los muros: yo con Argia
Estaré prontamente.

EURIMEDON

Y yo á serviros
Me preparo de modo, que este día
Conozcais lo que os amo.

CREÓN

Parte, amigo.

ESCENA II

CREÓN *(solo)*

¡Triste fatalidad! ¡Dioses supremos!
¿Qué corazón es este que ha cabido

A Creón por desgracia?—O sois injustos,
O debeis proteger unos designios
Que son necesidad de mi existencia,—
¿Por qué he nacido así? ¿Por qué respiro
Ambición y venganza, y nada sácia
Mi abrasadora sed? ¿Por qué no abrigo
Un corazón mas vil cuanto mas tierno?
Viviera humilde, mas quizá tranquilo.—
¡Y qué es esto! ¡Qué digo! ¿Tal deseo
Concebir un instante habré podido,
Sin que su sola idea me confunda,
Y sin avergonzarme de mi mismo?
¿Soy hecho yo para vivir humilde?
¿Soy hecho para amar?—¡Oh! su destino
Ningun mortal violenta: giman todos,
Y yo perezca, pero siga el mío.—
Mas ¿por qué perecer, si aun es posible
Triunfar sin exponerme?—Mis oídos
No escucharán de Argia más desprecios,
Porque tengo en mis manos el arbitrio
De reducirla al punto á ser mi esposa.—
¿Y el pueblo? ¿Adrasto?—¡Qué! ¿Por qué vacilo
Entre el temor y la esperanza?—Al cabo
En este horrible día he conocido
Que también tiembla un rey: pero ya es tarde
Para retrogradar en el camino
Que un génio de furor me ha señalado.
Un muro han levantado mis delitos
Que queda tras de mí; que se interpone
Entre Creón y la virtud—¡Delitos!
¡Virtudes!—¡Oh! ¿Qué son? Vanos fantasmas
Que á su arbitrio inventaron los caprichos
De los que no han podido hacerse grandes
Y arrastran viles un vivir mezquino.
Yo de otra esfera soy, y mis virtudes
Son las de todo rey, cuando ha aprendido
El arte indispensable al que se sienta
En el lugar que yo.—Mas ¿qué delirios
Ofuscan mi razón?—Siento, y extraño

Sentir estos temores repentinos.—
¡Qué! ¿Ya no soy Creón?—Argia, sí, Argia
Lo dijo anoche en este mismo sitio;
Ella lo dijo ¡oh dios! y allí la sombra,
Allí la sombra está de Polinicio,
Y brota negra sangre la honda llaga
Que le abrió de su hermano el cruel cuchillo.
¡Espectro rencoroso! No me culpes
Porque yo preparé tal fratricidio...—
El trono... tu moriste por el trono;
¿Y es culpa hacer morir por conseguirlo?
¡Oh! no me muestres los desechos miembros
De un cadáver horrible y corrompido
En medio de los campos sin sepulcro—
¿La venganza contigo á los abismos
De la tumba ha bajado?—¿Qué me quieres?
¿Que al silencio eternal baje contigo?—
Mas Creón, ¿donde estás? ¿y por qué tiemblas?
¿Tendrá en tí la ilusión el poderío
Que tiene sobre el débil? No. En tu acuerdo
Vuelve, Creón, y caiga en el olvido
Tu temor pasajero.—¿Y estoy solo?—
Sí, solo estoy.—Al fin nadie me ha visto
Temblar. Cual fuera la venganza mía
Si hubiera aquí de mi terror testigos.—
Voy á buscar á Argia, y ensañado
Cual nunca llevo el pecho.

ARGIA *(adentro)*

No, asesinos,
No podreis detenerme.

CREÓN

¿Argia es? ¿Qué es esto?
Dejadla entrar, soldados.

ESCENA III

CREÓN—ARGIA

ARGIA

Sale y se arroja precipitadamente á los pies de Creón.

Los oídos
Abrid, señor, al cabo á la plegaria
De una mísera madre: mis suspiros,
Mis lágrimas amargas, vuestro pecho
Por un instante tornarán benigno.
Yo lo espero, Creón.—A vuestras plantas
A Argia no mireis, mirad os pido
La desolada madre de Lisandro.
¿Qué habeis hecho señor? ¿Dónde está mi hijo?
Respondedme.—¿Callais? ¡Oh Dios! Yo misma
Arrebatar lo ví por los impíos,
Pasarlo por delante de mi estancia,
Al cielo alzar sus ayes doloridos,
Tender á mí las inocentes palmas,
Y ni valerlo ni valerme.—Un niño
¿Dónde por los soldados mas feroces
Entre horrenda algazara es conducido?
¿Vos lo habeis ordenado?—No es posible.—
¿Qué habeis hecho, señor? ¿Dónde está mi hijo?

CREÓN

Lo que no he ordenado es que atrevida
Vinierais hasta aquí sin mi permiso.
Habeis violado la prisión. ¿Qué guardia
Ha sido la capaz de consentirlo?

ARGIA

Levantándose del suelo.

Ninguna. Mis dolores, mis transportes,

Mi desesperación y mi cariño
En medio de las guardias me lanzaron,
Cuando ví que Lisandro...—¿Y es delito
Haberlas en su furia atropellado,
Y volar desolada hasta este sitio?
Sin darme pronta y dolorosa muerte
¿Qué soldados bastáran á impedirlo?
Una madre...

CREÓN

Una madre tanto exceso
No cometiera impugne: más la he visto
Arrojarse á mis pies, llorar, rogarme,
Y esta disculpa solamente admito.

ARGIA

Esta es la primer vez que mis rodillas
Ante el poder se doblan. Sin mi hijo
¿Quién lo viera jamás?—Pero ¿á qué parte,
Señor, lo arrebataron?—¿Está vivo?—
¿Hará falta también al poder vuestro
Escuchar de una madre los gemidos?

CREÓN

Con cierto aire de ironía feroz.

¿Y Adrastro? ¿Y el ejército que viene
Á librar á Lisandro, ya han perdido
El poder de atajar el llanto vuestro?
No llorabais anoche. El enemigo,
Señora, es poderoso; y ya mi trono
Bambolea en el borde de un abismo.
¿No lo habeis dicho vos? ¿Vuestra esperanza
Y vuestro orgullo quedan desmentidos
En un solo momento?—No,—¿Sois Argia,
Y podeis humillaros?—¿O habeis visto
Que, á pesar de Argos, y á pesar del mundo,
Os puedo hacer temblar? ¿Habeis sentido

Que, si al primer ensayo de mi furia,
Os hago estremecer por vuestro hijo,
Puedo en lo que me resta de este día
A tal punto llevar vuestro suplicio,
Que ni llorar podais?

ARGIA

¡Oh! Si: gozáos
Al ver mi confusión. Ya he conocido
Lo que podeis y lo que puedo Adrasto;
Ya no soy más que madre, y mi destino
Es llorar como tal.—Un solo instante
Basta para llenar vuestros designios,
Si son designios de venganza y muerte;
Y, aún cuando triunfe, no podrá impedirlo
El que no sabe el tiempo que le baste
Para pelear, vencer, y redimirnos.—
Si, Creón; lo confieso: de vos solo
Espera su salud el hijo mío:
De vos solo...—

CREÓN

El momento que se pierda
Para vos, nada más, será perdido.—
Aprovechad el tiempo; poco os falta;
En Lisandro pensad, y decidíos,
Antes que ataque Adrasto nuestros muros
Hasta el pié del altar venid conmigo;
Y aparentando que cedeis gustosa,
Y no como quien marcha á un sacrificio,
Entrad al templo, y aceptad mi mano.
Después al pueblo vuestro labio mismo
Dirá que vuestro hijo es heredero
Del trono de Creón; que habeis querido
De grado ser mi esposa; y que los dioses
Bendicen esta unión, y dan propicios
La paz á Tébas. Al instante á Adrasto
Escribireis también lo que yo mismo

Sabré dictar, y Eurimedon que parta
A llevar al rey de Argos vuestro aviso.
Esto es todo señora; no hay más tiempo
Que el que se vuela ya. Vuestros suspiros,
Vuestro llanto y dolor no son del caso.
El momento en que avance el enemigo
Es el momento en que este suelo tiña
La sangre de Lisandro. Prevenidlo:
Solo de vos depende: no hay más medio:
O salvad ó perded á vuestro hijo.

ARGIA

¡Oh Dios! ¡Creón!. . . —¡Oh Dios!—Tomad mi sangre:
Saciaos, señor, con ella: agradecido
Mi pecho quedará.

CREÓN

No. Vuestra sangre
Ha de correr también; pero es preciso
Que ella sea la última, y que llene
De mi venganza hasta el menor vacío.
Después que, á vuestra vista, entre mil ansias,
Y entre el horror de bárbaros suplicios,
Lisandro exale el postrimer aliento;
Después que de su madre los oidos
Sus muribundos ayes despedazen,
Y hagan que larga muerte en mil martirios
A pausas baje á las entrañas vuestras,
Entonces moriréis.

ARGIA

¡Hijo!!—Yo espiro.

Dira la expresión ¡hijo! con el grito penetrante del dolor, y diciendo yo espiro, caerá desmayada sobre un sofá.

CREÓN

Creón dirá lo que sigue contemplando á Argia, tocándola, y expresando los sentimientos que indican los versos, hasta que viendo que Eurimedon entra á la escena, le dirige la palabra.

¡Cuán vehemente en su pecho es el impulso
Del amor maternal! Este deliquio
La vino á sorprender sin decidirse.
El será pasajero,—De su hijo
Preferirá la vida, y á mis planes
Servirá en adelante.—¡Qué suplicio
En esta indecisión en que he quedado!
A nada me resuelvo. Mis designios
Se frustrarán sin duda, si es que puede
Solo el dolor matarla.—Pero vive
Siento latir su pecho, aún respira.
Volviendo del letargo el triunfo es mío.
Mírala, Eurimedon.

ESCENA IV

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON

EURIMEDON

¡Qué! ¿Está ya muerta?

CREÓN

No: pero apenas supo que los filos
De una espada, ya pronta á dar el golpe,
Amagan á Lisandro, si conmigo
No la liga himeneo, anonadada
Al peso del dolor no ha resistido,
Y está sin sentimiento.—¿No la miras?
¿Qué te dice su rostro?

EURIMEDON

Si ha podido
El solo amago tanto, no es posible
Que resista la prueba: prevenios
A ser esposo de Argia.

CREÓN

¿Y aún es tiempo?

EURIMEDON

Recién mueve su campo el enemigo.

CREÓN

Pues que muera Lisandro, y á la madre
El corazón traspásale ahora mismo.
Hunde mil veces tu puñal.—¿Qué tardas?
No: espera á que ella vuelva, y muera el hijo:
Parte á sacrificarlo; y, cuando tornes,
Que ya no es madre le diré yo mismo.
Mas no: trae á Lisandro: aquí perezca:
Llegó la hora de sangre; corre, amigo;
Y cuando venga Adrasto por su hija,
Respóndele que su hija ya ha vivido·

ARGIA

Mientras dice Creón los dos ó tres últimos versos anteriores. Argia irá volviendo pausadamente de su letargo; y hablará, después de haberse acercado á los otros actores.

¿Adrasto?. .¿Mi hijo?. .¿Qué decís?—¿Aún vive?

CREÓN

Argia, silencio y preparaos.

EURIMEDON

Vencidos
Aún no estamos, señor; venid al muro:
Recién está el combate prevenido:
Si Argia lo impide, vivirá dichosa:
Si de Adrasto triunfamos, él, cautivo
Con la hija suya, doblarán el triunfo;
Y si la suerte inclina sus caprichos

En favor de ese rey, Argia y Lisandro
Mueren en un momento.

CREÓN *(á Argia)*

¿Habeis oido?

EURIMEDON

Entre el palacio, ¿quién podrá librarlos?
Yo ya lo prometí, sabré cumplirlo.
Derramemos la sangre, pero en tiempo.
La sangre es un caudal, que, si es preciso
Al interés, se economiza; y luego
Llega la hora, y se derrama á ríos.
No disimuleis más: sepa la altiva
Que himeneo ó la muerte es el destino
A que está reservada: ¡y cuales muertes!
El trono así lo exige

CREÓN *(A Argia)*

Hasta este sitio
Pronto viene Agenor: á vuestro encierro
Retornareis con él.

ARGIA

¿Y el hijo mio?

CREÓN

Consentid, ó muy pronto no sois madre:
Esta es la última vez que lo repito.
Vamos al muro.

ESCENA V.

ARGIA (*sola*)

¡Soberanos dioses!
¡Que poco poderoso es el auxilio
Que dais á la inocencia! ¡Cómo triunfan
Con vuestra tolerancia los delitos!
¿Para quien, dioses, reservais el rayo?
¡Para quien!—Para mí, para mi hijo.
¡Que! su vida ó su muerte está en mi mano,
Y siendo yo su madre ¿habré podido
Vacilar un momento?—Vuelve, monstruo,
Vuelve Creón y admite el sacrificio
Que hago ya á tu ambición y tus furores:
Seré tu esposa... ¡Dios! ¡Manes queridos
De Polinicio! ¿me escuchais?—No: nunca
La que supo adorarte cuando vivo,
Y la que, aun muerto, tu memoria adora,
Jamás, jamás tu Argia, esposo mío,
De tal infamia cubrirá tu llama,
Ni en negros humos ahogará su brillo.
¡Yo esposa de Creón!—Perdona, amado,
Perdóname otra vez: mas tú querido,
Tú adorado Lisandro... ¿No te acuerdas,
Cuando de Argos partiste, al despedirnos,
Cuando me hablaste de él?—¡Cielo! ¿Y ahora
Soy yo que lo abandono á su suplicio?
¿Así guardo el tesoro que confiaste
En tu postrer abrazo á mi cariño?
¡Deidades del Olimpo, ó del Averno!
¿Cuáles me protegeis? ¿por qué camino
De mi dolor salir?—Argia, ¿no escuchas
Los moribundos ayes de tu hijo?

¡Madre!, si: ¡Madre!, en su agonia grita;
Y ya no hay madre para él.—¡Qué miro!

Se recostará á un bastidor abatidísima y como insensible. Mientras dura la larga pausa que debe haber, se presenta en la escena Agenor, se acerca á Argia, y ésta cuando lo siente, vuelve en sí, le dirige los dos primeros versos que siguen, al fin del acto parte con el.

Ya voy, ministro de furor y muerte.
¿A arrebatarme vienes? Ya te sigo,
Vuela á mi estancia, y con la helada urna,
Do los restos están de Polinicio,
Me abrazaré llorando. ¡Pueda en ella
De mi antigua esperanza hallar vestigios!
Y al consultar, esposo, tus cenizas,
Díle á tu Argia lo que hará por tu hijo.

ACTO QUINTO

ESCENA I.

CREÓN—AGENOR Y SUS GUARDIAS

CREÓN

No sé que aterrador presentimiento
Mi incontrastable corazón agita,
Desde que ví que Adrasto á las murallas
Presidiendo su tropa, se aproxima.
El cielo está pesando mi destino,
Y en muy pocos momentos ya se inclina
El inmutable fiel de la balanza
Al lado de mi gloria ó de mi ruina.
Aun no empieza el combate.—¡Oh! ¡si evitarlo
Pudiera yo!—¡Agenor! Haz que te siga
Argia hasta este lugar: parte; no tardes;

Nunca han valido mas que en este día
Los menores instantes.

Se vá Agenor. Las guardias quedan en la escena.

¡Oh! Argia, impide
Este combate horrible, ó de mis iras...
¡Cielo! ¡Yo despreciado! ¡Yo vencido!
¡Qué ansiedad! ¡Ah Creón! ¿Por qué á tu vista
De la honda eternidad se abre la puerta,
Y esta idea espantosa te horroriza?
¿Númenes implacables? ¿Cuál castigo...?
Pero no: yo no cedo. Que decida
De la guerra á su arbitrio la fortuna,
Pero nada trastorna el alma mía.

ESCENA II.

CREÓN—ARGIA—AGENOR Y SUS GUARDIAS.

CREÓN

Argia, ¿Habeis elegido?

ARGIA

Sí.

CREÓN

¿Mi mano?

ARGIA

Mi muerte.

CREÓN

Morireis. Más, precedida
Vuestra muerte será de la del hijo
Que no quereis salvar. No fuera digna
De Creón su venganza y se perdiera,
No muriendo Lisandro á vuestra vista,
Y no apurando vos hasta las heces

El cáliz de su bárbara agonía.
Ya os lo he dicho otra vez.

ARGIA

¿Pero mi sangre
No es bastante, Creón? ¿Y que diría
De un rey el universo, si supiera
Que un niño tierno conmovió sus iras,
Hasta el extremo de empapar las manos
En su sangre inculpada?

CREÓN

No se cuida
Creón de lo que diga el universo:
Todo su mundo es él.—¿Argia imagina
Evadirse del golpe que le espera,
O que mi alma, al ver lágrimas, vacila?
Perdeis llanto y palabras: una sola
Proferid, y con ella muerte ó vida.

ARGIA

Sí, muerte para mí.—¡Creón! No es furia
La que hay en vuestro pecho: es la justicia
Quien lo hace inexorable: mas yo sola
Al género de muerte mas impía
Debo ser destinada. Yo he venido
A Tébas á buscar unas cenizas
Que insepultas mandasteis que quedaran.
Yo, yo soy solamente quien motiva
Los furores de Adrasto: en esta guerra
Se ha empeñado no más que por su hija.
Yo, yo la viuda soy de Polinicio,
Y por él os desprecio: y este día
De sangre y mortandad, ¿quién lo ha traido?
¿Quién es la que se niega á verse unida
Al rey de Tébas con estrecho lazo?
¿Quien es la que se niega y desestima?
Yo sola soy, Creon, ¡Ah! ¡cuántas causas
Para que justamente á vuestras iras
Caiga la sola madre! Pero mi hijo,

Que ni ama ni aborrece todavía;
Que llora en su desgracia y no la siente;
Que no sabe si hay tronos, ni otras dichas
Es capaz de gozar que de su madre
Los besos, los abrazos, las caricias,
¿Ese niño inocente es bien que muera?
Si me dejais vivir, aprendería
Entonces de su madre á aborreceros:
Matadme y estorbadlo.

CREÓN

En este día
Perecereis los dos, y es corto el tiempo
De enseñar y aprender. ¡Qué! ¿Decidida
No creeis que está su suerte?—Yo conozco
Que despreciais la muerte, y atrevida
La insultareis sin duda; y es por eso
Que debeis lentamente recibirla
De Lisandro en persona. Vuestra sangre
Me vengará de Adrasto, cual me vengo
En Lisandro de vos. Si vuestra ruina
No me fuera por esto necesaria,
Os dejara vivir; porque la vida,
Sin gozar de vuestro hijo, más tormentos
Os causaría que la muerte misma.
No salvais á ese niño. ¿Qué le importa
La ternura de madre á una heroina
Que prefiere morir á dar su mano?
¡Oh! tanta gloria de una madre es digna.
Ciertamente mi mano os envilece.
Bien veis que os hago honor.

ARGIA

¿Más abatida,
Más humillada, bárbaro, me quieres?
Vuela, vuela, malvado, y asesina
Con tu execrada mano al niño tierno,
Que yo amo más porque tu rabia exita:

Bebe su sangre: arráncale del pecho
El débil corazón: mientras palpita
Gózate con mirarlo: en mil pedazos
Destrózalo...—¡Ay!...—¡Que más!—¡Cruel!—Perdida
Está ya mi razón!—Señor!

Se arroja á los pies de Creón.

La muerte...
¡Ay! ¡por piedad, la muerte! Aquí rendida
A vuestros pies la pido.

CREÓN

Sed mi esposa;
El himeneo la batalla impida,
Regresen los argianos á su patria,
Y vivireis los dos.

ARGIA

Levantándose del suelo.

¡Ah! Las cenizas
De Polinício, que bañó mi llanto,
¿Por qué no respondieron?—¡Sombra amiga!
Sal de los hondos senos de la muerte;
Llega, y en Tébas á tu esposa mira.
Dime ¿por qué te amé?—¿Por qué mí hiciste
La madre de Lisandro?—¡Arrepentida
Argia estará de serlo! No, mi esposo.
Mas, ¿no escuchas la voz de tu querida?
¿No vuelas, Polinicio, á mi socorro?
Un bárbaro asesino solicita,
Por interés de su ambición sin freno,
Lo que mi amor te dió. Lisandro espira
Si no se alza tu brazo descarnado,
Si el dolor de quien vive no da vida
A los que, sombras, en la Estigia vagan;
Si no vienes en fin.—¡Creón! ¿Soy hija
De Adrasto todavía? ¿Vive? ¿Acaso
La suerte de un combate?...—¡Qué agonías!
Hija y madre á la vez...

CREÓN

Ya no hay más tiempo.
¿ Consentis ?

ARGIA

¡ Ah ! Matadme.

CREÓN

Conducidla
Soldados, á la lóbrega mazmorra;
Suplan las teas á la luz del día,
Que en aquella prisión jamás penetra;
Alumbrad mi venganza; que á su vista
Muera cruelmente el hijo; y á este sitio,
Salpicada de sangre tan querida,
Arrastradla otra vez.

ARGIA

¡ Creón ! Dejadme
Que consulte de nuevo las cenizas
De mi perdido esposo. Permitidme
Que un momento no más...

CREÓN *(á los soldados)*

Esas reliquias
De la urna sacad en que reposan,
Y en el suelo furiosos esparcidlas,
A los pies del verdugo que á Lisandro
Debe arrancar la abominable vida.
Este es un sacrificio anticipado
A los manes de Argia. Si mis iras
No toleran igual entre los vivos,
¿ Valdrán más que Creón estas cenizas ?

ARGIA

Pero ni yo ni vos amar podemos
Este enlace sacrílego: si unida
Estuve á Polinicio...

CREÓN

¿Quién se acerca?

ARGIA

¡Deidades! Protegedme en este día.

CREÓN

¿Qué es esto, Eurimedon?

ESCENA III

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON—AGENOR Y SUS GUARDIAS.

EURIMEDON

Saldrá precipitado, furioso, y con la espada desnuda.

¡Señor! Salváos
Tan solamente pudo la perfidia
Lo que el valor de Adrasto no pudiera.
Periándro... ¡Ah! De Periándro la inaudita
Traición es sin ejemplo. Se ha vendido,
Y nos vendió. Las huestes enemigas
A la puerta Emoloides amagaban,
Y, viendo nuestra tropa prevenida,
Rehusaban acercarse. De repente
La legión de Periándro se aproxima
Al muro que cubríamos; el pueblo
Con ímpetu furioso lo seguía,
Y, armado ya por él desde antemano,
A un combate interior se precipita
Con los soldados nuestros. Entretanto
La legión del traidor carga, desquicia
Las principales puertas, y los muros
A los argianos en su seno abrigan.
Todo ha sido un momento.—Adrasto, el pueblo,
El pérfido Periándro, todavía

Vertiendo están la sangre de los fieles
Que al honor de su rey se sacrifican.
Pero el número vence. Ismenio apenas
Será posible que las avenidas
Del palacio defienda un breve rato:
En este empeño queda: decidida
Vuestra guardia á morir, se ha preparado
A que la entrada...—

CREÓN

Basta. ¿Y esa vida
Por qué no se ha perdido? ¿Así se guarda
Una fé tantas veces prometida?

EURIMEDON

Yo he volado hasta vos con este aviso...—

CREÓN

Bien. El pueblo....—Periándro...—

ARGIA

Al fin tranquila
Puede Argia respirar.

CREÓN *(á Eurimedon)*

¡Amigo! El mando
Espiró ya, pero comienza mi ira.—
Ahora mismo arrebátala: haz que mire
Que á pesar de su triunfo, el hijo espira
Y traedle aquí de nuevo. Ella no debe
Morir por otra mano que la mía.

ARGIA

No Creón.

CREÓN

Parte al punto: sácia tu alma

Con el placer de ver como palpita
Roto su corazón...—

ARGIA

No. Vuestra esposa
Seré más bien.

CREÓN

No es tiempo ya.—Daos prisa
A arrastrarla de aquí.

ARGIA *(á los soldados)*

¡Oh Dios! Dejadme.
Lisandro! ¡Ah, mi Lisandro! ¡Horrible día!

Una parte de las guardias arrebatan violentamente á Argia, y parten con Eurimedon. El resto de ellas queda con Agenor en la escena.

ESCENA IV

CREON—AGENOR GUARDIAS

CREÓN

Creón prorrumpirá después de una pausa regular, en la que manifestará el furor y la desesperación. Las pequeñas líneas que parten los versos indican las circunstancias en que este actor debe variar sus posiciones y su tono, hacer su pausa, mostrar la impetuosa contrariedad de afectos en que debe batallar.

Y Creón ya no es rey. El trono mío
Caer de otra manera no podía.
¡Traidores! ¡Oh! ¡Qué furia!—¡Cuánta sangre!
Un momento no más: y ya la mía
Ha de correr también.—Decid.

Hará estas preguntas á los mismos soldados de su guardia, como si no los conociera.

¿Vosotros
Sois soldados de Adrasto? ¡Qué! ¿Ya pisa

Mi palacio ese rey?—¡Qué rey! No sabe
Triunfar, si no triunfando la perfidia.
Y yo ¿cómo triunfé?—¿Remordimientos?
¡Oh no: jamás, Creón: no lo admitas.
Ya ha saltado la sangre de Lisandro.
Argia la ha visto ya, y Argia no expira
Porque el genio que manda en mis venganzas
Dilata por mi bien sus agonías.
Yo moriré después, sin que ella sepa
Cual es mi suerte, y esta idea misma
Doblará sus tormentos cuando muera.

Se oirá un ruido de armas y voces á lo lejos. Este, en intervalos más ó menos cortos, se irá sintiendo más cerca, hasta el principio de la escena sexta.

¡Qué rumor!, Agenor, Parte: ¿La grita
Y el tumulto no escuchas? Parte y dime
Si ya Adrasto á este sitio se encamina.

Se va solo Agenor, y no vuelve más á la escena.

¡Oh! ¡Qué fuera de mí si mi venganza
Me quitara también, como me quita
El poder de vengarme en adelante!
¡Oh! ¡Qué fuera de mí, si salva á su hija
Y si á Lisandro salva!—El ruido crece,
¡Qué momentos, Creón! ¡Cómo te agitan!
¡Cielos! ¿Quién entra aquí?

ESCENA V

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON—LOS GUARDIAS DE LA ESCENA ANTERIOR

ARGIA

Quien de tu rabia
Ha triunfado, Creón; quien todavía
Es madre, y lo será.

CREÓN

¿Qué es lo que dices?

EURIMEDON

La legión de Periándro, á mi salida,
Ya entraba en el palacio; y los soldados
Que á Lisandro guardaban, ó caían
A los golpes traidores, ó vencidos,
El peso de las armas deponían.
Al subterráneo penetró Periándro
Con planta vencedora y atrevida,
Y, al llegar á la torre, descubrimos
Que en sus brazos al niño conducía
Lejos de su prisión, y que volaba
Al encuentro de Adrasto.

CREÓN

Todavía
¡Oh furias infernales! si hay furores,
Traedlos á mi pecho.

EURIMEDON

La osadía.
De Isménio y Agenor y algunos bravos
Es lo solo que resta; pero expiran
Sin poderos valer. ¡Señor! salváos:
Ya se acercan: mirad por vuestra vida:
Si es posible, salváos.

CREÓN

¡Eh! ¿Qué dices?
¿Qué sirve ya el vivir?—¡Ah! ¿Mi desdicha
Sabes cual es, cobarde?—Es que tu mano
No supo responderme de una vida,
Y ha dejado incompleta mi venganza.
¿De una vida? ¡Qué digo! Si respira

Adrasto, á tí lo debe. ¿No te acuerdas?
¡Con que traidores todos!—Pero su hija...

ARGIA

¡La hija de Adrasto! Mi Lisandro vive;
No temo á nadie ya.

CREÓN

¡Altiva! ¿Miras
El triunfo de tu padre? ¿Ves mi tropa
Que, á fuerza de perfidia, está vencida?
Vélo, pero no esperes. ¿Por qué piensas
Que estos breves momentos aun respiras?
Es porque veas y que te atormentes
Con la idea feroz de que mi ruina
Y el triunfo de los tuyos no te salvan,
Vélos antes de morir: vive afligida
Este instante final... ¡Eh! ¡Quien!... ¿Que ruido

Es el tropel de los actores de la escena siguiente. Creón, al sentirlo, agarrará á Argia con una mano, v con la otra de desenvainará un puñal.

¿Qué es eso, Eurimedon?

EURIMEDON

Ya se aproximan,
Señor, los vencedores á este sitio.

ESCENA VI

Al presentarse los soldados argianos en la escena, los de Creón y Eurimedon harán con las armas un movimiento ligero, como de querer defenderse, pero á otro movimiento ignal de los soldados de Adrasto, se contendrán al instante.

CREON—ADRASTO—ARGIA—EURIMEDON
GUARDIAS DE CREON—SOLDADOS DE ADRASTO

ADRASTO

¡Monstruo! Entrégame á Argia.

CREÓN

Recibidla.

Hiere mortalmente á Argia.

ARGIA

¡Bárbaro!

ADRASTO

Correrá á abrazar á Argia, exclamando dolorosamente ¡ hija !

¡Hija!

ARGIA

¡Padre!... En vuestros brazos...
Pues vive mi hijo... Moriré tranquila.

Muere en brazos de su padre.

ADRASTO

¡Soldados! A pedazos las entrañas
De esa fiera arrancad.

CREÓN

La mano mía,
Es quien sola penetra en mis entrañas.

Se hiere con el mismo puñal con que hirió á Argia.

Adrasto... muero yo... pero mis iras
Hasta el infirno bajarán conmigo...
Y en el infierno triunfarán de tu hija.

Cae sin que nadie lo sostenga, y expira abandonado.

FIN DEL QUINTO Y ÚLTIMO ACTO.

INDICE